

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 19, 1^{er} semestre de 2025

Dimensiones transnacionales del comunismo italiano durante la Guerra Fría



fundación de
investigaciones
marxistas



Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra.

Bajo las siguientes condiciones:

- No comercial: No puede utilizar los contenidos de esta revista para fines comerciales.
- Sin obras derivadas: No puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Con el siguiente caso particular:

- Esta licencia no se aplica a los contenidos publicados procedentes de terceros (textos, gráficos, informaciones e imágenes que vayan firmados o sean atribuidos a otros autores). Para reproducir dichos contenidos será necesario el consentimiento de dichos terceros.

Nuestra Historia: Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808 • **Edita:** Fundación de Investigaciones Marxistas • **Coordinadores:** Manuel Bueno Lluch, José Gómez Alén, Julián Sanz Hoya y Santiago Vega Sombría • **Consejo de Redacción:** Irene Abad Buil, Eduardo Abad García, Juan Andrade Blanco, Juan Manuel Andrés Díaz, María Ayete Gil, Sergio Cañas Díez, Ángel Duarte Montserrat, Francisco Erice Sebares, Sergio Gálvez Biesca, Juan Carlos García-Funes, José Luis Gasch Tomás, Joan Gimeno i Igual, David Ginard i Féron, Paula González Pons, Fernando Hernández Sánchez, Gustavo Hernández Sánchez, José Hinojosa Durán, Mélanie Ibáñez Domingo, José Luis Martín Ramos, Miguel Ángel Peña Muñoz, José Emilio Pérez Martínez, Guillem Puig Vallverdú, Xavier Ramos Díez-Astrain, Elisabeth Ripoll Gil, Jordi Sancho Galán, Sofía Rodríguez Serrador, Víctor Santidrián Arias, Jorge Torres Hernández y Julián Vadillo Muñoz • **Diseño de portada:** Francisco Gálvez • **Diseño del interior y maquetación:** Manuel Bueno Lluch • **Imagen de portada:** Público asistente un mitin conjunto del PCF y del PCI, en París, 1976 (Jean Texier: *Mémoires d'Humanité*, Archives départementales de la Seine-Saint-Denis). • **DL:** M-3046-2017.

Envío de colaboraciones: nuestrahistoriafim@gmail.com

Impresión subvencionada por transform! europe.

transform! europe se financia parcialmente a través de una subvención del Parlamento Europeo.

Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

Número

19

Primer semestre de 2025

ÍNDICE

EDITORIAL

Número 18

Consejo de Redacción de *Nuestra Historia* 7

DIMENSIONES TRANSNACIONALES DEL COMUNISMO ITALIANO DURANTE LA GUERRA FRÍA

Introducción

Xavier María Ramos Diez-Astrain, Emanuele Treglia y Eduardo Abad
García 11

Dimitrov 1982: identidad, memoria y estrategia en la cultura política de los comunistas españoles, italianos y portugueses

Fabio Calè 17

«Sí, sí, sí... ¡Dolores a Roma!» El PCI y el PCE en la Transición y el mito global de Pasionaria

Mauro B. Milano 37

El eurocomunismo, las transformaciones del Estado, la cuestión de la democracia

Alexander Höbel 63

Respuestas de los comunistas italianos y franceses al Informe Brandt

Andrea Della Polla 79

De lo nacional a lo vecinal: las fiestas de *l'Unità* y su impacto territorial (1945-1991)

Daniel Sierra Suárez 99

ESTUDIOS

Lenin y *Kairós*

Roland Anrup 119

ENTREVISTA**Pere Gabriel, pionero en la investigación sobre el movimiento obrero**

David Ginard Féron 143

NUESTROS CLÁSICOS**El historiador y su tiempo. Albert Soboul y los sans-culottes**

Joan Tafalla 161

Aspectos políticos de la democracia popular en el año II

Albert Soboul 167

LECTURAS**Hacia una historia integral del dinero y la moneda en la Alta Edad Media**

Daniel Justo Sánchez 181

La revolución y nosotros que necesitamos pensarla tanto

Fernando Broncano Rodríguez 186

Un clásico del siglo XXI para entender la reforma agraria

Sergio Riesco Roche 190

La cárcel de Segovia como espacio referente de memoria

Laura Bolaños Giner 192

Guerra de posiciones en la universidad: el PSUC y los estudiantes

Pablo Gil Valero 195

MEMORIA**Cartografía de la Memoria Obrera en Madrid: recuperando lugares de memoria de las clases trabajadoras**

Mayka Muñoz Ruiz y Susana Alba Monteserín 201

¿Del antifranquismo al Ayuntamiento: relaciones entre comunistas y cristianos en Córdoba	
Miguel Á. Peña Muñoz	207
Casto García Roza, pasado (¿y futuro?) héroe de España	
Pablo Alcántara, Universidad Autónoma de Madrid	215
<hr/>	
AUTORES (DOSSIER, ESTUDIOS Y NUESTROS CLÁSICOS)	221

EDITORIAL

Número 19

Consejo de Redacción de *Nuestra Historia*

En pleno ascenso de los fascismos históricos, Bertolt Brecht hablaba de «malos tiempos para la lírica», en los que parecía necesario posponer el «entusiasmo por los naranjos en flor» ante «el horror por los discursos del pintor de brocha gorda» (Hitler). En 1945, respiraba aliviado porque los pueblos hubieran «tenido la última palabra»; pero —agregaba— «que nadie cante victoria a destiempo», porque «el vientre de donde surgió la bestia inmundada todavía es fecundo».

Las luchas populares y el temor al contagio soviético obligaron a los poderes económicos y sociales engendradores de la bestia, al menos en una parte del mundo, a hacer concesiones, que durante algunas décadas alimentaron la ilusión de la compatibilidad del capitalismo con la democracia y las libertades, los derechos de los pueblos y un cierto bienestar social. Sin prosopopeyas ni exageraciones dramáticas, son todas esas conquistas las que parecen encontrarse de nuevo en juego.

En efecto, vivimos, con la barbarie genocida de Gaza, la expresión extrema de una lógica criminal propia de un colonialismo de asentamiento, asociado a un supremacismo que se sustenta sobre una densa mitología histórica de «pueblo elegido». Con la «era de Trump» y el auge de la extrema derecha, asistimos al más intenso y desca-



rado intento de poner fin a un orden internacional que, sin ignorar sus carencias y contradicciones, mantenía al menos en su retórica principios de libertad y autonomía de los pueblos y una afirmación enfática de las libertades y los derechos humanos; la mera aceptación de esos principios no suponía su cumplimiento, pero abría un marco de posibilidades más favorable para exigir su aplicación práctica.

El proyecto europeo, tampoco exento de ambigüedades y proclividades imperialistas, proclamaba, con todo, la primacía de valores democráticos y un orden mundial consensuado y pacífico, que tras la Guerra fría parecía avalar un sistema multilateral más favorable al conjunto de los pueblos de los demás continentes. Ahora la mitificada Europa unida se desmorona ante su complicidad con Israel (hijo, al fin y al cabo, del colonialismo europeo), encarcelando a quienes se atreven a protestar por la pulsión genocida del sionismo. A la vez, Europa se empeña en difundir un mantra belicista carente de bases reales que lo motiven, pero propagado como un nuevo y peligroso «sentido común»; paralelamente, y en relación con ello, acentúa su tradicional sumisión a la OTAN, organización militar que sigue —como siempre— al servicio del imperialismo norteamericano, y de paso, no desaprovecha ocasión de desprestigiarse rindiendo un abyecto vasallaje a la potencia occidental dominante, en la persona del nuevo «emperador», que no ahorra humillaciones, burlas y ataques a la dignidad de sus vasallos, a la vez que les impone sus políticas comerciales.

Entretanto, en nuestro propio suelo, los amigos y colaboradores solidarios de este nuevo orden mundial consideran llegado su momento, defendiendo —como sus colegas de otros países— políticas de xenofobia exacerbadas, así como todo tipo de violaciones de derechos políticos y sociales, en la medida en que poseen posiciones de poder. Su actuación política, aprovechando algunas debilidades del principal partido gobernante, se escora cada vez más a las «guerras culturales» de la extrema derecha, incluyendo la reivindicación velada o explícita del franquismo y convirtiendo la política en un lodazal cotidiano. Un espectáculo despreciable que desprestigia cada vez más las instituciones y alimenta «apoliticismos» manipulables en su favor.

¿Qué hacer ante todos estos procesos, que en pocos años se han ido difundiendo a enorme velocidad, paralelamente a la crisis o la paralización de las fuerzas democráticas y de la izquierda en sus diversas variantes? El debate no es fácil, y menos aún su articulación en forma de política práctica. Los/as historiadores/as comprometidos/as con la defensa de las libertades y las ideas emancipadoras también tenemos una responsabilidad, en cuanto que disponemos de recursos que aportar a la reflexión sobre el mundo que vivimos y, lo que es peor, previsiones verosímiles sobre el que se nos avecina. Por lo pronto, como decía el historiador marxista Pierre Vilar, podemos enseñar a «pensar históricamente».

No debemos entender por ello aceptar sin más analogías o —lo que es peor— identificaciones estrictas y ahistóricas con fenómenos similares del pasado. La extrema derecha actual no es idéntica al fascismo de la década de 1930, por más que se encuentren semejanzas en su código de valores y algunas de sus políticas, pero también diferencias. Ni el «apaciguamiento» de los gobiernos títeres europeos con Donald Trump es lo mismo que la «capitulación» de Múnich de 1938, ni el delirio armamentista actual se identifica del todo con el de las distintas etapas de la Guerra fría. Sabemos que, en cada época histórica, el capital busca la mejor forma de aumentar las tasas de explotación e imponer su hegemonía; o de eliminar las protestas mediante el uso, más o menos acentuado, de la violencia o la represión.

Sin embargo, la Historia tiene muchos instrumentos que ofrecer para ayudar a esclarecer los peligros de nuestro tiempo, desentrañar los mitos que los justifican, o desvelar las imposturas de la «posverdad» que domina los nuevos medios de comunicación; el ya mencionado Pierre Vilar hablaba del aprendizaje que la Historia

ofrecía para «leer un periódico», es decir, para desvelar las mentiras que justifican la legitimidad y la práctica del sistema. Los historiadores no somos suministradores de saberes «asépticos» o inocuos; aspiramos a una verdad siempre en construcción, que, como tal, es, en definitiva, según decían Lassalle o Gramsci, revolucionaria. Formamos parte de una batalla ideológica en la que la defensa de las conquistas democráticas y sociales no puede desligarse de la lucha por ampliarlas y profundizarlas, avanzando hacia un proceso de transformación social que nos lleve a un mundo más justo y a una sociedad libre e igualitaria. La reflexión crítica que la Historia ayuda a proporcionar no es, en ese sentido, desdeñable. El resto, la acción —que no es posible sin la reflexión— les corresponde, como diría Brecht, a los pueblos.

En cuanto al contenido, este número nº19 de *Nuestra Historia* viene vertebrado por el dossier que lleva por título *Dimensiones transnacionales del comunismo italiano durante la Guerra Fría*, coordinado por tres especialistas Xavier María Ramos Diez-Astrain, Emanuele Treglia y Eduardo Abad García. Contiene cinco interesantísimos trabajos: Fabio Calè firma «Dimitrov 1982: identidad, memoria y estrategia en la cultura política de los comunistas españoles, italianos y portugueses». Este texto se centra en la figura del mitificado dirigente búlgaro George Dimitrov con ocasión de las conmemoraciones celebradas en torno a la celebración del centenario de su nacimiento. Otro aniversario relata «Sí, sí, sí... ¡Dolores a Roma!» El PCI y el PCE en la Transición y el mito global de Pasionaria», de Mauro B. Milano, dónde este autor analiza en profundidad el homenaje por el 80º cumpleaños de Dolores Ibárruri organizado en Roma por el PCI en 1975. Un contenido más teórico es la aportación de Alexander Höbel «El eurocomunismo, las transforma-

ciones del Estado, la cuestión de la democracia», en la que analiza la evolución del pensamiento del PCI sobre dos conceptos cruciales en la estrategia comunista: el Estado y la democracia. Por su parte, Andrea Della Polla en «Respuestas comunistas italianas y francesas al Informe Brandt» estudia el impacto que tuvo para el PCI y el PCF el informe del excanciller alemán y líder de la Internacional Socialista Willy Brandt. Cierra el dossier «De lo nacional a lo vecinal: las fiestas de *l'Unità* y su impacto territorial (1945-1991)», del asturiano Daniel Sierra Suárez, quien reflexiona —más allá de lo estrictamente festivo— centrándose en su capacidad para vertebrar las organizaciones territoriales y reafirmar la identidad militante.

Lenin y Kairós es el *Estudio* de este número, firmado por el profesor de la Mid Sweden University, Roland Anrup. En su artículo examina los escritos de Lenin y trata de mostrar cómo su discurso en la práctica dio forma a un concepto de coyuntura que significó una revolución teórica en lo concerniente a la interpretación realizada por Lenin sobre las cambiantes coyunturas de las revoluciones rusas de 1917, donde el *chronos* se convierte en *kairós*, el principio de contingencia y oportunidad. Su análisis concreto se centra en los desplazamientos de las fuerzas sociales y políticas a lo largo del proceso revolucionario. Para él, la situación particular constituye, al mismo tiempo, la razón y la tarea; es la coyuntura la que plantea la cuestión específica que debe resolverse.

En la sección de *Entrevista*, el profesor David Ginard Féron conversa con Pere Gabriel, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona desde 1993, pionero en la investigación sobre el movimiento obrero, con su *El Moviment obrer a Mallorca* (1973).

Por su parte, en *Nuestros Clásicos* recuperamos un interesante artículo de uno de

los especialistas más destacados sobre la Revolución francesa, Albert Soboul: «*Aspectos políticos de la democracia popular en el año II*». Introduce al autor y comenta el texto, nuestro colaborador Joan Tafalla.

Respecto al apartado de *Lecturas*, en esta ocasión contamos con cinco reseñas. En «*Hacia una historia integral del dinero y la moneda en la Alta Edad Media*», Daniel Justo Sánchez reseña el trabajo de Rory Naismith, *Making Money in the Early* (Middle Ages, Princeton, Princeton University Press, 2023). En su reseña destaca el análisis exhaustivo sobre la evolución de las prácticas monetarias en Europa durante los primeros siglos de la Edad Media. «La revolución y nosotros que necesitamos pensarla tanto», de Fernando Broncano Rodríguez, hace lo propio con «Los pasados de la revolución. Los múltiples caminos de la memoria revolucionaria» de Edgar Straehle, Madrid, Akal, 2024. El hilo conductor del texto es una pregunta que se dirige a la vez a la historiografía y a la historia misma: ¿qué ocurre con las revoluciones cuando terminan? Por otra parte, Sergio Riesco Roche firma «*Un clásico del siglo XXI para entender la reforma agraria*», a su vez reseña «*La tierra es vuestra. La reforma agraria. Un problema no resuelto. España: 1900-1950*», Barcelona, Pasado y Presente, 2022, de Ricardo Robledo. En su análisis comparado, Riesco pone en valor un importante estudio sobre uno de los problemas de más graves consecuencias políticas y sociales de la España contemporánea. «La cárcel de Segovia como espacio referente de memoria», de Laura Bolaños Giner, reseña al *Memorial democrático de Segovia. La cárcel franquista (1936-1977)*, de Juan Carlos García Funes y Santiago Vega, editado por Foro por la Memoria de Segovia en 2025. Es un libro-catálogo que recoge todos los contenidos de la exposición permanente en nueve celdas de

la antigua cárcel de Segovia, por la que pasaron, entre otras, desde María Salvo o Manolita del Arco a Marcelino Camacho. Por último, «*Guerra de posiciones en la universidad: el PSUC y los estudiantes*», de Pablo Gil Valero, es reseña de Jordi Sancho Galán, «*El antifranquismo en la universidad: el protagonismo militante (1956-1977)*», Fundación Primero de Mayo y Catarata, Madrid, 2024. Narra el hundimiento del franquismo institucional en la Universidad, a partir de 1956 y el crecimiento hasta la hegemonía del PSUC en el ámbito universitario catalán.

Por último, la sección de Memoria contiene tres colaboraciones. Mayka Muñoz Ruiz y Susana Alba Monteserín, del Archivo Primero de Mayo de CCOO, firman la «*Cartografía de la Memoria Obrera en Madrid: recuperando lugares de memoria de las clases trabajadoras*». Se trata de una web en la que se identifican y visibilizan los emplazamientos donde los obreros de Madrid se reunieron, manifestaron y fueron represaliados por la dictadura. Miguel Á. Peña Muñoz escribe «*Del antifranquismo al Ayuntamiento: relaciones entre comunistas y cristianos en Córdoba*». Recopila y analiza la evolución del PCE cordobés durante el tardofranquismo y sus relaciones con los movimientos cristianos, que culminaron con el triunfo en las primeras elecciones municipales, en 1979, de la candidatura encabezada por el carismático Julio Anguita. Finaliza la sección y el presente número de *Nuestra Historia* con la habitual biografía. En este caso, el protagonista es el guerrillero asturiano Casto García Roza, al que su autor, Pablo Alcántara, añade «*pasado (¿y futuro?) héroe de España*», con un deseo que suscribimos, todas y todos quienes participaron en la guerrilla para combatir a la dictadura franquista tengan, al menos, el mismo reconocimiento con el que cuentan en Francia, como luchadores contra el fascismo.

Dimensiones transnacionales del comunismo italiano durante la Guerra Fría

Xavier María Ramos Diez-Astrain

Universidad Complutense de Madrid

Emanuele Treglia

Universidad Complutense de Madrid

Eduardo Abad García

Universidad de Oviedo

En abril de 1964, en Bolonia, el Consejo Federativo de la Resistencia y el Ayuntamiento de la ciudad, gobernado por el Partido Comunista Italiano (Partito Comunista Italiano, PCI), decidieron dedicar las celebraciones por el aniversario de la Liberación a la solidaridad con el antifranquismo. En este sentido, se organizaron diversas iniciativas: entre ellas, una manifestación en Piazza Maggiore que contó con la presencia de Ángela Grimau y Juan Modesto, un encuentro con intelectuales españoles exiliados como Rafael Alberti y Marcos Ana y una exposición de obras de Agustín Ibarrola, quien en ese momento se encontraba preso en la cárcel de Burgos. Comentando estos eventos, en *l'Unità* se subrayaba la «ligazón ideal» que conectaba la Resistencia italiana con la lucha por una



Mitin conjunto del PCF y del PCI en París, junio de 1976 (Archives départementales de la Seine-Saint-Denis).

España democrática^[1]. Asimismo, un cartel difundido entonces por la Federación Bolognesa del PCI afirmaba:

Este dossier se ha realizado en el marco del proyecto I+D «La construcción europea desde el sur. De la ampliación mediterránea a la ampliación al norte (1986-1995): los contornos de la europeización en perspectiva comparada» (PID2020-113623GB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

1.- «Bologna: solidarietà con il popolo spagnolo», *l'Unità*, 14 de abril de 1964.

«Una vanguardia de comunistas boloñeses, entre 1936 y 1939, participó en las Brigadas Internacionales para luchar contra el general Franco. Hoy, más de cien mil comunistas de Bolonia y provincia, orgullosos de su tradición antifascista e internacionalista, adhieren con entusiasmo a la manifestación de solidaridad con los españoles antifranquistas. [...] Contra los autoritarismos que resurgen y la permanencia de viejos regímenes reaccionarios, los comunistas propugnan unidad y acción para promover el avance en toda Europa [...] de las conquistas del antifascismo»^[2].

La anécdota reseñada muestra cómo, durante la Guerra Fría, el PCI unía, a nivel ideal y práctico, referencias nacionales con objetivos que trascendían las fronteras italianas. Es decir, al mismo tiempo que se configuraba como uno de aquellos partidos comunistas de Europa Occidental que, según ha señalado Enzo Traverso, actuaban como auténticas «contrasociedades»^[3], fue desarrollando una considerable dimensión transnacional.

Esto no ha de extrañar al lector con una mayor o menor aproximación al fenómeno comunista. Los estudios transnacionales sobre el comunismo están en auge toda vez que se ha constatado que quizás se trate del movimiento político y social más claramente transnacional del siglo XX, con espacios de integración permanentes como la Internacional Comunista (Komintern,

1919-1943) y la Oficina de Información de los Partidos Comunistas (Kominform, 1947-1956) o, a partir de la desaparición de estas estructuras, con espacios no permanentes como las conferencias mundiales de partidos comunistas y obreros celebradas periódicamente. Como ha señalado Silvio Pons, «la idea leninista de la revolución mundial, la visión del imperialismo como sistema mundial, la conexión entre la sociedad de masas y el concepto transnacional de la política constituyeron rasgos originales y fundadores de la ideología y la experiencia comunistas»^[4].

En esa línea, reflexiones como las de Serge Wolikow contribuyen a situar la esfera de estudio del comunismo en el terreno global, con una mirada de larga duración, proponiendo interrelacionar perspectivas micro y macro para el análisis de la dialéctica entre lo internacional y lo local y examinar las diferentes transferencias entre comunistas de todo el planeta^[5]. Existen, asimismo, suficientes trabajos que parten de esta perspectiva como para considerar el enfoque transnacional algo probado y que rinde generosos frutos. Brigitte Studer ha abordado cómo, a mayores de la dimensión estrictamente internacional de la Komintern y las dimensiones nacionales de sus partidos integrantes, existía una dimensión transnacional apoyada en toda una serie de intercambios entre sus integrantes (a quienes dedica, principalmente, su

2.- Federación de Bolonia del PCI, «Cittadini», abril 1964, Inventario 2248, Manifesti 1964/027, Fondazione Gramsci Emilia-Romagna, <https://www.manifestipolitici.it/Sebi-naOpacGramsci/resource/cittadini-unavanguardia-di-comunisti-bolognesi-fra-il-1939-accorse-nelle-brigate-internazionali-in-l/GRA00005020> (consulta: 26 de abril de 2025).

3.- Enzo Traverso, *Revolución. Una historia intelectual*, Madrid, Akal, 2022, p. 488. Sobre el PCI como contrasociedad, véase también el clásico estudio de Marc Lazar, *Maisons rouges*, París, Aubier, 1992.

4.- Silvio Pons, *The Global Revolution. A History of International Communism 1917-1991*, Oxford, Oxford University Press, 2014, p. XII.

5.- Serge Wolikow, «Historia del comunismo. Nuevos archivos y nuevas miradas», en Elvira Concheiro Bórquez, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM, 2007, pp. 27-40, p. 34; Serge Wolikow, «Problèmes méthodologiques et perspectives historiographiques de l'histoire comparée du communisme», *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique* [en línea], 112-113 (2010), parágrafo 6, <http://journals.openedition.org/chrhc/2116>.

estudio)^[6]. Siguiendo su estela y la de otras investigaciones, Oleksa Drachewych ha recalorado cómo la Komintern, lejos de ser un aparato que vehiculaba las directrices de Moscú a los distintos partidos comunistas en el periodo de entreguerras (y, a la inversa, de canalización de informaciones desde éstos hasta el centro), articulaba de forma transfronteriza a estos partidos, sus ideas y sus integrantes^[7]. Autores como Hermann Wentker o Constantin Iordachi y Péter Apor han abordado las problemáticas del estudio transnacional del comunismo en el poder en Europa del Este, profundizando en dimensiones tales como la dialéctica entre lo local y lo global, las relaciones entre los distintos Estados socialistas o la relación entre el poder comunista y sus sociedades y aparatos estatales^[8]. Esta manera de concebir el estudio del comunismo, asimismo, se está trasladando, en tiempos recientes, a las investigaciones sobre el comunismo español y los partidos comunistas en el poder en Europa del Este^[9].

6.- Véase Brigitte Studer, *The Transnational World of the Cominternians*, Londres, Palgrave Macmillan UK, 2015.

7.- Oleksa Drachewych, «The Communist Transnational? Transnational studies and the history of the Comintern», *History Compass*, 17/2 (2019), pp. 1-12, p. 2, <https://doi.org/10.1111/HIC3.12521>. El ya mencionado Wolikow también ha escrito sobre esta dimensión transnacional de la Komintern: Serge Wolikow, «The Comintern as a World Network», en Silvio Pons y Stephen A. Smith (eds), *The Cambridge History of Communism. Volume I. World Revolution and Socialism in One Country 1917-1941*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, pp. 232-255.

8.- Véase: Hermann Wentker, «Außenpolitik oder transnationale Beziehungen? Funktion und Einordnung der Parteibeziehungen der SED», en Arnd Bauerkämper y Francesco di Palma (eds), *Bruderparteien jenseits des Eisernen Vorhangs. Die Beziehungen der SED zu den kommunistischen Parteien West- und Südeuropas (1968-1989)*, Berlín, Christoph Links, 2011, pp. 29-47; Constantin Iordachi y Péter Apor, «Introduction. Studying Communist Dictatorships: From Comparative to Transnational History», *East Central Europe*, 40 (2013), pp. 1-35, <https://doi.org/10.1163/18763308-04001016>.

9.- Por ejemplo: Eduardo Abad García y Xavier María Ra-

El propio fenómeno italiano no es ajeno a las miradas transnacionales. Efectivamente, la historiografía ha prestado una considerable atención a la extensa red de contactos y conexiones internacionales que el PCI, gracias también a su condición de mayor partido comunista occidental, fue cultivando a lo largo de la Guerra Fría. Mientras algunos estudios se han centrado específicamente en cómo el PCI se relacionó con la URSS o en la actitud que adoptó hacia determinadas crisis y problemáticas del bloque soviético^[10], otros han puesto el foco en su intento de promover, sobre todo desde finales de los sesenta, un nuevo tipo de internacionalismo que rompiera con las lógicas bipolares^[11]. En este sentido, se han analizado no solo sus interacciones con otros partidos comunistas de Europa Occidental como el francés, el español o el portugués^[12], sino también el

mos Diez-Astrain (eds.), *Desencanto y Disidencia. Estudios sobre la crisis del comunismo en España*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2023; Eduardo Abad García y Xavier María Ramos Diez-Astrain, «Between Orthodoxy and the Reason of State: An Approach to the Ups and Downs in the Relations between the Communist Parties of Eastern Europe and Spanish Communism (1968-1989)», *Istoriya*, 15/12 (146), Parte 1 (2024), <https://doi.org/10.18254/S207987840033488-5>.

10.- Véanse, entre otros: Elena Aga Rossi y Victor Zaslavsky, *Togliatti e Stalin. Il Pci e la politica estera staliniana negli archivi di Mosca*, Bolonia, il Mulino, 1997; Alexander Höbel, «Il Pci nella crisi del movimento comunista internazionale tra Pcus e Pcc (1960-1964)», *Studi Storici*, XLVI/2 (2005), pp. 515-572; Valentine Lomellini, *L'appuntamento mancato. La sinistra italiana e il dissenso nei regimi comunisti (1968-1989)*, Florencia, Le Monnier, 2010.

11.- Una obra de referencia en este sentido es la de Silvio Pons, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006.

12.- Marco Di Maggio, *The Rise and Fall of Communist Parties in France and Italy. Entangled Historical Approaches*, Basingstoke, Palgrave-McMillan, 2021; Michelangelo Di Giacomo, ««Prospettive «eurocomunista». La strategia del Pci e i rapporti col Pce negli anni Settanta», *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 2 (2011), pp. 173-203; Emanuele Treglia, «La revolución y sus problemas. El Partido Comunista Italiano (PCI) ante el escenario portugués

diálogo que estableció con actores externos al movimiento comunista como, por ejemplo, la Internacional Socialista^[13]. Además, diversas investigaciones han abordado las políticas desarrolladas por el PCI en el marco del proceso de integración europea^[14], así como sus contactos con partidos y movimientos de África, Asia y América Latina^[15]. Cabe mencionar que, en una obra relativamente reciente, Silvio Pons ha trazado un balance de la dimensión internacional del PCI, haciendo hincapié en la necesidad de abordar la historia del internacionalismo y del cosmopolitismo de los comunistas italianos teniendo en cuenta sus nexos e interacciones con las visiones de soberanía, comunidad e identidad que surgían de múltiples ámbitos intelectuales y políticos nacionales^[16].

Precisamente, la importancia de esta mirada transnacional a la hora de analizar el comunismo italiano es el elemento central que sirve de hilo conector a los distintos artículos del dossier que nos encontramos presentando y que tuvo su origen en el congreso internacional «Comunismo transnacional en Europa durante la Guerra

Fría», celebrado los días 30 de noviembre y 1 de diciembre de 2023 en la Universidad Complutense de Madrid. Se trata de un total de cinco textos que recogen aspectos poco trabajados sobre esta temática o que, volviendo a replantearse viejos problemas sobre el PCI, lo hacen en esta ocasión desde nuevas y estimulantes perspectivas. Otro elemento que hace destacar al presente dossier —y del que estamos especialmente orgullosos— es el plantel intergeneracional de autores, donde conviven veteranos historiadores que se han convertido en referentes indiscutibles de la historiografía sobre los comunistas italianos con investigadores noveles que se encuentran en las primeras etapas de su investigación doctoral. Esta variedad permite hacer una síntesis superadora del estado de la cuestión, ofreciendo interesantes reflexiones historiográficas que esperamos que tengan su impacto entre la comunidad académica y la militancia interesada por la historia de los comunistas italianos.

El ensayo que abre este dossier es obra de Fabio Calé (Universidade Nova de Lisboa) y lleva por título «Dimitrov 1982: identidad, memoria y estrategia. La cultura política de los comunistas en España, Italia y Portugal a través de los actos en conmemoración del secretario de la Internacional Comunista». En sus páginas, Calé se centra en la figura del mitificado dirigente búlgaro George Dimitrov con ocasión de las conmemoraciones celebradas en torno a la celebración del centenario de su nacimiento. En este sentido, este autor se adentra en los debates y las controversias existentes en torno a la memoria del dirigente de la Komintern en un momento clave para el movimiento comunista europeo como fue el de la crisis del fenómeno eurocomunista en los años ochenta. Para ello, analiza los diferentes matices existentes en los eventos celebrados para tal ocasión a un lado y otro del Te-

(1974-1975)», *Historia Actual Online*, 66 (2025), pp. 141-60, <https://doi.org/10.36132/2zkdqe05>.

13.- Michele Di Donato, *I comunisti italiani e la sinistra europea*, Roma, Carocci, 2015.

14.- Mauro Maggiorani, *L'Europa degli altri. Comunisti italiani e integrazione europea (1957-1969)*, Roma, Carocci, 1998; Paolo Ferrari, *In cammino verso Occidente. Berlinguer, il Pci e la Comunità Europea negli anni '70*, Bologna, CLUEB, 2007; Marco Di Maggio, «L'Europa di Berlinguer», en Maurizio Ridolfi (ed.), *Enrico Berlinguer, la storia e le memorie pubbliche*, Roma, Viella, 2022, pp. 47-72.

15.- Marco Galeazzi, *Il Pci e il movimento dei paesi non allineati (1955-1975)*, Milán, FrancoAngeli, 2011; Paolo Boruso, *Il PCI e l'Africa indipendente. Apogeo e crisi di un'utopia socialista (1956-1989)*, Florencia Le Monnier, 2009; Onofrio Pappagallo, *Verso il nuovo mondo. Il PCI e l'America Latina (1945-1973)*, Milán, FrancoAngeli, 2017.

16.- Silvio Pons, *I comunisti italiani e gli altri. Visioni e legami internazionali nel mondo del Novecento*, Turín, Einaudi, 2021.

lón de Acero, así como las diferencias existentes en otro tipo de productos culturales elaborados en ese contexto; en concreto, una película y un cómic.

A continuación, Mauro B. Milano (Università degli studi Roma Tre) nos presenta un texto titulado «¡Sí, sí, sí... Dolores a Roma! ‘Pasionaria’, el PCI y el PCE en la Transición». En esta ocasión, Milano analiza en profundidad el homenaje por el 80.º aniversario de Dolores Ibárruri organizado en Roma por el PCI en 1975. El autor interpreta dicho evento como una manifestación simbólica de gran relevancia dentro del sistema de relaciones transnacionales del comunismo europeo en su fase de inicio de la ruptura con el modelo soviético. Más allá de los límites del evento en sí, Milano acierta en resaltar cómo el PCI reaprovechó la figura de la Pasionaria —por su vinculación a la resistencia española y al antifascismo— como un icono político sacralizado, integrándola en el marco de una liturgia laica. Además, este proceso se inscribió dentro de un contexto especialmente significativo: el surgimiento del fenómeno eurocomunista y el fortalecimiento de las relaciones PCI-PCE. Por lo tanto, este acto se habría convertido en un punto clave dentro de la estrategia de legitimación cruzada, a través de la cual ambos partidos pretendían reafirmar su nueva identidad como comunistas en Europa occidental.

El tercer texto es fruto de la autoría de Alexander Höbel (Università di Sassari). Bajo el título «El eurocomunismo, las transformaciones del Estado, la cuestión de la democracia», este autor ofrece un análisis histórico de la evolución del pensamiento del PCI sobre dos conceptos cruciales en la estrategia comunista: el Estado y la democracia. Para ello, realiza un recorrido que le lleva desde los primeros debates de los años treinta hasta las grandes aportaciones de finales de los setenta.

A partir de las contribuciones de dirigentes de la talla de Gramsci o Togliatti, el partido de los comunistas italianos habría logrado ir construyendo un corpus doctrinal de carácter original que los llevaría a reorientar su política hacia nuevos objetivos, que pasaban por la transformación democrática y gradual del Estado burgués. Esta nueva línea teórica y estratégica tendría su máximo apogeo durante la dirección de Berlinguer en los años setenta. Lejos de ser un proceso aislado, Höbel señala con acierto su carácter transnacional al recalcar el papel desarrollado por otros partidos, como el francés o el español, durante la búsqueda de esta nueva identidad.

El cuarto artículo, «Respuestas comunistas italianas y francesas al Informe Brandt», ha sido escrito por Andrea Della Polla (Università di Roma Tor Vergata). En sus páginas, Della Polla se centra en analizar el impacto que tuvo para los comunistas italianos y franceses el conocido como «Informe Brandt», habida cuenta del papel desarrollado por el excanciller y líder internacional socialista alemán en su elaboración en el año 1980. Dicho informe resultó de mucho interés en su momento, ya que analizaba las desigualdades norteamericanas en la coyuntura de la última etapa de la Guerra Fría. El texto resultó decisivo para el PCI y el PCF por cuestiones que se relacionaban directamente con las políticas de alianzas en un mundo con cada vez nuevos actores. En este sentido, resulta de mucho interés repasar las polémicas y los debates sobre las visiones existentes entre ambos partidos al calor de las reflexiones sobre aspectos tan importantes como el papel de la socialdemocracia o los países del Tercer Mundo.

Por último, Daniel Sierra Suárez (Universidad de Oviedo) nos trae los primeros resultados de su prometedora investigación doctoral. En su artículo, titulado «De

lo nacional a lo vecinal: las fiestas de *l'Unità* y su impacto territorial (1945-1991)», nos ofrece un recorrido por los aspectos más relevantes de la fiesta del PCI. Para ello, este autor reflexiona sobre la evolución de dichos eventos durante la segunda mitad del siglo XX más allá de lo estrictamente festivo, centrándose especialmente en su capacidad para vertebrar las organizaciones territoriales y reafirmar la identidad de su militancia construyendo importantes redes de trabajo voluntario. Además, también se adentra con acierto en el papel de estas fiestas a la hora de generar espacios de encuentro transnacional donde se lograba poner en conexión los aspectos más globales del movimiento comunista con sus bases locales.

A modo de cierre y tratando de conectar con lo que exponíamos al inicio de esta breve introducción, nos gustaría que este dossier sirviera sobremanera para poner en valor lo interconectadas que estuvieron realmente las diferentes experiencias comunistas de Europa Occidental con el caso italiano. En esta línea, creemos que este dossier debe entenderse como una humilde contribución a los presentes y futuros debates historiográficos sobre el alcance de lo transnacional en el marco del estudio del comunismo europeo durante las fases finales de la Guerra Fría: una coyuntura donde la circulación de elementos culturales y materiales parece haber sido mucho más intensa de lo que tradicionalmente se ha señalado y sobre lo que aún queda mucho por estudiar.

Dimitrov 1982: identidad, memoria y estrategia en la cultura política de los comunistas españoles, italianos y portugueses*

Dimitrov 1982: identity, memory and strategy in the political culture of Spanish, Italian and Portuguese communists

Fabio Calè

Universidade Nova de Lisboa

Resumen

En 1982, con ocasión del centenario del nacimiento de Dimitrov, el PCE, el PCI y el PCP acudieron a Sofía a una conferencia teórica internacional en la que el PCUS pretendió reafirmar los cánones del internacionalismo proletario. En otras dos conferencias, celebradas en Roma y Madrid, se debatieron también las raíces históricas del eurocomunismo. Analizando las conferencias y dos productos culturales vinculados a la conmemoración —una película de Juan Antonio Bardem y un cómic de José Ruy— podemos explorar la relación entre identidad, memoria y estrategia en la cultura política de los comunistas de principios de los años ochenta.

Palabras clave: comunismo, internacionalismo proletario, cultura política, historia cultural, eurocomunismo.

Abstract

In 1982, to mark the centenary of the birth of Dimitrov, the PCE, the PCI and the PCP travelled to Sofia for an international theoretical conference through which the CPSU intended to reaffirm the canons of proletarian internationalism. Two other conferences, held in Rome and Madrid, focused on the historical roots of Eurocommunism. Through the analysis of these conferences and of two cultural products linked to the anniversary, a film by Bardem and a comic book by José Ruy, we can explore the relationship between identity, memory and strategy in the political culture of communists in the early 1980s.

Keywords: communism, proletarian internationalism, political culture, cultural history, Eurocommunism.

Este artículo forma parte del proyecto de investigación «A vitória não é certa. The Soviet Myth and the Political Culture of Communists in Italy, Portugal and Spain (1976-1991)», para el doctorado de Historia en el IHC - NOVA FCSH / IN2PAST. Este trabajo es financiado con fondos nacionales a través de la FCT- Fundação para a Ciência e a Tecnologia, I.P., en el marco del proyecto con el identificador DOI: <https://doi.org/10.54499/2022.14702.BD>.

En junio de 1982, con ocasión del centenario del nacimiento de Georgi Dimitrov, 140 delegaciones de partidos comunistas —y otros— convergieron en Sofía para celebrar, en palabras de Zivkov, «al notable revolucionario de tipo leninista, al ilustre hijo de Bulgaria, a la carne de la carne de la clase obrera búlgara, al talentoso discípulo del fundador de nuestro partido marxista revolucionario Dimítar Blagoev»^[1]. Además de la conferencia de Sofía, se realizaron otras dos conferencias dedicadas al héroe del Proceso de Leipzig y secretario de la Internacional Comunista en Madrid y en Roma, organizadas por el Instituto Gramsci y la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM).

Analizaré en este artículo algunos contenidos y formas del acercamiento del Partido Comunista de España (PCE), el Partido Comunista Italiano (PCI) y el Partido Comunista Portugués (PCP) a las celebraciones del centenario del nacimiento de Dimitrov, centrándome en las tres conferencias y en dos productos culturales vinculados al ciclo conmemorativo: la película *La advertencia — Die Mahnung* de Juan Antonio Bardem (1982) y el cómic *Jorge Dimitrov: Herói internacionalista* de José Ruy (1985).

Las cuestiones que pretendo poner de relieve son:

1) El modo en que los tres partidos se midieron, en el seno de la conferencia internacional, ante el internacionalismo proletario y la figura de Dimitrov, dotada de una carga simbólica todavía muy fuerte y de un legado teórico-político de importancia decisiva e interpretación discutida.

2) La representación del héroe socialista modélico en dos productos culturales, ambos destinados a un público amplio.

3) La manera en la que la figura de Dimitrov, analizada desde una perspectiva teórico-política y con fuertes aportaciones historiográficas en las conferencias de Roma y Madrid, es utilizada en relación con el eurocomunismo y con las condiciones políticas concretas de los partidos español e italiano.

Consideraciones iniciales: identidad, memoria y estrategia

La complejidad de la figura de Dimitrov, la centralidad del VII Congreso de la Internacional Comunista en la definición de la estrategia política y de la identidad de los partidos comunistas occidentales, el aislamiento político que a principios de los años ochenta caracterizaba tanto la condición de los dos partidos que más se habían distinguido como abanderados del eurocomunismo y de la autonomía con respecto a Moscú (PCE y PCI), como la del partido occidental más cercano a los países del Este (el PCP), son elementos que pueden ayudar a interpretar la relación entre identidad, memoria y estrategia en un contexto marcado por los acontecimientos polacos, la crisis de los euromisiles y el crecimiento del movimiento pacifista.

En la cultura política de los comunistas, el papel de la memoria fue central a la hora de determinar las características fundacionales de una visión del mundo y de una identidad colectiva, correlacionadas siempre con una estrategia política anclada en el presente y orientada a la construcción del futuro. El mito fundacional, que para los tres partidos aquí considerados consistió en un acontecimiento histórico global correlacionado con un proceso histórico local, fue objeto de un constante proceso de reelaboración en el que entraron en juego dimensiones diferentes y una pluralidad de actores.

1.— *L'oeuvre de George Dimitrov et le monde contemporain. Conférence théorique à l'occasion du 100e anniversaire de la naissance de Georgi Dimitrov*, Sofía, Sofia-presse 1983, p. 10.

La utopía racional, en la que la ciudad ideal, la sociedad sin clases, se representa como el resultado necesario de la historia, se nutrió de la dialéctica entre la interpretación científica, el análisis objetivo del presente y la adaptación progresiva de los relatos del pasado, encaminados, por una parte, a la definición de una estrategia política y, por otra, a la confirmación o actualización de las leyes del desarrollo histórico definidas por el marxismo-leninismo, en su versión clásica. Sin embargo, dado que tanto la cultura política como el papel de la memoria se estructuran a partir de un contexto relacional^[2], es necesario analizarlo en toda su complejidad.

En la Conferencia Internacional de Sofía de 1982, por ejemplo, y más en general en el ciclo conmemorativo dedicado a Dimitrov, fue posible observar la elaboración simultánea de representaciones del pasado divergentes no sólo en la interpretación del legado de Dimitrov desde un punto de vista teórico-político, sino también en la concepción de la relación entre pasado y presente. El objeto de estas representaciones, Dimitrov, fue ciertamente uno de los protagonistas de la historia del movimiento obrero y de la Internacional Comunista de los años treinta y cuarenta, el teórico del VII congreso y de las democracias populares, pero fue también y sobre todo el «León de Leipzig», el héroe antinazi por antonomasia. Constituyó, por tanto, un mito unificador que, a diferencia de varios otros elementos de la matriz internacionalista en los inicios de los años ochenta, continuó interpelando a todos los actores presentes en la conferencia.

En efecto, fue a partir del carisma del héroe, del hombre que solo y encadenado derrotó a Goering y a Goebbels en la propia

Alemania, que los soviéticos construyeron, como veremos, una actualización del pasado destinada a restaurar el papel guía de Moscú, presentado no como un principio jerárquico explícito, sino como un resultado necesario de la solidaridad internacionalista. Si consideramos el mismo contexto y objeto desde la perspectiva del PCE, el PCI y el PCP, nos encontramos ante tres enfoques diferentes, tanto en los contenidos de la representación, como en la calidad de los actores llamados a interpretarla. Lo mismo sucede cuando analizamos las representaciones colaterales que tienen lugar en los contextos de origen de los tres partidos.

De camino a Sofía: el escenario y las reuniones

Para los partidos comunistas, el año 1982 se abrió con las consecuencias inmediatas de la crisis polaca^[3]; Reagan acababa de lanzar su desafío en un conocido discurso en Westminster^[4], y Brézhnev se dispo-

3.- La crisis polaca comenzó en agosto de 1980 con una huelga en los astilleros de Gdansk -que ya habían sido escenario de una revuelta obrera y una violenta represión en 1970-, seguida de un acuerdo entre el gobierno polaco y Solidarność, el sindicato autónomo de base fundado por Lech Walesa. A lo largo de 1981, la creciente visibilidad, influencia y proyección política de Solidarność suscitó gran inquietud dentro y fuera de Polonia, lo que llevó al general Jaruzelski a tomar la decisión de proclamar el estado de sitio e iniciar la represión del sindicato. Para observar el impacto del acontecimiento en los eurocomunistas, véase, para el PCI, Silvio Pons y Michele Di Donato, «Reform Communism», en Juliane Fürst, Silvio Pons y Mark Selden (eds.), *The Cambridge History of Communism, Vol. 3: Endgames? Late Communism in Global Perspective, 1968 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, p. 193; para el PCE, José M. Faraldo, «Entangled Eurocommunism: Santiago Carrillo, the Spanish Communist Party and the Eastern Bloc during the Spanish Transition to Democracy, 1968-1982», *Contemporary European History*, 26/4 (2017), pp. 663-665.

4.- Discurso pronunciado el 8 de junio de 1982 en Londres: «It's the Soviet Union that runs against the tide of history, by denying human freedom and human dignity to its citizens», <https://www.youtube.com/>

2.- Myron J. Aronoff y Jan Kubik, *Anthropology & Political Science: A Convergent Approach*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2012, p. 82.

nía a presentar ante la Asamblea General de las Naciones Unidas una posición que pretendía relanzar la imagen de la URSS como paladín de la paz, mientras el movimiento pacifista se extendía en Occidente.

La crisis polaca, en particular, marcó una nueva fractura entre los eurocomunistas^[5] —cada vez más PCI y PCE, y cada vez menos Partido Comunista Francés (PCF)— y el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). En el partido italiano, no sólo la famosa declaración de Berlinguer sobre el «agotamiento del impulso propulsor de la revolución de octubre», sino también una sesión muy intensa del Comité Central^[6], en la que se debatió una carta muy dura del órgano homólogo del PCUS^[7], y una polémica publicada en las columnas de *Rinascita* y *Kommunist*^[8], marcaron el acontecimiento de una ruptura que, en el imaginario, permaneció ligada a la definición del secretario, y a menudo se interpretó como un punto de no retorno.

En los primeros meses del año, en las reuniones bilaterales del PCI con los partidos español y portugués —así como con el

partido búlgaro, con vistas a la Conferencia de Sofía— el tema polaco siguió siendo uno de los primeros y principales objetos de confrontación, aunque en las conversaciones surge una atenuación de las tensiones. También se vislumbra, por parte del PCI, un intento no sencillo, pero nunca interrumpido, de encontrar un equilibrio entre la necesidad de obstaculizar un retorno a formas de coordinación internacional hegemónicas por Moscú, sin por ello llegar a una ruptura formal con el PCUS y los demás partidos de Europa del Este^[9].

Las discusiones con el PCE, y las relaciones que le conciernen, se refieren esencialmente a su crisis política, ya crónica y a punto de encontrarse con el desastroso resultado de las elecciones de otoño, que cerrarán la Transición con el triunfo de los socialistas de González y la dimisión de Carrillo. Adriano Guerra está en Madrid inmediatamente después de las elecciones andaluzas, para la conferencia de la FIM sobre Dimitrov; en su nota enviada a la secretaria del PCI describió las impresiones que le causaron sus conversaciones con Carrillo y Azcárate. El juicio de sus interlocutores sobre las razones de la derrota andaluza fue «claramente insuficiente». Guerra se mostraba escéptico ante la teoría de que los votos socialistas eran «prácticamente nuestros», un fenómeno coyuntural debido al miedo, a la crisis, por no hablar del abstencionismo de los prosoviéticos. Atento a subrayar los «excesos del eurocomunismo» de Azcárate y otros, observaba:

«Lo que me llamó la atención fue el profundo desentendimiento del problema que

[watch?v=Gm35tFTsuc&ab_channel=ReaganLibrary](https://www.youtube.com/watch?v=Gm35tFTsuc&ab_channel=ReaganLibrary) (consulta: 18 de marzo de 2025)

5.— Para una revisión de la vasta literatura crítica sobre el eurocomunismo, véase la reciente contribución de Victor Strazzeri, «Forging socialism through democracy: a critical review survey of literature on Eurocommunism», *Twentieth Century Communism*, 17 (2019), pp. 26-66.

6.— «Il dibattito sulla relazione di Berlinguer», *l'Unità*, 14 de enero de 1982.

7.— PCUS, «Lettera al Comitato Centrale del PCI», 5 de enero de 1982, Estero, Archivi della Fondazione Gramsci (AFG), Archivi Pci (APCI). Agradezco a la Fondazione Istituto Gramsci, y en particular a Giovanna Bosman, Francesco Giasi y Cristiana Pipitone, su gran ayuda y amabilidad al acompañar mi investigación.

8.— «L'articolo del Kommunist» («Una via scivolosa»), *Rinascita*, 5 (5 de febrero de 1982), p. 15. La respuesta soviética iba dirigida no sólo al informe de Berlinguer al Comité Central, sino también a un editorial de *l'Unità* que salió al día siguiente de la proclamación del estado de sitio: «La riflessione deve andare fino in fondo», *l'Unità*, 15 de diciembre de 1981, p. 1.

9.— Cabe señalar que, una semana antes de la Conferencia de Sofía, tuvo lugar otro intercambio de cartas sobre el movimiento pacifista, en el que se puede leer un intento del PCUS de recuperar un *modus vivendi* con el PCI, que reafirmó sus posiciones. Véase PCUS, «Cartas PCI-PCUS», 10 de junio de 1982, Estero, AFG, APCI.

representa lo que piensa el partido, su base. Un desentendimiento que también es evidente si se observa la relación entre la actual dirección y el grupo de «renovadores» expulsados del partido o de los órganos de gobierno. Cuando uno se enfrenta a este problema con Carrillo y con Azcárate (pero en mayor medida, a decir verdad, con el primero) entra de golpe en un terreno de irracionalidad. [...] Me parece, sin embargo, que hay dos factores distintos en el origen de la crisis: la cuestión vasca (que es también una actitud frente al terrorismo) y el drama de un partido que, por decirlo brevemente, se ha hecho eurocomunista sin haber sido nunca —por razones obvias— un «partido de nuevo tipo», sin haber tenido un Togliatti^[10]».

Los encuentros con el PCP, uno en Roma en enero y otro en Lisboa en abril, dieron lugar a una amplia confrontación sobre los temas del internacionalismo y las relaciones entre partidos, la concepción del socialismo y la propia crisis polaca^[11]. En la segunda ocasión, se enfrentaron principalmente Alvaro Cunhal y Paolo Bufalini. Cunhal puso los temas sobre la mesa: proceso revolucionario mundial, países socialistas, relaciones entre partidos comunistas bajo el epígrafe «existencia o inexistencia del movimiento comunista internacional». Bufalini respondió: «Nuestro internacionalismo no es formal ni retórico, sino efectivo», y menciona la paz, El Salvador, Sudá-

frica. Tras nuevos intercambios de golpes sobre la conferencia mundial de partidos y las reuniones eurocomunistas, leídas siempre polémicamente desde una perspectiva nacional por Cunhal, surgieron intentos por parte de ambos de asumir una actitud, al menos formalmente, dispuesta a reconocer algunas de las razones de los demás. Bufalini hizo una interpretación en parte tranquilizadora de las últimas posiciones del PCI: «Es bueno aclarar el significado del agotamiento del empuje propulsor». Después de recordar los errores sistemáticos que siguieron al XX Congreso del PCUS, y las consiguientes críticas del PCI, explicó:

«No negamos los aspectos positivos. No metemos todo en el mismo saco. No decimos que esos países no tengan posibilidades de desarrollo: al contrario, lo exigimos, incluso con nuestras propias críticas. Decimos que, «entre nosotros», el impulso propulsor ya no procede de esos modelos. Tenemos que recorrer otros caminos, superar el desajuste histórico que se produjo en los años veinte con la victoria de la Revolución de Octubre y la derrota del movimiento obrero de Europa occidental (*cita a Lenin*)^[12]».

Cunhal partió, sin duda, de otro punto de vista, pero le importaba desmentir la imagen de un prosovietismo acrítico:

«Países socialistas: sus experiencias son importantes. Buenas y malas, pero si nosotros hubiéramos conseguido ya esos resultados, tendríamos una situación mucho mejor. [...] Cuando digo que no hay que copiar, quiero decir también lo siguiente: ha habido crisis graves en esos países, ningún partido comunista puede seguir su camino, porque traería crisis en otros lugares. Es

10.- Adriano Guerra, «Relazione» (Informe), 16 de junio de 1982, Estero, Spagna, AFG, APCI.

11.- Acerca de la posición del PCP sobre la crisis polaca, véanse dos artículos publicados en la revista del partido. El primero, de enero de 1981, es más analítico; el segundo, tras la proclamación del estado de sitio, es más defensivo, pero ambos están sustancialmente orientados a situar en primer plano la denuncia de la campaña imperialista: «Algumas questões sobre a situação na Polónia e as manobras subversivas da reacção e do imperialismo», *O Militante*, 67 (1981), pp. 11-17; «Ainda sobre a Polónia», *O Militante*, 79 (1981), pp. 7-10.

12.- «Riunione PCI-PCP», 21-22 de abril de 1982, Estero, Portugallo, AFG, APCI.

necesario examinar las causas profundas de esas crisis, no hay que cerrar los ojos ante ellas. Otra cosa es el análisis específico de cada situación y cómo salir de ella»^[13].

Sobre Polonia interpretaba: el PCP no apoya, pero «mira con comprensión»; aunque tenemos muchas preocupaciones, «no daremos a conocer todo lo que pensamos; debemos sobre todo luchar contra la campaña antipolaca y anticomunista en Portugal». Por último, no pudo resistirse a la costumbre de los eurocomunistas italianos de citar a Lenin:

«Me gustaría decir algo sobre Lenin: él pensaba que los países coloniales no podrían obtener la independencia si los países colonialistas de Europa no llevaban a cabo antes la revolución socialista. La realidad fue muy diferente. La historia tiene más imaginación que las teorías, incluso que aquellas científicas como la de Lenin^[14]».

En Sofía: la conferencia teórica internacional

Borís Nikoláievich Ponomariov, miembro adjunto del Politburó y secretario del CC del PCUS, así como galardonado con el premio internacional Dimitrov, abrió los debates y durante 50 minutos no escatimó golpes contra los italianos y los españoles, condensando toda la trayectoria de Dimitrov en sus posiciones de 1948. Pero antes, como testigo que «trabajó junto a Dimitrov durante diez años», enmarcó sus características de héroe del movimiento obrero: luchador incansable, encanto irresistible, era el «modelo del verdadero comunista». La interpretación del canon heroico introdujo la actualización del teórico:

«Es un ejemplo de firmeza ideológica comunista, de penetración profunda de la esencia del leninismo, de conocimiento de la dialéctica marxista. ¿En qué consiste la vitalidad del legado ideológico de Dimitrov? Fue uno de los primeros en dar la voz de alarma sobre la amenaza de la Segunda Guerra Mundial y en indicar que las fuerzas de la paz podrían aumentar sus posibilidades «a condición de que comprendan la necesidad de unir sus fuerzas a las de este nuevo y poderoso factor de paz que es el Estado socialista soviético»^[15].

En la culminación de un crescendo de afirmaciones doctrinarias que alternaban citas de Dimitrov y Lenin para reiterar constantemente que la defensa de la URSS era el «sagrado deber internacionalista de todo comunista», ofreció al público, para estigmatizar a los críticos y disidentes, una referencia poética clásica: «Sin embargo, hay quienes han llegado a negar los logros del movimiento comunista, a oscurecer el socialismo real. ¿No nos recuerdan uno de los versos de la Canción del Halcón de Gorki: quien ha nacido para arrastrarse no puede volar?»^[16]. Los ataques explícitos a los eurocomunistas convergieron en la cuestión de la teoría, criticando aquellos partidos hermanos que renegaban del leninismo, un acto inconcebible desde un punto de vista ontológico antes que político:

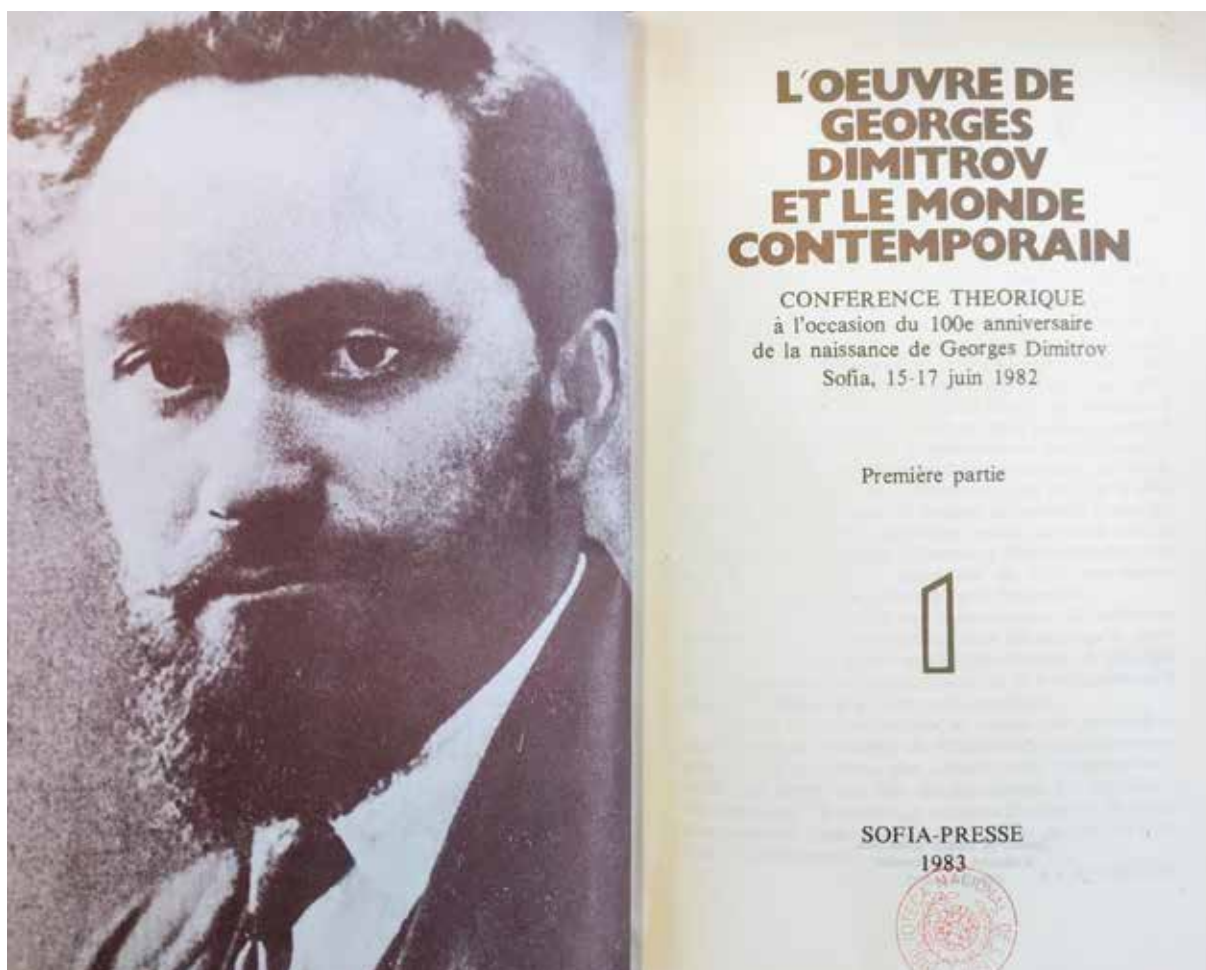
«Sólo el marxismo-leninismo permite discernir, en el caos aparente de los acontecimientos, en la infinita variedad de la realidad, lo general, lo internacional, lo fundamental. Porque la teoría marxista-leninista es ella misma la síntesis de la experiencia internacional. De este modo, la unión de

13.- *Ibidem*.

14.- *Ibidem*.

15.- *L'oeuvre de George Dimitrov et le monde contemporaine*, pp. 36-37.

16.- *Ibidem*, p. 47.



Conferencia teórica en Sofía (Biblioteca Nacional de Portugal).

los esfuerzos de los partidos hermanos será siempre una tarea de actualidad para generalizar la experiencia revolucionaria, para desarrollar la teoría del comunismo científico. El marxismo-leninismo no ha envejecido ni puede envejecer. Los comunistas lo necesitan «como el pan, el aire y el agua», dijo Dimitrov en su día»^[17].

De lo que derivaba, en el plano de la práctica, la necesidad de una «coordinación voluntaria y lo más activa posible» entre los partidos comunistas. Citando a Brézhnev en la conferencia de 1969, la independencia política de cada uno no estaba en discusión, razón de más para reafirmar los principios de solidaridad internacionalista, para de-

17.- *Ibidem*, p. 54.

nunciar un peligro real y presente:

«Oponer la política propia a la de los partidos hermanos equivale, sobre todo en la situación actual, o bien a condenarse al aislamiento en la escena internacional, o bien a someterse, voluntaria o involuntariamente, a otra fuerza internacional opuesta al socialismo»^[18].

18.- *Ibidem*, p. 55. Si el segundo resultado enunciado por Ponomariov podía resultar provocador, el primero suscitaba inquietudes generalizadas incluso en la base de los partidos eurocomunistas. Véase, por ejemplo, el debate entre Berlinguer y los trabajadores de Alfa Sud en enero de 1980, pocas semanas después de la invasión soviética de Afganistán: *Incontro tra Enrico Berlinguer e gli operai dell'Alfa Sud*, 14 de enero de 1980, Archivo Audiovisivo del Movimento Operaio e Democratico (AAMOD), <https://youtu.be/htCh6bF4pl8?t=450> (consulta: 18 de marzo de 2025).

Volviendo a los tres partidos, la propia identidad de los jefes de delegación dice mucho. Cunhal fue el único secretario general entre los partidos occidentales más relevantes; Zangheri, miembro del secretariado de Berlinguer y alcalde de Bolonia, era también historiador y como tal propuso sus reflexiones; Romero Marín, «El Tanque», era una figura heroica de la lucha antifranquista. En los discursos de los representantes del PCE y del PCI, era fácil leer formas de apropiación/identificación con el Dimitrov de los años 34-36 y 45-46, pero el enfoque fue completamente diferente.

Romero Marín, que informaba a la audiencia sobre la conferencia de Madrid sin citar su contenido, retomó fielmente los temas de la semblanza de Dimitrov publicada por Dolores Ibárruri, orientada a afirmar una línea de continuidad histórica, y por tanto de legitimidad política, entre el VII Congreso y la estrategia del PCE:

«Rompía con energía con el dogma estrecho de nuestro movimiento y abría a los partidos comunistas una perspectiva de actividad unitaria revolucionaria que facilitaría su transformación en fuerzas políticas de implantación nacional. (...) Su consejo permanente era ampliar la alianza antifascista, incluyendo a las fuerzas progresistas de la burguesía, a todos los sectores democráticos de España. Y esto en polémica con tendencias sectarias —aún vivas en la dirección de la I.C.— que veían en la situación española una antesala del socialismo. Dimitrov sostenía, con razón, que en España se gestaba una revolución democrática antifascista y que en el caso de que el pueblo alcanzara la victoria, España sería un Estado específico con verdadero apoyo popular. O sea, algo nuevo que se abría paso y que no podía encorsetarse en viejos moldes^[19]».

19.- Dolores Ibárruri, «Dimitrov, un revolucionario del

Romero Marín alimentó el discurso del heroísmo a través del testimonio de decenas de miles de comunistas españoles directamente inspirados por Dimitrov^[20], abordó el VII Congreso para vincularlo al caso español y concluyó con un intento de actualizar el pensamiento de Dimitrov, identificando en la amenaza nuclear y el peligro de una Tercera Guerra Mundial una razón válida para conversar con los socialistas:

«En nuestra opinión, uno de los méritos más preciados del pueblo español a los ojos de la humanidad progresista es la lucha antifascista bajo la dirección del Frente Popular. En este contexto, debemos recordar una cosa muy importante: la alianza política de las fuerzas del Frente Popular fue posible gracias a la unidad de acción, la cooperación y el entendimiento entre comunistas y socialistas. Las condiciones históricas de hoy son diferentes de las de 1936-39; el mundo de hoy también es diferente. Pero a pesar de ello, la unidad entre comunistas y socialistas, como base de un frente amplio, es hoy, en nuestra opinión, una condición indispensable para defender la democracia y realizar las transformaciones socialistas^[21]».

Zangheri comenzó excluyendo a priori cualquier actualización del VII Congreso, pero daba a entender que enfrentarse a la historia, al fin y al cabo, nunca estaba de más. En un discurso en el que Togliatti recuperaba un papel central junto a Dimitrov, el concepto fundamental parecía ser el de dis-

siglo XX», *Mundo Obrero*, 183 (2-8 de julio de 1982), pp. 16-17.

20.- El heroísmo de Dimitrov como fuente de inspiración directa de la movilización antifascista en España es un tema recurrente, como puede verse en el acto conmemorativo de Irene Falcón diez años antes: Irene Falcón, «90º aniversario de Dimitrov», *Mundo Obrero*, 13 (8 de julio de 1972, año XLII), p. 7.

21.- *L'oeuvre de George Dimitrov et le monde contemporaine*, p. 396.

continuidad: entre el VII Congreso y el VI, entre 1935 y 1982, entre la lucha por la paz frente al nazismo y la destinada a conjurar el apocalipsis nuclear. Discontinuidad e innovación, pero también ambigüedad del VII Congreso: el equilibrio inestable entre táctica y estrategia, ciertamente dependiente de la necesidad de no cuestionar abiertamente el dogma de infalibilidad de Stalin, reflejaba también aporías, empezando por la ausencia de una búsqueda de «puntos de convergencia nuevos y duraderos con la Internacional Socialista y los partidos socialistas»^[22].

En el discurso de Zangheri, a pesar del enfoque historiográfico, emergieron implícitamente valoraciones políticas actuales: si el legado más importante del VII Congreso fue la afirmación de una lucha por la paz como prioridad absoluta y objetivo concreto, y no como instrumento de propaganda, era necesario aclarar un aspecto:

«La decisión anunciada en el VII Congreso de vincular la política de paz a la defensa de la URSS, que algunos quisieron presentar y condenar como una manifestación de «estalinismo», surgió de una situación mundial en la que la URSS estaba rodeada y amenazada por el fascismo^[23]».

Zangheri señaló, entre las muchas diferencias que distinguían el contexto de los años treinta del de principios de los ochenta, «el cambio de las relaciones de poder en el mundo y la existencia de movimientos pacifistas de dimensiones y calidad completamente diferentes». Se podía deducir, por tanto, sin salirse de los cánones de la necesidad histórica, que la lucha por la paz y el desarme no coinciden con la defensa de la URSS^[24].

22.– *Ibidem*, p. 399.

23.– *Ibidem*, p. 403.

24.– Cabe señalar que en los discursos de Ponomarev y

En Lisboa no se celebró ninguna conferencia, sólo una conmemoración promovida por la asociación Portugal-Bulgaria en presencia del embajador búlgaro. En Sofía, Cunhal situó la línea política del PCP al abrigo de la ortodoxia. La lucha por la paz, «hoy como en los años 30», coincidía con la defensa de la URSS:

«Es cierto que todas las armas nucleares son igualmente letales. Pero las armas nucleares en manos del imperialismo pueden utilizarse para hacer la guerra, mientras que las armas nucleares en manos de la URSS y de otros países socialistas no se utilizan para hacer la guerra, sino para garantizar la paz^[25]».

El frente único de la clase obrera se conseguiría en Portugal convenciendo a los (pocos) trabajadores de los sindicatos reformistas de que se liberaran de sus jefes sometidos a la patronal:

«Nuestra tarea (como señalaba Dimitrov) es persuadir a los trabajadores socialistas de la justeza de nuestra política y de la necesidad de la unidad, y de no permitir que se introduzca la ideología socialdemócrata en nuestro partido. Los dirigentes del PS que colaboran abiertamente con los peores reaccionarios rechazan cualquier contacto con nuestro partido. Pero miles de socialistas participan junto a nosotros en el poderoso movimiento popular en defensa del régimen democrático^[26]».

Por otro lado, la interpretación portuguesa de la línea del VII Congreso, de la

Zivkov, el movimiento pacifista es calificado constantemente de «movimiento antimilitarista»: la paz no puede ni debe significar equidistancia entre EEUU y la URSS.

25.– Alvaro Cunhal, «Comemorando o centenario de Dimitrov», *O Militante*, 85 (1982), p. 15.

26.– *Ibidem*, p. 16.

relación entre el frente único y el frente popular, y en particular de la cuestión de la unidad con los socialistas, siempre había sido diferente de la que prevalecía en Italia y España^[27]. Otra conocida cita dimitrovia del VII Congreso, la que afirmaba la necesidad de evitar la «emulación acrítica» y la «aplicación mecánica» de la línea del frente popular en los diferentes países, fue utilizada tanto por Romero Marín para defender la legitimidad del eurocomunismo, o más bien de la política del PCE, como por Cunhal para contrarrestar las acusaciones de sectarismo lanzadas contra el PCP. En 1982, la máxima prioridad era derrocar al gobierno de derechas, también y sobre todo para impedir la revisión constitucional acordada con los socialistas de Soares, con la que pretendían arrebatarse el control de las fuerzas armadas al Consejo de la Revolución y confiárselo al gobierno.

Volviendo al terreno de las celebraciones, las observaciones finales de Cunhal resultaban pertinentes. En el homenaje final al héroe Dimitrov, de hecho, surgieron temas que pronto caracterizarían a *O Partido com Paredes de Vidro*^[28]:

27.– *O PCP e o VII Congresso da Internacional Comunista*, Lisboa, Edições Avante!, 1985. Este volumen, de la serie «Documentos políticos para a historia do PCP», contiene el discurso de Bento Gonçalves en el VII Congreso, un texto de Alvaro Cunhal de 1965 y otro de Sergio Vilarigues de 1985. Entre 1975 y 1976, por ejemplo, es interesante observar cómo se ilustra el concepto de «socialfascismo» en la sección «Preguntas y respuestas» de la revista del partido: a una respuesta inicial apresurada que hace referencia a la traición de la socialdemocracia alemana, sin ninguna mención al punto de inflexión del VII Congreso, le sigue una brusca corrección inspirada en la carta de un militante que cita a Suslov y otras fuentes soviéticas sobre el sectarismo comunista y sus consecuencias. Véase: «Porque é que certas formações políticas esquerdistas caluniam o Partido chamando-lhe de 'Social-Fascista'? », *O Militante*, 12 (1975), pp. 21-22; «Ainda sobre o 'Social-Fascismo'», *O Militante*, 4 (1976), pp. 16-17.

28.– Alvaro Cunhal, *O Partido com Paredes de Vidro*, Edições Avante!, Lisboa, 1985, pp. 132-136.

«No debemos olvidar, sin embargo, que la grandeza de los revolucionarios no es fruto únicamente de sus cualidades individuales, sino del hecho de que han sabido aprender de la experiencia de la clase obrera y de las masas [...]. El valor individual de los grandes revolucionarios comunistas es parte integrante del valor colectivo de la clase obrera y de las masas, que son las fuerzas motrices de la historia^[29].

El héroe en la cultura de masas: comparación de dos productos culturales

Es precisamente esta concepción del héroe, articulada alrededor de la relación entre el individuo y las masas, la que nos ofrece otras claves de lectura para el análisis de los dos productos culturales de Bardem y Ruy.

Un preámbulo rápido sobre los productos: la película fue una coproducción Bulgaria-URSS-RDA-Hungría, en la que Bardem también fue coguionista, pero era el único español^[30]. El cómic de Ruy lo publicó la Editorial Caminho y lo promovió la asociación Portugal-Bulgaria^[31]. Por último, la

29.– A. Cunhal, «Comemorando o centenario de Dimitrov», p. 16.

30.– Las memorias de Bardem demuestran que el control político de la obra estaba en manos de las instituciones de historia vinculadas a los partidos de los países productores. Véase Juan Antonio Bardem, *Y todavía sigue. Memorias de un hombre de cine*, Barcelona, Ediciones B, 2002, pp. 220-228, cit. en András Lénárt, «Apuntes sobre las relaciones cinematográficas húngaro-españolas y el cine de Ladislao Vajda», en Zsuzsanna Csikós (ed.), *Encrucijadas: estudios sobre la historia de las relaciones húngaro-españolas*, Huelva, Universidad de Huelva 2013, pp. 167-185.

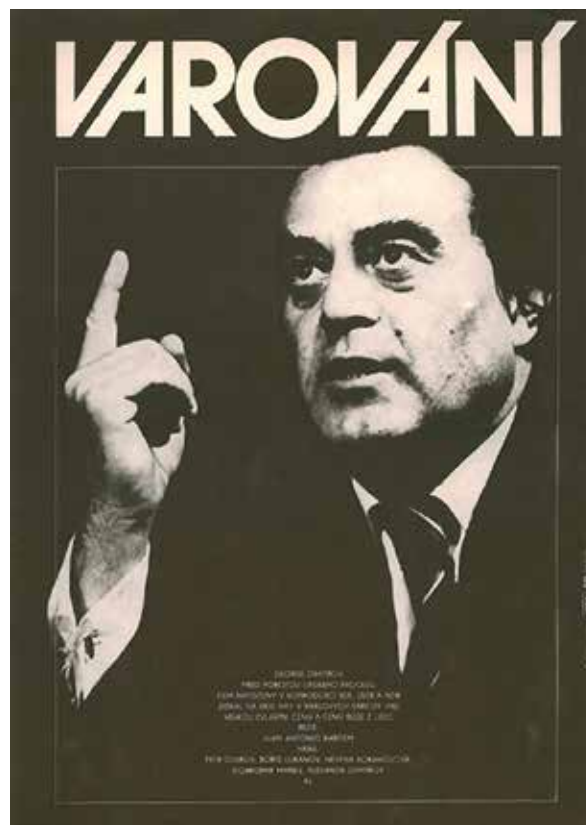
31.– José Ruy, *Jorge Dimitrov. Herói internacionalista*, Lisboa, Caminho, 1985. José Ruy (1930-2022) pasó por toda la historia del cómic portugués del siglo XX, y siguió trabajando hasta su muerte. Aquí una entrevista con la RTP en 2003, rodada en su estudio: <https://arquivos.rtp.pt/conteudos/jose-ruy/> (consulta: 18 de marzo de 2025). Autor de numerosos cómics de tema histórico (*Os Lusíadas*, *Humberto Delgado - O General Sem Medo*, *História da Amadora*, entre

película se centraba en el juicio de Leipzig y el periodo inmediatamente anterior; el cómic reconstruyó toda la trayectoria humana y política de Dimitrov.

Si se puede suponer que el papel de los búlgaros, y en el caso de la película también de los demás productores, en la decisión de los pilares de la narración y de su significado político fue central, el análisis de los dos textos revela claramente diferencias; que estas dependan de la sensibilidad de los autores, de la cultura política del partido, o de una evaluación de los dos contextos político-culturales para adaptarse al público objetivo, es una cuestión abierta.

Me centraré en dos temas en particular: el primero es la línea del VII Congreso, que en la película se mostraba sobre todo en las conversaciones de Dimitrov con Thalmann en 1932, y después con Otto Bauer, mientras que en el cómic se ejemplificó en una viñeta que hace referencia a la República española, y que contiene una conocida cita dimitroviana de la reunión de la IC del 18 de septiembre de 1936. El Dimitrov de Bardem insistía mucho en dos puntos: el fren-

otras), estaba muy vinculado a Amadora, donde se celebra desde 1990 un importante festival del sector, Amadora BD. Su *Dimitrov* gustó tanto a los búlgaros que en 1989 recibió una propuesta de la asociación de amistad Portugal-Bulgaria para elaborar una historia de Bulgaria en cómic, que se publicaría en varios idiomas también para fomentar el turismo, que, sin embargo, no se editó nunca: «Por los documentos que había recopilado, Bulgaria era en aquella época el único país con un comunismo puro y sano. Su parlamento tenía mayoría de mujeres, las artes eran apreciadas al 100 % y la educación estaba al más alto nivel. Su tecnología era puntera y gran parte del material utilizado en los satélites de la Unión Soviética era de origen búlgaro. [...] Recorrí el país de punta a punta durante unas semanas. Como es mi costumbre, había creado un guion de ficción en el que, a través del entramado de los personajes, el lector iba conociendo los hechos históricos, el ambiente y el modo de vida del país». Edgard Guimarães, «José Ruy», *Mestres das Histórias em Quadrinhos*, 6, QI 181 (2023), pp. 38-39, https://marcade-fantasia.com/relicario/relicario2021-2025/relicario2023/jose_ruy-resenha_hm/mhq6-jose_ruy.pdf (consulta: 18 de marzo de 2025)



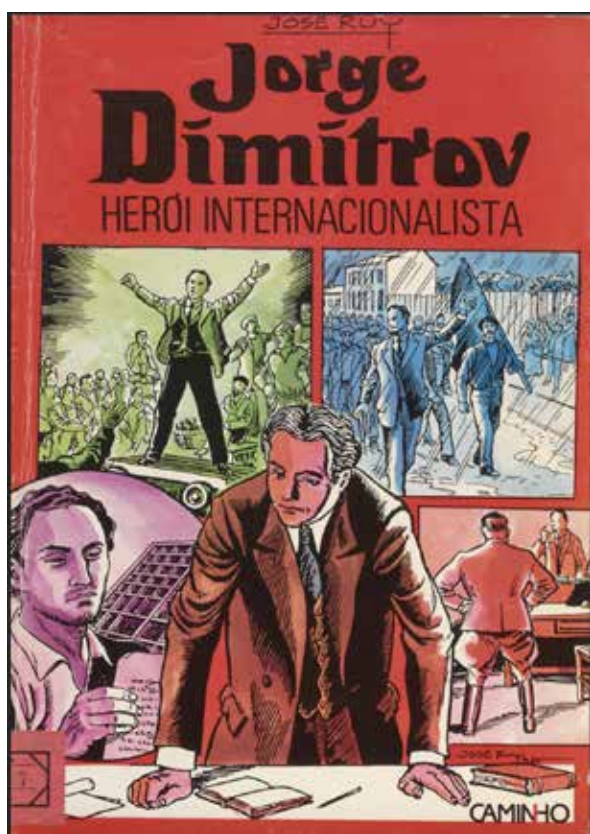
Die Mahnung (www.imdb.com).

te único debía construirse no sólo desde abajo, sino también relacionándose con los dirigentes socialdemócratas, aunque estos no quisieran ni dialogar ni luchar; los comunistas han cometido errores tanto tácticos como estratégicos, y es hora de parar: los nazis están a las puertas. En el Dimitrov de Ruy, a la caracterización de la república popular en España a través de la cita dimitroviana le faltó un detalle:

«Dimitrov subraya que allí nace un Estado en el que el Frente Popular tiene una influencia decisiva. Este Estado no será una repetición del régimen parlamentario democrático burgués, sino un Estado especial, verdaderamente democrático y popular^[32].

Romero Marín lo mencionó como «no un estado soviético», mientras que Aldo Agos-

32.- J. Ruy, *Jorge Dimitrov*, p. 27.



El *Heroi Internacionalista* de Ruy (Biblioteca Nacional de Portugal).

ti, en su artículo en *Rinascita* sobre las tres conferencias, escribía «todavía no un estado soviético». En el cómic, la duda se ha resuelto de raíz, y quizá no sea una cuestión de espacio, sino de elección.

El segundo tema se refiere a la primera esposa de Dimitrov, Ljubica Ivošević, que fue representada de forma diferente desde varios puntos de vista. Nacida en Serbia, proletaria, activista, poeta, refugiada en Bulgaria para huir de la represión, Ljubica apareció en la película en un encuentro moscovita con Dimitrov en 1932, en un diálogo conmovedor en el que su identidad de revolucionaria orgullosa^[33] emergía tanto

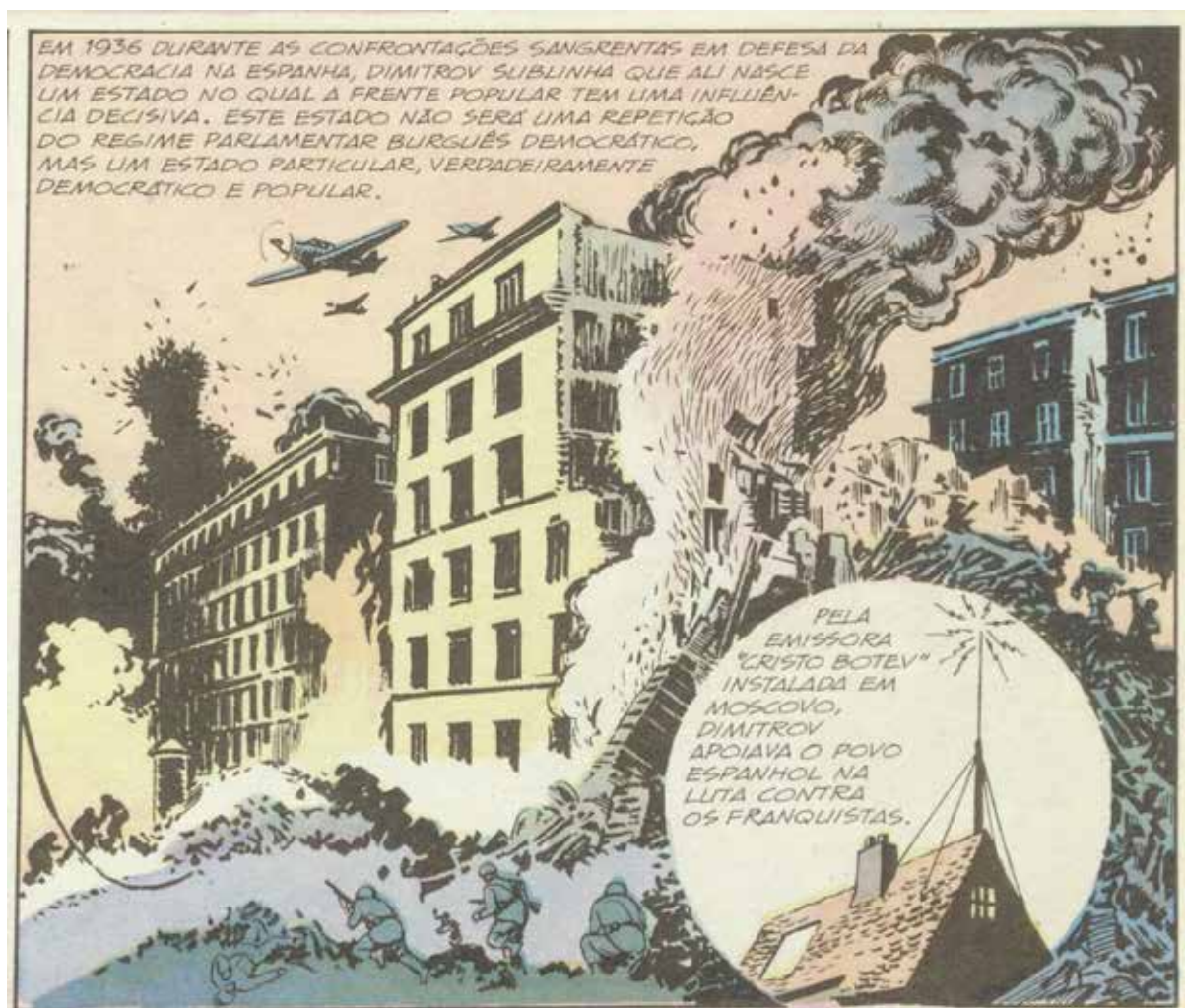
como su fragilidad de mujer desarraigada, insegura incluso en su añoranza, sola y demasiado traumatizada para dedicarse a su gran amor: no Dimitrov (también, por supuesto), sino la poesía. El propio Georgi, consciente siempre de su interminable sufrimiento, no sólo intentaba animarla lo mejor que podía, recitando incluso uno de sus poemas, sino que escribía, en la carta que sigue a la noticia de su muerte, de una mártir que no pudo realizar su gran sueño: no (sólo) la revolución, sino la publicación de sus versos; una especie de compensación simbólica se realizaba precisamente a través de la película^[34].

En el cómic la presencia de Ljuba era más difusa, pero al mismo tiempo estaba casi despojada de su individualidad, de sus aspiraciones: era una revolucionaria, por supuesto, dispuesta siempre a anteponer las razones de la militancia (la de su marido) a las de la pareja; escribía versos, que permanecen desconocidos para el lector; sufría, quién sabe de qué enfermedad (desde luego no de depresión); y un triste día muere, pero quién sabe cómo (desde luego no saltando desde la ventana de un hotel moscovita)^[35]. En resumen, una servidora de la revolución con mala salud; Georgi asumió el golpe, pero durante no más de una escena, que incluía el proceso de duelo traducido en un compromiso renovado en la batalla contra el fascismo. Otras imágenes aluden a un repertorio tradicionalista no exento de inspiración mística, como en la representación del discurso de la madre de Dimitrov en la manifestación de París, durante el juicio, en el que era difícil no ver una *mater dolorosa* que, por hacer una referencia ajena al contexto, recuerda a la Virgen María en *El Evangelio según San Mateo*

33.- Nota 34: «-Y ahora cuéntame, ¿cuándo te vas? -La semana que viene. -¿Y cómo pensáis organizar el congreso?». *La advertencia* (Juan Antonio Bardem, 1982), https://www.youtube.com/watch?v=g_9WNJ1hOug&list=PL09YVP3BCxGS9Lbnq-xPESGbJChz2co_m&index=6&t=183s (consulta: 18 de marzo de 2025).

34.- *Ibidem*.

35.- Ivo Banac (ed.), *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, New Haven and London, Yale University Press, 2008, p. XLIII.



Um Estado particular (Biblioteca Nacional de Portugal).

de Pasolini^[36]; o la representación de una trinidad, en la que el padre -Stalin consolaba al hijo-Dimitrov, y el espíritu santo-Lenin los bendecía desde un cuadro colgado en la pared^[37].

Por otra parte, toda la narración lleva el sello de la hagiografía. Las primeras viñetas dedicadas a las penurias paternas, en particular la búsqueda de una casa más grande para un mayor número de hijos, que sólo se resuelve mediante la autoconstrucción, pueden verse como una metáfora de la autonomía de clase. Jorge entra en escena cuando su padre le informa de que va a

asistir a la escuela. Inmediatamente entusiasmado, primero cae enfermo, luego se ve obligado a dejar la escuela para buscar trabajo, y acaba en una imprenta. Estudia de noche, promueve una biblioteca obrera, protesta cuando se trata de imprimir palabras despectivas del primer ministro dirigidas a la clase obrera: un niño prodigio enamorado de la cultura, autodidacta, entregado a la organización de clase^[38].

36.- J. Ruy, *Jorge Dimitrov*, p. 23.

37.- *Ibidem*, p. 19.

38.- El mismo tipo de relato puede encontrarse en las notas biográficas de un volumen publicado en Praga en 1972 por la Editorial Paz e Socialismo, con motivo del 90.º aniversario del nacimiento de Dimitrov, y traducido al portugués después de la revolución: Gueorgui Dimitrov. «Paginas de uma vida heroica», *Cadernos de iniciação ao marxismo-leninismo*, 15, Lisboa, Edições Avante, 1976, pp. 66-68.

La última fase de su vida culmina con su discurso en el V Congreso del Partido Comunista de Bulgaria (PCB) en 1948, donde cristaliza la doctrina: «Expongo las tareas fundamentales del desarrollo del país en la vía hacia el socialismo. Ilustro también los métodos de construcción del socialismo, no sólo en mi país sino también en otros, que después de la guerra dieron vida a una nueva sociedad...»^[39]. El resumen final enmarca al héroe en los cánones establecidos por Cunhal:

«El nombre de Jorge Dimitrov está rodeado de un halo inextinguible, no sólo en la conciencia de la clase obrera búlgara de la que surgió, que lo educó y formó, sino también en la del pueblo búlgaro a cuya heroica historia está indisolublemente unido para siempre»^[40].

Los eurocomunistas en las conferencias: Roma y Madrid

En las dos conferencias de Roma y Madrid no encontramos esta inspiración, sino una discusión predominantemente historiográfica^[41]. En *Rinascita*, Agosti hizo un reconocimiento global del ciclo conmemorativo dedicado a Dimitrov, prestando más atención a las conferencias promovidas por los «institutos de estudios vinculados de diversas maneras a los partidos búlgaro, es-

pañol e italiano» que al «solemne simposio político de Sofía»:

Aunque reflejaban diferencias radicales en la concepción de la relación entre historia y política, y profundas diferencias de método y mérito en la reflexión de los comunistas sobre su pasado, a las tres [...] asistieron casi exclusivamente historiadores y dirigentes políticos comunistas. Así pues, la reflexión sobre la experiencia de Georgi Dimitrov ha seguido siendo predominantemente un asunto interno de las corrientes políticas que, en ciertos aspectos profundamente diferentes, son sus herederas, y en cuya memoria colectiva él sigue ocupando indiscutiblemente un lugar destacado^[42].

Agosti identificaba tres fases principales en la trayectoria de Dimitrov: la primera correspondía a la formación y consolidación de su estatura como dirigente obrero, sindical y político de uno de los pocos partidos comunistas con base de masas. En la segunda fase, durante la lucha contra el fascismo, hubo un primer período de su experiencia como dirigente internacional, hasta Leipzig, en el que ciertamente dejó su impronta en el clima del socialfascismo, pero con algunos indicios de autonomía de análisis. En el segundo periodo, a partir de Leipzig, se produjo su ascenso a símbolo mundial del antifascismo, mucho más allá de los confines del movimiento comunista, y la traducción de este capital simbólico en iniciativa política, asumiendo incluso el riesgo objetivo de desafiar a Stalin:

Leipzig es el punto de inflexión fundamental de su carrera y de su vida, porque Dimitrov —y en esto se mide su estatura de dirigente— no se contenta con un papel decorativo, simbólico, sino que advierte antes y más que los demás que, como escribe a Stalin en abril de 1934, «lo que se me en-

39.— J. Ruy, *Jorge Dimitrov*, p. 30.

40.— *Ibidem*, p. 32.

41.— No existen las actas de la conferencia de Roma, aunque es posible reconstruir parcialmente su contenido a través de fuentes secundarias y de las ponencias madrileñas de Adriano Guerra y Aldo Agosti, presentes en ambos casos, así como de los escritos de Franco De Felice, ponente de la intervención final de conclusiones: Franco De Felice, *Fascismo, Democrazia, Fronte Popolare. Il movimento comunista alla svolta del VII congresso dell'Internazionale*, Bari, De Donato, 1973; Franco De Felice, «I fronti popolari: perché ieri e non oggi», *Rinascita*, 24 (1976), pp. 21-22.

42.— Aldo Agosti, «La sfida incompiuta di Dimitrov», *Rinascita*, 27 (16 de julio de 1982), p. 25.

comendó hacer en Leipzig es para la IC un capital político, que debe ser utilizado en todos sus aspectos, de manera plenamente racional y oportuna»^[43].

La tercera y última fase comenzó con su regreso a Bulgaria, las ideas de 1945-46, como teórico de la democracia popular que desarrollaba la línea de los frentes populares en un sentido, si no democrático, al menos autónomo con respecto a Moscú y orientado hacia un «pluralismo controlado»; luego la ruinosa derrota política que le ve humillarse en una autocrítica y adherirse a una concepción, la expresada en el V Congreso del PCB en 1948, que devuelve las democracias populares al ámbito de la dictadura del proletariado y de la primacía del modelo soviético:

Después de su muerte, la entrada en el Panteón del movimiento comunista, el culto en formas casi exageradas de su memoria, la momificación no sólo del cuerpo (expuesto en un mausoleo)^[44] sino del pensamiento. [...] Pero este realineamiento con la ortodoxia más estricta —que fue prácticamente su último acto político significativo— no borra la imagen de Dimitrov como comunista «crítico» que nos ha legado. Crítico no en el sentido de «hereje», por supuesto; crítico en la medida en que es capaz de pensar y hacer política de forma original, al margen de los esquemas y fórmulas codificados, y como tal capaz de enseñarnos algo hoy^[45].

Por otra parte, Agosti señalaba que, si bien su interpretación de la línea de la Internacional y su concepción del Estado contenían una fuerte innovación, su visión del partido, por el contrario, a diferencia del «nuevo partido» de Togliatti, permane-

cía atada a esquemas clásicos e inmutables.

La conferencia de la FIM fue inaugurada por José Sandoval y clausurada por Santiago Carrillo; participaron también en ella Lily Marcou, Antonio Elorza, Pere Vilanova, el omnipresente Dimitar Sirkov, Santiago Álvarez y otros^[46]. En su introducción a los trabajos, Sandoval esbozó los objetivos del congreso: por un lado, la investigación teórica, la necesidad de continuar la reflexión sobre el VII Congreso y las democracias populares, sobre el potencial de «una vía original de transición al socialismo y un nuevo modelo, distinto del soviético, de organización política de la sociedad socialista, un modelo parlamentario y pluralista»; por otro, un impulso ético:

Por lo demás, abrigamos la convicción de que es un deber intelectual y moral recordar a la gente de estos finales de siglo las vicisitudes vividas por aquella otra generación de los 30 y los 40 («la generación de las luchas decisivas», al decir de Manuïlski) en la tremenda batalla para cerrar el paso al fascismo y abrir los caminos a la libertad. Este deber es tanto más imperativo cuando reparamos hoy en la abrumadora, prolongada y tenaz operación encaminada a destruir la memoria histórica de los pueblos, tergiversar la historia y borrar de sus páginas a los que apostaron hasta su propia vida por la libertad y la democracia^[47].

Muchos coincidieron en identificar la experiencia española no sólo como el campo de aplicación más importante de la línea del VII Congreso, sino su verdadera fuente de inspiración, empezando por el Pacto de Málaga de 1933 y sobre todo la insurrección asturiana de 1934, a través de la «dialéctica viva de la lucha». La apropiación

43.- *Ibidem*.

44.- Maria Todorova, «The Mausoleum of Georgi Dimitrov as lieu de mémoire», *The Journal of Modern History*, 78 (2006), pp. 377-411.

45.- A. Agosti, «La sfida incompiuta di Dimitrov», p. 26.

46.- *El pensamiento político de Dimitrov*, Madrid, Fundación Investigaciones Marxistas, Cuadernos monográficos, 1982.

47.- *Ibidem*, pp. II- III.

ción española de Dimitrov, e incluso su heroicidad alternativa en clave antiestalinista, solo fue abiertamente contestada por Elorza, que lo contrapuso al Togliatti de la democracia progresiva y atacó las oscilaciones contradictorias de la línea del PCE a partir de los años cincuenta^[48]. Santiago Álvarez, como Romero Marín en Sofía, definió la experiencia del Frente Popular como la mayor aportación española a la civilización mundial desde el descubrimiento de América, pero planteaba un problema político y cultural de no poca importancia: la influencia del franquismo. Según él, el Frente Popular, tras décadas de martilleo ideológico, era ahora sinónimo de desastres y violencia, suscitando desconfianza cuando no repulsión, incluso entre los trabajadores y los votantes de izquierdas; se preguntaba, por tanto, «si no será el caso de restablecer la verdad histórica»^[49].

En su intervención, a diferencia de la de Sandoval, también emergió, en forma de exhortación final, una mirada a la actualidad y una esperanza en el futuro, que tampoco evitó una nueva referencia a la demonización de la que se sentían víctimas los comunistas españoles:

«Actualmente las circunstancias históricas son distintas de las de 1936-1939 y el mundo es otro. Pero cabe preguntarse si la unidad de comunistas y socialistas, como base de un frente más amplio, que hoy puede abarcar a importantes sectores cristianos y a otros grupos progresistas, no es una necesidad tanto a nivel nacional como a nivel internacional. [...] Por ello permitidme que exprese la esperanza de que en una España bastante distinta, y en un mundo diferente al de la década de los 30, con fórmulas unitarias nuevas, que respondan a las nuevas

realidades, las experiencias del Frente Popular, quizá, puedan inspirar no la idea de una nueva lucha armada, que no deseamos ni queremos y que antaño hicimos porque nos fue impuesta, sino realizaciones pacíficas y constructivas substanciales de una democracia político-social que en su desarrollo desemboque en el socialismo en libertad^[50]».

Carrillo, tras un preámbulo sobre el héroe que inspiró a toda su generación, no reivindicó a un Dimitrov eurocomunista, pero sí lo utilizó para afirmar la profundidad histórica y, en consecuencia, la legitimidad política de su línea:

«Tengo que decir que no trato de apropiarme de Dimitrov para el eurocomunismo, pero, al fin y al cabo, el eurocomunismo es una realización que ha surgido dentro de los partidos comunistas, dentro del movimiento comunista; sus raíces, por lo menos en algunos aspectos, pueden llegar muy lejos y, desde luego, no están cortadas de todos los movimientos de renovación que se han producido dentro del comunismo^[51]».

Expuso su visión de un Dimitrov en constante innovación, también en virtud de su experiencia concreta como líder antifascista, frente a la que podría considerarse como una «cultura política comu-

48.- *Ibidem*, pp. 131-137.

49.- *Ibidem*, p. 11.

50.- *Ibidem*, pp. 25-26.

51.- *Ibidem*, p. 187. A este respecto Azcárate, en un artículo publicado en *Nuestra Bandera* unos meses antes de su expulsión, va más atrás y más adelante que Carrillo en la búsqueda de las raíces eurocomunistas: atrás, hasta Rosa Luxemburgo, citada por su crítica a la supresión de la democracia en Rusia y especialmente a la universalización del modelo soviético; en adelante, hasta 1968, la Primavera de Praga y los movimientos de protesta obreros y estudiantiles en Occidente. Véase Manuel Azcárate, «Raíces históricas del eurocomunismo», *Nuestra Bandera*, 106 (1981), pp. 8-9.

nista tradicional» de la época. Una cultura política que, si bien estaba profundamente arraigada en aquel momento histórico, aún persistía: «La vivencia de una cultura política fundamental es enorme y a veces dura muchísimo tiempo, incluso cuando parece que ha sido superada»^[52]. Concluyó con la clásica cita de Dimitrov, que se preguntaba en la cárcel: «Si nuestra doctrina es correcta, ¿por qué en los momentos decisivos las masas no nos siguen, por qué siguen a la socialdemocracia o, como en el caso de Alemania, al nacionalsocialismo?»^[53]. La respuesta de Dimitrov, «un enfoque incorrecto hacia los obreros europeos», apuntaba a un problema que se podía constatar en la realidad actual:

Así pues, creo que esas cuestiones son siempre válidas. Que ese enfoque incorrecto hacia los obreros europeos puede estar todavía, en una medida mayor o menor, en nuestros partidos y que desde luego está, a mi juicio, en el movimiento comunista de los países del socialismo real. Y eso sí que justifica la necesidad de profundizar, de avanzar en la investigación de lo que se conoce ya como eurocomunismo^[54].

Un último salto lógico, caracterizado por el intento de mantener unidas la sacralización de los orígenes y la autorrepresentación como agente legítimo y necesario de la innovación política, clausuraron una conferencia densa de reflexión y de pathos político, marcada por una perspectiva de derrota ya segura.

52.- *Ibidem*, p. 188.

53.- *Ibidem*, p. 191. La misma cita destaca en la crónica de *L'Unità* sobre la conferencia de Sofía, acompañada de un montaje en el que Dimitrov se enfrentaba a Stalin. Fausto Ibba, «E allora perché l'Europa ci è contro, compagno Stalin?», *L'Unità*, 18 de junio de 1982, p. 3.

54.- *Ibidem*.



Dimitrov e Stalin (*L'Unità*, 18 de junio de 1982).

Consideraciones finales

A propósito de Dimitrov: el teórico inacabado y el héroe modélico

En casi todos los discursos pronunciados en Sofía y en Madrid, en Roma como en Lisboa, el héroe de Leipzig representó una certeza cristalizada, una premisa común, una fuente de legitimidad indiscutible e indiscutida. El teórico del VII Congreso y de las democracias populares constituyó, por el contrario, el terreno de confrontación, y en algunos casos de choque, entre el internacionalismo proletario y el eurocomunismo, pero también y, sobre todo, si nos fijamos únicamente en los tres partidos investigados, el objeto de una interpretación divergente de la relación entre autonomía nacional y solidaridad internacionalista.

La elección de los jefes de delegación en la conferencia de Sofía —el secretario, el historiador, el combatiente— no dice nada, en sí misma, sobre la interpretación de la figura de Dimitrov, pero sí dice mucho sobre la aproximación de los tres partidos a un

acontecimiento que, aunque formalmente dedicado a la reflexión teórica, tiene claros objetivos políticos, el primero de los cuales es reafirmar la necesidad del movimiento comunista internacional, en los términos de la concepción soviética, como actor político efectivo, y no sólo como referencia simbólica de una memoria revolucionaria remota, tal vez compartida, pero inerte.

Cunhal interpretó la conferencia como un lugar político en sí mismo, tanto que se detuvo en la contingencia política nacional (como también habrían hecho los otros dos partidos en una conferencia política diez años antes), y se adhirió al planteamiento doctrinal de Ponomarev no tanto para resaltar la proximidad ideológica del PCP con el PCUS, sino para exaltar un protagonismo internacional de su partido que pudiese compensar su condición de aislamiento en el sistema político nacional.

Zangheri y Romero Marín representaban perspectivas y enfoques diferentes, pero comparten una elección: su presencia les permitía no rehuir la forma, no romper las relaciones en una fase política particularmente delicada tanto en el plano internacional como en sus respectivos países, y al mismo tiempo no adherirse al fondo político de la celebración. Pero su adhesión «formal» no estuvo exenta de implicaciones políticas: los comunistas españoles se encontraban en una situación particularmente crítica, en la que las escisiones prosoviéticas eran una realidad desde hace años, no sólo una amenaza más o menos latente, por lo que confirmarse como el único referente español del movimiento comunista es un objetivo irrenunciable. Los comunistas italianos, con una tradición unitaria y una proyección internacional mucho más fuertes, fueron conscientes de que la permanencia en el seno del movimiento comunista garantizaba la posibilidad de interlocución con sujetos políticos, desde los partidos y

movimientos revolucionarios de los países africanos y asiáticos hasta los latinoamericanos, que fortalecía la concepción de un nuevo internacionalismo que miraba más hacia el norte-sur que hacia el este-oeste.

¿Y Dimitrov, en todo esto?

El teórico, como hemos visto en los congresos de Roma y Madrid, fue interpretado como un precursor inacabado del eurocomunismo: el VII congreso de la IC, a pesar de sus aporías, fue el punto de inflexión política que abrió la temporada de los frentes populares en Francia y España y, en Italia, sentó las bases del «nuevo partido» de Togliatti, el marco en el que pudo tener lugar el «giro de Salerno» de 1944 y los desarrollos posteriores de la vía nacional al socialismo. Su concepción de las democracias populares, desde su versión más abierta de 1946 hasta la mucho más rígida de 1948, representó en cambio el paso de una promesa de renovación a una realidad de conservación, coherente con la lógica de la guerra fría, pero no con las esperanzas desencadenadas por los frentes populares. Se trató, pues, casi de una demostración de la necesidad del eurocomunismo, que procedía, más que de las declaraciones de Dimitrov, de sus silencios: de la imposibilidad de desarrollar plenamente las implicaciones del VII Congreso en el contexto de la Guerra Fría.

El héroe, que leemos a través de los dos textos visuales de Bardem y Ruy, encarna el mito unificador de la lucha contra el nazifascismo, la fuente de legitimidad a la que recurrieron tanto los partidos comunistas de Europa occidental como los de Europa oriental: el antifascismo, la resistencia, la gran guerra patriótica. Sin embargo, las opciones narrativas y los registros estilísticos que encontramos en los dos textos remiten a enfoques divergentes de esta legitimidad, que a su vez sugieren interpretaciones di-

ferentes de la relación entre identidad, memoria y estrategia, así como de la dialéctica entre individuo y colectividad. El Dimitrov «español», centrado en el proceso, el advenimiento del nazismo, las premisas del VII Congreso, las dificultades del movimiento comunista y las relaciones con los socialistas, era un héroe muy humano, casi secularizado, que conoció el dolor y la derrota, el amor y el duelo, y quizá también por ello privilegiaba la realidad sobre la doctrina, la eficacia política sobre la coherencia ideológica. El Dimitrov «portugués» fue el hijo de la clase obrera y el padre de la Bulgaria socialista, el protagonista de un camino lineal, colectivo, casi desprovisto de ondulaciones y contradicciones, en el que cualquier posible cambio no hizo sino confirmar las «esencias profundas del comunismo» de las que también habló Carrillo, aunque no haya necesidad de redescubrirlas lejos de Moscú.

La cultura política de los comunistas a principios de los años ochenta

De las muchas declaraciones grandilocuentes de Ponomarev en Sofía, la siguiente puede ayudar a enmarcar mejor la cuestión:

«El meollo del problema radica en que el movimiento comunista no es un hijo adoptivo de la historia, sino su hijo natural. [...] Digan lo que digan quienes han sucumbido a la presión de la propaganda imperialista, quienes han vacilado ante la magnitud de los nuevos objetivos, quienes esperan eludir las dificultades que plantean los problemas actuales, encontrar atajos y engañar a la historia, no pueden discutir el hecho de que el socialismo real constituye, precisamente en nuestros días, el principal factor positivo en el desarrollo de toda la humanidad^[55]».

La segunda parte de esta cita, como sabemos, no era compartida por los eurocomunistas, a los que, por otra parte, se acusaba explícitamente de ceder ante el imperialismo; la primera, en cambio, constituía un rasgo común a las experiencias comunistas del siglo XX, un principio doctrinal que, a pesar de los cambios, divisiones, actualizaciones teóricas y políticas, incluidas las derivadas del VII Congreso, encontró plena expresión incluso en el eurocomunismo. Uno podía decidir situarse lejos de Moscú, pero no podía renunciar a estar «en el lado correcto de la historia», ni a ser, o proclamarse, «revolucionario».

Así, a pesar de los esfuerzos de todos por subrayar —pero raramente por matizar— las diferencias entre el contexto de los años treinta y el de principios de los ochenta, la amenaza de una tercera guerra mundial, de una hecatombe nuclear, acompañada de la descripción de una crisis económica que confirmaba las contradicciones irreconciliables del capitalismo monopolista, fue funcional para la recuperación y la actualización de una estrategia política: la de los frentes populares. Dicha estrategia permitió, por un lado, activar un principio de legitimidad, a la vez democrático, antifascista y revolucionario, y por otro, mostrar una posible salida, que consistiría en un encuentro unitario con los socialistas. Solo que este encuentro, esta estrategia, no surgió de un análisis de las condiciones reales del presente, sino de un proceso deductivo que asumió la necesidad histórica como principio estructurador de la estrategia política. En otras palabras, la unidad con los socialistas era necesaria, por lo que tarde o temprano, y a pesar de los propios socialistas, se produciría.

55.— *L'oeuvre de George Dimitrov et le monde contemporaine*,

pp. 47-48.

Al margen de las consideraciones sobre la credibilidad de esta estrategia —más onírica que política, si nos atenemos a la oposición radical entre comunistas y socialistas en Europa Occidental a principios de los años 80, de la que sólo Francia es una excepción, pero brevemente— lo que nos gustaría subrayar aquí es que respondió a un rasgo primordial, y compartido, de la cultura política de los comunistas.

En las memorias de Bardem, donde relata la experiencia de la película de Dimitrov, encontramos una metáfora estimulante. El director español recibió no sin sorpresa la propuesta búlgara, acompañada de un guion que le pareció «más o menos aceptable», salvo por un detalle: faltaba el juicio de Leipzig. Los búlgaros explicaron que ya existían películas sobre el juicio, pero Bardem insistió y se impuso. La producción de la obra permitió al director español trabajar con lo mejor de las industrias cinematográficas de los países socialistas, con medios casi ilimitados a los que no estaba acostumbrado en su patria, hasta que llega el momento del enfrentamiento con la censura, ejercida por los institutos de historia vinculados a los partidos búlgaro, soviético y de Alemania del Este. La única disputa importante a la que tiene que enfrentarse se refería a la conversación entre Dimitrov y el socialista austriaco Otto Bauer: sus interlocutores afirmaban que nunca tuvo lugar, él replicó que no podían demostrarlo, igual que él mismo no podía probar lo contrario. El compromiso, propuesto por Bardem, fue que este encuentro fuese retratado como una «ensoñación» de Dimitrov^[56].

56.- «Claro que ellos ignoraban que yo tenía sobre mis espaldas treinta años de lucha contra la censura franquista y enseguida encontré la solución: transformar esa escena en una 'ensoñación' de Dimitrov - igual que había hecho con otra escena en *Felices pascuas*, que el ejército español vetó, y quería erradicar - y de este modo la escena fue aprobada». J. A. Bardem, *Y todavía sigue. Memorias de un hombre de cine*, p. 214.

Tras las esperanzas y expectativas que habían caracterizado los años setenta, a principios de la década siguiente los comunistas se encontraban aislados política y culturalmente, aunque continuaron siendo fuertes, con un importante arraigo social, con un consenso electoral, a excepción del PCE, notable, con una capacidad de movilización política que encontraba, sobre todo —pero no sólo— en el movimiento pacifista un terreno fértil. Carecen de una estrategia política creíble para la conquista del poder, y buscan en la memoria colectiva y en la construcción de la identidad las razones de su función política: dentro de la realidad, y sin embargo en oposición a ella.

No fue esta una condición fácil, un difícil equilibrio entre coherencia y contradicciones, identidad y praxis, que puede encontrarse expresado en un significativo pasaje de la entrevista con *Nuestra Bandera* en el que Bardem, presentando su trabajo sobre Dimitrov, describe su función como intelectual comunista en el tiempo presente:

«Yo hago cine tal y como creo debo hacerlo para transmitir a los demás mi manera de ver el mundo. Alguien, un día me dijo: «¿Es que tú no puedes pensar de otra manera que en comunista?» Como si pensar en comunista fuera como tener un horario de trabajo, ser comunista de cinco a siete y luego pensar de otro modo. No, uno es comunista todo el día. Cuando se afeita, cuando habla, cuando canta. Es una actitud, una manera de estar, una filosofía»^[57].

57.- Armando López Salinas, «Advertencia. Entrevista con Bardem», *Nuestra Bandera*, 112 (1982), p. 73.

«Sí, sí, sí... ¡Dolores a Roma!» El PCI y el PCE en la Transición y el mito global de Pasionaria*

*«Yes, yes, yes... Dolores to Rome!» The PCI and the PCE
during the Transition and the Global Myth of Pasionaria*

Mauro B. Milano
Università degli studi Roma Tre

Resumen

Las celebraciones del octogésimo cumpleaños de Dolores Ibárruri (Roma, 14 de diciembre de 1975) aglutinaron los diversos elementos de la relación entre el Partido Comunista Italiano (PCI) y el Partido Comunista de España (PCE). Este vínculo transnacional, aunque tuvo dificultad a la hora de diseñar una transformación de la Europa de la Guerra Fría, logró organizar significativos encuentros públicos. Al analizar el evento, el artículo aborda las trayectorias –y redes internacionales– de ambos partidos en la encrucijada de la Transición. Además, la sacralización de la política, componente esencial en la historia global del comunismo, asimiló parte de la tradición cristiana ritualizando el mito de Pasionaria.

Palabras clave: Partido Comunista Italiano (PCI), Dolores Ibárruri, redes transnacionales, distensión, religiones políticas.

Abstract

The celebrations of Dolores Ibárruri's 80th birthday (Rome, December, 1975) brought together all the different elements of the relationship between the Italian Communist Party (PCI) and the Communist Party of Spain (PCE). While this transnational link faced difficulties in its efforts to shape a transformation of Cold War Europe, it succeeded in organizing significant public events. By analyzing the celebration, this article examines the trajectories –and international networks– of both parties at the crossroads of the Spanish Transition. Moreover, the sacralization of politics, a key component in the global history of communism, embraced some aspects of the Christian tradition in ritualizing the myth of Pasionaria.

Keywords: Italian Communist Party (PCI), Dolores Ibárruri, transnational networks, détente, political religions.

*El autor agradece a Giovanni Mario Ceci, Michele Di Donato, Renato Moro, Marco Martino, Giovanni Rufino, Jacopo Scudero y Daniel Sierra Suárez sus consejos, ayudas y reflexiones; el artículo se ha podido realizar también con la atención de Giovanna Bosman, Cristiana Pipitone, Gabriele Ragonesi y todo el personal de los archivos mencionados.

Introducción

¿Puede un solo evento ser objeto de historiografía? ¿Puede una sola tarde? El «espectacular homenaje europeo a Pasionaria con motivo de su ochenta aniversario» —en las palabras de Manuel Vázquez Montalbán, que fue testigo, narrador e intérprete del acto^[1]— es un acontecimiento destacado para el estudio del comunismo italiano y español, así como de su dimensión internacional y simbólica.

El cumpleaños de Dolores Ibárruri representa una síntesis para el estudio de una historia transnacional: la de los contactos, apoyos, convergencias, avances, planteamientos y, por cierto, encuentros públicos entre el Partido Comunista Italiano (PCI) y el Partido Comunista de España (PCE) en los años setenta. La manifestación, que tuvo lugar en Roma el 14 de diciembre de 1975, juntó a los protagonistas de esa colaboración, sus raíces, sus planteamientos; enseñó sus capacidades, pero también sus límites. A su vez, ese vínculo se entrelazaba con las redes internacionalistas de ambos partidos, dentro del comunismo como fenómeno global del siglo XX. En un momento significativo, la fiesta pública fue para los dos partidos la ocasión de demostrar su potencial, fortalecer su identidad y promover sus diseños para el futuro de sus países —y de Europa—, además de celebrar una memoria compartida dentro de lo que Silvio Pons ha definido un «sistema de relaciones materiales y simbólicas»^[2].

En la reciente perspectiva internacional —e internacionalista— sobre la historia de las izquierdas^[3], se han producido investigaciones cuyo objetivo es comprender la historia de los partidos a través de sus prácticas transnacionales. Entre ellos figuran el trabajo de Emanuele Treglia sobre la trayectoria del comunismo español dentro del movimiento internacional y del intento (inacabado) de transformación identitaria que los contemporáneos llamaron «eurocomunismo»^[4]. A partir de 1970, subraya Treglia, «en Europa occidental, el PCE reforzó sus vínculos sobre todo con el PCI. Éste, [...], empezó a convertirse en el principal referente de los comunistas españoles»^[5]. Más rica es la literatura que trata la política exterior del PCI, tanto en obras de carácter global, como en trabajos que han reconstruido algunas de las redes internacionales del partido. Pons nota que, en la nueva estrategia europea del partido durante la secretaría de Enrico Berlinguer (1972-1984, vicesecretario desde 1969), a pesar de una coincidencia de visiones con el partido liderado por Santiago Carrillo, «el centro de gravedad estaba constituido por las relaciones con el PCF [Partido Comunista Francés]»^[6]. Si el partido de Francia, liderado por Georges Marchais, era la segunda fuerza del comunismo occiden-

1.- Manuel Vázquez Montalbán, *Pasionaria y los siete enanitos*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 158; Manuel Vázquez Montalbán, «El invierno romano de Dolores Ibárruri», *Tríunfo*, 676 (10 de enero de 1976), pp. 10-11.

2.- Silvio Pons, «Una globalizzazione alternativa? L'internazionalismo comunista nel Novecento», en Silvio Pons (ed.), *Globalizzazioni rosse. Studi sul comunismo nel Novecento*, Roma, Carocci, 2021, p. 17.

3.- Michele Di Donato y Mathieu Fulla, «Introduction: Leftist internationalisms in the history of the twentieth century», en Michele Di Donato y Mathieu Fulla (eds.), *Leftist Internationalisms. A Transnational Political History*, Londres, Bloomsbury, 2023, pp. 1-18; S. Pons, «Una globalizzazione alternativa?», pp. 11-28.

4.- Emanuele Treglia, «El PCE y el movimiento comunista internacional (1969-1977)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 37 (2015), pp. 225-255; Emanuele Treglia, «Un partido en busca de identidad. La difícil trayectoria del eurocomunismo español (1975-1982)», *Historia del presente*, 18/2 (2011), pp. 25-41.

5.- E. Treglia, «El PCE y el movimiento comunista internacional», p. 232.

6.- Silvio Pons, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Torino, Einaudi, 2006, p. 23.

tal, dos artículos complementarios de Michelangela Di Giacomo ven en el vínculo PCI-PCE el motor real de la propuesta eurocomunista y concluyen que las actitudes francesas «a menudo reacias hacia las mayores innovaciones, estuvieron entre las causas del fracaso del eurocomunismo»^[7]. Marco Di Maggio, en sus estudios de las relaciones PCI-PCF, ilustra el marco coyuntural de la interrupción de la convergencia eurocomunista: las injerencias soviéticas, la crisis del partido francés, las dificultades tanto internas como internacionales del partido italiano^[8]. Victor Strazzeri, en la más reciente revisión de la literatura sobre el fenómeno eurocomunista, propone una lectura del proyecto como alternativa antitética al neoliberalismo, que acabó prevaleciendo como solución a la crisis de los setenta^[9]. Tratando de la política europea de Berlinguer, ha escrito acerca de la oportunidad que la caída de las dictaduras de la Europa del Sur podía representar para los diseños del secretario^[10]. Los trabajos de Di Giacomo, además, modifican la periodización e indican el año 1977 como principio del declive del enlace italo-español y de sus propuestas, viendo como su clímax el momento del cumpleaños de Ibárruri^[11].

7.- Michelangela Di Giacomo, «Prospettive 'eurocomunista'. La strategia del Pci e i rapporti col Pce negli anni Settanta», *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 2 (2011), p. 173; Michelangela Di Giacomo, «Identità eurocomunista: la traiettoria del Pce negli anni Settanta», *Studi storici*, 2 (2010), pp. 461-463.

8.- Marco Di Maggio, *The Rise and Fall of Communist Parties in France and Italy. Entangled Historical Approaches*, Londres, Palgrave Macmillan, 2021, pp. 157-231; Marco Di Maggio, *Alla ricerca della Terza via al Socialismo. I PC italiano e francese nella crisi del comunismo (1964-1984)*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 2014, pp. 297-317.

9.- Victor Strazzeri, «Forging socialism through democracy: a critical review survey of literature on Eurocommunism», *Twentieth Century Communism*, 17 (2019), pp. 26-66.

10.- Marco Di Maggio, *L'Europa di Berlinguer*, Roma, Viella, 2022, pp. 55-56

11.- Michelangela Di Giacomo, «Prospettive 'eurocomuni-

Giulia Bassi ha escrito que la primera experiencia antifascista de la «*guerra di Spagna*» quedaba en el imaginario comunista italiano como momento fundacional, aún más que la Revolución de Octubre. El PCI había construido también sobre ese «mito español» su legitimación democrática y a lo largo de su historia lo evocaba a menudo en los momentos de cambio y crisis^[12].

Por otro lado, Pasionaria sigue siendo estudiada como figura singular dentro de la historia del comunismo internacional, no solo en biografías como, por ejemplo, la recién publicada por Diego Díaz Alonso^[13], sino también en los estudios de género como, por ejemplo, el artículo de Lisa A. Kirschenbaum sobre su autorrepresentación durante el exilio en Moscú^[14]. David Ginard i Ferón, en su estudio de la mitificación de Ibárruri y su empleo movilizador por parte del PCE subraya:

«la celebración ritual del cumpleaños de «Pasionaria» pasó a constituir una de las efemérides más señaladas del calendario comunista, indicando hasta qué punto Dolores se había convertido en uno de los pilares centrales de legitimación del Partido. El homenaje anual permitía reforzar los vínculos armoniosos y sentimentales entre la militancia, que al fin y al cabo era concebida como una gran familia reunida en torno a sus dirigentes. No en vano, según la épica del PCE, el aniversario era solemnizado en las fábricas, campos y

ste'», p. 173; M. Di Giacomo, «Identità eurocomunista», pp. 461-463.

12.- Giulia Bassi, «Il Partito Comunista Italiano e 'la lezione della Spagna'. Narrazione e rappresentazioni tra 1944 e 1975», *Spagna contemporanea*, 56 (2009), pp. 143-173.

13.- Diego Díaz Alonso, *Pasionaria. La vida inesperada de Dolores Ibárruri*, Gijón, Hoja de Lata, 2021.

14.- Lisa A. Kirschenbaum, «Exile, Gender, and Communist Self-Fashioning: Dolores Ibárruri (La Pasionaria) in the Soviet Union», *Slavic Review*, 71/3 (2013), pp. 566-589.



Intervención de Dolores durante el acto central de la celebración de su 85 aniversario. Roma, diciembre de 1975 (Archivo Histórico del PCE).

cárceles de España como una fiesta popular y revolucionaria»^[15].

Ginard ha examinado luego tres mítines dedicados a Ibárruri en el extranjero durante los cuales la «vieja dama», a pesar de su antiguo prosovietismo, patentizaba la nueva línea de Carrillo delante de los militantes emigrados y daba al partido relieve internacional. En el caso de Roma se trataba justo de enseñar la ligazón con una fuerza política de máximo relieve^[16].

En los últimos años, se están planteando trabajos que tratan una fecha notable

y su entorno histórico: es el enfoque, por ejemplo, de dos colecciones editoriales sobre la Italia y la España contemporáneas^[17]. Sin embargo, en este caso el evento no representa en sí un momento crucial, sino el punto de partida para aproximarse al estudio de la trayectoria del PCI y del PCE en los setenta, considerando las cuestiones que emergen de los estudios citados. El primer objetivo del presente artículo es por tanto mostrar el vínculo entre los dos partidos de la sola dimensión del eurocomunismo, analizando también su esfera pública, con sus consecuencias en la Transición, y su capacidad movilizadora dentro de la política y la sociedad italiana. Además, el trabajo propone estudiar la imagen de Ibárruri en una perspectiva global, es decir, sacándola del solo espacio español y mirándola en

15.- David Ginard i Ferón, «'La madre de todos los camaradas': Dolores Ibárruri como símbolo movilizador, de la Guerra Civil a la transición posfranquista», *Ayer*, 90/2 (2013), p. 204.

16.- David Ginard, «Dolores Ibárruri, el PCE y la movilización europea antifranquista. las concentraciones de Montreuil, Ginebra y Roma (1971-1975)», en Carles Santacana Torres (ed.), *Europa en España. Redes intelectuales transnacionales (1960-1975)*, Madrid, Sílex, pp. 311-338.

17.- *10 giorni che hanno fatto l'Italia*, Roma-Bari, Laterza, 2018-2019; *La España del siglo XX en 7 días*, Madrid, Taurus, 2020-2021.

un contexto como el que ya investigó Kirschenbaum durante el estalinismo:

«Importantes [...] siguieron siendo [...] las redes personales informales entre comunistas internacionales. Ibárruri, residiendo en Moscú, estuvo en el centro de una de semejantes redes. Mantuvo un extendido círculo de corresponsales que incluía comunistas españoles en la Europa oriental y en México, veteranos de la Guerra Civil, y todos los líderes considerables del comunismo internacional. Dichas redes persistieron pese a la campaña en contra de los «cosmopolitas» que llevaron a las purgas de la posguerra y los juicios espectáculo»^[18].

El estudio de dicho vínculo a través de un acto, la celebración de una mujer-símbolo, un mito en vida, introduce en el enfoque transnacional otras categorías de la historia contemporánea: la «sacralización de la política», «rituales políticos» y las «religiones de la política». Renato Moro, trazando las líneas para el estudio del fenómeno, ha explicado que, en un caso como éste, sería restrictivo «hablar sólo de ritualidad o de culto político [...] acentuando los aspectos exteriores de *símbolo* y del *rito*, descuidando en cambio los interiores, a menudo considerablemente fuertes, de la *fe* y la *creencia*»^[19]. El historiador indicó también como el objeto de investigación primario para la comprensión de las religiones políticas sus actores y sus percepciones^[20]. En este sentido, el presente trabajo considera los citados aspectos interiores dentro del culto a Pasionaria,

mirando a dirigentes políticos, autoridades, militantes y ciudadanos que concurrieron en los rituales del cumpleaños de Ibárruri en diciembre de 1975.

Por otro lado, Emilio Gentile, que empezó estudiando las características religiosas del totalitarismo fascista^[21], para luego abordar la sacralización en una pluralidad de experiencias políticas a lo largo de la historia, utiliza dos categorías principales de «religiones de la política»: la «religión civil» y la «religión política». La primera es tolerante y propia de los regímenes liberales, democráticos y pluralistas; la segunda, en cambio, tuvo su máxima expresión en los regímenes totalitarios. Sin embargo, Gentile tiene en cuenta lo siguiente:

«la existencia de una más amplia variedad de manifestaciones de la sacralización de la política en la realidad histórica. Estas se sitúan en una posición intermedia entre esas dos categorías principales, según las diferentes situaciones políticas, culturales, religiosas en las que se producen. Puede suceder, por ejemplo, que una religión civil, aunque en el ámbito de un sistema democrático, bajo ciertas circunstancias pueda asumir actitudes y conductas impositivas, intolerantes y exclusivas»^[22].

Otra cuestión crucial para el estudio de la sacralización de la política es su tratamiento de la religión tradicional. Dependiendo de la relación, en las páginas de la misma obra, las religiones de la política se definen como «miméticas», cuando —incluso inconscientemente— elaboran sus creencias, mitos y rituales a partir de las re-

18.– Lisa A. Kirschenbaum, *International Communism and the Spanish Civil War: Solidarity and Suspicion*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, pp. 231-232.

19.– Renato Moro, «Rituales políticos/Religiones políticas», en Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, p. 135.

20.– *Ibidem*, p. 138.

21.– Emilio Gentile, «Fascism as Political Religion», *Journal of Contemporary History*, 25/2-3 (1990), pp. 229-251; Emilio Gentile, *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

22.– Emilio Gentile, *Le religioni della politica. Fra democrazia e totalitarismi*, Roma-Bari, Laterza, 2001, p. XIV.

ligiones tradicionales, «sincréticas», cuando asimilan y adaptan elementos desde la religión tradicional o también «efímeras», cuando con el tiempo se agotan^[23].

Encontrar el sitio del símbolo Ibárruri en este abanico de variedades intermedias es el segundo objetivo al que el presente artículo se aproxima. La manifestación fue una fiesta democrática y antifascista anclada en un contexto propio de las religiones civiles. No obstante, el comunismo ha sido estudiado primariamente como religión política. La interpretación crítica de François Furet veía la fe como la base de la «ilusión» comunista^[24]. Ernesto De Martino, etnógrafo e historiador de las religiones, empezó en los sesenta a tomar notas desde los primeros estudios sobre el milenarismo marxista^[25]. La dimensión religiosa del comunismo y su relación con la religión tradicional, en efecto, han sido sobre todo estudiadas en la experiencia soviética o de países satélites. Se trata, entonces, de casos de un dogmatismo materialista, de un ateísmo de estado fanático y activamente antagonista con respecto a la religión^[26].

23.– *Ibidem*, pp. 210-211.

24.– François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

25.– Ernesto De Martino, *La fine del mondo. Contributo all'analisi delle apocalissi culturali*, Turín, Einaudi, 2019, pp. 435-452.

26.– Erik van Ree, «Stalinist Ritual and Belief System: Reflections on 'Political Religion'», *Politics, Religion & Ideology*, 17/2-3 (2016), pp. 143-161; Polly Jones, *Myth, memory, trauma: rethinking the Stalinist past in the Soviet Union, 1953-70*, New Haven-London, Yale University Press, 2013; Sonja Luehrmann, *Secularism Soviet style: Teaching atheism and religion in a Volga republic*, Bloomington-Indianapolis: Indiana University Press, 2011; Klaus-Georg Riegel, «Marxism-Leninism as political religion», en Hans Maier y Michael Schäfer (eds.), *Totalitarianism and Political Religions, Volume II: Concepts for the comparison of dictatorships*, Londres-Nueva York, Routledge, 2012, pp. 61-112; Marcin Kula, «Communism as Religion», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 6/3 (2005), pp. 371-381; E. Gentile, *Le religioni della politica*, pp. 58-67, 120-126, 168-

Marc Lazar, estudiando las pasiones dentro del comunismo francés, esbozó paralelismos entre la Iglesia y el PCF, añadiendo que «se mantiene una manera de creer específica, continuamente referida a una tradición erigida en autoridad, ella misma respaldada por rituales que reviven la memoria del pasado»^[27]. Tratando el contexto italiano, Stephen Gundle, ha visto en la celebración de la Resistencia algunos aspectos de una religión civil^[28]. Asimismo, David I. Kertzer, centrándose en el cambio de nombre —y de símbolo— del PCI, ha explicado la importancia de los mitos y de los rituales en la política^[29]. Andrea Possieri, estudiando la identidad y la memoria en la transformación del partido en sus últimos veinte años de historia, a través de sus rituales públicos y su pedagogía, ha explicado el papel esencial de las fiestas públicas, clasificándolas e ilustrando su esquema de preparación. La celebración de Ibárruri se puede ver enmarcada en aquel «panorama» de memoria y autorrepresentación que, si bajo Palmiro Togliatti era parte de la política de la nacionalización, en los setenta acompañaba el desarrollo de la política internacional del partido de Berlinguer^[30]. De «peso de la historia» habló también José Carlos Rueda Laffond en el reciente volumen colectivo sobre la historia del PCE: estudiando las distintas fases de elaboración

185; James Thrower, *Marxism-Leninism As the Civil Religion of Soviet Society: God's Commissar*, Lewiston (NY)-Queenston (Canada)-Lampeter (Wales), The Edwin Mellen Press, 1992.

27.– Marc Lazar, *Le communisme, une passion française*, París, Perrin, 2005, p. 200.

28.– Stephen Gundle, «The 'civic religion' of the Resistance in post-war Italy», *Modern Italy*, 5/2 (2000), pp. 113-132.

29.– David I. Kertzer, *Politics and symbols: the Italian Communist Party and the fall of communism*, New Haven, Yale University Press, 1996.

30.– Andrea Possieri, *Il peso della storia. Memoria, identità, rimozione dal Pci al Pds (1970-1991)*, Bolonia, Il Mulino, 2007, pp. 43-56.

de la memoria colectiva comunista, colocó esta última en una perspectiva global. Uno de los puntos más fuertes de la que Rueda llamaba «hibridación» entre lo nacional y lo transnacional fue justo el culto a Pasionaria. En el centro de biografías, también extranjeras, y películas, «Ibárruri ofreció durante la Guerra Civil un cambiante rol de género que transitó desde una imagen viril al papel alegórico de madre». Y, por supuesto, también durante la dictadura Pasionaria siguió siendo la gran estrella dentro del universo de la «memoria roja»^[31].

Según Vázquez Montalbán, Ibárruri empezó a ser un símbolo del PCE ya antes de la Guerra Civil, con su llegada a Madrid en 1931^[32]. La religiosidad en el caso de Pasionaria es parte integrante de su vida y de su lucha política. Hasta sus enemigos difundieron la leyenda de que era una exmonja para atacarla^[33]. Provenía de un entrono católico, católicos eran su nombre y su seudónimo, había sido en principio muy devota, y abrazó al marxismo como nueva fe^[34]; Kevin O'Donnell, analizando el marianismo en su autobiografía, ha escrito que en ella no hubo un remplazo, sino que ella hizo una síntesis de los dos credos^[35]. Las metáforas cristianas y las analogías la acompañaron durante toda su vida.

El artículo adopta el punto de vista italiano, en máxima parte del PCI, pero también de otros actores de una sociedad política y civil aun marcada por un fuerte compromiso antifascista. La primera parte empieza analizando la manifestación, su organización y su contexto, para luego examinar los lazos y trayectorias del PCI y del PCE en los años anteriores y siguientes; la segunda examina la imagen de Pasionaria en Italia en una perspectiva de más larga duración.

La investigación se basa, en primer lugar, en documentos del archivo del PCI y del fondo personal de Enrico Berlinguer en la Fundación Gramsci de Roma: correspondencia, borradores de discursos, notas, informes y actas de reuniones. En medida menor se ha consultado material parecido de la Democracia Cristiana en el archivo del Instituto Luigi Sturzo, del archivo de Andrea Gaggero en Piombino (Livorno), del Archivo Histórico del PCE en Madrid, del Archivo Renovado de Exteriores dentro del Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares. Asimismo, la prensa de referencia es *l'Unità*, el órgano oficial del PCI, pero se han también consultado otros periódicos. Los comunistas italianos solían también rodar una película por cada evento que organizaban: por lo tanto, se han mirado también documentos del Archivo Audiovisual del Movimiento Obrero y Democrático. En fin, también unas fotografías se incluyen y se tratan como fuentes para la historia.

«¡Sí, sí, sí... Dolores a Roma!»

El día de la Inmaculada Concepción de 1975 en Roma fue uno de los momentos trascendentales de aquel Año Santo. El Jubileo de la Iglesia católica iba terminándose, y en la jornada tuvieron lugar tres importantes celebraciones presididas

31.- José Carlos Rueda Laffond, «El peso de la historia. Memoria colectiva y repertorios simbólicos en un siglo de comunismo», en Francisco Erice y David Ginard i Ferón (eds.), *Un siglo de comunismo en España. Vol. II: Presencia social y experiencias militantes*, Madrid, Akal, 2022; José Carlos Rueda Laffond, *Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1931-1977*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2018.

32.- M. Vázquez Montalbán, *Pasionaria y los siete enanitos*, p. 56.

33.- Rafael Cruz, *Pasionaria. Dolores Ibárruri, Historia y Símbolo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 65.

34.- *Ibidem*, pp. 36-37.

35.- Kevin O'Donnell, «The New Marianism of Dolores Ibárruri's 'El único camino'», *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 6 (2002), pp. 25-41.

por el Papa Pablo VI. Por la mañana, en el décimo aniversario del cierre del Concilio Ecuménico Vaticano Segundo, el Pontífice pronunció en un auditorio lleno la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*^[36]. Por la tarde, hubo el tradicional homenaje floral a la estatua de la Virgen María en la Plaza de España y después la solemne misa en la Basílica de Santa María Mayor. Al final de la homilía, el Papa se encomendó a la Virgen: «[a] Ella hoy, con particular predilección recomendamos cada uno de vosotros y todas vuestras religiosas familias. En María imitaros sobre todo ‘la caridad, con la que Ella cooperó al nacimiento de los fieles en la Iglesia’ (Lumen Gentium, 53)»^[37]. En la oración se unieron todas las comunidades de clausura y Roma se llenó de miles de peregrinos y creyentes^[38].

Justo para la jornada anterior, el 7 de diciembre, el PCE había propuesto a los comunistas italianos celebrar en la Ciudad Eterna una gran manifestación internacional y antifascista. Era un momento significativo para España y los líderes Berlinguer y Carrillo necesitaban otro evento público para reafirmar y fortalecer su vínculo transnacional, después del mitin del anterior 11

de julio en Livorno^[39]. En la ciudad donde se había fundado el Partido Comunista d'Italia en 1921, había resonado la promesa del secretario italiano: «Nuestro compromiso, el compromiso de los comunistas italianos y de todos los antifascistas italianos, es intensificar las iniciativas en apoyo a la lucha del pueblo español»^[40]. El ochenta cumpleaños de Ibárruri resultó la ocasión perfecta. Ya a principios de octubre la Secretaría del PCI aceptó el planteamiento español^[41], que pronto fue reiterado por el responsable de política internacional del PCE, Manuel Azcárate^[42]. Con respecto a la fecha indicada, sin embargo, la Sección de Exteriores italiana expresó cierta preocupación para alojar en la ciudad o en sus alrededores los invitados, considerando las masas de peregrinos previstas^[43]. Al final, el evento fue aplazado al domingo siguiente, el día 14 de diciembre, y la preparación se puso en marcha a cargo de unos destacados dirigentes, como Gianni Cervetti y Antonio Rubbi, y la federación romana del partido^[44].

El hecho de que se quisiera homenajear a Ibárruri cerca de una fecha consagrada a la Virgen en este caso es pura coincidencia,

36.- Pablo VI, «Exhortación Apostólica de Su Santidad Pablo VI 'Evangelii Nuntiandi' al Episcopado, al Clero y a los Fieles de toda la Iglesia acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo», Estado de la Ciudad del Vaticano, Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana, https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi.html (consulta: 24 de marzo de 2025).

37.- Pablo VI, «Omelia di Paolo VI. Solennità dell'Immacolata Concezione di Maria Lunedì, 8 dicembre 1975», Estado de la Ciudad del Vaticano, Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana, https://www.vatican.va/content/paul-vi/it/homilies/1975/documents/hf_p-vi_hom_19751208_giubileo-invisibile.html (consulta: 24 de marzo de 2025).

38.- Puede consultarse una crónica detallada en las ediciones de *L'Osservatore Romano* y *Avvenire* de los días 7-10 de diciembre de 1975

39.- Enrico Berlinguer y Santiago Carrillo, *Una Spagna libera in un'Europa democratica*, Roma, Editori Riuniti, 1975; Ugo Baduel, «Livorno: grande manifestazione attorno a Carrillo e Berlinguer», *l'Unità*, 12 julio 1975, pp. 1 y 14.

40.- E. Berlinguer y S. Carrillo, *Una Spagna libera*, p. 73.

41.- «Verbale della riunione di segreteria», recorte, 7 de octubre de 1975, 1975, documentación no clasificada (en adelante NC), Sección de Exteriores (en adelante SE), caja (en adelante c.) 325, expediente (en adelante exp.) 97, «Spagna», Archivi della Fondazione Gramsci (en adelante AFG), Archivio del Partito Comunista Italiano (en adelante APCI).

42.- «Informe urgente a Berlinguer y Pajetta», 13 de octubre de 1975, 1975, IV bimestre, microfilm (en adelante MF) 208, pp. 2079-2080, AFG, APCI.

43.- «Informe urgente de Sergio Segre a Berlinguer y Pajetta», 18 de octubre de 1975, 1975, IV bimestre, MF 208, p. 2080, AFG, APCI.

44.- «Decisione della Segreteria del 22/10/75», 1975, IV bimestre, MF 208, p. 470, AFG, APCI.

pero las metáforas cristianas, de sufrimiento y apuro, suyo y de España, son recurrentes en su vida. Empezando por el apodo que se había dado: Pasionaria. Con esa *mater dolorosa* colectiva, el PCE podía aún contar en los años setenta, estando ella ya apartada de cargos ejecutivos, pero siempre al tanto (y declaradamente de acuerdo) con las decisiones tomadas por Carrillo y los otros camaradas. Ya se habían organizado exitosos mítines en su honor en Montreuil (Francia, 1971) y Ginebra (1974). Esa vez la decisión del principal partido de la oposición fue aprovechar el aniversario de la líder, ya muy celebrado en época del «culto a la personalidad»^[45], y el momento de aislamiento y contestación al régimen español.

La organización de la manifestación fue concertada durante el momento culminante de la solidaridad antifranquista italiana, es decir, la movilización en contra de las ejecuciones capitales del 27 de septiembre de 1975, especialmente las de José Antonio Garmendia y Ángel Otaegui. Los sindicatos unidos guiaron la protesta desde abajo prácticamente en todos los sectores y todo el país. La principal acción fue el paro de unos minutos de trabajo en fábricas y tiendas. Mayor impacto y consecuencias tuvieron las huelgas en transportes y comunicaciones que bloquearon cualquier enlace con España de aviones, barcos y líneas telefónicas. El PCI empujó la participación y la activó desde arriba, presionando en las instituciones. Las nuevas juntas locales, que acababan de ser investidas tras el gran avance electoral registrado por las izquierdas el 15 de junio, enviaron telegramas, aprobaron mociones y patrocinaron desfiles. El gobierno de Aldo Moro (democratacristiano firmemente antifranquista) acabó retirando —junto a los otros países

europeos— el embajador en Madrid durante tres semanas. En general, se configuró un gran frente antifascista, de autoridades, trabajadores e intelectuales de norte a sur del país^[46]. La foto de una de las manifestaciones (la de Roma del 5 de septiembre) se ha convertido en un auténtico icono: están Pier Paolo Pasolini y, entre algunos jóvenes comunistas, el futuro líder de centroizquierda Walter Veltroni^[47]. El 3 de noviembre de 1975, en *l'Unità*, la noticia de la muerte de Pasolini salió justo al lado de la declaración de la Junta Democrática y de la Plataforma de Convergencia a los pueblos de España. Vázquez Montalbán contó haber ido al sitio del asesinato del poeta y director de cine nada más llegar a Roma para atender al cumpleaños de Ibárruri:

«Dediqué mis últimas horas romanas a los descampados de Ostia, donde apareció el cuerpo muerto, apaleado, de Pasolini. Había llovido y el agua parecía haber ensuciado, no lavado, el paisaje desguzado donde la ciudad pierde su nombre. Charcos, casi lagunas, cercaban construcciones remendadas, y de pronto, como en un milagro de la pobre tierra, sobre un montículo de fango emergía un ramo de flores frescas. Allí habían encontrado el cuerpo de Pasolini, y allí brotaban cotidianamente, no se sabe si de las manos o de la tierra, las flores de homenaje a un luchador porque la Historia la podamos escribir todos con minúscula,

45.- D. Ginard, «Dolores Ibárruri, el PCE y la movilización europea antifranquista», pp. 204-205.

46.- Emanuele Treglia, «Por la libertad de España. La solidaridad italiana con el antifranquismo (1962-1977)», en Emanuele Treglia y Javier Muñoz Soro, *Patria, pan... amore e fantasia. La España franquista y sus relaciones con Italia (1945-1975)*, Granada, Comares, 2017, pp. 186-187; *l'Unità*, septiembre-noviembre 1975.

47.- «Un giovanissimo Walter Veltroni fotografato negli anni '70 assieme a Pier Paolo Pasolini e Ferdinando Adornato», *Corriere della sera*, https://www.corriere.it/gallery/Politica/vuoto.shtml?2009/02_Febbraio/veltroni/1&1 (consulta: 24 de marzo de 2025).



Walter Veltroni con Pier Paolo Pasolini y Ferdinando Adornato en la manifestación del 5 de septiembre en Roma (*Corriere della sera*).

como si fuera nuestra»^[48].

El acto no fue organizado, entonces, en reacción a la muerte de Francisco Franco, pero el fallecimiento del dictador, el 20 de noviembre, irrumpió dando más importancia (y probablemente más éxito) a la manifestación. La preparación del evento es un ejemplo de cómo funcionaba la burocrática máquina organizadora del PCI. Empezaron a repartir decenas de invitaciones a los «partidos hermanos» para que enviaran sus delegaciones, y pidieron el listado de los excombatientes a la asociación de los supervivientes italianos de las Brigadas Internacionales (AICVAS)^[49]. Las estimas iniciales preveían la llegada de mil/mil quinientos españoles. Al final fueron cuatro

mil; entre ellos:

«todos los miembros del Comité Central del PCE, así como delegaciones de Madrid, Cataluña, Euskadi, Galicia, Aragón, Andalucía, Castilla, Navarra, el País Valenciano y las Baleares y de la emigración en Francia, Bélgica y Holanda. Alguno de los delegados, como Enrique Curiel, acababa de salir de prisión»^[50].

Eligieron sitios de encuentro e información y les prepararon la comida; y también encontraron casas de «compañeros» romanos donde alojarles, porque no todos tenían documentación en regla^[51]. Ibárruri y otros dirigentes del comunismo español se alojaron en la sede de la escuela del partido, Le

48.- M. Vázquez Montalbán, «El invierno romano de Dolores Ibárruri», p. 11.

49.- «Material relativo a la visita en Roma de Dolores Ibárruri», octubre-diciembre 1975, 1975, documentación clasificada (en adelante CI), SE, c. 308, exp. 202, AFG, APCI.

50.- D. Ginard, «Dolores Ibárruri, el PCE y la movilización europea antifranquista», p. 335.

51.- «Material relativo a la visita en Roma de Dolores Ibárruri», 1975, CI, SE, c. 308, exp. 202, AFG, APCI.

Frattochie, en el extrarradio de Roma, pero la mayoría de los del PCE y las otras delegaciones en un hotel de confianza cerca del Vaticano, llamado «Leonardo da Vinci»^[52]. El PCE lo siguió todo con representantes enviados en Roma para la ocasión^[53].

Todo fue marcado por el llamado «gigantismo» de las ceremonias del PCI en aquellos años de crecimiento «hipertrófico»^[54], que tuvo su máxima expresión en las Fiestas o los «Festivales» de *l'Unità*^[55]. El mitin para el aniversario de Ibárruri del domingo 14 de diciembre (a las 15:30) fue solamente la culminación de un intenso programa de tres días que también contenía un cocktail-rueda de prensa, visitas turísticas de Roma y hasta de la Villa d'Este en Tivoli, una reunión de la Comisión Ejecutiva del PCE, una entrevista de la RAI (radiotelevisión italiana) a Pasionaria y una cena después del mitin, cuyos invitados crecieron de cien a doscientos cincuenta^[56].

Durante tres semanas se imprimieron y propagaron en Roma, y toda Italia, carteles con el rostro de Ibárruri que anunciaban el gran evento. Durante la manifestación se pusieron en venta veinte mil posters con un dibujo de Ibárruri hecho por Renato Guttuso y una poesía de Rafael Alberti^[57]. Éste, exiliado en Roma desde 1963, intervino en la celebración leyendo sus propios versos^[58]. El

regalo de cumpleaños para Pasionaria fue, además, una medalla obra del escultor Giacomo Manzù^[59]. La editorial del PCI, Editori Riuniti, reimprimió las memorias de Pasionaria^[60], y el partido encargó a su productora, Unitefilm, el rodaje de un documental sobre todos los aspectos la manifestación^[61]. *Dolores e la Spagna*, película en dieciséis milímetros de media hora, fue estrenada en abril del año siguiente^[62], y en su versión abreviada, titulada *Una vita per la libertà*, recibió un premio de calidad por el Ministerio de Turismo y Espectáculo en 1979^[63].

El homenaje tuvo lugar en el Palazzo dello Sport (o Palasport), estadio multiusos del barrio EUR. El auditorio fue decorado en grande para la ocasión, reutilizando parte de las escenografías del cincuentenario del PCI, según Possieri la más solemne de todas las conmemoraciones^[64]: se vieron pancartas con eslóganes de saludo y lucha y banderas comunistas, de Italia, de la Segunda República, de Cataluña, Galicia y el País Vasco. La música era del repertorio obrero y de la Resistencia italiana, pero la banda tocó también himnos más patrióticos^[65]. Cada uno de los estimados veinte mil espectadores estaba colocado de manera muy bien planeada y tenía su ingreso asignado. En la platea se sentaron los invitados de relieve:

52.- Correspondencia entre Rubbi, de la SE, y Cervetti, de la Secretaría, 2 de diciembre de 1975, 1975, CI, SE, c. 308, exp. 202, AFG, APCI.

53.- «Informe urgente de Sergio Segre a Berlinguer y Pajetta», 18 de octubre de 1975, 1975, IV bimestre, MF 208, p. 2080, AFG, APCI.

54.- A. Possieri, *Il peso della storia*, p. 43.

55.- Fabio Calè, *Popolo in festa. Sessant'anni di Feste dell'Unità*, Roma, Donzelli, 2011; Anna Tonelli, *Falce e tortello. Storia politica e sociale delle Feste dell'Unità (1945-2011)*, Roma-Bari, Laterza, 2012 pp. 104-120.

56.- Correspondencia Rubbi-Cervetti, 2 de diciembre de 1975, 1975, CI, SE, c. 308, exp. 202, AFG, APCI.

57.- *Ibidem*.

58.- Unitefilm, «Dolores e la Spagna», Filmoteca e vi-

deoteca, PCI, Archivio Audiovisivo del Movimento Operaio e Democratico (en adelante AAMOD), <http://patrimonio.aamod.it/aamod-web/film/detail/IL8600001535/22/dolores-e-la-spagna.html> (consulta: 24 de marzo de 2025).

59.- Correspondencia Rubbi-Cervetti, 2 de diciembre de 1975, 1975, CI, SE, c. 308, exp. 202, AFG, APCI.

60.- Dolores Ibárruri, *Memorie di una rivoluzionaria*, Roma, Editori Riuniti, 1975.

61.- Unitefilm, c. 10, exp. 98 - *Dolores e la Spagna*, AAMOD.

62.- «Un film sugli ottanta anni di Dolores Ibarruri», *l'Unità*, 9 de abril de 1976, p. 9.

63.- *Una vita per la libertà*, Unitefilm, c. 10, exp. 98, cit.; *ibidem*, c. 28, exp. 325, AAMOD.

64.- A. Possieri, *Il peso della storia*, p. 90.

65.- AHPCE, Dir., c. 22, exp. 6.



Luigi Longo, Santiago Carrillo, Dolores Ibárruri y Enrico Berlinguer durante el acto central de la celebración del aniversario de Dolores. Roma, diciembre de 1975 (Fundazione Gramsci).

diplomáticos, garibaldinos, intelectuales y personalidades (entre ellos el músico Luigi Nono, la directora de cine Lina Wertmüller, el actor Gian Maria Volonté), un numeroso equipo de la televisión y algunos dirigentes del PCI. Los «*compagni spagnoli*» tenían su sitio en una parte reservada y

«[p]ara evitar posibles «incidentes» o cualquiera provocación, toda la primera planta de las tribunas será llenado por compañeros de la federación romana y del Lacio, igualmente unos sectores de la segunda planta, detrás de la presidencia [...]. Dos tercios de la segunda planta serán, por contra, «libres» y en estos se concentrará una particular vigilancia»^[66].

En la presidencia, Vidal Beneyto y Cal-

vo Serer representaban el unitarismo de la Junta Democrática, Vittorio Vidali y Pietro Nenni, a la derecha de Luigi Longo, eran testigos de la Guerra Civil, Luigi Petroselli representaba la federación romana, y, junto a «Pasionaria», Berlinguer y Carrillo también estaban Azcárate, Luciano Lama, Nilde Iotti, Ferruccio Parri y Umberto Terracini. Detrás se sentaban los dirigentes más destacados de los dos partidos organizadores y los delegados extranjeros (cada uno con su interprete simultáneo)^[67]: los partidos comunistas de Australia, Austria, Bélgica, Berlín Oeste, Bulgaria, Chile, Corea, República Democrática Alemana, República Federal Alemana, Japón, los dos de Grecia, Gran Bretaña, Yugoslavia, Polonia, Portugal, Rumania, San Marino, Suecia, Suiza, Hungría, Unión Soviética, y los partidos socialistas de Chile, Italia, Portugal y el

66.- Correspondencia Rubbi-Cervetti, 2 de diciembre de 1975, 1975, CL, SE, c. 308, exp. 202, AFG, APCI.

67.- *Ibidem*.

francés, que envió su mensaje^[68]. No había representantes del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) —a pesar de la presencia de destacados líderes socialistas europeos, como Mario Soares— ni hubo interés en incluir la Plataforma de Convergencia en la manifestación. Antes del acuerdo, evidentemente, el grupo dirigente del PCI quería comprometerse con el PCE y sus proyectos para el cambio en España. Desde el principio, el partido de Berlinguer decidió hacerse cargo de todos los gastos^[69]. El presupuesto total, entre hotel, los coches (entre quince y veinte) y (ciento veinte) autobuses^[70], traducción simultánea y todo lo demás, sumaba 56.880 millones de liras^[71]. El PCI acabó encargándose también, por ejemplo, de los viajes de algunos garibaldinos. Pero los costes se superaron, por ejemplo, en el caso de la película^[72].

La manifestación se construyó en torno a los discursos de la celebrada líder comunista, del antiguo inspector de las Brigadas Internacionales^[73], entonces presidente del PCI, Luigi Longo, y de los dos secretarios generales, Carrillo y Berlinguer.

Con un caluroso saludo a Pasionaria, a Carrillo, a las delegaciones extranjeras y a las personalidades y partidos italianos, empezaron las palabras de Berlinguer^[74]. El secretario del PCI elogió al partido que se había convertido en su aliado más próximo,

y presentó a los asistentes sus propuestas siguiendo las mismas palabras que ya había expresado al lado de Carrillo en Livorno, en julio. El líder italiano sostenía que Europa se encontraba en una profunda crisis (económica, política, social). La solución era, primero, transformar profundamente el continente en un sujeto autónomo en el sistema internacional y, segundo, desarrollar plenamente la democracia —en algunos países como Italia, salvarla, en otros como España, construirla— y modificar sus estructuras (en pura óptica marxista) económicas y sociales. Esa evolución Berlinguer la había empezado en 1973, hablando de una «Europa ni anti-soviética ni antiamericana»^[75]. Todo se podía conseguir a través de una gran alianza de fuerzas que Berlinguer llamaba «obreras y populares», entendiendo un conjunto que abarcaba desde los comunistas hasta los socialistas y los católicos. Esa media utopía, llamada «Europa democrática», hubiera sido una manera de realizar el socialismo en la democracia, una transformación viable dentro del sistema político en vigor, pero sin que se dejara la vocación revolucionaria. Las contradicciones de este discurso, de momento, no iban emergiendo, sino daban aliento al diseño del PCI.

Europa, según Berlinguer, iba por un buen camino. Mostraba como evidencia los sucesos que representaban éxitos de la Unión Soviética (por ejemplo, los acuerdos de Helsinki). A pesar de sus avances, las lecturas del PCI seguían identificándose con las de Moscú. El secretario italiano concebía la distensión como un marco dinámico en el que desarrollar sus proyectos, más allá de los bloques. Esa visión chocaba con la de Leonid Brézhnev, pero él no podía borrar la ligazón con la Unión Soviéticas

68.– 1975, CI, SE, c. 308, exp. 202, AFG, APCI; M. Vázquez Montalbán, *Pasionaria y los siete enanitos*, p. 494.

69.– Informe urgente a Berlinguer y Pajetta, 13 de octubre de 1975, 1975, IV bimestre, MF 208, AFG, APCI.

70.– D. Ginard, «Dolores Ibárruri, el PCE y la movilización europea antifranquista», p. 334.

71.– Correspondencia Rubbi-Cervetti, 2 de diciembre de 1975, 1975, CI, SE, c. 308, exp. 202, AFG, APCI.

72.– «Unitelefilm», 1975, CI, Istituti e organismi vari, c. 301, exp. 151, AFG, APCI.

73.– Alexander Höbel, *Luigi Longo, una vita partigiana*, Roma, Carocci, 2013, pp. 237-272.

74.– Enrico Berlinguer, «Camminare insieme sulle nuove vie del socialismo», *l'Unità*, 15 de diciembre de 1975, p. 2.

75.– E. Berlinguer, «Per un'Europa né antisovietica né antiamericana», en Enrico Berlinguer, Alexander Höbel (ed.), *La pace al primo posto*, Roma, Donzelli, 2024, pp. 13-34.

(debido a la devoción de base y dirigentes y también su sostén económico), ni llevar su partido fuera del mundo comunista, donde su posición era mucho más influyente^[76].

Además, el secretario italiano exhortó a superar cualquier división dentro de las izquierdas:

«En primer lugar, combatir, con ímpetu y sabiendo elegir objetivos económicos y políticos que correspondan a las condiciones de cada fase de la lucha. En segundo lugar, superar con la tenacidad y la paciencia revolucionarias, las incomprensiones que pueden tener orígenes lejanos, pero que se expresan también en manifestaciones recientes, entre comunistas y socialistas y, más en general, entre las fuerzas del trabajo y de la democracia. En fin —y esta es la responsabilidad que nosotros los comunistas, nosotros los marxistas, tenemos que sentir y asumir más que cualquier otro— hace falta que con audacia e inteligencia nos sepamos liberar de cada aplicación escolástica de nuestra doctrina, entendida como dogma, o de orientaciones que ya no son adecuadas a las experiencias y a las condiciones históricas actuales, para caminar juntos hacia vías aun parcialmente inexploradas de avance hacia el socialismo»^[77].

Berlinguer se refería a las dificultades de la coalición de izquierdas en Francia, pero sobre todo a la actitud de los comunistas en Portugal, contra los cuales ya había chocado^[78]. Europa, de hecho, estaba viviendo la

caída de las últimas dictaduras autoritarias (los comunistas italianos las llamaban «fascistas»): había ocurrido en Grecia y estaba ocurriendo en Portugal, pero alejándose de la perspectiva de Berlinguer —y el secretario lo explicitó: «si las fuerzas obreras y demócratas volverán al camino del acuerdo»^[79]. Con la muerte de Franco y la intensa movilización popular que se estaba difundiendo en muchas partes España, se abría una perspectiva de cambio encabezada por el «partido del antifranquismo»^[80]: era entonces el momento de apoyarle en su estrategia de «salida a la superficie» para conseguir la legalización. El mitin de Livorno (y sucesiva publicación) se titulaba *Una Spagna libera in un'Europa democratica*, pero la tesis de Berlinguer se puede resumir diciendo «una España libre para una Europa democrática». Era la última etapa de la Resistencia europea, que justo había empezado en 1936, con Dolores Ibárruri al frente; y, contemporáneamente, la primera de la Europa democrática. Cabe notar que el secretario del PCI siempre hablaba de Europa, y no de Europa occidental o capitalista (como se decía en el mundo comunista). Y el eco que podían tener sus intenciones resultaba por eso una amenaza para Moscú^[81], aunque entonces no había aun voluntad de choques.

Berlinguer explicó el valor político de la manifestación. No se podía todavía hablar de la legalización del PCE (ningún partido español era legal aun), pero el secretario dijo:

«España no podrá ser de verdad un país democrático si no fuera reconocido el papel insustituible que el partido comunista debe

76.- S. Pons, *Berlinguer e la fine del comunismo*, pp. XVIII, 19, 24-27.

77.- E. Berlinguer, «Camminare insieme», p. 2.

78.- Emanuele Treglia, «La revolución y sus problemas. El Partido Comunista Italiano (PCI) ante el escenario portugués (1974-1975)», *Historia Actual Online*, 66 (2025), pp. 141-160; Giorgio de Marchis y Mauro B. Milano, «La Rivoluzione dei garofani nei documenti, nella stampa e nella poesia dialettale dei comunisti italiani (1974-1975)», *Rivista di studi portoghesi e brasiliani*, XXVI (2024), pp. 11-23.

79.- E. Berlinguer, «Camminare insieme», p. 2.

80.- Emanuele Treglia, *Fuera de las catacumbas. El PCE y el movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012, pp. 327-331.

81.- S. Pons, *Berlinguer e la fine del comunismo*, pp. 38-39.

tener para el renacimiento y el futuro de España. Es absurdo, aparte de pretencioso, que el partido comunista, el partido de Dolores Ibárruri, [...] que, aunque en la larga clandestinidad, ha conseguido imponerse como partido de masas, no sólo de propagandistas, sino como fuerza nacional y unitaria que ya ejerce un peso político en la visa de España»^[82].

Carrillo, el siguiente orador, leyó su discurso en italiano. Después de los debidos agradecimientos aclaró enseguida que la «manifestación se debería haber organizado en Madrid. Si estamos aquí es porque, aunque Franco haya muerto, el franquismo no está aún enterrado [...]. Hasta que Dolores Ibárruri no pueda hablar en Madrid, el franquismo no se habrá acabado»^[83]. Éste era el segundo, subsecuente mensaje de la manifestación: la vuelta de Pasionaria habría coincidido con la completa democratización de España. Carrillo abordó luego un recorrido sobre la vida y las luchas de Pasionaria, lleno de elementos de sacralización, con tonos entre el marxismo y el feminismo:

«Hasta el día de hoy, Dolores Ibárruri no ha dejado ni un solo día de luchar por la causa proletaria, por el bienestar y la felicidad del pueblo, por la democracia y el socialismo. Su figura se ha forjado en el sufrimiento y el dolor. Primero, la rebelión contra las condiciones de vida inhumanas que padecían los mineros del hierro a principios del siglo, brutalmente explotados por sociedades extranjeras. Luego, la rebelión contra la doble opresión que sufren las mujeres en el hogar doméstico. En ese período, Dolores conoció todas las formas de miseria, desde la que le arranca a sus hijos hasta la

persecución policial y el encarcelamiento. Ante esta mujer serena y optimista, nadie podría imaginar el calvario por el que pasó durante muchos años, los sufrimientos que gravaron sobre ella»^[84].

El secretario español continuó celebrando a Pasionaria como un símbolo en la Guerra Civil, la autora de las «palabras clave» de la Resistencia, y alabó su capacidad de seguir siendo «la representante más eficaz de la conciencia nacional y popular». Tras el conflicto, se había convertido en la víctima más conocida del exilio y la portavoz de la Reconciliación Nacional. Toda su trayectoria era desde luego vinculada a la historia del PCE. En Roma, justo después la muerte de Franco, Carrillo pudo presentar, por lo tanto, un partido unido y fortalecido: el PCE aglutinaba la Junta Democrática, era protagonista de la movilización con las Comisiones Obreras (CCOO) y había superado las escisiones de la disidencia ortodoxa^[85]. Además, arrimándose al PCI en sus propuestas por un comunismo europeo renovado y renovador, había logrado una posición internacional destacada.

Cuando el secretario español acusó a Juan Carlos I de ser un monarca impuesto y continuista, el público reservó numerosos abucheos al nuevo rey^[86]. El partido de Carrillo e Ibárruri seguía plenamente en la fase de la «ruptura democrática», a través de la Acción Democrática Nacional^[87]:

84.- *Ibidem*.

85.- Eduardo Abad García, *A contracorriente. Las disidencias ortodoxas en el comunismo español (1968-1989)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, 2022, pp. 53-112.

86.- S. Carrillo, «Lotteremo uniti», p. 2.

87.- E. Treglia, *Fuera de las catacumbas*, pp. 321-345; Juan Andrade Blanco, *El PCE y el PSOE en (la) Transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el cambio político*, Madrid, Siglo XXI, 2015, pp. 76-78.

82.- E. Berlinguer, «Camminare insieme», p. 2.

83.- Santiago Carrillo, «Lotteremo uniti perché si democratizzi il Paese», *L'Unità*, 15 de diciembre de 1975, p. 2.

«Estamos convencidos de que todas estas libertades no se harán realidad si el pueblo no las reclama en las plazas y en las calles, porque el pueblo español no tiene otra forma de expresar su voluntad. El «liberalismo» del actual gobierno será también juzgado por su actitud ante las pacíficas manifestaciones populares»^[88].

La celebración de Ibárruri fue también la ocasión para enseñar el programa del partido: gobierno provisional, restauración de las libertades, amnistía general.

Luigi Longo, ya anciano (aunque un poco más joven que Pasionaria) y enfermo, era un símbolo para el PCI y, al igual que Ibárruri, ocupaba el cargo de Presidente. Encarnaba aquel «mito español» fundamental para la identidad democrática del PCI. Durante los preparativos, hubo cierta preocupación sobre el discurso de Longo. Después de hablar con su secretario, Federico Farkas, Rubbi anotó: «podría influir un estado emocional. Será necesario prepararlo adecuadamente e involucrarlo en un discurso que, además de ser breve, se enfoque en la situación actual y no en aspectos evocativos»^[89]. Vázquez Montalbán, de hecho, escribió en su crónica: «Longo hablaría entre las ruinas de su cuerpo, [...] en un tremendo esfuerzo dictado por revivir su propia juventud, encajada en la historia de nuestra guerra civil»^[90].

A finales de 1970, Longo había escrito que los europeos tenían con los españoles una «deuda antigua»,

«contraída en el momento en que, ante la intervención de Mussolini y Hitler en apoyo del alzamiento antirrepublicano de Franco, las democracias occidentales respondieron

con una política de «no intervención» que constituyó un estímulo objetivo y una cobertura de la agresión fascista.

Esta deuda pesa en la conciencia de Europa. No sólo no ha sido saldada, sino se ha vuelto aún más gravosa a lo largo de toda esta posguerra. Si el régimen de Franco aún puede representar a España y desafiar la conciencia del mundo civilizado [...] se debe al hecho de que hay, hacia él, demasiada tolerancia»^[91].

Era el momento de saldar esta deuda con un firme compromiso antifascista por parte de Italia para la liberación de España y, por tanto, de toda Europa del fascismo^[92]. Longo se presentó en nombre de los garibaldinos y reafirmó el compromiso de todos los antifascistas italianos con España, que acababa de manifestarse y que debía continuar hasta la completa liberación del país.

«¡La Italia de la Resistencia, camarada Dolores, está hoy a vuestro lado como ayer! [...]

Este compromiso de solidaridad lo pudimos constatar a finales de septiembre.

En aquellos días, un movimiento sin precedentes de pueblos, gobiernos y personalidades se desplegó por toda Europa para arrebatar al verdugo franquista la vida de tantos jóvenes patriotas.

Haremos todo lo posible para que, en los distintos ámbitos, este compromiso continúe hasta que el pueblo español se haya liberado de las cadenas que lo oprimen»^[93].

En su discurso, el último, Ibárruri supo involucrar totalmente al público. En sus memorias recordaría la acogida que recibió

88.– S. Carrillo, «Lotteremo uniti», p. 2.

89.– Correspondencia Rubbi-Cervetti, 2 de diciembre de 1975, 1975, CI, SE, c. 308, exp. 202, AFG, APCI.

90.– M. Vázquez Montalbán, «El invierno romano de Dolores Ibárruri», p. 11.

91.– L. Longo, «Un debito antico», *Rinascita*, 5 (25 de diciembre de 1970), p. 1.

92.– *Ibidem*.

93.– L. Longo, «Le radici profonde della nostra solidarietà», *l'Unità*, 15 diciembre de 1975, p. 3.

y la emoción de aquel momento^[94]. Entre ovaciones y conmoción, Pasionaria agradeció al «partido de Gramsci y de Togliatti, de Longo y Berlinguer. [...] este partido hermano que en las horas dramáticas de nuestra guerra nacional revolucionaria nos dio una promoción de héroes reagrupados en la brigada Garibaldi»^[95]. Habló de su vida y tuvo el tiempo de mencionar también la Revolución rusa, en el espíritu de concordia de la manifestación:

«Yo fui, como todas las mujeres de mi País Vasco, una sencilla mujer católica, que en nada se diferenciaba de todas las mujeres del pueblo. [...] Y en mi evolución del catolicismo al socialismo (y esto lo digo con respeto, en Roma cabeza de la Iglesia católica), más que las prédicas socialistas de aquella época, influyeron en mí, la indiferencia de la Iglesia ante nuestra miseria, y aún peor que la indiferencia, la condena de los que luchaban por mejorar las condiciones inhumanas en vivíamos.

[...] Yo conocí que en la lejana Rusia [...], donde se había derribado la autocracia, se terminaba con las tremendas y anticristianas desigualdades del mundo capitalista que yo conocía, y se establecían las bases para la construcción de la sociedad socialista, que si no era el paraíso soñado por los utopistas, era la justicia. Y la lucha por el socialismo en el que yo veía la liberación de los trabajadores fue, desde entonces, el objetivo de mi vida»^[96].

Sin embargo, como anotó también Vázquez Montalbán^[97], no dedicó la mayor parte de sus palabras a la memoria ni a la

historia. «No se puede vivir tratando de resucitar un pasado que se fue para no poder volver», exclamó. Y, acto seguido, continuó haciéndose portavoz de los proyectos del PCE. Como Carrillo, también ella arremetió contra el nuevo rey y luego explicó la urgencia de la amnistía, la necesidad de restablecer las libertades, entendiendo que era imprescindible pensar y actuar por un futuro para España basado en la democracia y el socialismo, en la libertad, en su carácter plurinacional y en el protagonismo de la clase obrera. Exhortó a la reconciliación nacional, a la unidad de la oposición y quiso subrayar, una vez más, la importancia de la Iglesia en la disidencia contra el régimen.

Concluyó con las palabras: «¡No os digo adiós, sino hasta pronto en Madrid!»^[98]. En todo el Palasport se oía «¡sí, sí, sí... Dolores a Madrid!», palabras que se repetirían hasta la primavera de 1977.

La secretaria del PCI recomendó asimismo que hubiera otro homenaje a Pasionaria en Moscú. El 8 de diciembre, de hecho, Ibárruri fue condecorada con la Orden de la Revolución de Octubre, por decreto del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS^[99] y en un largo discurso, con toda la retórica del socialismo real, Boris Ponomarev, jefe de Exteriores del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), alabó el hecho de que Pasionaria representaba la eterna juventud de la Revolución, la belleza espiritual de la mujer comunista que defiende la libertad y el futuro luminoso de su pueblo^[100].

98.- M. Vázquez Montalbán, *Pasionaria y los siete enanitos*, p. 494.

99.- «Dolores Ibárruri insignita a Mosca dell'Ordine della Rivoluzione d'Ottobre», *l'Unità*, 10 de diciembre de 1975, p. 12; «Товарищу Долорес ИБАРРУРИ», *Pravda*, 9 de diciembre de 1975, p. 1 y «

100.- «Intervento alla riunione svoltasi l'8 dicembre 1975 alla Casa dello scienziato di Mosca, in occasione dell'80° compleanno della compagna Ibárruri, di Boris Ponomarev», 1975, VI bimestre, MF 210, pp. 900-908, AFG, APCI.

94.- D. Ibárruri, *Memorias de Pasionaria*, pp. 202-205.

95.- M. Vázquez Montalbán, *Pasionaria y los siete enanitos*, p. 490.

96.- *Ibidem*, pp. 489-490.

97.- M. Vázquez Montalbán, «El invierno romano de Dolores Ibárruri», p. 11.

Ibárruri, ante un público compuesto por «amigos soviéticos», representantes de diversas organizaciones, sindicatos, el Kom-somol y veteranos que habían combatido junto a su hijo Rubén, habló de la «larga amistad que une a nuestros dos pueblos y a nuestros dos partidos». Añadió que sus relaciones «siempre fueron cordiales», recordando especialmente el papel fundamental de Moscú en apoyo a la Segunda República durante la Guerra Civil. Se apartaron así los desacuerdos de los últimos seis años. El PCI, junto con el PCE, consideró necesaria una cobertura soviética del evento, evitando cualquier tipo de tensión antes de avanzar en sus proyectos. Por parte soviética, el respaldo fue total. Ninguna de las tres partes involucradas tenía interés en generar fricciones.

El cumpleaños abrazó toda la «comunidad imaginada internacional» comunista^[101]. Entre los muchos mensajes, Pasionaria recibió también un sobre de la Cámara de Diputados italiana con la nota de —con una caligrafía que parece la de Sergio Segre, responsable de la Servicio de Exteriores del PCI— «confidencial». Contenía una carta de Alexander Dubček^[102], en 1975 totalmente apartado de la vida política y que trabajaba como mecánico forestal bajo estrecha vigilancia^[103]. A pesar de parecer una simple carta de felicitaciones muestra que el PCI mantenía contactos con el líder de la Primavera de Praga^[104].

El apoyo al «socialismo con rostro humano» de Praga había sido el principio del vínculo PCI-PCE. Durante la Conferencia de Moscú, en junio 1969, los dos partidos manifestaron de manera diferente su condena de la invasión soviética de Checoslovaquia (apoyada totalmente por Ibárruri según las *Memorias* de Carrillo^[105]): el PCE con un discurso público, el PCI firmando sólo uno de cuatro capítulos de la declaración final. Fue desde entonces que los contactos se hicieron más frecuentes. Los italianos querían desarrollar un comunismo específico de Europa occidental y los españoles buscaban apoyos tras las escisiones de las disidencias ortodoxas^[106]. En los años de la llegada de Berlinguer, el PCI tenía la responsabilidad de solucionar la crisis y las amenazas a la democracia italiana. De ahí surgió la propuesta del «compromiso histórico», una actualización de la antigua unidad antifascista, cuyas razones Berlinguer sostuvo entrevistándose con Carrillo y otros comunistas españoles en julio de 1975^[107]. El PCE del último franquismo salió fortalecido de la ofensiva represiva que junto a CCOO sufrió por parte del régimen, empezando a entrar en organismos unitarios de la oposición y actualizando la política de la Reconciliación Nacional^[108]. A pesar del diálogo dificultado por las posiciones contradictorias, nacionalistas y más ortodoxas del PCF, los italianos y franceses organizaron una conferencia de comunistas de Europa occidental en Bruselas en 1974, donde a pesar de contrastes en-

101.– S. Pons, *Globalizzazioni rosse*, p. 17.

102.– 1976, NC, SE, «Spagna», c. 363, exp. 91, AFG, APCI

103.– Luciano Antonetti, «Verità e manipolazioni: Alexander Dubček dal 1969 al 1992», en Francesco Leoncini (ed.), *Alexander Dubček e Jan Palach: protagonisti della storia europea*, Soveria Mannelli (CZ), Rubettino, 2009, pp. 210-211.

104.– Valentine Lomellini, «Il Partito Comunista Italiano e i leader del 'nuovo corso' dopo l'invasione: un equilibrio dinamico?», en F. Leoncini (ed.), *Alexander Dubček*, pp. 204-206.

105.– Santiago Carrillo, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 2006, pp. 620-624.

106.– M. Di Giacomo, «Identità eurocomunista», pp. 464-465; Eduardo Abad, «El otoño de Praga. Checoslovaquia y la disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)», *Historia Contemporánea*, 61 (2019), pp. 971-988.

107.– «Incontri con la delegazione del PCE», 8 de julio de 1975, AFG, APCI, Fondo Enrico Berlinguer (en adelante E. Berlinguer), Movimento Operaio Internazionale (en adelante MOI), c. 128, exp. 125, AFG, APCI.

108.– E. Treglia, *Fuera de las catacumbas*, pp. 226-320.

tre Carrillo y Marchais en materia de inmigración^[109], empezó a salir una proximidad de los tres partidos. El mismo año, sin embargo, después de la Revolución de los Claveles en Portugal, los comunistas del PCP, liderados por Álvaro Cunhal, empezaron a forzar el proceso de transición democrática atacando las libertades recién logradas por los portugueses junto a los sectores militares más radicales y con toda simpatía soviética. PCI y PCE se distanciaron del partido portugués^[110]; el PCF, en cambio, se puso al lado de Cunhal, abriendo grietas en la entente que los comunistas europeos occidentales iban propiciando^[111].

Berlinguer y Carrillo notaban «pasos atrás»^[112] a la víspera de su mitin en Livorno, el primero los grandes eventos. En los discursos del acto, y en la declaración conjunta que publicaron en esa ocasión, no solo se comprometían a realizar el socialismo en la democracia, sino aceptaban la posibilidad de la presencia de una economía de mercado dentro de sus proyectos^[113]. Justo unos días antes en la prensa había salido una creativa palabra: «eurocomunismo».

En los días de la gran movilización antifranquista se decidió de alguna manera institucionalizarla con la constitución de un centro operativo que coordinara las actividades de solidaridad hacia la oposición española a nivel nacional. Los comités ya existentes en Bolonia y Milán necesitaban más apoyos y la iniciativa fue patrocinada por todos los partidos antifascistas, sindicatos y organizaciones democráticas. Ya se había tomado la decisión, localizado la sede (compartidas con centros para Portu-

gal y Grecia) y establecido una contribución anual de cuatro millones de liras por parte del PCI y de la Democracia Cristiana (DC)^[114]. El nuevo *Comitato Italia-Spagna* fue estrenado el 7 de noviembre de 1975, con Pietro Nenni^[115] como presidente y como secretario Andrea Gaggero, excusa, *partigiano* e internado en Mauthausen, que en la posguerra se había comprometido con el pacifismo antimperialista y filosoviético. A lo largo de 1976 y en los años sucesivos, el nuevo comité llevó a cabo varias actividades, como visitas a Italia de exponentes de la oposición española^[116], peticiones al gobierno de España para la amnistía^[117], iniciativas culturales, como la publicación de una colección de obras de arte^[118]. Tuvo también algún contacto discreto con el gobierno de España: por ejemplo, el ministro de Exteriores José María de Areilza, cuando visitó Italia, estaba interesado en un encuentro reservado con el comité^[119]. El PCI fue su principal financiador. De hecho, el Comité desempeñó su papel ya en la organización del cumpleaños de Ibárruri: le llegaron más de ciento cincuenta mensajes de felicitación para Pasionaria, entre ellos el de un religioso español que vivía en Roma y declaró rezar por ella y el PCE, aunque no compartiera su ideología^[120].

De «eurocomunismo» se estaba ya hablando mucho en 1976, en la prensa, en el

109.- E. Treglia, «El PCE y el movimiento comunista internacional», pp. 242.

110.- M. Di Giacomo, «Identità eurocomunista», 469-471.

111.- M. Di Maggio, *Alla ricerca della Terza Via*, pp. 289-297.

112.- «Note dell'incontro con Carrillo», 8 de julio de 1975, E. Berlinguer, MOI, c. 128, exp. 125, AFG.

113.- M. Di Giacomo, «Prospettive 'eurocomuniste'», p. 182.

114.- Informe de Sergio Segre, 13 de diciembre de 1974, 1975, NC, SE, c. 325, exp. 801, «Spagna», AFG, APCI.

115.- «Italia-Spagna: appello contro la repressione e per l'amnistia», *l'Unità*, 8 de noviembre de 1975, p. 16.

116.- 1976, I bimestre, MF 212, p. 554, AFG, APCI.

117.- Andrea Gaggero, Corrispondenza, Comitato Italia-Spagna, Archivi della famiglia Bartolini-Zannellini-Gaggero, Archivio storico «Ivan Tognarini», Piombino (Livorno, Italia).

118.- «Associazioni di amicizia», 1977, CI, SE, AFG, APCI.

119.- Informe de Ignazio Delogu, 1976, II bimestre, MF 228, pp. 769-773, AFG, APCI.

120.- 1975, CI, SE, c. 308, exp. 202, AFG, APCI.

mundo académico y hasta Berlinguer, Marchais y Carrillo aceptaron utilizar ese término^[121]. Pero esa definición se refería a los sucesos y actuaciones anteriores, como lo era lo que se escribió en los documentos de Livorno^[122]. La voluntad de autonomía de Berlinguer de la Unión Soviética (sin que quisiera rescindir los vínculos) ya era manifiesta: lo fue en su discurso en Moscú (Carrillo y Marchais no estaban presentes), así como lo fue cuando dijo sentirse más seguro dentro de la OTAN, a la víspera de llegar a la mayoría de gobierno.

Todo se entrelazaba con la transición española. El cambio se estaba poniendo en marcha, con muchos partidarios de excluir al PCE —que seguía llenando las calles— del proceso de cambio debido a su ideología y a la memoria de la guerra, a pesar de sus esfuerzos para conseguir «credenciales democráticas». Entonces la ejecutiva del partido decidió hacer cualquier cosa para tener su sitio en la mesa: el fin era la legalización del PCE, que Carrillo llegó a llamar «el criterio de la democracia»^[123] entrevistándose con Berlinguer y Marchais. Cuando se descartó esa idea de una gran huelga general rupturista, con el aporte fundamental de CCOO, y se pasó de la «ruptura democrática» a la «ruptura pactada»^[124], lo que el PCI podía ofrecerles a los hermanos españoles era la publicidad y su capacidad organizativa. El partido de Berlinguer organizó para el PCE, otra vez en Roma, la primera sesión pública de su Comité Central. Ibárruri, de vuelta, escribió en sus *Memorias* «salir a la luz [...] Y nuevamente en Roma»^[125]: ya no había clandestinidad. Se repitió más o me-

nos el esquema del cumpleaños de Pasionaria. Se invitaron muchas personalidades que intervinieron en la larga reunión, se organizaron varios eventos menores colaterales y se rodó otro documental.

Carrillo quiso entonces aparecer también en España y fue detenido. El Comité Italia-Spagna envió su delegación a Madrid y, cuando Carrillo fue soltado también gracias a la presión internacional, *l'Unità* tituló «La fuerza de la solidaridad»^[126]. El secretario del PCE necesitaba entonces el máximo apoyo para la legalización y la presión para avanzar en el proyecto eurocomunista más allá de los propósitos de 1975.

Hasta entonces todo se había celebrado o con fraternales encuentros bilaterales, o a través de conferencias (la última en Berlín había llegado sólo a un documento muy vago): una reunión de más se habría visto como el proyecto de «un nuevo centro», un nuevo cisma en el comunismo transnacional. Por fin, el 2 y 3 de marzo de 1977 Berlinguer, Carrillo y Marchais decidieron reunirse en Madrid y se les dejó. El PCI que llegó al encuentro ya estaba afectado por los aspectos negativos que conllevaba el apoyar un gobierno democristiano, pero sin gobernar, y que era blanco de la nueva ola de contestación *movimentista*^[127]. Además, con la defensa de la austeridad moral, por primera vez había (sin darse cuenta) dejado de ir en la misma dirección de los cambios sociales. El contenido de la reunión fue muy cuidadoso. El PCE necesitaba un apoyo internacional importante a su legalización y lo obtuvo. Pero al partido de Carrillo le hubiera venido muy bien un avance, un fuerte planteamiento democrático, occidental, que no hubo. Ni el PCF, ni tampoco el PCI, querían ir más allá en contra de Moscú, por

121.– Frane Barbieri, «Le scadenze di Breznev», *il Giornale nuovo*, 25 de junio de 1975, p. 1.

122.– M. Di Giacomo, «Identità eurocomunista», p. 472.

123.– E. Berlinguer, MOI, c. 129, exp. 146, AFG, APCI

124.– E. Treglia, *Fuera de las catacumbas*, pp. 345-365; J. Andrade, *El PCE y el PSOE en (la) Transición*, pp. 76-92.

125.– D. Ibárruri, *Memorias de Pasionaria*, p. 208.

126.– «La forza della solidarietà», *l'Unità*, 31 de diciembre de 1976, p. 1.

127.– M. Di Maggio, *Alla ricerca della Terza Via al Socialismo*, pp. 281-287.

ejemplo, apoyando al disenso. De hecho, nadie del grupo dirigente del PCI lo quería.

En los planteamientos eurocomunistas, entonces, Carrillo había decidido avanzar en solitario. Publicó *Eurocomunismo y Estado*, libro en el que criticaba duramente la Unión Soviética con acusaciones de imperialismo, opresión y reacción. El contrataque de Moscú fue muy duro hacia Carrillo, para que también en Italia se entendiera que ningún viraje más sería tolerado. Entonces el grupo dirigente del PCI defendió, sí, toda libertad de expresión de Carrillo, pero no se puso a su lado compartiendo sus denuncias a Moscú^[128].

El partido acabó siendo legalizado en abril, a cambio de muchas renuncias, que Carrillo veía como algo parecido a la política de Togliatti en la Italia de 1944-47^[129], en la aceptación, por ejemplo, de la monarquía. Pero, las urnas no le dieron el éxito del PCI, ni de los años cuarenta ni de los setenta. A pesar de las advertencias dadas por Carrillo en marzo mencionando las encuestas^[130], el 9 % que sacó se situó muy por debajo de las expectativas. A pesar de otras cesiones de Carrillo, de los «Pactos de la Moncloa» a la nueva Constitución, el espacio del «partido del antifranquismo» resultó muy limitado en el postfranquismo^[131]. La falta de protagonismo del partido más próximo afectaba mucho también el diseño de Berlinguer, contribuyendo a perjudicar sus proyectos de política internacional. El vínculo transnacional fue trascendental cuando se trató de dar al PCE visibilidad. Tuvo éxito en iniciativas solidarias, dentro

de un más grande movimiento europeo que tenía raíces muy fuertes. Pero esa exterioridad y ese peso del pasado resultaron chocar con el nuevo contexto. En España elementos de la dictadura participaron en el proceso de democratización, sin la ruptura con el régimen que aún había existido en Grecia y Portugal.

Hay una foto que salió en la portada de *l'Unità* en la que Berlinguer se enciende un cigarro con Adolfo Suárez: muestra de manera eficaz como el PCI y su secretario tuvieron que aceptar una transición española diferente de la que habían imaginado^[132].

El mito de Pasionaria en Italia: una aproximación (1962-1989)

Ibárruri quiso subrayar la cálida acogida que recibió, en claro contraste con su condición de exiliada. «En Fiumicino me pasaron a una sala destinada a las personalidades. En un local contiguo —me comentaron los camaradas italianos— se encontraba el embajador de España esperando a no sé qué jerarquía»^[133].

El día anterior a la manifestación, el 12 de diciembre, se organizó en el Campidoglio una ceremonia oficial en honor a Ibárruri. Presidió el acto el alcalde, Clelio Darida, y participaron representantes de todos los partidos del arco constitucional y de las instituciones, así como algunos de los padres de la democracia italiana: Pietro Nenni, Ferruccio Parri, Giuseppe Saragat y Umberto Terracini. Pasionaria conversó de manera muy cordial con el democristiano Giuseppe Pisanu, reafirmando así la atención y el diálogo con los católicos italianos que había cultivado desde los años sesenta^[134]. El alcalde dio la bienvenida a

128.- E. Treglia, «El PCE y el movimiento comunista internacional», pp. 248-251; Di Giacomo, «Prospettive 'eurocomunista'», pp. 190-192.

129.- M. Di Maggio, *L'Europa di Berlinguer*, p. 55.

130.- E. Berlinguer, MOI, c. 129, exp. 146, AFG, APCI.

131.- J. Andrade, *El PCE y el PSOE en (la) Transición*, pp. 92-101; M. Di Giacomo, «Prospettive 'eurocomunista'», pp. 189-190.

132.- *l'Unità*, 3 de septiembre de 1977, p. 1.

133.- D. Ibárruri, *Memorias de Pasionaria*, p. 202.

134.- *Ibidem*, p. 63.



Recorte de *l'Unità*, 3 de septiembre de 1977.

Ibárruri con un discurso rebuscado en español, en el que definió la solidaridad antifranquista como «un empeño constante y apasionado, hoy más que nunca actual», y calificó a Pasionaria como «uno de los representantes más prestigiosos de la República española»^[135]. Con ello, se reconocía la anterior forma de gobierno de España, en contraposición con la nueva monarquía (post)franquista. Darida elogió «el empeño

constante y apasionado para el rescate del proletariado español, su larga y prestigiosa lucha política y luego la amargura y la tragedia de la guerra de España [...], el largo exilio; la coherencia de sus ideales» y deseó a la invitada «una feliz estadía en nuestra ciudad; expresarle el augurio de que su larga milicia política, constelada de tantas páginas significativas pero también de tantos dolores y amarguras, sea coronada con su regreso a una España finalmente libre de la opresión autoritaria y entregada a la libertad de la democracia»^[136].

El tema del regreso a Madrid estuvo presente también en esta ocasión. El evento concluyó con la entrega a Ibárruri de una medalla de la Capital en conmemoración de la batalla de Porta San Paolo. En aquella ocasión, el alcalde recordó asimismo los diversos pronunciamientos del ayuntamiento contra la represión franquista. A pesar de no figurar entre los exponentes más progresistas de la Democracia Cristiana, Darida ya había manifestado públicamente su oposición al régimen español. Inmediatamente después de las ejecuciones de los miembros de ETA y del FRAP, el alcalde rechazó recibir a quinientos miembros de la Federación de las Hermandades de Donantes Voluntarios de Sangre de España, quienes, durante dos días, habían llevado a cabo su labor en el Campidoglio, en colaboración con la Cruz Roja Italiana. Esta última también evitó encuentros con los representantes españoles. El 29 de septiembre de 1975, el embajador de España en Italia, José A. Giménez-Arnau, informó a Pedro Cortina Mauri, Ministro de Asuntos Exteriores, de lo sucedido, precisando que:

«Con motivo de los recientes procesos en España el Alcalde de Roma Sr. Darida

135.- «Discorso dell'On. Sindaco in onore della visita in Campidoglio della signora Dolores Ibárruri», Fondo Clelio Darida (en adelante Darida), c. 8 «Comune di Roma», exp. 206 «Discorsi», Archivio storico dell'Istituto Luigi Sturzo (en adelante ASILS).

136.- «Discorso dell'On. Sindaco in onore della visita in Campidoglio della signora Dolores Ibárruri», Darida, c. 8, exp. 206, ASILS.

protestó públicamente en sesión plenaria municipal contra nuestro país y anuló la recepción que iba a ofrecer al grupo español, haciéndole saber a esta embajada por vía de la Sección de Protocolo de la Farnesina. Asimismo la Cruz Roja Italiana se negó a facilitar las autohemotecas. Ante medidas tan sectarias, e ignorando un gesto tan notable como el que representaba una donación masiva de sangre por parte de españoles en Italia, recomendé al Presidente de la Federación de Hermandades que suspendiera absolutamente sus contactos con las organizaciones italianas, habiendo regresado los componentes de la expedición española ayer domingo»^[137].

Pasionaria ya había visitado Italia. En diciembre de 1962 fue relatora en el décimo Congreso del PCI^[138], y en aquella ocasión comenzaron sus contactos con la Iglesia italiana y el partido católico^[139]. Dos años más tarde, en el funeral de Togliatti desfiló en el cortejo de personalidades del comunismo internacional a lado de Brézhnev, intervino en las exequias y fue inmortalizada por Renato Guttuso en la famosa pintura dedicada al acto. De su presencia escribió *l'Unità*:

«Resaltaba entre todos el rostro pálido de Dolores Ibárruri, cuyas palabras, poco después, arrancarían a la multitud un apasionado y largo aplauso. Apenas la «Pasionaria», pálida y solemne y vestida de negro, comenzó a hablar «en nombre del Partido

Comunista de España y del pueblo español», pareció que el gran dolor que unía a todos se desbordara en llanto y, al mismo tiempo, se transformara en una fuerza consciente. En la voz dramática de Dolores Ibárruri, Togliatti se confirmó vivo, eternamente vivo, tanto en los momentos más duros como en las victorias más gloriosas, del pasado y del futuro. Dolores Ibárruri, aun hablando en español, había llegado al corazón de todos: apareció al mismo tiempo como la anciana que se despide del amigo ante su féretro con la voz entrecortada y como la heroína de la Internacional, que rinde homenaje y exalta al combatiente caído, cuya obra perdurará en el tiempo»^[140].

Ibárruri presidió la mesa del Comité Central de Roma y fue entrevistada, hablando de su próxima vuelta, por fin, a España^[141]. Cuando el exilio terminó, la secretaria y la prensa del PCI siguieron con gran interés el regreso de Ibárruri a España y relataron con detalle su primera jornada en Madrid^[142]. En septiembre, Pasionaria se sometió a una operación, lo que generó gran atención entre los comunistas italianos respecto a su estado de salud. Ibárruri les agradeció mediante un telegrama y, poco después, concedió una extensa entrevista sobre la situación española^[143].

Uno de los elementos más significativos del vínculo entre el PCI y el PCE durante la Transición española fue, sin duda, Dolores Ibárruri. Para los comunistas italianos, también representaba un símbolo identi-

137.- «Actividades anti-españolas en Italia contra donantes de sangre españoles», Archivo Renovado de Exteriores, 1975. LEG.R.-14.015, TOP. 63/61-71. b. 12/9882, Archivo General de la Administración.

138.- «Alla Spagna eroica e alla Pasionaria l'omaggio del Congresso», *l'Unità*, 5 de diciembre de 1962, p. 1.

139.- D. Ibárruri, *Memorias de Pasionaria*, pp. 37-38; D. Ginnard, «Dolores Ibárruri, el PCE y la movilización europea antifranquista», p. 334.

140.- «L'ultimo il più grande abbraccio di popolo a Togliatti sulla piazza di San Giovanni», *l'Unità*, 26 de agosto de 1964, p. 5.

141.- Guido Bimbi, «La vigilia del ritorno», *l'Unità*, 6 de agosto de 1976, p. 1.

142.- «La prima giornata di Dolores a Madrid», *l'Unità*, 15 de mayo de 1977, pp. 1 y 20.

143.- Ignazio Delogu, «La Spagna di Dolores», *l'Unità*, 18 de septiembre de 1977, p. 3.

tario, capaz de movilizar apoyos, al igual que en la estrategia del PCE. Sin embargo, incluso cuando el vínculo comenzó a aflojarse, Pasionaria siguió conservando su máximo relieve. Existe, por ejemplo, una fotografía tomada en una sección de la periferia de Roma, en 1979, en la que, detrás de dos mujeres, aún se puede ver colgado el cartel «Dolores a Madrid», con el rostro de Ibárruri^[144].

Pasionaria falleció diez años después, el 12 de noviembre de 1989, tres días después de la caída del Muro de Berlín. Ese día, el Comité Central del PCE recibió telegramas de condolencias del secretario del PCI, Achille Occhetto, del presidente Alessandro Natta y el destacado dirigente Gian Carlo Pajetta^[145]. La cúpula del partido italiano había cambiado; Ibárruri había sobrevivido tanto a Longo como a Berlinguer. Al día siguiente, *l'Unità* le dedicó una página entera, como en los viejos tiempos^[146]. El mito de Pasionaria seguía arraigado en el imaginario de un partido que, ese mismo día, tras la declaración del secretario en la Bolognina, iniciaba el camino hacia la renuncia al nombre «comunista».

Conclusiones

El ochenta cumpleaños de Dolores Ibárruri fue singular en muchos sentidos: por su —o sus— éxito, su impacto emotivo, pero también como enfoque para un estudio de

historia transnacional.

Estudiando la preparación, celebración, consecuencias y contexto del gran evento, se puede ver cómo el vínculo PCI-PCE fue un intento de camino común para reformar el comunismo y desafiar los equilibrios de la distensión, pero se trató en primer lugar de una red solidaria y una acción pública. El partido de Enrico Berlinguer decidió comprometerse con el «partido hermano» español porque era la fuerza política más afín ideológicamente y era entre los mejores actores que podían ayudarlo en realizar una transformación de Europa. Lo hizo dándole la máxima visibilidad. El mitin de Livorno de 1975, el Comité Central de Roma de 1976, la cumbre de Madrid de 1977 y la celebración de Ibárruri irrumpieron en las dinámicas españolas, dando rumbo a la estrategia de la «salida a la superficie» del PCE. El vínculo, en este sentido, fue un factor internacional de la Transición y contribuyó de manera fundamental a la legalización del PCE.

Por otro lado, demasiadas dificultades dejaron al proyecto eurocomunista inacabado: su vaguedad, los altibajos franceses, la imposibilidad de romper con Moscú por parte italiana, la necesidad por parte española de alejarse de la Unión Soviética, etc. Cada uno hablaba de eurocomunismo para sus intereses, y también estudiando el presente evento se ve como su característica principal era la «basilar desunión», como ha escrito Pons^[147], y el proyecto fue una suma de intereses singulares. Mucho más concreta y con consecuencias fue entonces la capacidad de reunir militantes, mover emociones y captar la atención de la opinión pública, por parte de los comunistas italianos y españoles.

El cumpleaños de Ibárruri enseña ade-

144.- *Immagini del Novecento*, AFG, Archivio fotografico del Partito comunista italiano, <https://immagini-delnovecento.fondazionegramsci.org/photo/detail/IT-GRAMSCI-FT0001-0032461/duo-donne-seguono-i-lavori-congressuali-della-sezione-montecucco-roma-vista-del-xv-congresso-nazionale-del-pci> (consulta: 24 de marzo de 2025).

145.- «Telegrammi di Natta, Occhetto e Pajetta al PCE per la morte di Ibárruri», 1989, NC, Commissione Internazionale, c. 1027, exp. 132, AFG, APCI.

146.- «Addio indimenticabile Dolores», *l'Unità*, 13 de noviembre de 1989, p. 1.

147.- Silvio Pons, *I comunisti italiani e gli altri. Visioni e legami internazionali nel mondo de Novecento*, Turín, Einaudi, 2021, pp. 257-258.

más cómo el vínculo PCE-PCI se basaba en una memoria compartida mucho más pesada que cualquier propuesta para el futuro del comunismo europeo. Si este «peso de la historia» perjudicó algunos avances, también ayudó a los dos partidos a reafirmar y comprender sus identidades, además de tener las consecuencias citadas.

El culto a Pasionaria forma parte de la religión política del comunismo y en su dimensión logró, por ejemplo, mantener algo en común entre el PCUS y Dubček, dentro de un fenómeno histórico global que en 1975 se encontraba en un estado de declive y fragmentación. En este sentido, sería necesario ahondar en el estudio del mito

de Pasionaria a nivel global, en la Europa Occidental y en la Oriental, así como en el Sur global. El comunismo fue una forma de religión política donde los símbolos fueron esenciales. Entonces, no se puede reducir solamente a un materialismo fanático, sino a una multiplicidad de prácticas rituales que también empeñaron elementos de las religiones tradicionales.

El presente trabajo, sin pretensiones, ofrece estos elementos a los debates sobre las cuestiones mencionadas, teniendo en cuenta como «los internacionalismos de izquierdas contribuyeron a dar forma al siglo XX»^[148], y como éste fue la «época de la sacralización de la política»^[149].

148.– M. Di Donato y M. Fulla, «Introduction: Leftist internationalisms in the history of the twentieth century», p. 18.

149.– E. Gentile, *El culto del Littorio*, p. 246.

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM



núm. 1 | 2016



núm. 2 | 2016



núm. 3 | 2017



núm. 4 | 2017



núm. 5 | 2018



núm. 6 | 2018



núm. 7 | 2019



núm. 8 | 2019



núm. 9 | 2020



núm. 10 | 2020



núm. 11 | 2021



núm. 12 | 2021



núm. 13 | 2022



núm. 14 | 2022



núm. 15 | 2023



núm. 16 | 2023



núm. 17 | 2024



núm. 18 | 2024

Todos los números de **Nuestra Historia** están disponibles en revistanuestrahistoria.com

fundación de
investigaciones
marxistas



 **transform!**
europe

El eurocomunismo, las transformaciones del Estado, la cuestión de la democracia

Eurocommunism, the transformation of the State and the democratic question

Alexander Höbel
Università di Sassari

Resumen

Este artículo reconstruye el proceso político e intelectual que condujo a la formulación del eurocomunismo como alternativa estratégica de los partidos comunistas de Europa occidental ante las transformaciones del Estado capitalista en el siglo XX. A partir de las elaboraciones previas de Gramsci, Togliatti y la experiencia de los Frentes Populares, se analiza cómo el PCI, el PCE y el PCF articularon, entre las décadas de 1960 y 1980, una propuesta teórica de «vía democrática al socialismo» basada en la defensa del pluralismo y las reformas institucionales. El texto muestra los puntos de convergencia entre estas organizaciones y examina los límites prácticos de sus planteamientos: las tensiones entre el «parlamentarismo burgués» y la democracia de base, y, especialmente, la dificultad de transformar los aparatos estatales.

Palabras clave: Eurocomunismo, democracia, socialismo, partidos comunistas, Estado, transición política.

Abstract

This article reconstructs the political and intellectual process that led to the formulation of Eurocommunism as a strategic alternative for the communist parties of Western Europe in the face of the transformations of the capitalist state in the 20th century. Starting from the previous elaborations of Gramsci, Togliatti and the experience of the Popular Fronts, it analyzes how the PCI, the PCE and the PCF articulated, between the 1960s and 1980s, a theoretical proposal of a «democratic road to socialism» based on the defense of pluralism and institutional reforms. The text shows the points of convergence between these organizations and examines the practical limits of their approaches: the tensions between «bourgeois parliamentarism» and grassroots democracy, and, especially, the difficulty of transforming the state apparatus.

Keywords: Eurocommunism, democracy, socialism, communist parties, state, political transition.

Premisas y suposiciones previas

Para los comunistas europeos, la reflexión sobre la cuestión del Estado, el problema de la democracia y sus conexiones con el proceso de transición al socialismo comenzó ya en los años de entreguerras. En este sentido, fueron centrales las elaboraciones de Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti, así como la experiencia de los Frentes Populares antifascistas, iniciada por los pactos de unidad de acción firmados por comunistas y socialistas franceses e italianos en 1934, sistematizada a nivel estratégico por el 7.º Congreso de la Comintern, y finalmente aplicada y sometida a las verificaciones de la práctica, en particular en Francia y España.

La intuición de Togliatti, según la cual la defensa de las libertades burguesas se convertía en «el terreno histórico y políticamente indispensable para el agrupamiento y la organización de las fuerzas de masas que queremos llevar al poder»^[1], estaba ligada a la idea de que la ofensiva fascista era fruto de la insostenibilidad para la gran burguesía de ese desarrollo de la democracia que la propia burguesía había iniciado a finales del siglo XVIII, pero que ahora abría enormes espacios a la acción del movimiento obrero, hasta plantear la cuestión del poder político y, por tanto, del Estado. En este sentido, sostenía Togliatti, «esta lucha por la defensa de las instituciones democráticas se amplía y se convierte en la lucha por el poder»^[2]. Estas eran las bases de esa «democracia de nuevo tipo» que él

vio experimentar en la España republicana golpeada por la contraofensiva reaccionaria y la Guerra Civil^[3], y que conceptualizó junto con Georgi Dimitrov y el líder del Partido Comunista de España (PCE), José Díaz^[4]. Pero la idea de que la democracia, expresando el poder de la gran mayoría contra una minoría de explotadores, estaba estrechamente vinculada al socialismo, también se encuentra en la elaboración coetánea de los comunistas franceses, en el llamamiento unitario de Maurice Thorez a la lucha «contra las doscientas familias y sus mercenarios»^[5].

Durante la Segunda Guerra Mundial, sobre la base de la misma orientación, los frentes populares se expanden hasta convertirse en frentes nacionales, y la lucha antifascista, por la liberación del nazifascismo y por la independencia nacional, se vincula nuevamente a la perspectiva de una «democracia de nuevo tipo», *popular* o, en el léxico de los comunistas italianos, *progresiva*^[6]: una elaboración que recibe nuevo impulso a partir de los traumas de 1956 y que, en cuanto al PCI, encuentra en el VIII Congreso y en el relanzamiento de la vía italiana como *vía democrática al socialismo*, un primer punto de llegada. Pero, es sobre todo la reflexión posterior, la del último Togliatti, la que plantea el problema de darle

1.- Ercoli, «Problemi del fronte unico», *Lo Stato operaio*, 8 (1935), pp. 497-511 [publicado más tarde en Palmiro Togliatti, Ernesto Ragionieri (ed.), *Opere*, volumen III, 1929-1935, Roma, Editori Riuniti, 1973, tomo 2, pp. 713-729].

2.- Palmiro Togliatti, Francesco M. Biscione (ed.), *Corso sugli avversari. Le lezioni sul fascismo*, Turín, Einaudi, 2010, pp. 7-8. La primera clase, de la cual ha sido extraída la cita, es de enero de 1935.

3.- Ercoli, «Sulle particolarità della rivoluzione spagnola», *Il Grido del popolo*, 11 (1936), ahora en Palmiro Togliatti (autor), Franco Andreucci y Paolo Spriano (eds.), *Opere*, vol. IV, 1935-1944, Roma, Editori Riuniti, 1979, tomo 1, pp. 139-154; 140-142; 150-152.

4.- José Díaz Ramos, «Contra los invasores, unidad del pueblo y Gobierno de Frente Popular. Discurso pronunciado en el Monumental Cinema, de Madrid, el 21 de marzo de 1937», en José Díaz Ramos, *Tres años de lucha*, Marxists Internet Archive, 2009, <https://www.marxists.org/espanol/diaz/1930s/tadl/41.htm> (consulta: 20 de marzo de 2025).

5.- Maurice Thorez, *Oeuvres de Maurice Thorez, XI, Janvier-Mai 1936*, París, Éditions Sociales, 1953, pp. 215 y ss.

6.- Véase Alexander Höbel: «La 'democrazia progressiva' nell'elaborazione del Partito comunista italiano», *Historia Magistra*, 18 (2015), pp. 57-72.

a la democracia «un contenido nuevo», un «programa económico» de reformas estructurales^[7]. En la época del *neocapitalismo*, caracterizado por el crecimiento de monopolios y oligopolios y por una creciente intervención del Estado en la economía, «la lucha por la democracia —observa Donald Sassoon— asume inevitablemente un carácter antimonopolístico»; al mismo tiempo, Togliatti destaca cada vez más «los estrechos vínculos entre una nueva política económica democrática y una efectiva reforma del Estado»^[8]. La gran «expansión de las fuerzas productivas» de los últimos años —afirma en 1962— tiende «a acentuar el carácter colectivo, social de la producción, mientras que a esto se opone la concentración de la propiedad y del poder económico en manos de los grandes grupos monopolísticos», los cuales «pretenden disponer en su interés» del mismo «aparato del Estado [...] llevado de esta manera a asumir funciones nuevas y cada vez más amplias». Por un lado, entonces, desarrollo y concentración de las fuerzas productivas, nuevo rol del Estado, tendencias hacia la planificación —en resumen, la consolidación del «capitalismo monopolístico de Estado»— hacen que «el avance hacia el socialismo» sea «la tarea que se plantea hoy en los países de capitalismo desarrollado». Por otro lado, ahora más que nunca «la clase obrera tiene frente a sí al Estado», y es en este terreno que «debe saber moverse». Es en este sentido que Togliatti reafirma el «vínculo orgánico entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo», previendo así complementar la intervención pública en

la economía, las nacionalizaciones, la planificación, con «instancias de control y dirección democráticas», que permitan a los trabajadores «convertir la acción del Estado en un instrumento de lucha contra el poder del gran capital», en un intento de reabrir «la perspectiva de una democracia de nuevo tipo»^[9]. Como Togliatti ya había dicho en 1956, era evidente que de este modo se modificaba «algo» con respecto a cómo Lenin había planteado la cuestión del Estado; se hacía partiendo de las «transformaciones que habían tenido lugar» desde la segunda posguerra mundial en adelante, lo que hacía ahora «posible un camino de avance hacia el socialismo no solo en el terreno democrático, sino también utilizando las formas parlamentarias»^[10].

Pero, ¿cuáles eran esas transformaciones? Se trataba en esencia de la superación, en muchos países, de Estados rígidamente monoclasistas, por lo que ahora también las instituciones y los aparatos del Estado se convertían en un campo en el que estaban presentes diferentes sectores de clase y, por lo tanto, en un terreno en el que se abría una dialéctica, una lucha entre las propias clases.

En su último escrito, el *Memorial de Yalta*, Togliatti vuelve sobre estos temas. En el momento en que avanzan tendencias programáticas, escribe, es necesario «un plan general de desarrollo económico que se contraponga a la programación capitalista» como «nuevo medio de lucha para avanzar hacia el socialismo». En tal sentido, «la lucha por la democracia pasa a asumir [...] un contenido diferente [...] más ligado a la realidad de la vida económica y social. La pro-

7.- Palmiro Togliatti, «Rapporto al IX Congresso del Partito comunista italiano», 30 de enero de 1960, en Palmiro Togliatti, Luciano Gruppi (ed.), *Opere*, vol. VI, 1956-1964, Roma, Editori Riuniti, 1984, pp. 409-452; 430-432.

8.- Donald Sassoon, *Togliatti e la via italiana al socialismo. Il Pci dal 1944 al 1964*, Turín, Einaudi, 1984, pp. 241; 226; 231.

9.- Palmiro Togliatti, «Rapporto al X Congresso nazionale del PCI», 2 de diciembre de 1962, en P. Togliatti, L. Gruppi (ed.), *Opere*, vol. VI, pp. 639-684: 656-665.

10.- Palmiro Togliatti, «La via italiana al socialismo», informe al Comité Central del Pci, 24 de junio de 1956, en P. Togliatti, L. Gruppi (ed.), *Opere*, vol. VI, pp. 167-168.

gramación capitalista está de hecho siempre ligada a tendencias antidemocráticas y autoritarias, a las cuales es necesario oponer [...] un método democrático también en la dirección de la vida económica». Y aún más:

«Surge así la cuestión de la posibilidad de la conquista de posiciones de poder, por parte de las clases trabajadoras, dentro de un Estado que no ha cambiado su naturaleza de Estado burgués y, por lo tanto, si es posible la lucha por una transformación progresiva, desde dentro, de esta naturaleza. En países donde el movimiento comunista se ha vuelto fuerte como en el nuestro (y en Francia), esta es la cuestión fundamental»^[11].

Pocos meses antes, el Partido Comunista Francés (PCF), en su XVII Congreso, hizo eco a lo que el PCI ya había afirmado en 1956, aclarando que la transición al socialismo no es incompatible con el pluripartidismo. En diciembre de 1968, el PCF vuelve sobre el vínculo entre socialismo y democracia, planteando el objetivo de una «democracia avanzada», que garantice y promueva todas las libertades y sienta las bases de una «Francia socialista»^[12]. Pocos meses antes, PCI, PCF y PCE se habían encontrado en sintonía en la condena de la intervención militar del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. La afirmación del vínculo democracia-socialismo implica, por tanto, también una postura crítica hacia la URSS y las dinámicas internas del bloque soviético. El claro rechazo del PCI a la doctrina de la «soberanía limitada» explicitada

por Leonid Brézhnev sirve para reafirmar no solo su propia autonomía como partido, sino también esa soberanía nacional que se quiere defender, tanto en el Este como en el Oeste, precisamente para llevar adelante el proyecto de la vía democrática al socialismo. Por su parte, Santiago Carrillo, líder del PCE, plantea con fuerza el problema del pluralismo político, rechazando la idea del partido único^[13].

Ya tres años antes, sin embargo, reflexionando sobre las perspectivas del posfranquismo, Carrillo prefiguraba una democracia de nuevo tipo: una «democracia político-social», multipartidista, con un fuerte papel del Parlamento^[14]. Los comunistas españoles delineaban un modelo bicameral en el cual, en lugar del Senado, la segunda Cámara fuera un «Consejo Económico-Social», cuya tarea sería regular la «democracia económica», limitando y contrarrestando el papel de los monopolios, sobre la base del supuesto de que «sin democracia económica no puede haber una democracia política estable». Carrillo también sostenía que las organizaciones sindicales, las Comisiones Obreras, podían constituir otro elemento de la «nueva democracia» española, no solo «en las fábricas, asegurando el control obrero», sino también como herramientas «de participación colectiva de la clase obrera en el aparato del Estado», tanto en el Consejo Económico-Social, como a nivel local^[15]. En 1970, el líder del PCE afirma que «la lucha por la democracia es la primera fase de un proceso ininterrumpido de lucha por el socialismo». En su elaboración existe la idea

11.- Palmiro. Togliatti, «Promemoria sulle questioni del movimento operaio internazionale e della sua unità», *Rinascita*, 5 de septiembre de 1964, ahora en P. Togliatti, L. Gruppi (ed.), *Opere*, vol. VI, pp. 823-833.

12.- Ignazio Delogu, «Introduzione», en Enrico Berlinguer, Georges Marchais y Santiago Carrillo, *La via europea al socialismo*, Roma, Newton Compton, 1976, p. XXVI.

13.- *Ibidem*, p. XXXI.

14.- Santiago Carrillo, *Después de Franco, ¿Qué?*, París, Editions Sociales, 1965, pp. 107-111. Véase Emanuele Treglia, *La política del PC español e il movimento operaio (1956-1977)*, Tesis Doctoral, Roma, Università LUISS Guido Carli, 2011, pp. 151-153.

15.- *Ibidem*, pp. 152-153.



Público asistente al mitin de Marchais y Enrico Berlinguer, organizado conjuntamente por PCF y el PCI, en París, en junio de 1976, en el marco de la campaña electoral italiana (Jean Texier - *Mémoires d'Humanité* / Archives départementales de la Seine-Saint-Denis).

de un camino por etapas, en el que un sistema democrático-social sería una especie de «régimen de transición entre el capitalismo monopolista de Estado y el socialismo»: en todo caso, está muy claro el concepto de que el socialismo mismo no debe entenderse «como la abolición de las libertades políticas y de la democracia, sino como su ampliación y desarrollo» en el terreno económico y de las relaciones de propiedad^[16].

Los años setenta

Como se puede ver, PCI, PCE y PCF llegan a los años setenta con un trasfondo de elaboraciones y prácticas políticas con algunos puntos de contacto significativos. En particular, los comunistas italianos y españoles, habiendo vivido la experiencia de los

golpes de Estado y los regímenes fascistas, tienen una dramática conciencia de la importancia de no retroceder en las conquistas y garantías democrático-burguesas, de no devaluarlas, sino de ampliarlas y extender su alcance desde el terreno de los derechos civiles y políticos al de las relaciones sociales y la gestión de la economía. Las breves experiencias de gobierno de los Frentes Populares eran comunes a los comunistas franceses y españoles. La política de unidad nacional antifascista con el objetivo de un modelo de Estado democrático-social, y las experiencias de gobierno en la inmediata posguerra, unían finalmente a PCI y PCF. La perspectiva de la vía democrática al socialismo era, de hecho, patrimonio de los tres partidos, y en verdad también de otros partidos comunistas europeos.

Sobre estas bases, en el informe al Comité Central de noviembre de 1971, Enrico

16.- Véase I. Delogu, «Introduzione», pp. XXX-XXXI.

Berlinguer, entonces vicesecretario del PCI, propone «una coordinación de las iniciativas, una colaboración no solo episódica entre los partidos comunistas del occidente capitalista», no para «organizar un ‘centro dirigente’» alternativo o en competencia con Moscú y Pekín, sino para «dar organicidad y continuidad a las relaciones» entre dichos partidos, sobre la base de esa «amplia convergencia de posiciones» que se registra en particular sobre «el problema de la relación entre democracia y socialismo». La posible unidad de acción también se refiere desde el principio al terreno europeo. Se trata —añade Berlinguer en febrero de 1973, cuando ya es secretario general del PCI— de llevar adelante la «batalla por una transformación en sentido democrático» de la Comunidad Económica Europea (CEE), que le permita adquirir una «plena independencia» en la escena internacional, y por lo tanto superar la estricta observancia atlantista^[17]. En mayo, un mitin con el líder del PCF Georges Marchais marca la primera etapa de este camino: es necesario «transformar profundamente» el área del Mercado Común Europeo —afirma Berlinguer— «democratizando sus instituciones, contrastando y rompiendo el poder de los monopolios»^[18].

A principios de 1974, la Conferencia de Bruselas de los partidos comunistas europeos constituye otro paso adelante. En particular, como subraya el secretario del PCI, es clara la «convergencia» sobre «el problema fundamental de las relaciones entre democracia y socialismo» y sobre la concepción del socialismo «como desarrollo coherente y plena realización de la

democracia»^[19]; un énfasis, este último, que vuelve pocos meses después, en el discurso de Marchais en el XXI Congreso del PCF, que mientras tanto ha adherido al Programa común de las izquierdas lanzado por el líder socialista François Mitterrand^[20].

Pero ¿en qué contexto se desarrolla esta elaboración de los comunistas de Europa occidental? El cuadro general está caracterizado, por un lado, por la profunda crisis económica iniciada con el fin del sistema de tipos de cambio fijos y luego por el aumento de los precios del petróleo decidido por los países árabes de la OPEP tras la guerra del Yom Kipur, un hecho que pone de manifiesto el profundo cambio en las relaciones de poder a nivel mundial; por otro lado, por el avance de la distensión, que marca importantes hitos, desde los acuerdos SALT I y ABM entre EE.UU. y la URSS hasta el tratado entre las dos Alemanias: avances que parecen relajar las rigideces internas de los bloques y, por lo tanto, permitir mayores márgenes de iniciativa política dentro de los Estados individuales, hasta el punto de poder plantear, incluso en Italia, el objetivo del acceso de los comunistas al gobierno. Por lo tanto, es muy estrecha la relación entre los desarrollos del cuadro mundial, los progresos de la distensión y la posibilidad de abordar de manera nueva la cuestión del poder político en los diferentes países.

En diciembre de 1974, Berlinguer presenta un importante informe al Comité Central, en preparación del XIV Congreso del PCI. Al delinear una posible salida de la crisis que aqueja a Italia, subraya la nece-

17.— *Ibidem*, pp. XXI-XXIII.

18.— Enrico Berlinguer, «Democrazia e sicurezza in Europa», mitin con Georges Marchais, Bolonia, 11 de mayo de 1973, en Enrico Berlinguer, *La «questione comunista»*, Roma, Editori Riuniti, 1975, pp. 575-583; 581.

19.— Enrico Berlinguer, «Costruire un'Europa nuova», intervención en la Conferencia de Bruselas de los Partidos Comunistas de Europa Occidental, 26 de enero de 1974, en E. Berlinguer, *La «questione comunista»*, pp. 675-682; 678. Véase también la declaración común de los tres partidos «Per un'Europa democratica e indipendente», en *l'Unità*, 30 de enero de 1974.

20.— I. Delogu, «Introduzione», p. XXVII.

sidad de «una nueva etapa de la revolución democrática y antifascista» iniciada con la Resistencia y plasmada en la Constitución republicana, pero luego bloqueada por la Guerra Fría. A este propósito, Berlinguer plantea «una profunda transformación de la dirección política» del país, con la «participación de las clases trabajadoras y de todas sus formaciones de masas y políticas más representativas en las decisiones fundamentales de la política nacional y en el control de su implementación». En el plano económico, Berlinguer reivindica «una efectiva programación del desarrollo, confiada a un poder democrático sólido y autorizado», capaz de «sustraer a las concentraciones monopolísticas [...] el poder de determinar [...] las directrices del desarrollo general del país», introduciendo «algunos elementos propios del socialismo». En su concepción, «la construcción de una estructura social superior [...] puede y debe llevarse a cabo sin socavar ninguna de las libertades consagradas en nuestra Constitución, y respetando los principios y reglas democráticas establecidas por ella». Es más,

«un proceso de superación progresiva de la lógica del capitalismo constituye una consolidación y favorece una continua expansión de la vida democrática, ya que reduce paulatinamente el poder de tipo oligárquico de los grupos económicos y políticos dominantes hasta ahora, desarrolla al máximo la participación consciente, el sentido de responsabilidad y la iniciativa de todos los estratos populares y de los ciudadanos individuales y amplía el consenso y las bases sociales del Estado»^[21].

En el informe al XIV Congreso del PCI, en

marzo de 1975, Berlinguer enfatiza ese «desarrollo de la democracia de base» que, desde los Consejos de fábrica y de zona hasta los nuevos órganos de autogobierno de las escuelas, está caracterizando la situación política, expresando una voluntad de participación que —afirma— «puede contribuir al más eficaz funcionamiento de las instituciones» representativas, pero también dar un nuevo impulso a la «regeneración» de los partidos políticos, cuyo papel sigue siendo «insustituible». Al reiterar el objetivo de «una gran mayoría que comprenda todas las fuerzas populares y democráticas», Berlinguer cita «la unidad política de la clase obrera como eje de la estrategia del ‘compromiso histórico’», dado que «la meta» final es «lograr la llegada del movimiento obrero en su conjunto a la dirección política de la sociedad y del Estado»^[22].

Tres meses después, el gran avance del PCI en las elecciones administrativas de 1975, que se suma al excelente resultado del candidato común de las izquierdas, François Mitterrand, en las elecciones presidenciales francesas del año anterior y al inicio en España de la transición posfranquista, refuerza esta hipótesis. La temporada de las *juntas rojas* al frente de regiones, provincias y municipios italianos, que a veces son juntas de más amplia unidad democrática, determina un salto de calidad en el papel de las entidades locales en la democracia italiana y en la misma participación popular. En los mismos meses, la reforma democrática de la RAI (la empresa televisiva pública), finalmente sometida al control parlamentario, constituye otro importante éxito de las luchas llevadas a cabo por el PCI en los años anteriores para la consolidación y el progreso de la democracia como

21.— Enrico Berlinguer, *La proposta comunista. Relazione al Comitato centrale e alla Commissione centrale di controllo del Partito comunista italiano in preparazione del XIV Congresso*, Turín, Einaudi, 1975, pp. 49-53.

22.— Enrico Berlinguer, *Unità del popolo per salvare l'Italia*, informe al XIV Congreso del PCI, 18 de marzo de 1975, Roma, Editori Riuniti, 1975, pp. 67-79; 86-87.



Mundo Obrero, 3ª semana de julio de 1975
(Archivo Histórico de CCOO de Andalucía).

eje de la «vía italiana al socialismo»^[23].

En julio de 1975, mientras comienza a manifestarse una cierta distancia entre los comunistas italianos, franceses y españoles, por un lado, y los portugueses, por otro, precisamente sobre el tema de la relación democracia-socialismo, una manifestación unitaria en Livorno con Berlinguer y Carrillo concluye con una *Declaración común* con la cual el PCI y el PCE

«declaran solemnemente que, en su concepción de un avance democrático hacia el socialismo, en paz y libertad, no se expresa una actitud táctica, sino una convicción estratégica. [...] El socialismo solo puede afirmarse, en nuestros países, a través del

desarrollo y la plena implementación de la democracia».

Por lo tanto, los dos partidos llevan a cabo un pleno reconocimiento «del valor de las libertades personales y colectivas y de su garantía, de los principios de laicidad del Estado, de su articulación democrática, de la pluralidad de los partidos [...], de la autonomía del sindicato, de las libertades religiosas, de las libertades de expresión, de la cultura, del arte y de las ciencias». En cuanto a la economía, la perspectiva es la de una «programación democrática que aproveche la coexistencia de diversas formas de iniciativa y gestión pública y privada»^[24].

Dos meses después, el PCE celebra su II Conferencia Nacional, en la que se presenta con un exigente *Manifiesto-Programa*, en el que —aunque todavía no renuncia a la noción de dictadura del proletariado, la reduce a «una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción»— reafirma su elección a favor de un «socialismo multipartidista y democrático [...] basado en la soberanía popular expresada a través del sufragio universal», implicando así —como aclarará Carrillo en una entrevista— «el derecho de una oposición no socialista a volver al poder si recupera la mayoría»^[25].

En el informe que acompaña al *Manifiesto-Programa*, Carrillo subraya que «un cambio social menos violento es posible en Europa porque el socialismo, gracias a las revoluciones que ha habido, se ha transformado [...] en un componente ideológico que tiende a ser dominante [...] en nuestro continente», en el cual nuevas clases «de profesionales y técnicos», cada vez más insertadas en el proceso de reproducción

23.– Salvatore D'Albergo y Andrea Catone, *Lotte di classe e Costituzione. Diagnosi dell'Italia repubblicana*, Nápoles, La Città del Sole, 2008, pp. 122-124.

24.– E. Berlinguer, G. Marchais y S. Carrillo, *La via europea al socialismo*, pp. 53-55.

25.– I. Delogu, «Introduzione», p. XXXIV.

capitalista y por lo tanto cada vez más alejadas de las «clases medias tradicionales», se unen a la clase obrera para constituir un nuevo «bloque histórico». Naturalmente,

«la vía democrática plantea en términos particulares el problema de la transformación del aparato del Estado [...]. La experiencia de Chile demuestra que el hecho de que las fuerzas socialistas lleguen al gobierno no resuelve el problema del poder del Estado. Puede haber un Gobierno socialista y un aparato del Estado capitalista».

Dicha coyuntura presentaba el riesgo de que «la contrarrevolución utilice el aparato del Estado para boicotear la actividad del Gobierno y, finalmente, derribarlo». Por esto, añade Carrillo evocando a Gramsci, «las fuerzas socialistas deben plantearse el problema de la conquista del poder del Estado» ya «antes de llegar al Gobierno y completarla posteriormente desde el propio Gobierno». En resumen, «la acción por la democratización del aparato del Estado y su descentralización, es desde ahora una parte de la lucha por la conquista del poder del Estado por parte de las fuerzas populares»^[26].

Es un pasaje particularmente interesante, que confirma la sintonía con la teoría y la práctica del PCI, que precisamente ha hecho de la acción por una reforma democrática del Estado y por una coherente descentralización de los poderes un eje central de su estrategia. Y también un fragmento posterior, en el cual Carrillo subraya la necesidad de acompañar a una fuerte «democracia representativa [...], conquista que la clase obrera debe conservar y desarrollar», «formas de democracia directa, desde abajo», así como la idea de proyectar esta pers-

pectiva en el plano europeo^[27], confirman tal convergencia.

Una sintonía similar se consolida entre el PCI y el PCF, que en noviembre de 1975 en Roma también firman una Declaración común:

«La marcha hacia el socialismo y la construcción de la sociedad socialista, afirman los dos partidos, deben realizarse en el marco de una democratización continua de la vida económica, social y política. El socialismo constituirá una fase superior de la democracia y la libertad; la democracia realizada de la manera más completa».

Se reiteran las elecciones a favor del multipartidismo, de los plenos derechos «de los partidos de oposición», de la posibilidad de alternancia en el gobierno entre diferentes mayorías, de la autonomía de la magistratura y de los sindicatos. También aquí se vuelve sobre la «descentralización democrática del Estado», con una función cada vez más relevante de las autonomías locales, y sobre el «desarrollo de la democracia en las empresas, de modo que los trabajadores puedan participar en su gestión [...] y disponer de amplios poderes de decisión»^[28].

Es un planteamiento que suscita viva preocupación en las clases dirigentes de los países capitalistas, desde el secretario de Estado estadounidense Henry Kissinger hasta los principales estadistas de Europa Occidental, que en una cumbre celebrada en Bruselas en diciembre describen el eurocomunismo, con su afirmación del vínculo entre socialismo y democracia y el creciente distanciamiento de la URSS, como un alarmante problema político, potencialmente «desestabilizador» respecto al orden bipo-

26.- E. Berlinguer, G. Marchais y S. Carrillo, *La vía europea al socialismo*, pp. 108-113.

27.- *Ibidem*, pp. 116-118.

28.- *Ibidem*, p. 57.

lar del mundo, y más en general respecto a las relaciones de poder consolidadas, y en ese sentido «revolucionario»^[29]. Desde ese punto de vista, con razón la historiografía más reciente ha incluido el eurocomunismo en el marco de ese «comunismo reformador», activo en Occidente pero también en Oriente, que hizo del vínculo democracia-socialismo su elemento central^[30].

En el informe al XXII Congreso del PCF, en febrero de 1976, Marchais parte de la «evolución del capitalismo monopolista de Estado»: «cuanto más se acentuaba la concentración de los monopolios —afirma— más se concentraba el poder político y económico en manos de unas pocas personas». Pero si la tendencia dominante favorece «centralización, autoritarismo y burocratización», «en la agenda de la lucha popular» se sitúa la democracia, entendida en varios sentidos: como «democracia económica», por la cual grandes grupos bancarios e industriales se conviertan en «propiedad de toda la nación» y «los trabajadores participan» en su gestión; «democracia social», con una significativa extensión del bienestar; y naturalmente «democracia política», de modo que «todos los ciudadanos puedan realmente elegir, decidir, controlar, gestionar, administrar [...] a cualquier nivel: en la empresa, en el barrio [...] en la región y en el propio gobierno»^[31].

29.- Véase Marco Di Maggio, *Alla ricerca della Terza via al socialismo. I PC italiano e francese nella crisi del comunismo (1969-1984)*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 2014, pp. 302-303.

30.- Silvio Pons y Michele Di Donato, «Reform Communism», en Silvio Pons (ed.), *The Cambridge History of Communism*, vol. III, *Endgames? Late Communism in Global Perspective, 1968 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, pp. 178-202. Véase también Silvio Pons, «The Rise and Fall of Eurocommunism,» en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (eds.), *The Cambridge History of the Cold War*, vol. III, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 45-65.

31.- E. Berlinguer, G. Marchais y S. Carrillo, *La via europea al socialismo*, pp. 63-65.

Fuertes son las consonancias con la idea de *programación democrática*, central en la elaboración del PCI desde hace aproximadamente una década. Es necesario —afirma Marchais—

«que las empresas nacionalizadas dispongan de plena autonomía de gestión; que toda planificación se elabore de manera democrática, con la participación de los trabajadores y los usuarios; que la gestión de las empresas [privadas] también se vuelva democrática, es decir, que los trabajadores [...] participen cada vez más activamente en ella. También queremos que municipios, departamentos y regiones se conviertan en verdaderos centros de decisión y gestión democrática».

En el mismo congreso, el PCF también abandona, como hace tiempo había hecho el PCI, la noción de dictadura del proletariado. El documento preparatorio afirma claramente que «solo un poder político representativo del pueblo trabajador podrá permitir realizar las transformaciones radicales de la vida económica y social» previstas por la vía francesa al socialismo. Pero tal «poder de la clase obrera y de las otras categorías de trabajadores [...] es decir, [de] la gran mayoría del pueblo [...] se constituirá y actuará sobre la base de elecciones libremente expresadas por el sufragio universal y tendrá la tarea de realizar la democratización más amplia posible de toda la vida económica, social y política del país». La clase obrera sigue siendo «la fuerza dirigente» de este proceso, por «sus intereses vitales, su poder numérico, su gran concentración, su experiencia [...] y su organización», pero el nuevo poder que se prevé es la expresión de un bloque social más amplio, capaz de llevar adelante las transformaciones estructurales delineadas y rechazar las posibles contraofensivas de las clases actualmente

dominantes, esa «oligarquía instalada en la dirección de la economía y del Estado» que se pretende desalojar y sustituir^[32].

El Estado en los países de capitalismo avanzado, o de capitalismo monopolista, se presenta así como un Estado oligárquico, cada vez más centralizado y autoritario, en el que las mismas instituciones representativas están cada vez más «debilitadas» y vaciadas de contenido y poder. Por lo tanto, es necesario «renovarlas y restaurarlas en su totalidad», acompañándolas de momentos de democracia desde abajo, que en parte recuerdan el modelo autogestionario yugoslavo. El objetivo es así «eliminar el poder de los monopolios y sustituirlo con un nuevo poder democrático», en el que los mismos aparatos represivos, desde la policía hasta el ejército, sean «democratizados», al igual que la televisión y otros medios de comunicación de masas. Según Marchais, en resumen, se trata de «una transformación revolucionaria», con «el paso del predominio de una minoría privilegiada al dominio de la gran mayoría sobre los recursos del país [...], sobre la organización y el desarrollo de toda la vida social y política»^[33].

En 1977, Carrillo escribe el texto que llevará el título *Eurocomunismo y Estado*. El líder del PCE concentra su trabajo en «la posibilidad de democratizar el aparato del Estado capitalista, transformándolo así en una herramienta válida para construir una sociedad socialista, sin necesidad de destruirlo radicalmente». La revisión, en este punto, de la elaboración leninista de 1917, es explícita. Carrillo parte de la conciencia de que el Estado «sigue siendo el instrumento de la clase dominante», por lo que «si no se transforma el aparato del Estado, cualquier transformación socialista es precaria», y también cita al respecto el

caso chileno^[34]. En su análisis, examina los «cambios de estructura y funciones del Estado después de Marx, Engels y Lenin». «El Estado capitalista —escribe— asume cada vez más, como representante de los principales grupos económicos dominantes, el control del desarrollo económico»; adquiere, «como instrumento del capital monopolista, un poder de intervención decisivo en la vida económica». Por lo tanto, es necesario entender si ese poder de intervención puede o no cambiar su naturaleza, partiendo de lo que Carrillo define como «el conflicto entre la gran mayoría de la sociedad» y el «Estado gestor», expresión y representante de los monopolios^[35].

En su trabajo, el comunista español delinea un análisis de los diversos elementos y funciones del Estado, desde los aparatos ideológicos hasta los coercitivos. Respecto a los primeros, en comparación con la elaboración de Gramsci y Althusser, señala una crisis: crisis del papel de la Iglesia, la familia, la escuela y la universidad entendidos en sentido tradicional. Junto a la crisis, también hay una tendencia al cambio de signo de estos instrumentos, que afecta precisamente a la universidad, pero también a la magistratura, en la cual surgen sectores «que toman en serio la idea de la independencia del poder judicial» y, por lo tanto, también entran en conflicto con el «poder del Estado existente»^[36]. En los mismos medios de comunicación de masas, continúa Carrillo, está en curso una dialéctica por la cual es posible «desarrollar dentro de estos aparatos una lucha que los vuelva, al menos en parte, contra lo que era su propósito inicial». «Una de las grandes tareas históricas actuales» con vistas a

32.– *Ibidem*, pp. 73-75; 78-79; 84.

33.– *Ibidem*, pp. 68; 80-83.

34.– Santiago Carrillo, *L'«eurocomunismo» e lo Stato*, Roma, Editori Riuniti, 1977, pp. 11-12.

35.– *Ibidem*, pp. 20-21; 26-28.

36.– *Ibidem*, p. 42.



Georges Marchais, Santiago Carrillo y Enrico Berlinguer durante la cumbre eurocomunista celebrada en Madrid, en marzo de 1977 (rtve.es).

la conquista del poder del Estado es, como afirma Althusser, «*volver contra las clases en el poder el arma de la ideología*» y los mismos «*aparatos ideológicos*» que estas han construido. Es por eso que es esencial, con el fin de una lucha política en el terreno de la hegemonía, «la batalla por el control democrático de los medios de comunicación de masas»^[37].

De manera similar, planteando el problema de «cómo transformar el aparato del Estado», para Carrillo la lucha prioritaria, que debe iniciarse incluso antes de llegar al gobierno, es la «democratización» de dicho aparato, empezando por el ejército y las

fuerzas de orden público, que deben sindicalizarse y democratizarse. En cuanto a las instituciones representativas, es necesario por un lado desarrollar su descentralización, y por otro avanzar en contenidos que las pongan «al servicio del socialismo». Para el líder español, en resumen, es necesario «*volver los aparatos ideológicos del Estado contra las clases dominantes y conquistar progresivamente la comprensión y el apoyo (al menos parcial) de los aparatos de fuerza del Estado*», ganando nuevos aliados para las clases trabajadoras^[38].

En cuanto a la economía, también para él «la vía democrática al socialismo presupone [...] la coexistencia de formas públicas y privadas de propiedad durante un largo período»; un sistema de economía mixta, por lo tanto, aunque naturalmente «el ob-

37.- *Ibidem*, pp. 49-52. Entre los aparatos ideológicos, Carrillo incluye el propio Estado de bienestar, que el estado capitalista ante la crisis podría tener la voluntad de desmantelar, lo que implicaría una reducción de los espacios democráticos, abriendo nuevos espacios de conflictos (*ibidem*, p. 55).

38.- *Ibidem*, pp. 60-61; 67; 90-91; 118.

jetivo fundamental es poner en manos de la sociedad —y, en ciertos casos, no solo del Estado sino también de los poderes nacionales, regionales y locales— las palancas decisivas de la economía»^[39].

Mientras tanto, en junio de 1976, en la conferencia de los PP.CC. europeos que se celebra en Berlín, Berlinguer relanza la perspectiva del «eurocomunismo» (utilizando explícitamente dicha expresión, nacida en el ámbito periodístico) y reitera el objetivo de «afirmar constructivamente la función dirigente y democrática de la clase obrera y de sus aliados»^[40].

En marzo de 1977, la cumbre de Madrid con Berlinguer, Carrillo y Marchais marca el punto culminante del movimiento eurocomunista. El elemento central de la resolución común consiste precisamente en el objetivo de «la construcción del socialismo en democracia»^[41].

Desarrollos teóricos y problemas prácticos

En todos los dirigentes eurocomunistas es fuerte la convicción de que el capitalismo monopolista, al aumentar la dimensión social de la producción y la centralización de la dirección económica, sienta las bases para transformaciones de carácter socialista. Berlinguer lo dice claramente en el informe citado de diciembre de 1974: «Hoy es más cierto que nunca la afirmación de Lenin de que ‘el socialismo nos mira por todas las ventanas del capitalismo moderno’»^[42]. Y también Carrillo escribe: «Si Lenin, en 1917, podía decir que el capitalismo, en su

forma imperialista, era la antesala del socialismo, en los años setenta esto es aún más evidente»^[43]. Criticando tal postura, un marxista como Nikos Poulantzas, atento observador de la hipótesis eurocomunista, señala que omite un elemento decisivo, es decir, los «límites estructurales de la ‘intervención’ del Estado en la economía bajo el capitalismo»^[44].

Mientras tanto, el PCI, con sus intelectuales y con la ayuda del Centro de Estudios e Iniciativas para la Reforma del Estado (CRS), profundiza en el análisis de la «democracia de masas» como síntesis entre la democracia representativa y la «democracia de base»^[45] —delineando una «democracia de los productores» como «entrelazamiento de democracia delegada con varias formas de democracia directa», orientada a obtener una «reapropiación de la política por parte de las masas», con la delegación reconducida a «mediación técnica de la recomposición política» de una sociedad articulada y compleja^[46]—, pero también sobre el «gobierno democrático de la economía»^[47]. En un congreso del CRS sobre este tema, en abril de 1976, el jurista Francesco Galgano relanza el tema del «control (social) sobre las actividades económicas» y, por lo tanto, sobre las grandes empresas, previsto por el artículo 41 de la Constitución, y del mismo control obrero, para el cual —afirma— «los tiempos son propicios». Mientras

43.— S. Carrillo, *L'«eurocomunismo» e lo Stato*, p. 53.

44.— Nikos Poulantzas, «L'État du capital», *Dialectiques*, 13 (1976), ahora en Nikos Poulantzas, Enrico Melchionda (d.), *Il declino della democrazia*, Milán, Mimesis, 2009, pp. 17-34; 19.

45.— Pietro Ingrao, «Risposta a Bobbio: democrazia di massa», *Rinascita*, 6 (1976), ahora en Pietro Ingrao, *Masse e potere*, Roma, Editori Riuniti, 1977, pp. 223-237.

46.— Giuseppe Vacca, *Quale democrazia? Problemi della democrazia di transizione*, Bari, De Donato, 1977, pp. 51-64.

47.— *Il governo democratico dell'economia*, Áctas del encuentro «Assemblee elettive e organismi pubblici di intervento nell'economia», Bari, De Donato, 1976.

39.— *Ibidem*, p. 95.

40.— M. Di Maggio, *Alla ricerca della Terza via al socialismo*, pp. 309-310.

41.— «Posizione comune del PCI, PCE, PCF sulla costruzione del socialismo nella democrazia. La dichiarazione finale dei tre partiti», *l'Unità*, 4 de marzo de 1977.

42.— E. Berlinguer, *La proposta comunista*, p. 24.

tanto, añade, «es necesario devolver al parlamento, o a sus articulaciones internas [...] la función de dirección y control de la actividad económica pública»^[48]. En las conclusiones, Pietro Ingrao señala que «el gran crecimiento democrático, que se ha llevado a cabo en el país [...] parece encontrar [...] su límite» en la «dificultad para orientar el proceso productivo, [...] iniciando realmente la fundación de una nueva soberanía popular». El PCI intenta superar ese límite valorando al máximo las asambleas electivas, ya que «asamblea significa [...] también la legitimación del antagonista de clase», desplazamiento de una dialéctica social al plano institucional. Además, «la red de democracia de base [...] necesita encontrar a nivel de la representación política general interlocutores que estén expuestos a una influencia y control [...] y que sean al mismo tiempo capaces de síntesis unificadoras sobre el terreno del rol y las dimensiones nuevas del Estado». Pero «un régimen de asambleas, que se enfrente con el tema de la programación del desarrollo [...] requiere que sean calificadas las conexiones entre los diferentes momentos de la vida de las asambleas electivas», entre las dos Cámaras y entre ellas, las Regiones y las autonomías locales^[49].

El mismo Ingrao, respondiendo al filósofo liberalsocialista Norberto Bobbio, quien había negado la existencia de una teoría marxista del Estado, en un artículo poco anterior había reivindicado «la construcción de una democracia capaz de cambiar el régimen social», en la cual «los organismos de democracia de base» (comités de barrio y de zona, consejos obreros, etc.) sean «una componente condicionante de la democra-

cia representativa», instrumentos de «recomposición del cuerpo social» y concreción de la «soberanía popular»^[50]. Más en general, el PCI vuelve a «proponer el socialismo como una explicitación y una prolongación ideal y política de una corriente de la Constitución», la democrático-social^[51].

En los meses siguientes, durante los gobiernos de solidaridad democrática, se promulgarán, con la contribución esencial del PCI, leyes significativas en esa dirección, desde la ley sobre el alquiler justo de las viviendas hasta el Servicio Nacional de Salud, desde la ley sobre el transporte público local hasta la ley 180 que cierra los manicomios^[52]. Es el momento en que la centralidad del Parlamento, o más bien el gobierno parlamentario (a menudo despachado rápidamente como consociativismo), con un papel relevante de las comisiones y una plena participación de todas las fuerzas políticas democráticas, alcanza su apogeo. En cuanto al gobierno democrático de la economía, es precisamente en 1977-78 cuando en Italia se llega a «someter al control del parlamento tanto la elaboración programática» de entidades que gestionan la intervención pública como el IRI (Instituto para la Reconstrucción Industrial) y el ENI (Ente Nacional de Hidrocarburos), como la discusión sobre las presidencias de dichas entidades^[53].

50.- P. Ingrao, «Risposta a Bobbio: democrazia di massa», pp. 228; 232-233.

51.- Umberto Cerroni, «Comunismo e Costituzione», en Umberto Cerroni, *Crisi ideale e transizione al socialismo*, Roma, Editori Riuniti, 1977, p. 227. Véase también Francesco Galgano, *Le istituzioni dell'economia di transizione*, Roma, Editori Riuniti, 1978. Sobre el conjunto de este debate, véase Mattia Gambilonghi, *Controllo operaio e transizione al socialismo. Le sinistre italiane e la democrazia industriale tra gli anni Settanta e Ottanta*, Roma, Aracne, 2017, pp. 162-207.

52.- Gerardo Chiaromonte, *Le scelte della solidarietà democratica*, Roma, Editori Riuniti, 1986, pp. 160-162; 167-173.

53.- S. D'Albergo y A. Catone, *Lotte di classe e Costituzione*,

48.- Francesco Galgano, «La riforma dell'impresa: società per azioni e impresa pubblica», en *ibidem*, pp. 149-179; 159-162; 177.

49.- Pietro Ingrao, «Conclusioni», en *ibidem*, pp. 371-390, pp. 379-388.

Sin embargo, el panorama internacional está cambiando: ha comenzado la contraofensiva neoliberal contra el modelo democrático-social. De hecho, desde la primera mitad de la década, los dirigentes eurocomunistas han comenzado a analizar las torsiones y limitaciones a las que la propia democracia representativa empieza a estar sometida en los países occidentales. En su libro, Carrillo ve el elemento esencial del eurocomunismo —que además se basaba en un «nuevo bloque histórico» compuesto por todas las clases «no monopolísticas»— precisamente en la manera de establecer el vínculo democracia-socialismo en el momento en que «*el capitalismo tiende a reducir y, en última instancia, a destruir la democracia*», la cual, por lo tanto, «*necesita asumir una nueva dimensión con un régimen socialista*»^[54].

Aún más, Berlinguer —como escribió Raffaele D'Agata— es consciente de «las dimensiones de la crisis» que se ha abierto. Percibe el «agotamiento del proceso de expansión de la democracia, que la revolución antifascista había iniciado a nivel mundial» y que había continuado durante tres décadas^[55]. La paradoja de la breve temporada eurocomunista, por lo tanto, es que se abre precisamente en el momento en que los procesos históricos de los que se alimentaba comienzan a retroceder. Ya en 1975, en el ámbito de la Comisión Trilateral, auspiciada por David Rockefeller y dirigida por Zbigniew Brzezinski, se publica el volumen sobre «la crisis de la democracia», que los teóricos neoconservadores atribuyen al exceso de participación y, por lo tanto, de demanda social que, según ellos, provoca

el fenómeno del «Estado sobrecargado»: el crecimiento de la participación democrática y el gasto público van de la mano; por lo tanto, ha llegado el momento de limitar ambos, poniendo el énfasis en la gobernabilidad en lugar de la representación^[56]. En Italia, esta postura se encuentra en el llamado Plan de Renacimiento Democrático de la Logia Masónica P2, instrumento clave de una decidida «contraofensiva» frente al avance del modelo democrático-social^[57].

Con respecto a esa contraofensiva, los dirigentes eurocomunistas parecen haber sido tomados, al menos en parte, por sorpresa. En una conferencia del PCI sobre el Estado y las transformaciones de la sociedad italiana, en mayo de 1977, el jurista Salvatore d'Albergo reafirma el papel esencial de la «programación como criterio de la reforma del Estado»^[58]. Por su parte, Achille Occhetto, miembro de la Dirección del partido, afirma que «el Estado y sus instituciones democráticas están llamados a guiar [...] la revuelta de los valores de uso» frente al dominio capitalista de los valores de cambio, es decir, «a orientar el proceso productivo hacia la satisfacción [...] de esa nueva demanda que surge del cuerpo de la sociedad»: una demanda de estado social, educación, cultura, transporte público eficiente, es decir, «aquellas necesidades que no han sido consideradas económicas por la sociedad capitalista». En este sentido,

p. 121.

54.– S. Carrillo, *L'«eurocomunismo» e lo Stato*, pp. 45-46.

55.– Raffaele D'Agata, «L'utopia necessaria: amministrare le necessità comuni», en Umberto Gentiloni Silveri (ed.), *In compagnia dei pensieri lunghi*, Roma, Carocci, 2006, pp. 106-114; 106-107; 110.

56.– Michel J. Croizer, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki, *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, Nueva York, Trilateral Commission-New York University Press, 1975, http://www.trilateral.org/download/doc/crisis_of_democracy.pdf.

57.– S. D'Albergo y A. Catone, *Lotte di classe e Costituzione*, pp. 127-129.

58.– Salvatore D'Albergo, «Ruolo dello Stato e nuovi processi di trasformazione della società», en Edoardo Perna, Salvatore D'Albergo, Achille Occhetto y Pietro Ingrao (eds.), *Stato e società in Italia*, Roma, Editori Riuniti, 1978, pp. 57-92; 84.

«la planificación económica y la reforma democrática del Estado se presentan como partes integrantes del mismo proyecto de transformación de la sociedad»^[59].

En las conclusiones, Ingrao, quien mientras tanto ha sido elegido presidente de la Cámara de Diputados, destaca un panorama más problemático: el Estado asistencial, observa, se ha desarrollado «en los países de capitalismo maduro, precisamente para combatir el surgimiento —en un régimen democrático— de una autonomía política y una capacidad hegemónica de la clase obrera», apuntando a «fragmentar la acción de las masas en niveles corporativos». Sin embargo, «cuando masas de millones de hombres y mujeres [...] entran en la arena de la competencia democrática, las mismas agrupaciones de tipo corporativo adquieren características diferentes a las del pasado y [...] están expuestas a la atracción de la dimensión política». De ello se deduce que:

«el ‘Estado asistencial’, en régimen democrático, por un lado está agobiado por la dimensión exagerada que asumen los procesos corporativos [...] hasta el límite de la ingobernabilidad y la feudalización de la maquinaria pública; por otro lado, se ve afectado por la posible politización de estas trincheras corporativas, y por lo tanto, por su posible desplazamiento hacia un terreno de lucha más avanzado»^[60].

Sin embargo, ya ha comenzado otra fase. Como escribe Mattia Gambilonghi, siguiendo al jurista Pietro Barcellona, el capitalismo monopolista de Estado produce

«una configuración de los aparatos estatales» tal que los hace incluso «impermeables a la influencia de la soberanía popular». Por otro lado, el propio Gambilonghi cita un artículo de Luigi Berlinguer (director en ese momento de la revista del CRS «*Democrazia e Diritto*»), quien en ese mismo 1977 observaba: «En el fondo, el plan perseguido por los grupos conservadores ha sido desplazar los verdaderos centros de poder fuera de las instituciones representativas para evitar que el crecimiento del movimiento obrero pudiera condicionar las asambleas electivas y, por lo tanto, el Estado»^[61]. Se trata de un elemento esencial de la contraofensiva neoliberal que ha puesto en crisis el compromiso socialdemócrata característico de los treinta años gloriosos^[62].

El escollo principal sobre el que la elaboración eurocomunista acerca de la democracia y el Estado parece haberse estrellado al final es precisamente este.

59.– Achille Occhetto, «Governo democratico dell'economia e riforma dello Stato nel progetto di trasformazione della società italiana», en E. Perna, S. D'Albergo, A. Occhetto y P. Ingrao, *Stato e società*, pp. 93-122, pp. 96, 99.

60.– Pietro Ingrao, «Conclusioni», en E. Perna, S. D'Albergo, A. Occhetto y P. Ingrao, *Stato e società*, pp. 349-375; 360-361.

61.– Mattia Gambilonghi, «Il Pci e la riforma dello Stato negli anni Settanta: centralità del Parlamento e 'rete delle assemblee elettive'», *Democrazia e Diritto*, 4 (2016), p. 167; Luigi Berlinguer, «Democrazia ed efficienza, unità e autonomie nello sviluppo istituzionale del paese», *Critica marxista*, 4-5 (1977), p. 44.

62.– Interesantes análisis coetáneos de esta involución están presentes en el ya mencionado volumen de N. Poulantzas, *Il declino della democrazia*.

Respuestas de los comunistas italianos y franceses al Informe Brandt

The Responses of the Italian and French Communists to the Brandt Report

Andrea Della Polla

Università degli Studi di Roma Tor Vergata

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar el Informe Brandt (1980) en la medida en que constituyó uno de los elementos fundacionales del análisis de la relación Norte-Sur por parte del Partido Comunista Italiano (PCI) y del Partido Comunista Francés (PCF). Concretamente, por lo que se refiere a los comunistas italianos y franceses, es importante identificar y explorar las cuestiones contenidas en el Informe Brandt que concernían sus relaciones con las socialdemocracias europeas. En primer lugar, en las próximas páginas se analizarán los desacuerdos dentro del PCI y del PCF acerca de los planteamientos del Informe Brandt sobre la relación Norte-Sur y, en segundo lugar, se prestará atención a los diferentes enfoques adoptados por la clase dirigente y los intelectuales.

Palabras: Partido Comunista Italiano, Partido Comunista Francés, Relaciones Norte-Sur, Socialdemocracia, Willy Brandt.

Abstract

This paper aims to analyze the Brandt Report (1980) insofar as it constituted one of the foundational elements in the analysis of the North-South relations by the Italian Communist Party (PCI) and the French Communist Party (PCF). Specifically, in the case of Italian and French communism, it is important to recognize the issues within the Brandt Report that concern their relationship with European social democracies. First, the internal discord within the PCI and PCF regarding the Brandt Report's intervention in the North-South relationship will be explored, along with an analysis of the different approaches adopted by the political leadership and the intellectuals.

Keywords: Italian Communist Party, French Communist Party, North-South relationship, Social Democracy, Willy Brandt.

El Informe Brandt

A principios de 1977, fue Robert McNamara (presidente del Banco Mundial) quien propuso a Willy Brandt la creación de una comisión de alto nivel con el objetivo de estudiar medidas para reducir la brecha económica, cada vez más dramática, entre los países ricos y pobres. El propósito era determinar el volumen de ayuda necesaria, especialmente para las naciones más necesitadas, y las modificaciones estructurales en las políticas de los países en desarrollo, así como reflexionar sobre cambios sustanciales en la economía internacional^[1]. En febrero de 1980, la Comisión Independiente sobre Cuestiones del Desarrollo Internacional (ICIDI), presidida por Willy Brandt^[2], presentó al secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, un extenso informe que representaba el resultado de tres años de trabajo.

Las propuestas de la Comisión no siguieron un enfoque sectorial de tipo económico, sino que adoptaron un enfoque holístico. La esencia del experimento de Brandt parecía consistir en superar el concepto de un Nuevo Orden Económico para dar lugar a un Nuevo Orden Mundial donde, además de las tradicionales temáticas económicas, se tratarán también cuestiones de derechos

humanos, desarme y protección del medio ambiente. En la práctica, aunque nunca lo nombró explícitamente, Brandt delineaba los contornos de una nueva «socialdemocracia global».

Las soluciones habrían de lograrse mediante cuatro tipos de intervenciones: reformas cooperativas del orden económico internacional; una transferencia muy intensa de recursos económicos y tecnológicos del Norte hacia el Sur a través de las multinacionales y mediante un aumento de la proporción del PIB destinada a la ayuda al desarrollo por parte de los países del Norte; apoyo al proceso de desarme y la creación de nuevos mecanismos internacionales de mantenimiento de la paz, no solo por razones éticas, sino también para liberar recursos e invertirlos en el desarrollo del Sur; y un programa energético internacional que estabilizara, a niveles satisfactorios, los precios y el suministro de petróleo, en conexión con la búsqueda de nuevas fuentes y formas de energía. Todo esto debía llevarse a cabo mediante negociaciones globales entre los principales actores internacionales. La propuesta más innovadora y ambiciosa consistía en la creación de un nuevo Fondo Mundial para el Desarrollo (World Development Fund, WDF), que operaría de manera independiente del FMI (Fondo Monetario Internacional) y del Banco Mundial. Además, se reiteraba el objetivo de aumentar las transferencias directas del Norte hacia los países en desarrollo hasta alcanzar y superar el 0,7 % del PIB^[3]. Esta propuesta se justificaba con la lógica del keynesianismo global, según la cual un aumento de la capacidad adquisitiva de los países receptores de ayuda permitiría a las economías más industrializadas encontrar nuevos mercados comerciales y salir más rápidamente de

1.- Giuliano Garavini, *Dopo Gli Imperi. L'integrazione europea nello scontro Nord-Sud*, Florencia, Le Monnier, 2012, p. 276; Sara Lorenzini, *Global Development: A Cold War History*, Princeton, Princeton University Press, 2019; Adom Getachew, *Worldmaking after Empire. The Rise and Fall of Self-determination*, Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2019.

2.- Para comprender plenamente la relación entre la Internacional Socialista y el «Informe Brandt»: Guillaume Devin, *L'internationale socialiste: histoire et sociologie du socialisme international (1945-1990)*, París, Presses de la Fondation nationale de science politiques, 1993; Barbara Marshall, *Willy Brandt: A Political Biography*, Basingstoke, Macmillan, 1997; Bernd Rother, *Global Social Democracy: Willy Brandt and the Socialist International in Latin America*, Lanham, Lexington Books, 2022.

3.- Michele Di Donato, *Le socialdemocrazie in transizione. Una storia internazionale degli anni Settanta*, Bolonia, Il Mulino, 2024, p. 249.



El presidente de la RFA, Walter Scheel, junto a los miembros de la Comisión Independiente sobre Cuestiones del Desarrollo Internacional, presidida por Willy Brandt (willy-brandt-biography.com).

la crisis. Un tema particularmente destacado era el vínculo entre desarrollo y desarme: el gasto en armamento imponía a los países más pobres una carga insostenible y desviaba recursos de los proyectos de desarrollo nacionales e internacionales.

Más allá de las soluciones específicas propuestas, el aspecto quizás más central del Informe Brandt^[4] radicaba en la pareja conceptual «interdependencia» e «interés común»^[5], a través de una perspectiva de

gobernanza política de la economía mundial configurada como una internacionalización de la lógica del bienestar en la redistribución de la riqueza nacional con el fin de garantizar estabilidad social, equidad y oportunidades de desarrollo. A largo plazo, esto habría determinado un mundo estable, próspero y pacífico, y, en última instancia, el más simple de los intereses comunes: la «supervivencia de la humanidad». Políticamente, sin embargo, el problema del informe derivaba del hecho de que 1980 marcaba el amanecer no solo de una nueva década, sino también de un giro poderoso en la historia mundial. Los efectos de la estanflación determinaban la necesidad de nuevas políticas económicas, al mismo tiempo más liberales en cuanto a la regulación interna-

4.- El informe empezó a ser considerado el más influyente de los documentos relacionados con los debates socialistas sobre la globalización y las relaciones Norte-Sur, y suscitó el interés no sólo de las instituciones políticas, sino también del público en general, hasta el punto de que en tres años se tradujo a veintiún idiomas y se vendieron 350.000 ejemplares. Véase Bo Sråth, *The Brandt Commission and the Multinational: Planetary Perspectives*, Londres-Nueva York, Routledge, 2023, pp. 67-76.

5.- Domenico Romano, «Un'agenda globale per il cambiamento: la Commissione Brandt tra passato e futuro», en

Jacopo Perazzoli (ed.), *Per un modello di sviluppo alternativo, A quarant'anni dal Rapporto Brandt*, Milán, Feltrinelli, 2020, p.18.

cional del capital y más proteccionistas con respecto al acceso al mercado por parte de los productos del Sur global. En el plano internacional, se agotaba el efecto de la distensión, debido a la revolución jomeinista en Irán, la revolución sandinista en Nicaragua y la intervención soviética en Afganistán. En el nuevo clima internacional, aumentaba la presión por el desarme y la fragmentación del Movimiento de Países No Alineados, acentuando las divisiones entre las naciones más pro-occidentales y aquellas más orientadas hacia el llamado socialismo real. Especialmente en Asia oriental, se proponía abandonar el desarrollo basado en la acción del Estado centralizado en favor de un crecimiento basado en bajos salarios, bajos impuestos y bajos estándares ambientales. Ya no se podía razonar en términos de fidelidad ideológica a un modelo socioeconómico, sino únicamente en función del interés nacional, aprovechando la globalización económica. Por último, cabe mencionar la llegada de Ronald Reagan a la presidencia de los Estados Unidos. En este complejo contexto, el análisis se propone estudiar el *Informe Brandt* en la medida en que constituyó uno de los elementos fundacionales del análisis de la relación Norte-Sur por parte del Partido Comunista Italiano (PCI) y del Partido Comunista Francés (PCF).

El Partido Comunista Italiano ante el informe Brandt

El Partido Comunista Italiano de Enrico Berlinguer, a partir de mediados de los años setenta, comenzó a abordar la problemática del creciente abismo entre el Norte y el Sur del mundo^[6]. Las políticas de cooperación

de los países del Este no lograron dar frutos, mientras que el imperialismo no hacía más que agravar las condiciones del Tercer Mundo, impidiendo un desarrollo autónomo real. Las nuevas tensiones de la Guerra Fría, derivadas de la invasión soviética de Afganistán y de la agresividad de la política exterior de Reagan en los primeros años ochenta, llevaron a diversas reflexiones dentro del PCI, que se estaba enfrentando también a la ineficacia de las soluciones propuestas por los no alineados y a la derrota de la postura comunista dentro de la Comunidad Económica Europea (CEE).

A mediados de los años setenta, Berlinguer ya había comenzado a desarrollar una visión que superaba la tradicional dicotomía entre Este y Oeste, ampliándola hacia una perspectiva multipolar. Tras el fracaso de la estrategia del *compromiso histórico*, el análisis de Berlinguer se enfrentó a una realidad mundial cada vez más interdependiente, denunciando tanto los intentos de penetración del imperialismo en el Sur global, como las injerencias soviéticas en Afganistán^[7]. Para el secretario del PCI, las fuerzas progresistas del mundo debían evitar que los países en desarrollo se convirtieran en un campo de confrontación entre las grandes potencias, promoviendo en su lugar un debate para la creación de un nuevo orden económico mundial. Además, en comparación con el Partido Comunista Francés, el PCI podía presumir de una relación de larga duración con Willy Brandt y los socialdemócratas alemanes. El tema de las relaciones Norte-Sur o, más precisamente, de un nuevo orden económico mundial, se perfilaba desde mediados de

6.– Marco Di Maggio y Gabriele Siracusano, «Decolonizzazione e Terzo Mondo», en Silvio Pons (ed.), *Il comunismo italiano nella storia del Novecento*, Roma, Viella, 2021, pp. 307-328; Gabriele Siracusano, «Tra diritti umani e cooperazione

euro-africana. I comunisti italiani e le Convenzioni di Lomé (1975-1984)», en Silvio Pons y Adriano Roccucci (eds.), *I diritti umani e la trasformazione delle culture politiche e cristiane nel tardo Novecento*, Roma, Viella, 2021, pp. 139-164.

7.– Marco Galeazzi, *Il PCI e il movimento dei paesi non allineati (1955-1975)*, Roma, Franco Angeli, 2011.

los años setenta como un punto de conexión adicional entre Brandt y Berlinguer. Ambos comenzaron a abordar esta cuestión con mayor intensidad en el mismo período (1975-1976). Sin embargo, incluso en este caso, se estableció una relación asimétrica: mientras Berlinguer seguía de cerca el compromiso de Brandt y Palme con el Tercer Mundo, no hay evidencia de que Brandt fuera consciente de las posturas del secretario del PCI al respecto^[8].

A pesar de ello, en la prensa del partido italiano, el informe redactado fue mencionado desde el principio y posteriormente recibido con gran entusiasmo, subrayando la afinidad de los comunistas italianos con las ideas del socialdemócrata alemán. En el semanario *Rinascita* se encuentra una entrevista a Willy Brandt, en la que se elogia tanto al político, considerado artífice de la distensión entre Este y Oeste, como a las iniciativas emprendidas por él en las relaciones entre los países industrializados y los en vías de desarrollo:

« [...] Brandt, el hombre que logró contribuir a la fase de diálogo pacífico marcada por el proceso de distensión y los Acuerdos de Helsinki, supo también llamar la atención sobre el otro gran núcleo de desestabilización en las relaciones internacionales»^[9].

Posteriormente, el artículo contrapone las ideas innovadoras del socialdemócrata alemán con las visiones propuestas por los conservadores anglosajones y europeos, quienes definían la cooperación Norte-Sur

como un desperdicio de recursos. Sin embargo, se destaca la originalidad del informe y la oportunidad de su aplicación, incluso en un panorama internacional adverso. La entrevista concluye trazando paralelismos entre el excanciller alemán y Raúl Prebisch (economista argentino y pionero de la teoría de la dependencia)^[10]. A pesar de los grandes elogios en la prensa, se encuentran también análisis escépticos sobre el informe Brandt. Por ejemplo, Giuseppe Boffa consideraba que, ya en 1981, un año después de la publicación del informe, existían dificultades inherentes a la socialdemocracia europea. Subrayaba, además, la importancia de redescubrir el internacionalismo comunista como solución a las desigualdades entre los países industrializados y los países en vías de desarrollo:

«(por ejemplo, cuando del mismo partido, la socialdemocracia alemana, provienen tanto el compromiso de Brandt, al frente de su comisión, con nuevas y más constructivas propuestas entre el Norte y el Sur del mundo, como el voto de Alemania Occidental en la ONU que [...] se opuso a la moción respaldada por todo el mundo subdesarrollado). No se puede ahora abandonar el redescubrimiento del viejo internacionalismo comunista, que señalaba la necesidad de encontrar un terreno de entendimiento entre las masas trabajadoras de los países europeos y los pueblos oprimidos de otros continentes»^[11].

Para el dirigente italiano, por lo tanto, en la tradición del comunismo italiano existe la herencia togliattiana de una civilización humana común, que anticipa desde hace décadas la idea brandtiana de

8.- Bernd Rother, «'Era ora che ci vedessimo'. Willy Brandt e il Pci», *Contemporanea, Rivista di storia dell'800 e del '900*, 1 (2011), p. 71. Véase también Francesco Barbagallo, *Enrico Berlinguer*, Roma, Carocci, 2006; Silvio Pons, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006, p. 120.

9.- Roberto Palmieri, «Una prospettiva per gli uomini», *Rinascita*, 21 (1981), p. 23.

10.- *Ibidem*, p. 24

11.- Giuseppe Boffa, «L'internazionalismo del Pci», *Critica Marxista*, 1 (1981), p. 14.

una posible cooperación global^[12], frente a una Europa cada vez menos protagonista y con un rol reducido, que debe revisar sus estructuras de producción y consumo. En otras palabras, Boffa apoya el gran esfuerzo del excanciller alemán, pero considera que, en la tradición teórica comunista occidental (especialmente la italiana), ya existen los instrumentos prácticos e ideológicos necesarios para perseguir, durante los años ochenta, una nueva forma de internacionalismo interdependiente, con el movimiento obrero europeo como protagonista. Boffa concluye su análisis reivindicando una tercera vía alternativa para el desarrollo de la cooperación internacional, entre la socialdemocracia y la vía soviética del COMECON (Consejo de Ayuda Mutua Económica)^[13]. En la misma línea del escepticismo, otro intelectual y dirigente del PCI, Renato Sandri^[14], sitúa el informe elaborado por la comisión presidida por Willy Brandt como el punto de partida de una nueva fase en la filosofía del desarrollo en Occidente. Según esta idea, desde el siglo XV existía la noción de interdependencia entre el Norte industrializado y el Sur global, aunque no era igualitaria. Fueron necesarios siglos para admitir que el «subdesarrollo constituye orgánicamente la otra cara del sistema capitalista, cuyo crecimiento secular se alimentó esencialmente del saqueo colonial».

El *informe Brandt*, para Sandri, representa una demostración del cambio en curso,

pero el dirigente adopta un tono desilusionado: es un nuevo capítulo, pero dirigido «a los historiadores del futuro, y no a la acción política actual [...] para alcanzar los fines perfilados con claridad»^[15]. Posteriormente, se pregunta cómo resolver la persistente discrepancia entre la teoría y la práctica. Según Sandri, los Estados occidentales siempre han proclamado una interdependencia igualitaria, pero en la práctica esto se ha limitado a declaraciones que no han sido implementadas por acciones concretas. Además, el Banco Mundial, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y la propia Comisión Brandt coinciden en algunos puntos referidos a las exigencias planteadas por los países del Tercer Mundo. Sin embargo, existe una relación de subordinación indirecta, similar a la que se da entre los países industrializados y los países en vías de desarrollo, y comparable a la relación entre «caballo y caballero»^[16]:

«[...] el tránsito de una concepción de la interdependencia que asigna al Tercer Mundo un papel subordinado hacia una relación igualitaria y mutuamente beneficiosa entre las dos áreas del mundo es, esencialmente, una cuestión de equilibrio de fuerzas entre las partes implicadas. [...] La interdependencia pasa necesariamente por la independencia de los protagonistas y el respeto a la autodeterminación de cada uno»^[17].

Renato Sandri concluye su análisis criticando la retórica de la ayuda al desarrollo de las naciones del capitalismo occidental, citando a Samir Amin (economista marxista

12.- Gianluca Fiocco, *Togliatti, il realismo della politica. Una biografia*, Roma, Carocci, 2018; Palmiro Togliatti, «Il destino dell'uomo», *Rinascita*, 13 (1963), pp. 17-20. Discurso pronunciado en Bérgamo el 20 de marzo de 1963.

13.- Giuseppe Boffa, «L'internazionalismo del Pci», *Critica Marxista*, 1 (1981), p. 19. Sobre las relaciones entre el COMECON y el Sur Global: Sara Lorenzini, «Comecon and the South in the years of détente: a study on East-South economic relations», *European Review of History: Revue Européenne d'histoire*, 2 (2014), pp. 183-199.

14.- Roberto Borroni, *Renato Sandri. Un italiano comunista*, Mantova, Tre lune, 2010.

15.- Renato Sandri, «Tra Nord e Sud interdipendenza paritaria», *Rinascita*, 18 (1980), p. 21; Branko Milanovic, *Global inequality. A New Approach for the Age of Globalization*, Belknap, Harvard University Press, 2016.

16.- *Ibidem*, p. 22.

17.- *Ibidem*.



Los dirigentes del PCI, Ugo Pecchioli, Giuliano Pajetta, Sandro Curzi, Luigi Pintor, Pietro Ingrao y Enrico Berlinguer en 1965 (wikimedia.commons, autor desconocido).

y teórico de la teoría de la dependencia)^[18]. El intelectual italiano destaca el esfuerzo realizado tras la descolonización para apoyar económicamente a los países necesitados a través de financiamientos y ayudas, pero, al mismo tiempo, señala:

«Un elemento paralelo a la «ayuda» durante treinta años han sido las intervenciones permanentes a nivel económico, político y militar, intervenciones del imperialismo, especialmente del imperialismo estadounidense contra los pueblos del Tercer Mundo. [...] En consecuencia, este también es un aspecto de la vida internacional de estos treinta años. No se han caracterizado por la ayuda a los países subdesarrollados, sino por la intervención del imperialismo contra

los países subdesarrollados»^[19].

Sandri no es el único en expresar tales inquietudes. De hecho, otro destacado dirigente del PCI, Romano Ledda^[20], elogia el *Informe Brandt*, valorando sus innovaciones y el esfuerzo político, situándolo en lo que el dirigente italiano presenta como un intento de responder a la crisis del imperialismo en nombre de una interdependencia común. Sin embargo, a pesar de ello, el informe elaborado por el excanciller alemán ya ha sido «metido en el cajón»^[21]. Ledda considera que dentro del Partido Comunis-

18.- Samir Amin, *A Life Looking Forward: Memoirs of an Independent Marxist*, Londres-Nueva York, Zed Books, 2007; Giovanni Arrighi, *Geometria dell'imperialismo*, Milán, Feltrinelli, 1978.

19.- R. Sandri, «Tra Nord e Sud interdipendenza paritaria», p. 22: Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006.

20.- Romano Ledda, *L'Europa fra nord e sud: trent'anni di politica internazionale*, Roma, Editori riuniti, 1989.

21.- Romano Ledda, «Trasformazioni e crisi della realtà mondiale. Una proposta di discussione», *Critica Marxista*, 4 (1980), p. 14.

ta Italiano existe una insuficiencia teórica con respecto al tema planteado por Willy Brandt. Sostiene que es necesario actualizar la teoría del imperialismo, aunque el punto de partida sigue siendo Lenin:

«Es cierto que la noción y la teoría del imperialismo requieren una actualización tanto en el plano cognitivo, como en algunas categorías teóricas. Revisitado hoy, el imperialismo de Lenin conserva intacto su impacto disruptivo respecto a una cultura economicista y eurocéntrica, que hasta entonces predominaba en las filas del movimiento obrero. Revela los mecanismos económicos y políticos de explotación y dominación entre metrópolis y colonias, así como la alta conflictividad entre potencias imperialistas; y, finalmente, sigue aportando el aliento de una lucha y una estrategia de liberación y emancipación a escala global»^[22].

En este pasaje, Romano Ledda reconoce ampliamente ciertos cambios en comparación con los tiempos de Lenin: el fin de los imperios coloniales, las nuevas formas de dependencia económica (neocolonialismo) y el fenómeno global de las multinacionales. Sin embargo, considera que una simple observación empírica pone de manifiesto la existencia de una economía mundial basada en relaciones de producción capitalistas, con un mercado internacional regulado por condiciones de intercambio desiguales, cuyo único objetivo es preservar los privilegios económicos.

El intenso conflicto entre el Norte y el Sur alimenta una confrontación sin precedentes, y no es casualidad, según Ledda, que los intentos de redistribución de la

socialdemocracia europea hayan fracasado. Según Ledda, de manera esquemática, se observa una crisis marcada en las viejas relaciones entre el centro y la periferia. Hay una fisura visible en los sistemas neocoloniales de control de las periferias, con una impronta keynesiana, que muestran una erosión de las antiguas lógicas y el surgimiento de contradicciones y una dialéctica altamente articulada. Sin embargo, también se presenta una respuesta basada en la tenaz voluntad de preservar los privilegios adquiridos. Los imperialismos han demostrado ser flexibles y han logrado impedir todo intento de redistribución de los recursos. Ledda insta a una rápida elaboración, pese al retraso acumulado por los comunistas occidentales, de una teoría sobre la división internacional del trabajo, el surgimiento de nuevos actores económicos y el aumento de nuevas formas de internacionalización de la producción^[23].

Sin duda, el mérito del texto elaborado por la Comisión Brandt, según el dirigente italiano, radica en el nuevo descubrimiento de la relación existente entre los países desarrollados y los menos avanzados: no puede haber desarrollo aislado de Occidente sin considerar, o incluso en oposición, al Sur global. No obstante, el análisis de Ledda señala tanto a los Estados Unidos como a la Unión Soviética como responsables del fracaso en el desarrollo de las relaciones entre el Norte industrializado y el Tercer Mundo. Ambas potencias encuentran razones para alimentar las tensiones que dividen al mundo en dos campos separados y ajenos, sin articulaciones ni diferenciaciones sustanciales. Las dos grandes potencias actúan como si fueran los únicos protagonistas sobre el escenario, mientras que los demás son considerados meros espectadores, aunque en realidad son potenciales, e incluso

22.- *Ibidem*; Anthony Brewer, *Marxist Theories of Imperialism A Critical Survey*, Londres, Routledge, 1991; Murray Noonan, *Marxist Theories of Imperialism: A History*, Londres-Nueva York, Tauris Academic Studies, 2017.

23.- *Ibidem*, p. 15.

ya activos, protagonistas^[24]. Sin embargo, precisa que el conflicto bipolar —que afecta directamente la relación entre metrópolis y periferias— no es equiparable en su naturaleza, puesto que existe una diferencia esencial entre la política de poder del socialismo real y la del imperialismo estadounidense:

«Pero no es por maniqueísmo, ni por prejuicios favorables hacia uno u otro que se debe distinguir entre un mecanismo mundial orientado al control (y al saqueo) de los recursos y los instrumentos de intervención político-militar que responden a otros objetivos y criterios que no se comparten, pero que tienen poco en común con los primeros»^[25].

Por lo tanto, hemos observado cómo, efectivamente, para Ledda existe una marcada adversidad entre dos sistemas globales, los imperialismos y los Estados socialistas, los cuales persiguen políticas de poder tanto contra países terceros, como contra otros países socialistas. Ante esta situación, una posible solución, según Ledda, sería una Europa política, liderada por la izquierda (entendida como socialdemócratas y comunistas), que debería asumir como modelo el de una tercera vía.

«A pesar de los límites históricos del continente, que necesita superar su enanismo político, Europa podría aspirar a convertirse en un cruce para la paz, el desarme y la seguridad. Una Europa que no esté en contra de un actor político particular, sino que sea inclusiva con todos, incluyendo la Unión Soviética y los Estados Unidos, dentro de una nueva forma de relaciones internacionales basadas en asociaciones igualitarias y en un nuevo orden económico

internacional^[26].

Estas últimas palabras de Ledda parecen anticipar, en cierto sentido, lo que sucedería al año siguiente, en 1981, con la promulgación de una *Carta della pace e dello sviluppo* («Carta de la Paz y el Desarrollo»).

Desde 1979, el Partido Comunista Italiano comenzó a desarrollar una *Carta della pace e dello sviluppo*, elaborada durante el XV Congreso Nacional basándose en los resultados obtenidos por la Comisión Norte-Sur de Brandt. Bajo la dirección de Renato Sandri, Romano Ledda y Giancarlo Pajetta, se organizaron diversos grupos de trabajo dentro del PCI para recopilar y seleccionar los datos necesarios para este proyecto. Además, se encargaron de distribuir este material a todos los niveles del Partido, incluidas las secciones de trabajo y las federaciones locales^[27].

El 5 y 6 de octubre de 1981, el Comité Central del PCI aprobó la *Carta della pace e dello sviluppo*^[28]. En su intervención durante esa ocasión, Romano Ledda insistió en la necesidad de abordar el grave problema del subdesarrollo para resolver uno de los nudos cruciales de la crisis internacional. Según el dirigente comunista, el diálogo Norte-Sur había adquirido una relevancia central en las dinámicas transnacionales que atravesaban el mundo contemporáneo.

Se trataba, en este caso, de influir en la acción de Italia y del mundo occidental a favor de una ayuda al Tercer Mundo que estuviera dictada por la conciencia de que la

24.– *Ibidem*, p. 16.

25.– *Ibidem*, p. 17.

26.– *Ibidem*, p. 27.

27.– Proposte di Sandri per l'organizzazione del gruppo di lavoro «Terzo mondo», s.d. 1979, 1979/Nc/117, Archivio Fondazione Gramsci (AFG), Archivio del Partito comunista italiano (APCI).

28.– «Il contributo del PCI per una Carta della pace e dello sviluppo», *l'Unità*, 8 de noviembre de 1981, p. 8; «La più ampia iniziativa contro il riarmo per la pace e lo sviluppo. Il dibattito sulla relazione di Ledda», *l'Unità*, 7 de octubre de 1981, pp. 1, 8-9.

resolución de dichas problemáticas constituía una condición indispensable para el desarrollo de todos los pueblos del mundo. El objetivo del PCI, por tanto, debía consistir en despertar las conciencias del movimiento obrero italiano y europeo sobre este tema, proponiendo una estrategia a medio plazo para la transformación del orden mundial y de la división internacional del trabajo. Una nueva formulación de las relaciones internacionales, que permanecían rígidamente ancladas al sistema bipolar, habría reducido los riesgos de inestabilidad y de guerra que afectaban al mundo. Ledda no dejó de criticar los comportamientos de las grandes potencias, señalando las responsabilidades estadounidenses en el aumento de la tensión internacional y destacando los errores soviéticos en política exterior^[29]. Desde esta perspectiva, la URSS adolecía de un grave déficit de organización democrática, incluso para los socialistas, con quienes se había intentado articular una acción conjunta a escala europea. El texto del documento, presentado oficialmente durante el Comité Central, representó la suma de las propuestas del PCI para solucionar los problemas relacionados con tensiones globales y desequilibrios económicos. El subdesarrollo y el atraso habrían provocado, sin duda, efectos disruptivos en toda la economía mundial, demostrando claramente la conexión entre «paz, recuperación económica y desarrollo equilibrado del mundo».

La creciente interdependencia entre las economías y las sociedades, aunque abrió las comunidades a influencias externas, no fue acompañada por fenómenos de cooperación real, condenando a millones de seres humanos a la pobreza. La disminución de los recursos alimentarios, el aumento de

la población y el creciente endeudamiento público de muchas naciones agravaron la situación, ampliando dramáticamente la brecha entre el Norte y el Sur. Para resolver esta trágica situación, el PCI solicitó el compromiso de todas las fuerzas progresistas para «una estrategia mundial de desarrollo que tome como eje central la solución positiva» de la relación Norte-Sur. Se necesitaba pensar en nuevas formas de colaboración, en una coordinación y planificación internacional como base de un «negociado global» entre países industrializados y en vías de desarrollo, sentando las bases para una cooperación equitativa entre «países capitalistas, países subdesarrollados y países socialistas»^[30].

En base a este análisis se pueden identificar diferencias sustanciales entre el informe elaborado por Willy Brandt y la posición del PCI de Enrico Berlinguer con respecto al Tercer Mundo. Berlinguer y el PCI defendían una solidaridad con los países del Tercer Mundo que luchaban por la autodeterminación y contra el colonialismo, pero su visión estaba más orientada hacia una crítica al capitalismo global y a las políticas imperialistas de las potencias occidentales. Para el PCI, los países del Sur global no debían simplemente recibir ayuda, sino liberarse del dominio imperialista y seguir caminos autónomos de desarrollo, apoyándose también en la solidaridad que recibían de los movimientos socialistas y progresistas. El PCI abogaba por una solidaridad activa y militante, respaldando la lucha de los países del Sur global contra el imperialismo, el neocolonialismo y las injerencias extranjeras. Su solidaridad también era política, apoyando activamente los movimientos de liberación y promoviendo la creación de un orden internacional ba-

29.- Romano Ledda, *Pace e sviluppo, cardini della lotta per un nuovo assetto mondiale*, en *Il contributo del PCI per una Carta della pace e dello sviluppo*, folleto, 1981.

30.- *Il contributo del PCI per una Carta della pace e dello sviluppo*, texto del documento, folleto, 1981.

sado en la justicia social y la soberanía de los pueblos. En otras palabras, se trataba de imaginar una tercera vía, un nuevo universalismo basado en el socialismo que promoviera las libertades de los pueblos y de los individuos^[31]. Por otro lado, la Comisión Brandt, como se ha señalado anteriormente, enfatizaba la importancia de una cooperación pacífica entre el Norte y el Sur global. Su documento buscaba reformar el orden económico global, pero dentro del sistema capitalista existente, promoviendo una mayor justicia a través de ayudas al desarrollo y reformas en las políticas comerciales internacionales.

En todo caso, las convergencias entre los comunistas italianos y las socialdemocracias europeas se materializaban en posiciones defensivas y contrarias a las tendencias políticas predominantes en Occidente. Por ello, tenían una utilidad limitada tanto desde el punto de vista de la renovación de las propuestas políticas de la izquierda, como desde el de la legitimación occidental del PCI. La socialdemocracia con la que el partido interactuaba en los primeros años ochenta ya no era la fuerza política ambiciosa y en ascenso de la década anterior, sino un movimiento debilitado y atravesado por nuevas líneas de fractura internas. Estas se manifestaban en las divisiones sobre el despliegue de los euromisiles (y, más en general, sobre las posibilidades de mantener la distensión en Europa) y en la dificultad para proponer una alternativa compartida frente al éxito de las críticas neoliberales. La sintonía con numerosas personalidades de la Internacional Socialista en torno al tema de la relación Norte-Sur no se tradujo en una convergencia política y obstaculizó

el nacimiento de un nuevo proyecto unitario sobre las cenizas del eurocomunismo^[32]. Este fracaso se debió, entre otras cosas, a la derrota de las socialdemocracias en el Reino Unido, la República Federal Alemana y los países escandinavos, al colapso del intento de reforma radical en Francia durante los primeros años de la presidencia de Mitterrand y al alineamiento del presidente francés con la política exterior de Reagan^[33].

El Partido Comunista Francés y el Informe Brandt

La historiografía rara vez se ha ocupado del Partido Comunista Francés (PCF) en relación con el Sur global. Solo recientemente se ha comenzado a analizar al PCF como un *Partido global*, intentando reconstruir su papel transnacional, así como destacando su pertenencia al movimiento obrero internacional y a su vasta red global de asociaciones, movimientos y organizaciones políticas. Tradicionalmente, la historiografía sobre el PCF se ha centrado en su política nacional, enfocándose en su presencia dentro de la sociedad francesa^[34]. A menudo se ha considerado que las relaciones internacionales del PCF formaban parte de un espacio político limitado a los vínculos con la URSS y las estructuras transnacionales del comunismo. Actualmente, las relaciones entre Oriente y Occidente siguen marcando

31.- Ioannis Balampanidis, *Eurocommunism. From the communist to the radical European Left*, Londres, Routledge, 2018; Marco Di Maggio, *Alla ricerca della terza via al socialismo. I PC italiano e francese nella crisi del comunismo (1964-1984)*, Nápoles, Edizioni scientifiche italiane, 2014.

32.- Marco Di Maggio, «Internazionalismo, socialismo ed europeismo nel Pci di Berlinguer», *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 2 (2016), pp. 55-78; Marcello Belotti (ed.), *Berlinguer y Europa: o los orígenes del socialismo en libertad*, Barcelona, Icaria editorial, 2023.

33.- Quinn Slobodian, *Globalists. The End of Empire and the Birth of Neoliberalism*, Cambridge-Londres, Harvard University Press, 2018.

34.- Stephane Courtois y Marc Lazar, *Histoire du Parti communiste français*, París, PUF, 1995; Marc Lazar, *Le Communisme, une passion française*, París, Perrin, 2002; Stephane Courtois, *Le bolchevisme à la française*, París, Fayard, 2010.

la historia de las relaciones internacionales del PCF, pero en la nueva perspectiva historiográfica esta dirección se complementa con la del eje Norte-Sur^[35]. Surgió una actitud cultural para interpretar la cuestión Norte-Sur: el *galocentrismo*^[36], es decir, aquella postura orientada primero a revolucionar el centro (metropolitano) para luego transformar la periferia (Sur global). En este sentido, Francia debía actuar unilateralmente para inducir una transformación en las relaciones Norte-Sur. Los países en vías de desarrollo fueron vistos como actores que sufrían la acción emancipadora y desempeñaban una función complementaria en el éxito de esta. El segundo elemento constante en la política exterior era la confianza en que la Unión Soviética, a pesar de la crisis del movimiento comunista internacional, aún era capaz de erigirse como defensora de los derechos de los pueblos del Sur global.

El Partido Comunista Francés, a diferencia de su homólogo italiano, se mantuvo contrario al proceso de integración europea, al considerarlo un instrumento del capitalismo alemán para recuperar la hegemonía en el continente. Esta visión se opuso a la intención del secretario Marchais de alcanzar un entendimiento con el PCI en el

marco de una estrategia *eurocomunista*, que nunca se llevó a cabo plenamente debido tanto a la ortodoxia ideológica de los franceses, como a su política *galocéntrica*, que condicionaba sus movimientos. El año 1980 marcó para los comunistas franceses un aumento del interés por los temas relacionados con la política hacia el Tercer Mundo. Impulsados también por una competencia a la izquierda con el Partido Socialista de Mitterrand, comenzaron a debatir más intensamente en la *Section de politique extérieure* (POLEX), así como en las revistas y periódicos del partido.

Los comunistas franceses adoptaron desde el principio una actitud hacia Willy Brandt caracterizada por la desconfianza: creían, de hecho, que la República Federal Alemana buscaba mantener a los países en desarrollo dentro de la órbita imperialista, utilizando dos canales esenciales y complementarios entre sí, como el gobierno del socialdemócrata Helmut Schmidt y la Internacional Socialista. Martin Verlet, intelectual y miembro de la POLEX, analizó y juzgó severamente el informe Brandt. La necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional se convirtió en campo de confrontación política e ideológica: «Construir el orden en el caos es lo que afirma Willy Brandt en su prefacio. Pero, ¿de qué nuevo orden estamos hablando?»^[37].

Según Verlet, Brandt era el emblema del nuevo punto de vista de los países imperialistas, que explotaban la idea de un nuevo orden como instrumento ideológico y político para gestionar la crisis. Es más, utilizaban el término «diálogo Norte-Sur» como un recurso retórico de división: «Así, después de haberse opuesto a la apertura de negociaciones económicas internacionales, se vieron obligados a aceptarlas, adoptan-

35.- Roger Martelli, Jean Vigreux y Serge Wolikow, *Le Parti rouge. Une histoire du PCF, 1920-2020*, París, Armand Colin, 2020; Romain Ducoulombier, Jean Vigreux (eds.), *Le PCF, un parti global (1919-1989). Approches transnationales et comparées*, Dijon, Edition Universitaires de Dijon, 2019; Gabriele Siracusano, «Pronto per la Rivoluzione!». *I comunisti italiani e francesi e la decolonizzazione in Africa centro-occidentale (1958-1968)*, Roma, Carocci, 2022.

36.- En un primer momento, el historiador Alain Ruscio calificó esta política de «galocentrismo» en referencia a la actitud de los comunistas franceses ante la guerra de Argelia e Indochina. Véase Alain Ruscio, «Le communistes français et la guerre d'Algérie, 1956», en VV. AA., *Le Parti communiste français et l'année 1956*, París, Fondation Gabriel Péri, 2007, pp. 88-89. Sobre el mismo tema, véase Jacob Moneta, *Le Pcf et la question coloniale*, París, Maspero, 1971, pp. 276-278.

37.- Martin Verlet, «Mouvement du capital, crise et redéploiement : le rapport Brandt», *Recherches Internationales*, 2 (1981), p. 29.

do una actitud definitiva de obstrucción e intransigencia, transformándola en un diálogo ilusorio»^[38]. Verlet consideraba que la socialdemocracia, si por un lado se interesaba por el Sur global, por el otro debilitaba la lógica conflictiva intrínseca a las relaciones de producción globales:

«La socialdemocracia presta especial atención a las ideas de un nuevo orden; las orienta hacia una dirección reformista, es decir, la eliminación de los antagonismos de clase y la aceptación, por parte de los ciudadanos, en nombre de la solidaridad, de políticas de gestión de la crisis a través de la austeridad»^[39].

Así, según el miembro de la POLEX, el informe Brandt representaba una forma encubierta de defensa de las relaciones de fuerza mundiales existentes: «En esencia, se trata, por lo tanto, de intentar sustituir la tendencia revolucionaria de enfrentamiento con el imperialismo por un camino reformista de conciliación y colaboración»^[40]. En la misma línea, subrayaba el peligro de una «tercera vía socialdemócrata pacifista», propuesta solo para ocultar los antagonismos de clase existentes a escala global:

«Con el pretexto de la solidaridad y la reciprocidad de intereses, el enfoque liderado por Willy Brandt proyecta las ilusiones reformistas de una tercera vía globalista. Lo hace aprovechando la crisis para intentar obtener una especie de consenso social a escala internacional, una pacificación, aunque sea temporal, de los antagonismos y los conflictos de clase. También lo hace apoyando algunas propuestas reformistas o ambivalentes que forman parte del programa de

reivindicaciones del ‘Grupo de los 77’»^[41].

El juicio de los órganos de Dirección puede resumirse en las palabras del presidente del Comité Central y secretario de la *Section de politique extérieure*, Maxime Gremetz. El dirigente comunista participó, junto con una delegación, en la conferencia celebrada en Berlín Este del 20 al 24 de octubre de 1980. El título de la conferencia era: *La lucha común del movimiento obrero y del movimiento de liberación nacional contra el imperialismo, por el progreso social*^[42]. Según Gremetz, Willy Brandt invocaba la necesidad de una considerable ayuda contra el subdesarrollo y el hambre, pero no denunciaba las verdaderas responsabilidades del imperialismo^[43] y se guardaba bien de criticar las causas, es decir, las multinacionales que saqueaban el Tercer Mundo. Para Gremetz, Brandt y los socialdemócratas proponían reestructurar las relaciones económicas y comerciales internacionales, pero dentro de una lógica sistémica conforme a los grandes monopolios industriales y financieros. Para el secretario de la POLEX, la necesidad de un nuevo orden mundial se encontraba en la intersección entre la lucha de clases, la liberación nacional y el antiimperialismo^[44]. En la misma conferencia de Berlín también participó el PCI, liderando la delegación italiana el historiador y senador de la República, Giuliano Procacci.

El historiador italiano se pronunció sobre este tema, señalando la gran heterogeneidad teórica y doctrinal presente en el

38.- *Ibidem*, p. 31.

39.- *Ibidem*.

40.- *Ibidem*, p. 34.

41.- *Ibidem*.

42.- «La lutte commune du mouvement ouvrier et du mouvement du libération nationale contre l'impérialisme, pour le progrès social», *Cahiers du Communisme*, 2 (1981), p. 114.

43.- Maxime Gremetz, «Le nouvel ordre mondial et lutte révolutionnaire», *La Nouvelle Revue Internationale*, 269 (1981), p. 55.

44.- *Ibidem*, p. 56.

movimiento obrero mundial y en los movimientos de liberación nacional. Por lo tanto, en esas circunstancias, probablemente era imposible establecer una unidad orgánica programática. Procacci recordó a la audiencia berlinesa que los comunistas italianos pensaban y actuaban para la construcción de un nuevo orden económico internacional aceptando las diferencias presentes en el Sur global. Según el historiador italiano, estaba en marcha un intento por parte de los soviéticos de deslizar a los No Alineados hacia el bloque socialista, lo que habría implicado una política de poder contraria al mantenimiento de la paz y el desarme^[45]. Posteriormente, Gremetz volvió a comentar el Informe Brandt, con motivo de las elecciones presidenciales de 1981. El entrevistador Dominique Vidal sostuvo que, desde el punto de vista ideológico y semántico, el mundo occidental había efectivamente experimentado un cambio: «Desde Robert McNamara, presidente del Banco Mundial, hasta Giscard D'Estaing, pasando por Willy Brandt, presidente de la Internacional Socialista, todos hoy hacen suyo el lema de un nuevo orden»^[46]. Gremetz replicó que, tras haber rechazado durante años la idea de un nuevo orden igualitario, los representantes del imperialismo estaban comenzando a utilizar el término. Sin embargo, no se debía caer en la retórica vacía occidental, ya que se trataba solo de una reintroducción de antiguos esquemas neocoloniales^[47].

A pesar de que la dirigencia del PCF rechazó las propuestas de la Comisión Brandt, un juicio heterodoxo fue expresado por Gérard de Bernis, economista de inspiración marxista y uno de los funda-

dores de la Escuela de Regulación de Grenoble^[48], reconociendo aspectos positivos y progresistas dentro del Informe Brandt: «Se presenta como un análisis global, que no elimina las cuestiones económicas, sino que las devuelve a su verdadera dimensión política»^[49]. Otro mérito del grupo dirigido por el excanciller alemán fue no negar ni minimizar la pobreza y centrarse en el bloqueo de las negociaciones Norte-Sur. Brandt fue elogiado por su visión política del desarme en favor del desarrollo, por su crítica al Fondo Monetario Internacional y por tener en cuenta las propuestas del Grupo de los 77:

«Adopta una posición abierta y clara a favor de una política de desarme, realiza una evaluación honesta de los costes de las políticas militares y de la venta de armas, y afirma la posibilidad de convertir las industrias que trabajan para el ejército en industrias que produzcan bienes útiles para el desarrollo. También desarrolla una crítica hacia la actitud del Fondo Monetario Internacional, que a menudo aprovecha sus préstamos a los gobiernos del Tercer Mundo para imponerles políticas reaccionarias, tanto desde el punto de vista económico como social»^[50].

Por otro lado, de Bernis señaló algunas críticas al informe Brandt: era injustificable pensar que la organización sociopolítica que había producido el subdesarrollo pudiera, con un «golpe de varita mágica,

45.- «Contre l'impérialisme, pour le progrès social conférence scientifique internationale de Berlin», *La Nouvelle Revue Internationale*, 270 (1981), p. 168.

46.- Maxime Gremetz, «A temps nouveau nouvel ordre», *Révolution*, 53 (1981), p. 27.

47.- *Ibidem*.

48.- Sobre la figura de Gérard de Bernis (1928-2010) véase Alain Monchablon, «BERNIS Gérard [DESTANNE DE BERNIS Gérard, René, Camille]», *Le Maitron*, <https://maitron.fr/spip.php?article16450> (consulta: 28 de febrero de 2025).

49.- Gérard de Bernis, *Le rapport Brandt: organiser l'impérialisme pour sortir de la crise*, 23 de septiembre de 1980, p. 3, 261 J7/250 (ex 261 J7/8b), Archives départementales de la Seine-Saint Denis (ADSSD), Archives du PCF (APCF).

50.- *Ibidem*, p. 4.



Hélène Constans, André Lajoinie, Robert Ballanger, y Georges Marchais, diputados del PCF, durante una rueda de prensa en la Asamblea Nacional. París, abril de 1978 (Pierre Trovel - *Mémoires d'Humanité* / Archives départementales de la Seine-Saint-Denis).

producir el desarrollo»^[51]. Ciertamente, el análisis de la Comisión Brandt reconocía el estado de crisis del capitalismo: «El informe ofrece una importante contribución a la identificación de las formas en que los capitalistas pueden esperar superar las contradicciones de la crisis actual»^[52]. El Sur global era una solución pragmática para el capitalismo internacional: usar el Sur como vía para salir de la crisis económica. Para el intelectual francés, para que las propuestas de Brandt funcionaran realmente, deberían combinar decisiones que involucraran a las empresas multinacionales, es decir, organizaciones privadas, con decisiones tomadas por instituciones públicas. Una globalización basada en la concertación no era plausible dado el estado de las relaciones

socioeconómicas de la época.

Esta coordinación entre lo público y lo privado no podía ser llevada a cabo por los estados nacionales, que habrían tenido que imponer obligaciones coercitivas a las multinacionales. Estaba a punto de comenzar la era del neoliberalismo y la desregulación. La administración Reagan había declarado obsoletas todas las teorías del keynesianismo social y procedió a liquidarlas mediante un resurgimiento de las convicciones de principios del siglo XX sobre la mano invisible y la autorregulación de los mercados. La liquidación comenzó con una drástica contracción de la oferta monetaria y un igualmente drástico aumento de las tasas de interés, seguido de importantes reducciones en la tributación de las empresas y la eliminación de los controles sobre los

51.- *Ibidem*, p. 12.

52.- *Ibidem*, p. 17.

capitales^[53].

Pero el problema para el intelectual francés es también otro: muy a menudo estas instituciones han abordado la globalización con una mentalidad demasiado estrecha, inspirada en una visión particular de la economía y la sociedad, es decir, la del neoliberalismo. Para el economista de inspiración marxista, Brandt deseaba una suerte de keynesianismo internacional: «una especie de función de concertación internacional, [...] el informe Brandt no se preocupa en absoluto por las rutas ampliamente colonizadas por las empresas transnacionales»^[54].

Una última intervención sobre esta cuestión fue realizada por Martin Verlet, quien se pronunció sobre el Informe Brandt en otra ocasión, esta vez no en una revista pública, sino en un informe para la POLEX. Se trataba de un informe descriptivo-informativo. En esta ocasión, Verlet reconoció el mérito de la Comisión Brandt por haber comprendido los puntos críticos de la crisis global, pero discrepaba con las soluciones: «Es, por tanto, importante que el PCF se oponga a las ideas avanzadas en el Informe Brandt, tanto con sus críticas como con sus propuestas»^[55]. Sin embargo, en conclusión, el miembro de la POLEX se preguntaba cómo había sido recibido el informe por los otros partidos comunistas occidentales, y declaró: «Entre los partidos comunistas de la Europa capitalista, el Partido Comunista Italiano, en particular, ha acogido favorablemente el informe, considerándolo, a pesar de sus limitaciones, un paso significa-

tivo hacia un nuevo orden mundial»^[56]. Este comentario nos permite entender cómo el PCI tenía, en el mismo período, una visión diferente de la del PCF acerca de las relaciones Norte-Sur y sus consecuencias. Es interesante señalar que, en mayo de 1979, pocos meses antes de la publicación del Informe Brandt, el secretario Georges Marchais, en su informe al XXXIII Congreso del PCF celebrado en Saint-Ouen, se mostró abierto a la posibilidad de que el PCI elaborara conjuntamente una carta común sobre el desarrollo:

«La estrategia internacional del PCF [...] se basa en la independencia y la no injerencia, la paz y la coexistencia pacífica, y la emancipación de los pueblos, un nuevo orden internacional que otorgue el lugar adecuado al Tercer Mundo. [...] Y estamos dispuestos a estudiar y discutir favorablemente la idea de elaborar una carta internacional de la paz y el desarrollo, propuesta por el compañero Enrico Berlinguer en su informe al XV Congreso del Partido Comunista Italiano»^[57].

Gianni Cervetti, jefe de la delegación del PCI, expresó un juicio positivo, reconociendo el esfuerzo teórico y la comunión de intenciones demostrados por el partido francés^[58]. El tono positivo se reafirmó también el 20 de mayo, cuando Enrico Berlinguer acudió al estadio Velódromo de Marsella para un mitin conjunto con Georges Marchais, de cara a las elecciones europeas previstas para el 10 de junio de 1979. En esa ocasión, Marchais reforzó en su discurso la

53.- Giovanni Arrighi, «The World economy and the Cold War, 1970-1990», en Martin P. Leffler y Odd Arne Westad (eds.), *Cambridge History of the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, Vol. III, pp. 32-33.

54.- *Ibidem*.

55.- Martin Verlet, *Le rapport Brandt e le Nouvel Ordre Mondial*, 3 de diciembre de 1980, p. 18, 261/17 11-12, (ex 261/17/8d), ADSSD, APCF.

56.- *Ibidem*, p. 3

57.- Augusto Pancaldi, «Il lungo rapporto di Marchais», *l'Unità*, 10 de mayo de 1979, p. 14; Georges Marchais, «Pour une avancé démocratique», *Cahiers du Communisme*, 6-7 (1979), p. 32.

58.- «Le scelte dei comunisti francesi», *l'Unità*, 18 de mayo de 1979, p. 17.

convicción de una dirección común entre el PCF y el PCI con respecto a las relaciones Norte-Sur:

«Consideramos la libertad de cada pueblo para disponer de sí mismo, para elegir su propio camino al margen de cualquier presión o injerencia externa, sea cual sea su procedencia, como un derecho inalienable. Esto supone que cada país conserve el dominio de sus decisiones, hable con su propia voz y ejerza con plena soberanía su actividad internacional. [...] En relación con estas cuestiones, nuestro 23º Congreso destacó su interés por la idea planteada por Enrico Berlinguer en el 15º Congreso del PCI, de elaborar una Carta Internacional de la paz y el desarrollo. Quiero decirlo nuevamente en su presencia: es una propuesta que estamos dispuestos a estudiar y discutir con un espíritu favorable»^[59].

Posteriormente, la situación cambió rápidamente, primero con la intervención soviética en Afganistán en diciembre de 1979 y luego con el nacimiento, en Polonia, del sindicato disidente Solidarność en el verano de 1980. Los tonos y las relaciones con el PCI cambiaron rápidamente y, en consecuencia, en el partido francés no existe un documento comparable a la *Carta della Pace e dello Sviluppo* del PCI.

Más allá de los grandes cambios debidos a la política internacional, es importante destacar que la relación entre el Partido y los intelectuales fue una de las causas principales de la falta de elaboración teórica y estratégica. En los años ochenta continuó la diáspora de intelectuales del PCF, mientras que los principales dirigentes comunistas franceses permanecieron aferrados a una concepción ortodoxa del marxismo. Esto

generaba problemas en términos de control del debate interno del Partido, del vínculo entre la producción teórica y la elaboración de la línea política, y, por ende, del papel de los intelectuales dentro del mismo. En el plano ideológico, dominaba la tradición democrático-radical y revolucionaria-jacobina de la Revolución Francesa, sobre la cual se definía la identidad del Partido^[60]. Dentro de la tradición política marxista, los comunistas franceses eran bastante reacios a considerar seriamente el papel de las superestructuras y su autonomía, acusando de revisionismo e idealismo a quienes se proponían hacerlo. Este enfoque iba acompañado de una marcada rigidez en el ámbito ideológico. La teoría marxista, de ser un instrumento para la elaboración de la estrategia revolucionaria, se convirtió en una ideología formal que justificaba la acción y la política de alianzas del Partido^[61].

Martin Verlet fue uno de los intelectuales del Partido que lamentó en varias ocasiones este clima de insuficiencia teórica frente a los desafíos planteados por la Comisión Brandt. En París, del 20 al 22 de enero de 1983, se celebró un congreso organizado por el Instituto de Investigación Marxista (un organismo directamente vinculado al PCF, pero independiente), titulado *Le marxisme et la Libération humaine* (El marxismo y la liberación humana). Se invitó a académicos e investigadores de cuarenta países diferentes. El congreso se inscribía en las celebraciones del centenario de la muerte de Karl Marx, en 1983. Se estaba haciendo

60.– Julian Mischi, *Le communisme désarmé: Le PCF et les classes populaires depuis les années 1970*, Marsella, Agone, 2014; Roger Martelli, *L'Archipel communiste. Une histoire électorale du PCF*, París, Éditions sociales, 2008; Françoise Matonti, *Intellectuels communistes: essai sur l'obéissance politique. La Nouvelle Critique (1967-1980)*, París, La Découverte, 2005.

61.– Marco Di Maggio, *Les intellectuels et la stratégie communiste: une crise d'hégémonie 1958-1981*, París, Éditions sociales, 2013. p. 15.

59.– «La grande manifestazione a Marsiglia dei comunisti italiani e francesi», *L'Unità*, 20 de mayo de 1979, p. 19.

evidente que el Partido, ya no era capaz de garantizar la unidad entre el aparato organizativo burocrático y un corpus ideológico-doctrinal coherente, ni de preservar una base de masas. De hecho, el PCF estaba experimentando un lento proceso de degeneración cultural que instrumentalizaba, limitaba y excluía progresivamente la producción teórico-política.

Durante el congreso, Verlet volvió a hablar de la Comisión Brandt, que representaba un peligro, ya que aceptaba algunas reivindicaciones del Sur global, destacando las dimensiones catastróficas de los efectos del subdesarrollo y sugiriendo una serie de propuestas concretas de reforma. Sin embargo, tales propuestas seguían siendo instrumentos de integración y ajuste del sistema capitalista^[62]. Esto, naturalmente, no implicaba un enfoque limitante; el campo de investigación marxista debía prepararse para enfrentar los nuevos desafíos. Se requería un esfuerzo para comprender la existencia «de la articulación entre lo nacional y lo internacional, los procesos de internacionalización y la intervención del marxismo para avanzar en la teoría de las relaciones internacionales^[63]. La tendencia hacia la mundialización de la producción, del movimiento científico, de las tecnologías y del conocimiento, así como de algunos aspectos de la vida social, junto con los procesos de integración económica y política, eran fenómenos que no podían ser ignorados por la investigación marxista. Verlet parece describir los efectos y las contradicciones de la naciente globalización como una apertura en la crisis del capitalismo, de la cual podría surgir un nuevo orden a través de una orientación diferente de los procesos de mundialización. Para Verlet, en la

estrategia de los comunistas franceses era fundamental no dejar a los adversarios la posibilidad de apropiarse de la temática de la relación Norte-Sur, pero este compromiso teórico no fue acogido por la dirigencia.

Conclusiones

El fracaso de la estrategia internacional del socialismo europeo se hizo evidente durante el encuentro de Cancún (México), que tuvo lugar a finales de 1981. Esta cumbre fue organizada por el presidente mexicano López Portillo, el primer ministro canadiense Trudeau y el canciller austriaco Bruno Kreisky, con el objetivo de relanzar el diálogo Norte-Sur a nivel global y explorar posibles reformas basadas en el informe de la Comisión Brandt. Al evento, que se llevó a cabo en un resort marítimo, asistieron los principales líderes mundiales, incluidos Reagan y Thatcher, para un total de veintidós jefes de Estado y de gobierno. Mitterrand, junto con Trudeau, representaba la última esperanza para el éxito de las negociaciones globales. Sin embargo, la cumbre de Cancún marcó el final del debate sobre un Nuevo Orden Económico Mundial. Lo que bloqueó cualquier avance fue Reagan, quien, además de su aversión ideológica hacia las Naciones Unidas, temía que las propuestas relacionadas con las materias primas y la deuda internacional implicaran altos costes y socavarán la influencia central de las instituciones económicas internacionales de Washington, donde Estados Unidos ejercía una influencia significativamente más fuerte que en otros foros internacionales. El mismo Willy Brandt, años después, admitió:

«El mensaje fundamental de mi Informe, que se publicó hace ya dos años y que llevó al encuentro de Cancún el pasado octubre, aún no ha generado ninguna acción

62.- Martin Verlet, *Crise nationale et Nouvel ordre internationale*, 21 de enero de 1983, p. 5, 261 J7/166 (ex 261 J7/127b), ADSSD, APCF.

63.- *Ibidem*.



Representantes de los 22 países participantes en el encuentro de Cancún. Entre otros pueden verse a Ronald Reagan, José López Portillo, Zhao Ziyang, Margaret Thatcher, Indira Gandhi, el príncipe Fahd, Ferdinand Marcos o François Mitterrand (wikipedia.org).

concreta. Las negociaciones globales en las Naciones Unidas aún no han comenzado. Mientras tanto, la situación de muchos ciudadanos en muchos países se ha vuelto prácticamente desesperada»^[64].

En conclusión, sin ninguna pretensión de exhaustividad, los dos partidos analizados en los años posteriores al Informe Brandt tuvieron una elaboración totalmente diferente de la Comisión Norte-Sur. Tras la muerte de Enrico Berlinguer, Europa se convirtió en el eje de la política exterior del PCI. Con el fin del paradigma eurocomunista y el claro distanciamiento de Moscú, se abrió paso a un análisis de tipo asistencialista. Los comunistas italianos percibieron la crisis del socialismo real y del tercermundismo como el inicio de un nuevo curso. La transformación o des-

estructuración radical de la relación Norte-Sur dio lugar al humanitarismo, la lucha contra el hambre en el mundo^[65]. Este paradigma fue aún más evidente en la segunda fase, que comenzó en 1986, en el contexto de la afirmación de la nueva política de la URSS de Mijaíl Gorbachov y la aparición en la escena internacional de cuestiones como la deuda de los países subdesarrollados y el respeto de los derechos humanos de corte liberal. Dos elementos estuvieron en el centro de la acción y el discurso internacional del PCI sobre el Sur global entre 1987 y 1991: la importancia de la cooperación internacional y la ayuda al desarrollo, por un lado, y la lucha contra el apartheid en Sudáfrica, centrada en la cuestión de los derechos humanos, por el otro. Dentro de un discurso y una

64.- G. Garavini, *Dopo Gli Imperi. L'integrazione europea nello scontro Nord-Sud*, p. 309.

65.- M. Di Maggio y G. Siracusano, *Decolonizzazione e Terzo Mondo*, p. 286; Gabriele Siracusano, «Tra diritti umani e cooperazione euro-africana. I comunisti italiani e le Convenzioni di Lomé (1975-1984)», p. 160.

orientación política cada vez más centrados en el europeísmo liberal-democrático, estos dos elementos sustituyeron definitivamente al internacionalismo comunista en el imaginario y la política del PCI hacia el Sur global^[66]. El análisis de esta sustitución nos ayuda a descifrar la descomposición cultural del PCI al final de su existencia y de la Guerra Fría.

Mientras tanto, el Partido Comunista Francés atravesaba una larga crisis electoral e ideológica hasta 1994 (año de la renovación de la dirigencia y de la cultura ideológica a través del XXVIII Congreso).

Durante este período, se mantuvieron y reiteraron dos factores culturales interrelacionados. El primero se refiere al sovietismo en política exterior, es decir, la URSS era vista como el actor político capaz de dismantelar el Norte globalizado en favor de los países en desarrollo. El segundo factor se refiere al galocentrismo: una Francia solidaria debía actuar unilateralmente para inducir una transformación de las relaciones Norte-Sur, con los países en desarrollo vistos como actores que sufrían la acción emancipadora y desempeñaban una función complementaria en el éxito de esta.

66.- Marco Di Maggio y Gabriele Siracusano, «Une politique 'euro-africaine'. Le PCI et l'Europe comme 'pont' entre l'Afrique et le monde socialiste», en Françoise Blum, Marco Di Maggio, Gabriele Siracusano y Serge Wolikow (eds.), *Les partis communistes occidentaux et l'Afrique. Une histoire mineure?*, París, Hémisphères – Maisonneuve Larose, 2021, p. 297.

De lo nacional a lo vecinal: las fiestas de *l'Unità* y su impacto territorial (1945-1991)

*From National to Local: The Feste de l'Unità
and Their Territorial Impact (1945–1991)*

Daniel Sierra Suárez
Universidad de Oviedo

Resumen

Las fiestas de *l'Unità*, organizadas por el Partido Comunista Italiano (PCI) entre 1945 y 1991, representaron un mecanismo clave de movilización política y social. Originalmente concebidas como eventos festivos, evolucionaron en espacios centrales de socialización, difusión ideológica y financiamiento partidario. Su crecimiento en los años setenta consolidó su impacto territorial, extendiéndose incluso fuera de Italia. A través de la integración de prácticas culturales, simbología política y elementos de modernidad, estas festividades facilitaron la ampliación de la base social del PCI, convirtiéndose en una herramienta fundamental para su inserción en diversos estratos sociales.

Palabras: Partido Comunista Italiano, comunismo, fiestas, movilización política, *l'Unità*.

Abstract

The Feste de l'Unità, organized by the Italian Communist Party (PCI) between 1945 and 1991, were a key mechanism of political and social mobilization. Originally conceived as festive events, they evolved into central spaces for socialization, ideological dissemination, and party fundraising. Their expansion in the 1970s strengthened their territorial impact, even beyond Italy. By integrating cultural practices, political symbolism, and elements of modernity, these festivals facilitated the broadening of the PCI's social base, becoming a fundamental tool for its presence in various social strata.

Keywords: Italian Communist Party, communism, festivals, political mobilization, *l'Unità*.

Escribía Ernesto Galli della Loggia en 1976, mucho antes de que el Partido Comunista Italiano (PCI) decidiera disolverse, que los comunistas:

«[...] abriendo secciones en los pueblos más remotos de Italia, difundiendo sus periódicos y publicaciones de manera capilar, con un ojo especialmente dirigido a las necesidades de las capas populares, construyendo nuevos canales de difusión cultural, crearon un tejido organizativo e hicieron circular un bloque de valores gracias a los cuales amplios sectores de la población entraron por primera vez en contacto, aunque de forma tosca y a menudo mítica, con una estructura de pensamiento moderno de tanto mayor atractivo cuanto que estaba ligado a una esperanza de redención social»^[1].

Sin embargo, se olvidaba mencionar uno de los elementos de mayor capilaridad y extensión territorial que el PCI puso en funcionamiento desde el propio momento de la liberación del país en 1945: las Fiestas de *l'Unità*. Este impacto se ve sobre todo durante la década de los setenta, cuando se realizaron a lo largo y ancho del país más de 40.000 fiestas distintas entre las de célula, de sección, provinciales, regionales, nacionales, temáticas e incluso en el extranjero.

Esta extensión territorial se produjo en gran parte por la erosión de la cultura campesina y de las *sagras*, fiestas tradicionales con gran vinculación al calendario agrícola. No es casualidad que sobre todo las fiestas nacionales y provinciales se llevaran a cabo, en unas fechas similares a las de las fiestas patronales, con el final de la época del trabajo agrícola. La coincidencia de las fiestas de *l'Unità* con las antiguas celebraciones

campesinas y patronales servía para atraer a un público externo a la esfera electoral y sociológica del partido, sobre todo en aquellos pueblos donde las fiestas de los comunistas se convirtieron en las únicas celebraciones que se realizaban en todo el año. Esto conllevaba una decisión estratégica en la cual se incluían en los programas, como se verá más detalladamente más adelante, actividades de entretenimiento, música, canto y juegos populares, así como la gran importancia que se le daba a la comida. Estas actividades constituyeron un espacio de sociabilidad compitiendo con la ritualidad católica y sirvieron para mantener una mayor comunidad en el panorama rural italiano, siendo un contrapunto a esa erosión de la vida colectiva campesina sobre la que tantas líneas escribió Pier Paolo Pasolini. Además, durante los años del «milagro económico», con esta intención de atraer más gente, necesariamente se implantaban y aceptaban en cierta medida las reglas del juego de una sociedad consumista y burguesa^[2]. Por lo cual los festivales de *l'Unità* tenían, como escribe Alberto Moravia, «la ventaja de combinar en sí mismos tres ideas: la de la fiesta católica, la del socialismo y la del mercado»^[3].

La territorialidad de las fiestas, entendida como la forma en la que estas celebraciones llegaban a una mayor cantidad de personas, se dio sobre todo con las fiestas pequeñas, es decir, las provinciales, las de pueblos, barrios e incluso las de secciones de fábrica, que eran las que ocupaban los parques, las zonas monumentales y áreas inutilizadas^[4]. En muchas ocasiones, transformando la morfología de esos lugares de forma perma-

1.- Ernesto Galli della Loggia, «Ideologie, classi e costume», en Valerio Castronovo (Ed.), *L'Italia contemporanea 1945-1975*, Turín, Einaudi, 1976, p. 395.

2.- Lorenzo Giannini, «Siamo tutti volontari». *Etnografia di una Festa de l'Unità, tra retoriche e pratiche*, Milán, Franco-Angeli, 2020, pp. 19-20.

3.- Alberto Moravia, «Vogliamo Discutere sui festivals dell'Unità», *l'Unità*, 25 de septiembre de 1976.

4.- Anna Tonelli, *Falce e tortello. Storia politica e sociale delle Feste dell'Unità (1945-2001)*, Bari, Laterza, 2012, p. XIII.

nente, por lo cual el legado de estos eventos no es solo memorístico o sentimental en sus participantes, sino que también es un legado físico en el territorio. Además, todo esto no respondía solo a una finalidad de obtener financiación, sino también para demostrar una capacidad organizativa y de gestión.

Por ello en este artículo se abordará el papel de las fiestas de l'Unità como un fenómeno de movilización política y social que, más allá de su función propagandística y financiera, sirvió para afianzar la presencia comunista en Italia entre 1945 y 1991. A través del análisis de su evolución, se examinará cómo estas festividades se convirtieron en espacios de sociabilidad y lucha cultural, capaces de llenar en muchos casos el vacío dejado por el retroceso de las ritualidades tradicionales y de insertarse en la cotidianidad de miles de comunidades, desde pequeños núcleos rurales hasta grandes ciudades. Asimismo, se verá como en algunos casos tuvieron un impacto en la transformación material del espacio público y en la proyección del PCI como un actor con capacidad organizativa y de gestión, tanto a nivel local como nacional.

Para llevar a cabo esta investigación se han utilizado algunas fuentes documentales de la *Fondazione Gramsci* de Roma y del archivo histórico del PCI de Ferrara, aunque principalmente se ha trabajado con la hemeroteca de l'Unità y otras obras ya escritas sobre la materia en italiano (las fiestas de l'Unità son un evento relativamente trabajado a nivel tanto nacional como por federaciones).

El nacimiento de las fiestas comunistas

La primera Fiesta de l'Unità, aunque en sus inicios no llevaba ese nombre, sino que fue llamada *scampagnata* (pícnic), se celebró del 1 al 3 de septiembre de 1945, poco después del fin de la guerra de liberación. Aquel

evento, que reunió a unas 200.000 personas, surgió como una expresión de la alegría y el deseo de vivir de los jóvenes, quienes, tras años de conflicto, anhelaban cantar, hablar y, sobre todo, estar juntos. Giuliana Gamberini, una de sus protagonistas, recordaría más tarde que la felicidad de aquel momento era indescriptible^[5]. Inspirados por las fiestas del Partido Comunista Francés (PCF), a las que muchos comunistas italianos habían asistido durante su exilio en Francia, los organizadores buscaron replicar ese espíritu en Italia, pero con un enfoque que iba más allá de la mera propaganda. Esto se puede notar en el hecho de que el mitin central del secretario general del partido tardó todavía unos años en instaurarse.

Las fiestas de 1946 y 1947 fueron anunciadas y descritas en las crónicas de l'Unità como actos de diversión y alegría con expresiones como: «justa ración de alegría de vivir», «serena felicidad», «sonriente simpatía del pueblo» y «gozosa fraternidad», que reflejaban la búsqueda por proyectar un espíritu único que no existía en otras celebraciones. Las fiestas incluían juegos populares como la cuerda, bailes, carrozas alegóricas, pruebas deportivas, bandas musicales, escarapelas, loterías y espectáculos, promoviendo así un carácter festivo y popular. Como se comentó en la introducción, esto era imprescindible para atraer a un público más amplio. La imagen que se quería proyectar en estos primeros años y que se mantuvo durante los cincuenta era la de una fiesta para las familias, como se puede ver en los carteles de las mismas, en los que es habitual ver parejas, hijos, etc.

Las situaciones que se daban en las fiestas eran muy variadas y su público dependía mucho del lugar donde se realizaran. Por ejemplo, en el caso de Boschi, un pe-

5.- *Comunisti. I militanti bolognesi del PCI raccontano*, Roma, Editori Riuniti, 1983, p. 89.

queño pueblo de Emilia Romagna, de forma habitual la gente iba a la taberna de su partido político: sin embargo, durante la celebración de la Fiesta de *l'Unità* estos límites desaparecían y se juntaban en ella socialistas, socialdemócratas, republicanos, radicales y comunistas. Los únicos que no acudían eran los democristianos^[6].

Desde la dirección central se enfatizaba el deber de «adueñarse» de las tradiciones locales y regionales, integrando las fiestas populares en un ejercicio de dirección activa. En un principio, el mitin político no tuvo gran importancia. En 1946, solo se mencionaba que el «camarada Togliatti» daría un saludo a los asistentes. Sin embargo, en 1947 la fiesta adquirió una connotación más política, ya que además un año antes el PCI había sido expulsado del gobierno de concentración nacional. Togliatti habló ante 800.000 personas, abordando temas de actualidad del momento y criticó abiertamente a la Democracia Cristiana, marcando un cambio en la prioridad de la fiesta, que pasó de ser concebida como un elemento de celebración popular a evolucionar más explícitamente a un espacio de discurso y movilización política^[7].

Pero el peso definitivo del mitin político, al menos a nivel nacional, llegó con la fiesta de Roma de 1948. Este año tuvo la peculiaridad de contar con dos fiestas, una primera en Monza y una segunda en Roma que fue la vuelta pública de Togliatti tras el atentado que casi le cuesta la vida (14 de julio de 1948). La de Monza contó con grandes figuras como el director de cine Alberto Latuada o el pintor Pablo Picasso. Este fue el inicio de la aparición y colaboración de grandes figuras en los festivales naciona-

les. Sin embargo, la más destacada de ese año fue la de Roma, por su valor simbólico y político. Esta empezó con una gran manifestación que durante cinco horas atravesó Roma desde la estación de Termini hacia el Foro Itálico, donde se desarrollaron las actividades. Se calcula que en la marcha participaron 400.000 personas llegadas de toda Italia^[8].

La rápida expansión de las fiestas pequeñas es algo que sorprendió a la propia dirección. Pietro Ingrao escribió en *Rinascita*, revista teórica del partido, que: «Las regiones, los municipios, los barrios han llevado en las fiestas sus tradiciones, con ímpetu, fantasía y una pasión que nosotros mismos no esperábamos»^[9]. Buena cuenta de este crecimiento es que en el tercer fin de semana de septiembre de 1949 se produjeron de forma simultánea 700 fiestas de carácter local^[10]. Para incentivar y mantener este crecimiento la Dirección dio premios tanto políticos como morales a las federaciones: «Una bandera y un mitin del camarada Longo a la Federación que organice la fiesta del *l'Unità* más bella [...] una moto ligera de 125 CC. a la Federación con más de 50 secciones que haya organizado el mayor número de fiestas»^[11]. Por ello saber organizar una fiesta se convirtió en motivo de orgullo y en un elemento de valoración interna en el partido. «Deben organizarse miles de pequeñas, también de pequeñísimas, a iniciativa de la célula, que ocupen una calle, un bloque de viviendas, un taller, una escuela, cada una de las cuales debe tener sus propias características y

6.- Maria Casalini, *Famiglie comunista. Ideologia e vita quotidiana nell'Italia degli anni Cinquanta*, Bologna, Il Mulino, 2010, pp. 35-36.

7.- «Togliatti alla nostra festa fra 800mila lavoratori», *l'Unità*, 16 de septiembre de 1947.

8.- «Dall'imponente corteo per le vie di Roma alla grandiosa festa del Foro Italico», *Il Paese*, 26 de septiembre de 1948.

9.- Pietro Ingrao, «Le feste dell'Unità», *Rinascita*, 9-10 (1948), p. 371-372.

10.- Eva Amendola, *È la festa. Quarant'anni con L'Unità*, Roma, Editori Riuniti, 1984, p. 36.

11.- A. Tonelli, *Falce e tortello*, p. 54.



Primer mitin de Togliatti tras el atentado. Roma, septiembre de 1948 (Fondo personal del autor).

objetivos propios»^[12], escribió Celso Ghini en un *Quaderno dell'attivista* en 1950.

Antes del inicio de la década de los cincuenta las fiestas ya estaban tan expandidas por la geografía transalpina que eran un hilo rojo que unía el Véneto con Sicilia^[13] sirviendo, sobre todo a nivel local, para alargar la base social del partido y hacerse sentir en el territorio. Esta exhibición de capacidad organizativa, unida a los espectáculos musicales, la comida, la rifas o los fuegos artificiales, sirvió para atraer a nuevos estratos de población alejados del partido y que por otros medios habría sido más difícil que se acercasen al partido. Además, sobre todo en las fiestas pequeñas se

conseguían fondos para el funcionamiento de las secciones locales. Los militantes que estaban en la entrada de la fiesta cumplían una función fundamental en esta recolección de fondos en base a donaciones^[14].

Sin embargo, este crecimiento también conllevaba los recelos del gobierno de la Democracia Cristiana. Aunque el PCI gobernaba muchos ayuntamientos, el permiso para realizar las fiestas, mítines, etc., lo concedía la prefectura que dependía directamente del gobierno central. Muchas fiestas fueron prohibidas y en otras ocasiones hacían falta decenas de reuniones para que las autorizaran, Eva Amendola apunta que para la fiesta de 1950 en Módena hicieron falta 45 reuniones con el cuestor^[15].

12.- Celso Ghini, «Nel mese della stampa comunista conquistiamo nuove masse alla lotta per il lavoro, la libertà, la pace», *Quaderno dell'attivista*, 20-21 (15 de agosto de 1950), p. 4.

13.- «Il Popolo in festa dalla Sicilia al Veneto», *l'Unità*, 24 de septiembre de 1950.

14.- Paolo Zaghini, *Popolo in festa. Le feste dell'Unità nel riminese 1951-2007*, Rimini, Fondazione Rimini Democratica per la Sinistra, 2013, p. 13.

15.- E. Amendola, *È la festa*, p. 39.



Escarapela Fiesta de l'Unità de 1951 (Fondo personal del autor).

Todo este entramado festivo desarrolló una nueva simbología con elementos que no estaban siempre relacionados con la tradición simbólica del comunismo, aunque sí con los de la izquierda, como, por ejemplo, la escarapela, más relacionada con la tradición republicana. Las escarapelas se convirtieron en un símbolo de la fiesta sirviendo como un «rito de iniciación y de admisión»^[16]. Llevarla hacía su portador ciudadano de la fiesta, en el sentido que daba derechos y beneficios que quien no la portaba no tenía. De todas formas, hay que distinguir varios tipos de escarapelas, ya que había unas que se compraban antes de la celebración y daban derecho,

por ejemplo, al transporte hasta el lugar de la fiesta o a descuentos en comida^[17] y otras que eran vendidas a precios muy económicos, unas 13 liras (unos 30 céntimos^[18]), por jóvenes militantes, generalmente mujeres, en la entrada del recinto festivo.

17.- Escarapela-recuerdo de la Fiesta del l'Unità de Castellmare di Stabia (Nápoles), 1955. En ella se lee: «la presente escarapela-recuerdo da derecho a: 1. El viaje de ida y vuelta Nápoles-Castellammare. 2. La entrada gratuita al espectáculo de canto, concierto de banda, baile y fuegos artificiales en la Villa Comunal de Castellammare. 3. Descuentos en las entradas al Cine Nacional, al Estadio Deportivo, al Teatro al aire libre C.M., y a los balnearios. 4. Descuentos en los precios ofrecidos por los comercios, bares y restaurantes que hayan exhibido el cartel de adhesión a la fiesta». Fondo personal del autor.

18.- Todas las conversiones de Liras a Euros se harán en base al euro de 2024. (Fuente: Istituto Nazionale di Statistica).

16.- Fernando Ferrara y Luigi Coppola, *Le feste e il potere*, Roma, Officina, 1983, p. 51.

Todo el trabajo que conllevaba la organización de las fiestas no era solo un elemento hacía el exterior, sino que servía para movilizar a la militancia. Este tipo de actividades conllevaba un sentimiento de pertenencia a algo más grande que la propia persona. Señala Anna Tonelli que «trabajar en y para la fiesta permite salir del anonimato de la masa indistinta para ocupar una relevancia individual en grado de contribuir al bien común. No es ser un simple inscrito que responde órdenes del partido, sino un comunista que es feliz por organizar una fiesta que acaba siendo también un poco suya y no solo del partido»^[19]. Tal era el nivel de implicación que los militantes dedicaban sus vacaciones o incluso pedían permisos no retribuidos para poder trabajar en la fiesta. Es imposible entender la extensión y el éxito de estos eventos sin el trabajo militante no retribuido en un sentido monetario; de otra forma era una empresa insostenible. Cabe destacar que en todo este trabajo militante se mantenía una división de género en el reparto de tareas en el que, por ejemplo, los hombres se encargaban de tareas más relacionadas con la construcción física de la fiesta o labores de seguridad, mientras que ellas eran relegadas a tareas como la elaboración de las comidas, contar el dinero al final del evento o las más jóvenes, a la venta de las escarapelas.

Del milagro económico a los años del movimiento juvenil

Durante los años cincuenta la fiesta empezó a evolucionar y dio un salto de calidad, no solo en un plano estético sino también organizativo. Las fiestas empezaron a estar mucho más trabajadas, con temáticas específicas sobre las cuales giraba toda la organización, entre las que solían encontrarse las cuestiones de la paz o del internaciona-

lismo, dos elementos que diferenciaban al PCI de otras fuerzas de la izquierda, o más adelante los avances técnicos y científicos de la URSS. Pero en el apartado estético los cambios no fueron menores y comenzaron a desarrollarse eventos con una escenografía mucho más cuidada y medida. En ello tuvo un peso enorme la popularización de las estructuras de tubos de acero en sustitución de las de madera. Este cambio permitía construir de forma más sencilla, rápida y, sobre todo, elementos de mayores dimensiones. Un ejemplo de ello sería la U de 21 metros que se erigió en Bolonia en 1965. Estos materiales no solían ser propiedad del partido y en muchas ocasiones encontraban dificultades para encontrar empresas que les alquilaran el material. En otros casos donde se contaba con ayuntamientos gobernados por los comunistas se buscaba el apoyo de la institución para temas como conseguir algunos materiales o la electricidad^[20].

Este crecimiento llevó también a una ampliación del espacio que ocupaban las fiestas, pasando este a denominarse: «la ciudad», «ciudadela», «la capital», «el barrio» etc. Con esta ampliación se produjo una mayor aparición de elementos políticos y propagandísticos. Por ejemplo, en la fiesta nacional de Milán de 1957 encontramos cinco «villas» monográficas en las que se trataban: los escándalos democristianos, los éxitos de la política unitaria del PCI, el programa comunista, el socialismo en el mundo y la lucha del pueblo colonial por su independencia^[21]. Los temas del internacionalismo fueron de gran importancia porque para muchos militantes eran la única ocasión en la que entraban en contacto

19.- A. Tonelli, *Falce e tortello*, p. 66.

20.- Marco Dossena, *Una storia nella storia. La festa de l'Unità a Crema e nel Cremasco*, Crema, Areteam Editore, 2006, p. 45.

21.- «Tra 48 ore s'alza a Villa Gloria il sipario sulla Festa dell'Unità», *l'Unità*, 20 de septiembre de 1957.

con un mundo comunista que iba más allá de Italia y de los camaradas de su sección.

Esta ampliación del espacio llevó a una multiplicación de los elementos más tradicionales de la fiesta como lo eran la librería, los juegos o el baile, pero se combinaban con otros más nuevos como la aparición de la casa de la juventud, encargada a las juventudes del partido, u otros elementos del progreso, como lo fue todo lo relacionado con la conquista del espacio por parte de los soviéticos. En este sentido se hicieron reconstrucciones de cohetes espaciales o, por ejemplo, en la fiesta de 1960 en Ferrara se construyó un planetario y se colocó un telescopio que apuntaba hacia una torre donde había una nave espacial^[22].

El crecimiento económico de los años del «milagro» produjo numerosos cambios en unas fiestas que no querían quedarse anticuadas y que en muchas ocasiones supieron adaptarse mejor que el partido a estas transformaciones. Uno de los espacios donde más se notaron estas transformaciones en el consumo de la población fue en la rifa de la fiesta, donde empezaron a sortearse electrodomésticos como: neveras, lavadoras, coches, televisores, aspiradoras o tocadiscos^[23]. Elementos que, a pesar del crecimiento económico, muchas familias trabajadoras aún no se podían permitir. También se empezaron a ver puestos de venta en las fiestas que iban más allá de las cooperativas o empresas cercanas y que se asemejaban más los de una feria normal, así como reclamos publicitarios.

Además, a partir de los años cincuenta empezó a ganar un mayor peso la parte musical dentro de la fiesta, pero no solo la música y el canto popular, sino también tendencias musicales más modernas. Un

caso paradigmático fue la fiesta provincial de 1953 en Bolonia, donde se organizó una sesión de tarde de 50 años de música italiana que tuvo una afluencia sin precedentes. Esto llevó a un debate sobre si las fiestas debían o no promover la música más comercial. Sobre esta cuestión Enrico Bonazzi argumentó que:

«Es cierto que las masas de gente acuden y cuando hay los cantantes más cotizados, la gente viene y se va feliz. ¿Por qué quitarnos a nosotros y a nuestra fiesta la posibilidad de establecer y renovar este vínculo? Después de todo, no es que al no hacer esto contribuyamos al surgimiento de una canción más evolucionada; la situación es lo que es; la Rai es lo que es; establezcamos entonces este contacto. ¿Es un problema de efectivo? Yo digo que es una noche que no perjudica a la fiesta, que de hecho la une a un gran número de ciudadanos. Más bien tratamos de tener algún cantante de valor, o considerado como tal»^[24].

Las palabras de Bonazzi, que en 1958 fue detenido por la policía mientras daba un mitin en la fiesta local del barrio de la Bolognina por supuesto ultraje y resistencia a la autoridad^[25], llegaron a buen puerto. En este sentido el partido no podía obviar el impacto que tenía el festival de San Remo y por ello varios artistas que pasaron por los escenarios de dicho evento participaron en diversas fiestas de los comunistas. Por ejemplo, está la figura de Claudio Villa, que ganó el festival en cuatro ocasiones y participó en Eurovisión dos. Lo particular de Villa es que era simpatizante del PCI y jamás cobró por dar un concierto. En sus memorias señala que «nunca he fallado a

22.- «L'astronave con le cagnette in cima alla torre del festival», *l'Unità*, 5 de septiembre de 1960.

23.- A. Tonelli, *Falce e tortello*, p. 73.

24.- *Ibidem*, p. 74.

25.- *Almanacco del centenario. Bologna: 1859-1959*, Bologna, Due Torri - STEB, 1959, p. 122.

los comunistas, [...] yendo gratis a la fiesta y a otros eventos en los lugares más recónditos de la península»^[26]. El caso de Villa por su cercanía es el más diferente, pero entre los cincuenta y los sesenta pasan por los escenarios de las diversas fiestas numerosas figuras de relieve como: Nilla Pizzi, Betty Curtis, Andriano Celentano o Domenico Modugno, quien abrió la fiesta de 1965 en Génova tras haber triunfado ya con *Nel blu dipinto di blu* o *Volare*. Hay que tener en cuenta que durante este período todavía había parroquias que estigmatizaban el baile. Mientras en la Iglesia se condenaba, desde el PCI se organizaban estos eventos lúdico-festivos que eran muy populares.

En los años sesenta, con el aumento del turismo interno en Italia, debido a la subida de los sueldos y la extensión de las vacaciones pagadas, se decidió organizar un nuevo tipo de festival aprovechando este potencial. Así, en 1966 nació el primer *Festival nazionale dell'Unità-vacanze* siguiendo el nombre de la asociación que habían creado para promover un turismo comunista. En esta nueva tipología de fiesta la parte política quedaba de fondo. El único mitin, si es que así se puede llamar, era el saludo inicial a los participantes por parte del director del periódico. Este evento ocupó durante ocho días 30.000 m² en temporada alta en Rimini, la ciudad considerada como la capital del turismo de Emilia-Romaña. La mayoría de los espectáculos eran gratuitos a excepción de un par de conciertos con un precio de 300 liras (3,61 euros) y contó gran cantidad de actividades infantiles. El cierre de este primer festival lo llevó a cabo el cantante soviético Vladimir Semënovič^[27]. La crónica una vez finalizado habla de espectáculos en los que hubo hasta 20.000 asistentes y

al menos 10.000 personas se quedaron fuera, así como venta de toneladas de comida en los puestos^[28]. Esta nueva celebración se realizó dos años seguidos en Rimini, dejando un balance contradictorio. Riziero Santi señala que «fue una experiencia contradictoria, en cierto modo emocionante, el orgullo de una cita nacional en Rimini, el trabajo junto a muchos otros camaradas, en otros aspectos decepcionante, sobre todo por el resultado económico»^[29].

Acercándonos a los años del movimiento y del largo 68 italiano, lo anticolonial empezó a ganar un énfasis mucho mayor sobre todo con el caso de Vietnam. Pero no solo el antimperialismo se volvió un tema central. Otras cuestiones que también ganaron peso fueron la de la juventud o el movimiento por la liberación de la mujer. Las referencias a la resistencia en Vietnam fueron constantes. Por ejemplo, en la fiesta de Génova de 1965 se construyó una figura de 13 metros de un «patriota vietnamita»^[30], la manifestación por Vietnam abrió la fiesta nacional de 1966^[31] y, en las de Bolonia de 1968 y Livorno de 1969, la figura de Ho Chi Minh, «Tío Ho», tuvo un lugar central. A principios de los setenta esta tendencia se reafirmó con la solidaridad con Grecia, España, América Latina y Portugal, aunque este último en menor medida.

La fisonomía de la fiesta, los voluntarios y su público empezaron a cambiar. Los llamados «melenudos» eran vistos de forma habitual en las fiestas, ya fuera en las marchas iniciales, los puestos o simplemente entre los visitantes, visibilizando una ruptura estética entre estos y las generaciones

26.- Claudio Villa, *Una vita stupenda*, Milán, Mondadori, 1987, p. 160.

27.- «A Rimini il primo Festival nazionale dell'Unità-vacanze», *l'Unità*, 10 de julio de 1966.

28.- «Decine di migliaia a Rimini attorno all' «Unità-vacanze»», *l'Unità*, 9 de agosto de 1966.

29.- P. Zaghini, *Popolo in festa*, p. 22.

30.- «Ultimi ritocchi a Genova alla «città del festival»», *l'Unità*, 7 de septiembre de 1965.

31.- Carlo de Maria, *Partecipare la democrazia. Storia del PCI in Emilia-Romagna*, Boloña, Edizioni Pendragon, p. 97.

anteriores. Además, los jóvenes comenzaron a tener un rol más importante en la propia organización de la fiesta yendo más allá del clásico espacio para la juventud. Volviendo a la fiesta de Bolonia de 1968, se les encargó la sección de cine y la elaboración de una exposición sobre la lucha estudiantil^[32].

La que el PCI consideró como «la cuestión femenina» ganó también cada vez más peso. En este sentido, en 1961 Nilde Iotti organizó como corteo inicial de la fiesta una gran marcha de mujeres contra el colonialismo a la que acudieron delegaciones de África, Asia y América Latina, mostrando así la presencia internacional del partido italiano. Sin duda uno de los acontecimientos más importantes en este sentido fue la fiesta nacional de Milán de 1967, donde con la presencia de la cosmonauta Valentina Tereshkova se juntaron dos temas ya clásicos en las fiestas; los avances científicos y técnicos de la URSS con la cuestión de los avances en los derechos de las mujeres. Su presencia servía para mostrar el modelo de modernidad y emancipación que se daba en la URSS, a diferencia de la situación en EEUU^[33].

En este contexto de los movimientos de protesta y transformación social que marcaron Italia en los años sesenta, la música desempeñó un papel fundamental como vehículo de expresión política, social y cultural. Las fiestas de *l'Unità* en toda su escala se convirtieron en escenarios donde convergían distintas tradiciones musicales, desde los cantos de resistencia y las canciones antimilitaristas hasta la música ligera y el *liscio*, tipo de baile típico de la zona de Romaña. Esta coexistencia evidencia cómo el

compromiso ideológico se articulaba con el entretenimiento, logrando atraer a un público amplio y mayoritariamente joven. La participación de artistas comprometidos, como Ivan Della Mea o el coro de las Monidine, junto a exponentes de la música popular como Caterina Caselli o Gianni Morandi, dan muestra de cómo las fiestas se convirtieron en un espacio de contrastes entre tradición y vanguardia política. Esto llevó a que se configurasen como unos espacios con una identidad musical heterogénea en la que confluían rebeldía, canción popular y música comercial; un fiel reflejo de la situación de Italia a finales de los sesenta.

Crecimiento e innovación en la década de los setenta

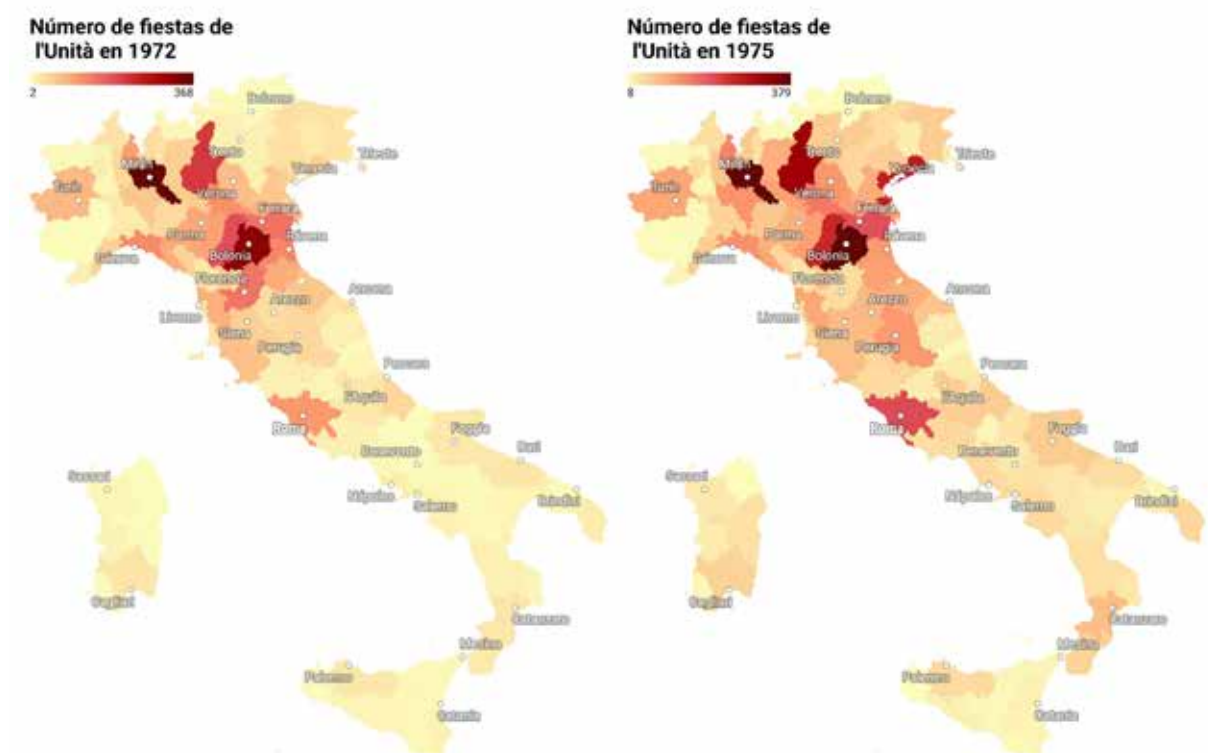
Sin duda alguna, los años setenta fueron en los que se produjo un mayor crecimiento de la fiesta, no solo en calidad sino también en cantidad. Además, fueron los años en los que aparecieron nuevas tipologías de fiestas. También fue el momento en el que pasaron a durar dos semanas. Esto podría haberse debido a una forma de amortizar la inversión realizada en la construcción, que fue mayor que en años anteriores.

Los números hablan por sí solos: en 1972 se realizaron 4.731 fiestas, en 1973 5.782, 6.663 en 1974 y en 1975 7.396. Esto supone en 4 años un crecimiento de un 56,33 %. Las regiones donde más fiestas se realizaron fueron Lombardía con casi 1.500, Emilia Romagna, donde se organizaron 1.424, y luego la Toscana con 890. Pero, donde se produjo un mayor crecimiento porcentual en esta horquilla, fue en el sur, donde hubo un aumento de casi un 66 %, y en provincias como Benevento, con un crecimiento del 1400 % (en 1972 solo se habían organizado dos y pasaron a 30 en 1975)^[34]. Este

32.- «Operaie e studentesse discutono il loro impegno per l'avanzata del socialismo», *l'Unità*, 15 de septiembre de 1968.

33.- «Un'immensa folla al Festival dell'Unità», *l'Unità*, 11 de septiembre de 1967.

34.- A. Tonelli, *Falce e tortello*, p. 105-109.



Número de fiestas de l'Unità en 1972 y 1975 por provincias (Elaboración propia a partir de: Anna Tonelli, *Falce e tortello*, p. 105-109).

gran aumento en el sur vino de la mano de un afianzamiento de la organización en el *Mezzogiorno* que se notó también en las elecciones locales, regionales y nacionales. Por ejemplo, en las elecciones locales de 1975 en Nápoles el PCI ganó 60.000 votos y subió un 6 % con respecto a las de 1970, conquistando así, por primera vez, las elecciones en la ciudad más importante del sur y haciéndose con la alcaldía.

Pero, sin duda, uno de los datos que muestran la capacidad y el tesón organizativo del partido es la extensión de las fiestas a territorios fuera de suelo europeo. En 1966 el PCI había creado las federaciones en el exterior y estas empezaron a organizar sus propias fiestas para los inmigrantes italianos. La emigración italiana tras la Segunda Guerra Mundial fue abundante. Entre el 1946 y 1970 abandonaron el país en torno a 6,2 millones de personas, la mayoría de ellas de clase trabajadora. De esta

cifra, 1,8 millones lo hicieron a países extraeuropeos^[35]. En 1972 se organizaron entre Suiza, Alemania, Bélgica y Luxemburgo 15 fiestas, mientras que en 1975 la cifra ascendió a 137 y hay que sumar a la lista de países Reino Unido, Países Bajos y Australia^[36]. En muchas ocasiones estas fiestas fueron realizadas en colaboración con inmigrantes comunistas de otros países, como el caso de la Fiesta de la *Stampa Antifascista* que se realizó en Uster en colaboración con el Partido Comunista de España (PCE)^[37]. Estas fiestas servían para organizar a una emigración que en muchos casos estaba discriminada y sus condiciones de vida no eran las mejores, tenían derechos limitados y la amenaza de ser deportados.

35.- Francesca Fauri, *Storia economica delle migrazioni italiane*, Bologna, Il Mulino, 2015, p. 122.

36.- A. Tonelli, *Falce e tortello*, p. 105-109.

37.- «Successo all'estero delle feste dell'«Unità»», *l'Unità*, 6 de julio de 1973.

En el caso de Suiza, principal destino de la emigración italiana, había parques públicos en cuya entrada podía leerse «prohibida la entrada de perros y de italianos»^[38]. La realización de estas fiestas en el exterior tenía más mérito al hacerse, en muchos casos, en países con un gran sentimiento anticomunista y donde no existían partidos hermanos fuertes que apoyaran esta labor.

Además, entre las nuevas tipologías encontramos los festivales de las mujeres, los de la juventud y las dos mayores innovaciones: la *Festa sull mare* (fiesta sobre el mar) y, a finales de la década, la *Festa sulla neve* (Fiesta sobre la nieve). La *Festa sull mare* era organizada a través de *l'Unità-vacanze* y tenía lugar sobre el crucero soviético «Ivan Franko». El recorrido del 72, la tercera edición, partió de Génova y llegaba hasta Odesa pasando por Estambul, una vez en Odesa los pasajeros se embarcaron en un avión que los llevó hasta Moscú y finalmente se volvía a Italia. Durante el trayecto se ofrecían conciertos, espectáculos y cine, así como conferencias históricas sobre las ciudades a visitar; además, ese año, teniendo en cuenta la situación en Italia, se organizó una conferencia sobre la postura del PCI sobre el terrorismo^[39]. El coste del billete del crucero, 160.000 liras, más o menos el salario medio mensual de un trabajador^[40], sumado al éxito de esta fiesta, que duró hasta finales de los ochenta, da buena muestra del aumento de la base social del partido hacía las capas «medias» de la población. Que esta fiesta era menos accesible queda patente en el hecho de que en los ochenta el segundo premio del sorteo anual

para los suscriptores del periódico, por detrás de un coche y por delante de un viaje todo pagado a París para la Fiesta del PCF, fueran dos pasajes^[41].

El primer ejemplo de lo que Anna Tonelli denomina el gigantismo del PCI se dio con la fiesta de Roma de 1972, la primera bajo la secretaría de Berlinguer. La fiesta tuvo unas dimensiones nunca antes vistas y contó con innovaciones como un estudio de televisión propio. Este se colocó en el palacio de los deportes de Roma y retransmitía a 40 monitores que estaban colocados a lo largo y ancho de la fiesta. En ellos se veían los horarios, debates, noticiarios de la fiesta, etc.^[42] Se buscó que la fiesta fuera una carta de presentación de un partido que se estaba preparando para ser una fuerza de gobierno, pero sin perder de vista la función de financiar el partido y el periódico. Asimismo, esta fue la primera fiesta en la que no había ningún evento o acto que fuera solo para afilados^[43].

La experiencia romana demostró que las nuevas fiestas nacionales requerían de grandes ciudades para poder llevarse a cabo. Por ello, en la dirección se plantearon que en 1973 la fiesta debía ser en Milán o en Venecia^[44]. Finalmente, no decidieron entre una u otra, sino que en 1973 se llevaron a cabo dos fiestas nacionales. Una en Venecia para abrir el mes de la prensa comunista y otra en Milán en el área del castillo. La primera de ellas tiene especial interés porque por primera vez no era una fiesta que se llevaba a cabo en una «ciudad de la fiesta», sino que ocupó toda la ciudad

38.- Mark Mazower, *La Europa Negra*, Valencia, Barlin Libros, 2017, p. 372.

39.- Partido Comunista Italiano, «Nota della riunione del 26 giugno sull festival dell'Unità sul mare (24 settembre al 2 ottobre)», 1972, Archivi PCI (APCI), I parte, 051 313.

40.- *Sommario di Statistiche storiche dell'Italia 1861-1975*, Roma, ISTAT, 1976, pp. 112-148.

41.- «L'elenco dei nostri premi», *l'Unità*, 8 de julio de 1981.

42.- «TV festival col pubblico sui grandi temi del paese», *l'Unità*, 24 de septiembre de 1972.

43.- Stephen Gundle, *Between Hollywood and Moscow: The Italian Communists and the Challenge of Mass Culture, 1943-1991*, Durham, Duke Press University, 2000, p. 144.

44.- Partido Comunista Italiano, «Nota per la festa nazionale dell'Unità, 1973», 1972, APCI, 051 431.



Actuación musical en la Fiesta del l'Unità de Melbourne, Australia, 1979 (Fundación Gramsci).

de forma innovadora en una nueva dimensión político cultural^[45]. Esta nueva dimensión de las fiestas conllevaba, asimismo, un aumento del número de voluntarios que hacían falta. En el caso de Bolonia, cada día había unos 12.000 voluntarios o en Nápoles 15.000. Además, figuras que hasta el momento no habían sido necesarias aparecieron, como en el caso de Módena, donde para su realización se contó con un equipo de 25 ingenieros y arquitectos^[46]. Y otras dimensiones como la seguridad, debido a la situación con el terrorismo, se reforza-

ron. En la fiesta provincial de Reggio Emilia durante un mes 2.000 voluntarios hicieron turnos para repartirse unas 24.000 horas de vigilancia no retribuida^[47]. A nivel más pequeño las cifras de voluntarios diarios variaban mucho. En las fiestas de Crema, federación de tamaño medio, trabajaban a diario unas 50-70 personas^[48].

En octubre de 1971 se había realizado el *Festival meridionale dell'Unità*^[49] que había sido la primera gran celebración del partido en el sur. Pero la primera y última vez

45.- Giorgio Napolitano, «Per la cultura, per Venezia», *Almanacco Pci '74*, Roma, Sezione centrale di Stampa e Propaganda del Centro grafico del PCI, 1974, p. 112.

46.- A. Tonelli, *Falce e tortello*, pp. 115 y 122.

47.- Alessandro Carri, *La prima festa dell'Unità' al Campovolo*, Montecchio Emilia, L'Olmo, 2001.

48.- M. Dossena, *Una storia nella storia*, p. 108.

49.- «A Palermo il Festival meridionale dell'Unità», *l'Unità*, 26 de septiembre de 1971.

que se organizó el festival nacional en el sur fue en 1976 en Nápoles, un año después de que los comunistas ganaran la ciudad. Para su organización se trabajó en un área de 30.000 m² en la que se llevaron a cabo labores de transformación urbana que permanecen hasta día de hoy en la ciudad. Finalmente, se erigió una ciudad jardín de 50 hectáreas que funcionaba no solo para el PCI, sino para toda la ciudad. Para llevar a cabo esta labor fueron necesarios 15.000 m² de contrachapado, 80.000 metros de tablones de madera, 4500 m² de cartón madera, 6.000 kg de pintura, 40.000 metros de hilo y cable eléctrico, 45.000 metros de tubos y 500 focos; pero, sobre todo, la labor de 15.000 voluntarios^[50]. Uno de los temas centrales de esta fiesta fue la solidaridad con Chile, que tanto impacto tuvo en la política del PCI, y entre los invitados se encontraban Hortensia Allende, mujer de Salvador Allende, y Viviana Corvalán, hija del secretario del Partido Comunista Chileno. Además, aunque no directamente en esta fiesta, la solidaridad con España se convirtió en algo habitual en las diversas fiestas, no solo en las nacionales, ya que una España libre y democrática con un peso grande del PCE era parte de la estrategia eurocomunista del PCI. En este sentido, la presencia de camaradas españoles fue muy habitual. Por ejemplo, una pequeña gira que hizo María Teresa Hoyos, mujer del preso político Horacio Fernández Inguanzo, por varias fiestas locales y provinciales^[51].

A finales de la década el partido decidió hacer una extensión invernal, naciendo así la *Festa dell'Unità sulla neve*, en la que el punto central eran las actividades deportivas^[52]. La primera edición tuvo lugar en el



Cartel de la primera fiesta de *l'Unità sulla neve* (Catalogo Collettivo degli archivi di montagna).

Altiplano de Folgaria, Trentino, del 11 al 21 de enero de 1979. La proyección inicial era de unas 5.000 personas al día con picos de 15.000 los fines de semana^[53] y, finalmente, se calcula que 100.000 personas participaron en total. Para muchas de ellas fue la primera vez que pisaban la nieve^[54]. Los precios eran de entre 8 y 10 mil liras la pensión completa por día (35 euros) y 700 liras (2,46 euros) las lecciones de esquí, cuando normalmente tenían un coste de 6.000^[55]. Precios que conseguían el objetivo inicial de la organización del evento: democratizar un deporte que hasta el momento se consideraba de la élite^[56].

50.- «Perché a Napoli quest'anno la grande festa dell'Unità», *l'Unità*, 23 de agosto de 1976.

51.- «Le feste dell'Unità», *l'Unità*, 18 de julio de 1972.

52.- «Perché è nata «la Festa dell'Unità sulla neve»», *l'Unità*, 24 de noviembre de 1978.

53.- «Per 10 giorni a Folgaria Festa dell'Unità sulla neve», *l'Unità*, 6 de enero de 1979.

54.- «Centomila in 10 giorni alla festa di Folgaria», *l'Unità*, 22 de enero de 1979.

55.- *Ibidem*.

56.- «Perché è nata «la Festa dell'Unità sulla neve»», *l'U-*

A lo largo de la década de 1970, la programación musical de las Fiestas de *l'Unità* experimentó una transformación significativa, incorporando artistas de diversos géneros más allá de la tradicional canción política y popular. Este cambio respondió a la necesidad de atraer a un público más amplio, especialmente jóvenes, mediante la participación de músicos que, aunque no siempre alineados con la ideología del PCI, garantizaban una mayor afluencia de asistentes. Figuras como Lucio Dalla, Francesco Guccini y la Premiata Forneria Marconi compartieron escenario con exponentes de la canción de protesta, consolidando un modelo en el que la música popular y el compromiso político coexistían. Además, figuras como Dalla no solo actuaban en los grandes festivales nacionales, sino que también lo hicieron en fiestas provinciales.

Sin embargo, esta integración no estuvo exenta de tensiones. Mientras algunos sectores del PCI defendían la necesidad de mantener una oferta cultural alineada con valores ideológicos, otros apostaban por una mayor apertura al mercado y a las tendencias contemporáneas. La contradicción entre la dimensión política y la mercantilización de la música se hizo evidente en la organización de eventos con artistas de fama internacional, como la gira de Patti Smith en 1979 o el costoso concierto de Santana en Módena^[57]. Además, las disputas entre la música de consumo y la llamada «canción de calidad» reflejaban una lucha interna dentro del partido, donde coexistían posturas conservadoras y modernizadoras. Asimismo el debate se extendió hacia figuras del rock & roll por su estilo de vida y su relación con comportamientos sociales que se salían de la moral del co-

munismo italiano^[58]. En este contexto, las fiestas no solo funcionaron como espacios de celebración y militancia, sino también como un laboratorio de debate sobre el papel de la música en la sociedad y su relación con las estructuras políticas y económicas.

Los años ochenta

Tras el fracaso de la propuesta del «compromiso histórico» el partido entro en un momento de reflujo y de crisis de identidad que tendría como momento puntual de respiro la victoria del PCI en las elecciones europeas de 1984. Sin embargo, este declive electoral y organizativo no tuvo un gran impacto en las fiestas del partido. Anna Tonelli calcula que en los años ochenta se hacían de media unas 8.000 fiestas anuales^[59], aunque puede que la cifra estuviera un poco inflada.

En estos años se organizaron seminarios sobre cómo llevar a cabo las fiestas. Con ellos se produjo una mutación en la escenografía, la imagen, en el tipo de mensajes que se buscaban lanzar, etc. En este sentido, Vittorio Campione señalaba que:

«Las fiestas son modernas (y no a la moda) porque ayudan a abordar los grandes temas de la política de una manera 'cercana' y correspondiente a las necesidades, aspiraciones y voluntades de las grandes masas. Son modernas porque están cerca de la vida cotidiana, de la manera en que, de forma concreta y diaria, la gente aborda los problemas de la gente. Son modernas porque, en ellas, la imagen de la política no es una técnica de mando, sino la expresión de una pasión racional por el cambio. Ha habido quienes han advertido sobre el riesgo de una pérdida de identidad: en las imágenes, en la liturgia, en el mensaje. Pero también aquí hay que ser

nità, 24 de noviembre de 1978.

57.- «Al Festival anche per stare insieme», *l'Unità*, 10 de septiembre de 1977.

58.- S. Gundle, *Between Hollywood and Moscow*, p. 156.

59.- A. Tonelli, *Falce e tortello*, p. 143.

precisos: la identidad de las fiestas se mide en otros aspectos y no en la coreografía. La demonización del mercado y la nostalgia no son aceptables porque, en realidad, son expresión de una falta de comprensión del desarrollo del trabajo del partido en estos años»^[60].

Se incorporaron nuevos espacios para la celebración del evento, incluyendo áreas hasta entonces inexploradas, como los aeródromos, así como nuevos tipos de estructuras que dejaban atrás el que hasta el momento había sido uno de los símbolos constructivos de las fiestas, los tubos de acero. Además, lo tecnológico se perfeccionó y en la fiesta de Reggio Emilia de 1983 se creó un canal de televisión no ya para el interior de la fiesta, sino que podía verse en toda Emilia Romana^[61]. Todos estos cambios llevaron a que se afanzara el perfil de nuevas figuras en las fiestas: arquitectos, fotógrafos, camarógrafos, artistas, publicistas, grafistas, trabajadores de la información y técnicos.

La afluencia de público siguió siendo masiva: en Roma, en 1984, más de tres millones de personas asistieron a la festividad, mientras que la librería del evento alcanzó una recaudación impresionante de 685 millones de liras (equivalentes a 1,2 millones de euros)^[62]; y en 1983, en el que fue el último mitin de Berlinguer en una Fiesta, la crónica de *l'Unità* habló de en torno a un millón de asistentes, aunque otras fuentes rebajaban la cifra a 700.000^[63].

En los debates, charlas, exposiciones, etc., aparecieron nuevos temas como las nuevas tecnologías en las fábricas, la ciudad humana, la movilidad urbana, la vivienda, el problema de la droga en los barrios, la sexualidad o el medio ambiente, entre otros. El PCI buscaba entrar en los temas de actualidad «ultra-modernos»^[64]. Estos temas no eran algo exclusivo de la fiesta, sino que empezaban a ser habituales en la cartelería y en las escuelas de formación del partido. En 1982, para tratar nuevas cuestiones, nació un nuevo tipo de fiestas centradas en temáticas concretas. Estas eran un punto medio entre las fiestas clásicas y los seminarios. La primera tuvo lugar en Ravena del 18 de agosto al 12 de septiembre sobre defensa del medio ambiente y los bienes culturales y contó con la actuación de Dé André^[65]. Al día siguiente comenzó otra en Reggio Emilia sobre la educación^[66]. Los temas eran variados: en Mantua sobre cultura y tecnología, en Trieste ciencia o en Lanciano sobre la agricultura. En este sentido, Elvira Carteni señalaba en el seminario nacional sobre fiestas de 1983 que:

«La elección de temas responde a la necesidad de profundización político-culturales del partido, también porque son sentidos en la sociedad y porque son elementos de transformación e de novedad que necesitamos saber comprender para poder ser protagonistas»^[67].

60.- Vittorio Campione, «Seminario nazionale del PCI sulle Feste de l'Unità», 13-14 diciembre 1984, APCI, Sezione di Lavoro-Commissione Stampa e propaganda, 563, 1816-1840.

61.- «Che la festa continui, spettacolo non-stop nel tempio elettronico» *L'Unità*, 14 de septiembre de 1983.

62.- «Si chiude confermando l'immagine di un grande partito di governo», *l'Unità*, 18 de septiembre de 1984.

63.- C. de Maria, *Partecipare la democrazia*, p. 94.

64.- «Perchè questa festa è diversa da ogni altra», *l'Unità*, 4 de septiembre de 1981.

65.- «'Festa' grande a Ravenna città d'arte e di cultura», *l'Unità*, 28 de agosto de 1982.

66.- «E a Reggio E. parte la festa sulla scuola», *l'Unità*, 28 de agosto de 1982.

67.- Elvira Carteni, «Seminario nazionale sulle feste dell'Unità», 15-16 diciembre 1983, Archivio Storico PCI Ferrarese, Sezione «Feste de l'Unità», 8.1, 38.

Siguiendo la estela y el éxito de la fiesta en la nieve y como evolución de la Fiesta-vacaciones que había nacido en los sesenta, se creó la *Festa al mare* (Fiesta en el mar), que no debe confundirse con la *Festa sull mare*. En esta las actividades deportivas acuáticas tenían un peso central, por ejemplo, en 1986 se ofrecieron clases de vela, windsurf, natación, buceo o pesca entre otros^[68].

En esta década vemos una tendencia a dejar de hacer fiestas más pequeñas y concentrar los esfuerzos en realizar fiestas provinciales más grandes. En un informe interno de la federación de Crema se hablaba de cómo a finales de los ochenta la fiesta se convirtió en el evento más grande anual de la zona^[69]. Se puede considerar que las fiestas, sobre todo en lo local y lo provincial, se «emanciparon» del partido para convertirse en algo de la comunidad.

Durante la década de 1980, la programación musical dejaba ver una tensión constante entre tradición e innovación. Si bien el *liscio* continuaba siendo un elemento central de las festividades, especialmente en ciudades como Reggio Emilia, donde predominaban las orquestas tradicionales, emergió una demanda creciente por géneros más contemporáneos, como el rock, la música disco y el *new wave*. Este fenómeno respondió a la transformación de los gustos juveniles y a la diversificación del público asistente. En algunas ediciones, se optó por una solución intermedia, alternando noches de música tradicional con espectáculos de artistas internacionales o estableciendo espacios diferenciados, como ocurrió en Bolonia en 1987^[70].

Sin embargo, esta apertura hacia nue-

vas tendencias musicales no estuvo exenta de contradicciones. Mientras que las fiestas buscaban desmarcarse de la lógica del consumo masivo, en la práctica no podían ignorar el atractivo de las figuras más populares del momento. Ejemplo de ello fue el intento de organizar un concierto de Madonna en Bolonia, que finalmente no se concretó por las exigencias logísticas de la artista^[71]. Al mismo tiempo, eventos como el concierto de The Clash en Roma en 1984 y las maratones de rock en Génova o el concierto de Bob Dylan en Módena en 1987 evidenciaron el esfuerzo por atraer a un público más amplio sin renunciar por completo a una identidad cultural propia. Así, las Fiestas de l'Unità se convirtieron en un espacio que oscilaba entre identidad política, evolución musical y las exigencias de un mercado cultural en transformación.

En 1989 se inició el proceso conocido como la *svolta de la bolognina* por la cual el nuevo secretario general del partido, Achille Occhetto, quería enterrar la identidad comunista del partido y transformarlo en un partido socialdemócrata alineado con la Internacional Socialista, dejando atrás la hoz y el martillo, así como las siglas. Esta crisis de identidad que el partido arrastraba desde finales de los años setenta se dejó ver en las últimas fiestas que organizó. En 1988 la cita se dio en Florencia con un festival que duró del 25 de agosto hasta el 18 de octubre con el lema «*Costruiamo insieme una nuova forza del PCI*»^[72] y con la revolución francesa como tema central al acercarse su bicentenario^[73]. Siguiendo lo que ya se ha señalado de los nuevos tipos de trabajadores, en la organización de este evento participaron más de 1.500 operadores turísticos. Para gestionar el alojamiento de

68.- «Festa Nazionale al Rio Marina 13-22 giugno 1986», *l'Unità*, 11 de junio de 1986.

69.- M. Dossena, *Una storia nella storia*. p. 106.

70.- «E se Paoli, Zuccherò e Dalla battessero Madonna e Dylan?», *l'Unità*, 1 de septiembre de 1987.

71.- *Ibidem*.

72.- «Il programma», *l'Unità*, 20 de agosto de 1988.

73.- L. Giannini, «*Siamo Tutti volontari*», p. 22.

los visitantes se dispusieron 500 albergues y 5.000 puestos de camping^[74]. Además, la organización de actividades ya no se quedaba solo en los límites de la fiesta, sino que se organizaban visitas guiadas por la ciudad, así como actividades de montaña y excursiones al mar^[75].

Por otra parte, se mantenían los avances tecnológicos que ya se habían introducido años antes, como la retransmisión de la fiesta a través de la televisión, en este caso con una cobertura de 24 horas. Cabe destacar que este festival se dio en pleno proceso de la *Perestroika* y esto llevó a que se pudiera escuchar al embajador soviético en Roma alabando a figuras como Alexander Dubček^[76], lo que además era muy significativo teniendo en cuenta que el PCI había sido especialmente cercano a la primavera de Praga. En esta fiesta se dio otro ejemplo de transformación del espacio ocupado, pues el partido se comprometió a transformar el espacio utilizado para la fiesta en un gran parque metropolitano, para lo cual se vendieron cupones para financiar esta labor^[77]. Lo que fue curioso fue el silencio, en las crónicas, sobre el número de asistentes al mitin central de Occhetto, cuando esto solía ser uno de los titulares en *l'Unità* al día siguiente.

La última fiesta nacional organizada por el PCI antes de su autodisolución en el congreso de Rimini en 1991 fue en Modena en septiembre de 1990. Esta se celebró en medio de un proceso de tensión interna entre quienes querían mantener la identidad del partido y los que, como Occhetto, querían el cambio. Esta tensión existente puede

verse en que uno de los titulares de los días del festival se centraba en el abrazo entre Occhetto y Tortorella, presidente del partido y contrario a la disolución^[78]. La cuestión de la construcción de una nueva forma política fue un eje central en esta fiesta y se puede ver en las conferencias «Crisis de la multitud parlamentaria y nuevas formas organizativas», «La construcción de una nueva formación política, identidad y pensamiento liberal-democrático y reforma de la política en Italia» o «el programa fundamental de una nueva formación política», entre muchas otras^[79]. A esto hay que sumarle el inicio de la desintegración, el año antes, del bloque socialista y la caída del Muro de Berlín, así como las tensiones que se estaban viviendo en el Golfo Pérsico, lo que llevó a una presencia muy baja de cuestiones internacionales, que, sobre todo, se centraron en el caso de la ciudad de Berlín.

Las fiestas mantuvieron su éxito hasta los últimos días del partido. En 1986, cuando el partido estaba plenamente inmerso en una crisis política y de identidad que se había agravado con la muerte de Berlinguer, los festivales comunistas aún atraían a más de 15 millones de personas. Más de uno de cada cuatro habitantes de Italia había ido a una fiesta comunista ese año. Más destacable es la cifra si la comparamos con los seis millones de las fiestas democristianas o los cuatro millones de las fiestas de los socialistas. Los ingresos brutos ese año fueron de entre 300 y 350 miles de millones de liras (entre 430 y 500 millones de euros)^[80]. Incluso en la última fiesta las crónicas hablan de un total de cuatro millones y medio de visitantes en total y de una entrada de

74.- «Vivi la festa, scopri Firenze», *l'Unità*, 20 de agosto de 1988.

75.- *Ibidem*.

76.- Adriano Guerra, «Le vie nazionali alla perestrojka», *Rinascita*, 36 (1987), p. 22.

77.- «La Festa se ne va e lascia un grande parco», *l'Unità*, 19 de agosto de 1988.

78.- «La manifestazione alla festa di Modena, le accuse al governo, l'abbraccio con Tortorella», *l'Unità*, 23 de septiembre de 1990.

79.- «Programma», *l'Unità*, 25 de agosto de 1990.

80.- Giorgio Fabre, «Prima che la festa cominci», *Rinascita*, 7 (1987), p. 11.

18 miles de millones de liras (20,8 millones de euros)^[81]. Es difícil saber a nivel nacional cuánto dinero neto le quedaba al partido, pero si miramos, por ejemplo, el caso de la federación de Crema, en el período 1985-1990 tenía unos beneficios de en torno al 20 % del dinero que entraba en la caja de la fiesta^[82].

Conclusiones

Las Fiestas de l'Unità representaron un fenómeno singular en la historia política-cultural italiana y europea del siglo XX. Desde su fundación en 1945, estos eventos se consolidaron como un espacio de interacción entre militancia política, cultura popular y estrategias de financiación de la organización. Su evolución a lo largo de las décadas refleja tanto los cambios internos en el PCI como la transformación social y cultural de Italia y del mundo en su conjunto.

Uno de los principales impactos de estas festividades fue su contribución a la extensión territorial del partido. En un contexto donde la política tradicional se ejercía en gran medida a través de estructuras formales como las secciones locales y las células de fábrica, las fiestas permitieron la consolidación y visibilización de una presencia comunista en el tejido social italiano, incluyendo áreas donde el PCI tenía una representación electoral débil. La capacidad organizativa demostrada en la planificación y ejecución de estas celebraciones facilitó la proyección del partido como una entidad eficiente y con capacidad de gestión, lo que le permitió ganar legitimidad más allá de sus bases tradicionales. Aunque en este artículo no se ha podido analizar, sería inte-

resante de cara al futuro cruzar datos para ver si la organización de fiestas llevaba a que en esas zonas hubiera más votos en las siguientes elecciones.

El crecimiento exponencial de las Fiestas de l'Unità durante los años setenta es un reflejo del apogeo del PCI y de su intento por modernizarse y adaptarse a una sociedad en constante transformación. Con más 40.000 celebraciones en menos de una década, las fiestas no solo sirvieron para recaudar fondos, sino también para consolidar el arraigo del partido a nivel local. Al adaptar su calendario y su estructura a festividades tradicionales, las fiestas no solo se convirtieron en un sustituto laico de las festividades religiosas, sino que también promovieron una identidad cultural alternativa.

La dimensión cultural de las Fiestas de l'Unità también evolucionó significativamente a lo largo del tiempo. Inicialmente centradas en una visión más tradicional del folclore popular y la música militante, durante los años sesenta y setenta incorporaron progresivamente nuevas formas de expresión artística, incluyendo la música pop y el rock, el teatro experimental y el cine de autor. Esto reflejó tanto la apertura del PCI a nuevas sensibilidades, culturales como la necesidad de atraer a generaciones más jóvenes. Sin embargo, esta apertura no estuvo exenta de conflictos y tensiones dentro del partido, especialmente en relación con la dicotomía entre cultura popular y cultura de masas, y la contradicción entre los valores comunistas y las dinámicas del mercado cultural.

A lo largo de los años ochenta, las fiestas continuaron adaptándose a nuevas realidades sociales y tecnológicas. La inclusión de debates sobre temas como la ecología, los derechos de las mujeres o la movilidad urbana evidenció el esfuerzo del PCI por mantenerse relevante en un contexto de cambio acelerado. Al mismo tiempo, la

81.- «Sipario sulla città della Festa «Lanciato un messaggio d'unità»», *l'Unità*, 24 de septiembre de 1990.

82.- M. Dossena, *Una storia nella storia*. p. 106.

creciente sofisticación en la organización de los eventos, con la incorporación de innovaciones tecnológicas y nuevos formatos de entretenimiento, consolidó la imagen de las Fiestas de *l'Unità* como un evento de vanguardia dentro del panorama cultural. Sin embargo, esta evolución también puso de manifiesto una contradicción clave: aunque el PCI se presentaba como un partido de masas con una visión anticapitalista, en la práctica operaba cada vez más como una empresa en la gestión de estos eventos. La necesidad de rentabilidad llevó a una profesionalización de las fiestas, en las que la logística, la venta de entradas para conciertos o la contratación de artistas se asemejaban al funcionamiento de un gran promotor de eventos.

Esta dinámica se hizo aún más evidente con la incorporación de artistas de renombre internacional, como la gira de Patti Smith organizada en 1979 o el concierto de The Clash en el 84 o el de Bob Dylan en el 87, que dejaban ver como el PCI se había convertido en un actor relevante en la industria del espectáculo. Aunque estas iniciativas contribuyeron a modernizar la imagen del partido y atraer a un público más amplio, también generaron críticas internas sobre la coherencia ideológica de financiarse a través de estrategias propias del mercado del entretenimiento. En este sentido, las fiestas se convirtieron en un

reflejo de las tensiones entre la identidad política del PCI y las necesidades prácticas de mantener su estructura y relevancia en un contexto de transformación económica y social.

Sin embargo, el éxito y la magnitud de las fiestas no fueron suficientes para frenar el declive del PCI en la última década de su existencia. A pesar de atraer a millones de asistentes y generar importantes ingresos, la crisis de identidad del partido se hizo cada vez más evidente en la organización de las fiestas, donde la presencia de grandes figuras internacionales contrastaba con la pérdida de un discurso político cohesionado. En este sentido, las fiestas fueron testigos de la transición del comunismo italiano hacia nuevas formas de organización política y social, marcando el final de una era en la que la militancia y la sociabilidad popular iban de la mano.

Las Fiestas de *l'Unità* constituyeron una experiencia única en la intersección entre política, cultura y sociedad. Su éxito radicó en su capacidad para combinar movilización política con entretenimiento, en un equilibrio que permitió al PCI ampliar su base social y consolidar su influencia territorial. No obstante, la progresiva mercantilización de estos eventos y los cambios en el panorama político italiano acabaron por erosionar su papel como herramienta de cohesión militante.

Lenin y *Kairós*

Lenin & Kairós

Roland Anrup

Mid Sweden University

Resumen

El propósito de la investigación es examinar los escritos de Lenin y mostrar cómo su discurso en la práctica dio forma a un concepto de coyuntura que significó una revolución teórica. En la interpretación de Lenin de las cambiantes coyunturas de las revoluciones rusas de 1917 el *cronos* se convierte en *kairós*, el principio de contingencia y oportunidad. Su análisis concreto sigue los desplazamientos de las fuerzas sociales y políticas en el proceso revolucionario. Es la situación particular la razón y la tarea para él. Es la coyuntura la que le presenta la cuestión específica que debe ser resuelta.

Palabras clave: Lenin, marxismo, teleología, coyuntura, *kairós*.

Abstract

Lenin's interpretation of the conjunctures of the Russian revolutions 1917 exemplifies the concept of Kairós, the principle of contingency and opportunity. He follows the shifts of social and political forces in the revolutionary process by means of an analysis which generates an ability to discern and distinguish the conjunctures that succeeded each other. Lenin aims to differentiate phases that develop unevenly and do not follow a linear progression. This article addresses those aspects of his discourse which led to a break with the teleological ideas of the social democratic movement and in practical form shaped a concept of conjuncture.

Keywords: Lenin, Marxism, teleology, conjuncture, Kairos.

«Kairós, es decir, el momento breve y decisivo que marca un giro en la vida de los seres humanos o en el desarrollo del universo. Este concepto se ilustró con la figura vulgarmente conocida como Oportunidad [...] un hombre (originalmente desnudo) en movimiento fugaz, generalmente joven [...] dotado de alas tanto en los hombros como en los talones. Sus atributos eran un par de platillos de balanza, originalmente en equilibrio sobre el filo de una navaja de afeitar».

Erwin Panofsky, *Studies in Iconology*

Introducción

Este texto aborda algunos aspectos de la estrategia política de Lenin que condujeron a una ruptura en la práctica con las ideas que prevalecían en el seno del movimiento socialdemócrata. Vamos a examinar los escritos de Lenin para mostrar cómo su discurso en la práctica daba forma a un concepto de coyuntura. Bajo palabras como «situación», «momento», «posición», «constelación» y «punto de inflexión» podemos encontrar el concepto de coyuntura. Al analizar los diferentes aspectos de una situación dada en función de las peculiaridades concretas de uno u otro conjunto de condiciones políticas Lenin prestaba atención a sus interdependencias y a su articulación en una situación contemporánea, un contexto estructural específico, una coyuntura.

En la práctica discursiva de Lenin estudiaremos los enunciados y conceptos que se ponen en juego y las opciones estratégicas que se toman. En este sentido, se trata de un análisis «arqueológico». Michel Foucault subraya que el método arqueológico no se limita a la historia del *epistém*: «Lo que la arqueología trata de describir, no es la ciencia en su estructura específica, sino el dominio, muy diferente, del saber». En tal análisis:

«[...] no se trataría de rememorar la biografía general y ejemplar del hombre revolucionario, o de encontrar el enraizamiento de su proyecto, sino de mostrar cómo se han formado una práctica discursiva y un saber revolucionario que se involucran en comportamientos y estrategias que dan lugar a una teoría de la sociedad y que operan la interferencia y la mutua transformación de los unos y de los otros».

Tomando como punto de partida la disertación de Foucault *Histoire de la Folie*, Louis Althusser desarrolló un método de análisis relativo a las condiciones de lo visible y lo invisible en el campo conceptual y teórico, que aplicó a su lectura de Marx. Tal lectura de los escritos de Lenin puede revelar cómo rompe con el marxismo teleológico, incluso si esta ruptura no toma una forma totalmente explícita y teorizada en su presentación. Lenin se expresa de manera más convincente a través del análisis de lo que es el objeto concreto de su pensamiento que a través de las afirmaciones puramente filosóficas que pueden encontrarse en sus escritos. Su reflexión existe en el marco de una problemática filosófica limitada. No es en la polémica filosófica del *Materialismo y el Empiriocriticismo* donde encontramos al Lenin innovador. En ese libro de 1908, y en sus cuadernos de apuntes de sus lecturas de varios filósofos, durante los años 1914 y 1915, Lenin busca argumentos contra el neokantianismo. Los cuadernos, nunca pensados para publicación, han sido objeto de una sobrevaloración por parte de algunas corrientes que allí han creído encontrar comprobaciones de sus propias interpretaciones hegelianas del marxismo. El error de quienes reconocen en la filosofía de Hegel, en su esquema formal para el movimiento del todo como tal, es decir, la Historia y su desarrollo, el impulso revolucionario del método dialéctico es no poder resolver la

difícil tarea de una confrontación directa con la historia real, es decir, con las condiciones concretas y específicas de coyunturas sobredeterminadas^[1].

El objeto del análisis de Lenin no son las leyes generales de la historia, sino la formulación y determinación de un problema concreto para la práctica política. Es la situación particular la razón y la tarea para él, es esta coyuntura la que le presenta la cuestión específica que debe ser resuelta. El análisis de la coyuntura le presenta la cuestión específica que debe ser resuelta. La teoría toma su forma final en relación con la actividad política. El objeto de su análisis no es, entonces, las leyes generales de la historia sino la formulación y determinación de un problema concreto para la práctica política. Así se diluye la frontera tradicional entre análisis y acción: se convierte el objeto de la teoría en el acto que determina objetivos políticos específicos.

En su práctica política, aunque no de forma explícitamente filosófica, efectúa una ruptura con las ideas teleológicas que caracterizaron tanto a la variante reformista como a la supuestamente revolucionaria de la II Internacional y que, tras la muerte de Lenin, también llegó a dominar la III Internacional. Antonio Gramsci vio este aspecto del pensamiento de Lenin y, a diferencia de él, no dudó en señalar la ruptura que implicaba no solo con la II Internacional sino también con Marx. En palabras de Gramsci, había «incrustaciones positivistas y naturalistas» en el pensamiento de Marx que dieron lugar a la noción de leyes objetivas para el desarrollo histórico^[2]. Fiel a lo que sigue percibiendo como el espíritu vital del marxismo, Gramsci rompe con las nociones

teleológicas, deterministas y que habían ganado terreno en la Segunda Internacional. En un texto, «La revolución contra *El Capital*», escrito en las semanas posteriores a la Revolución de Octubre, Gramsci sostiene, con cierta ironía, que:

«En Rusia, *El Capital* de Marx era el libro de la burguesía, más que del proletariado. Era la prueba crucial necesaria para demostrar que, en Rusia, tenía que haber una burguesía, tenía que haber una era capitalista, tenía que haber una progresión al estilo occidental, antes de que el proletariado pudiera siquiera pensar en hacer un retorno, e sus reivindicaciones de clase, en la revolución. [...] Los bolcheviques reniegan de Karl Marx y afirman, a través de su clara declaración de acción, a través de lo que han logrado, que las leyes del materialismo histórico no están tan grabadas en piedra, como uno puede pensar, o uno puede haber pensado anteriormente».

Ya a finales de julio de 1917 Gramsci escribió un artículo en *Il Grido del Popolo* en el cual expresó sus opiniones sobre Lenin y los bolcheviques: «Son revolucionarios no evolucionistas. Y el pensamiento revolucionario niega que el tiempo sea factor de progreso»^[3]. En los *Cuadernos de prisión* de Gramsci, el Príncipe de Maquiavelo representa al partido leninista^[4]. Louis Althusser se refiere a Gramsci como «el Maquiavelo de los tiempos modernos» y argumenta que «lee a Lenin a través de Maquiavelo, al igual que lee a Maquiavelo a través de Lenin»^[5]. La obra de Maquiavelo *El Príncipe* es un ejemplo paradigmático de cómo, durante

1.- Sobre el concepto de sobredeterminación ver Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1968, p. 180.

2.- Antonio Gramsci, «La rivoluzione contro il Capitale» en *Scritti politici*, vol. I, Roma, Ed. Riuniti, 1978, p. 130.

3.- Antonio Gramsci, «I massimalisti russi», en *Il Grido del Popolo*, 28 de julio de 1917, en *Scritti politici*, p. 116.

4.- Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, Torino, Einaudi Editore, 1975, pp. 951-3.

5.- Louis Althusser, *Lettres à Franca (1961-1973)*, Paris, Éditions Stock/IMEC, 1998, p. 624.

el período moderno temprano, era común referirse al azar, la contingencia, la posibilidad, personificada como *Fortuna*, como forma de explicar los acontecimientos históricos. Para Maquiavelo, todo depende de si se produce y cómo se produce un encuentro fructífero entre *fortuna* y *virtù*, en el que *la virtù*, entendida aquí como capacidad y arte de carácter político, transforma la posibilidad del momento, su fortuna, en algo más duradero que pueda constituir la base de un Estado.

En términos de Lenin, esto se refiere a cuando se dan las condiciones objetivas y subjetivas para la revolución. Lenin ha sido llamado acertadamente «el Maquiavelo rojo» y descrito como «el marxista maquiavélico» que exhibe el tipo de cualidades que Maquiavelo denomina *virtù* y que considera necesarias en política: determinación en relación con las circunstancias, consideración de las consecuencias de los diversos cursos de acción y, por último, acción rápida. China Miéville lo expresa sucintamente: «No es que Lenin nunca cometa errores. Tiene, sin embargo, un sentido agudamente desarrollado de cuándo y dónde presionar, cómo y con qué fuerza»^[6]. Como señaló Paul Tillich, que recuperó el concepto griego de *kairós* en el siglo XX y lo generalizó para aplicarlo a la interpretación de la historia, hay individuos y movimientos que tratan de identificar la oportunidad en alguna coyuntura crucial y la aprovechan en forma de acción transformadora emprendida en nombre de un ideal.

Kairós es el principio de contingencia y oportunidad que da forma al discurso de Lenin. *Kairós* designaba en la *Ilíada*, el golpe mortal estratégicamente dirigido. Más tarde, la expresión fue adoptada por los retóricos para definir el pronunciamiento apro-

piado y exacto del remate de una oración, y por los primeros escritores cristianos como «el tiempo del ahora», como tiempo urgente y mesiánico. *Kairós* tiene múltiples asociaciones con crisis, excepción, emergencia, urgencia, potencialidad inaugural, disyunción temporal. El término *kairós* apunta a un tiempo cualitativo, a un momento en el que sucede algo que solo puede suceder en ese momento concreto, por tanto, a un tiempo que marca una oportunidad que puede no repetirse. Su significado depende de una posición temporal especial, de un lugar en las secuencias e intersecciones de los acontecimientos. *Kairós* representa un principio de contingencia que hace necesario un ajuste continuo al momento presente en lugar de repetir las categorías de la tradición. *Kairós* cuestiona la idea de que la tradición o la teoría puedan dar respuestas o soluciones universales a todos los problemas. El concepto de *eukairós* se refiere a la capacidad de aprovechar la oportunidad en una situación compleja y dinámica, en la que el contexto y lo que está en juego cambian constantemente. Requiere un hábil análisis del momento histórico, *kairós*, y la identificación de los factores decisivos que pueden conducir a un resultado exitoso o a un fracaso. Son momentos de gran presión e incertidumbre, en los que un problema exige una respuesta oportuna y eficaz. *Kairós* es un concepto que subraya la importancia de adaptarse a las circunstancias cambiantes de la historia. Significa que no hay una forma fija o predeterminada de entender o actuar en el mundo, sino una necesidad constante de responder a las condiciones específicas de cada situación.

En el discurso de Lenin, en particular en su interpretación de las coyunturas cambiantes y sus acciones como líder del movimiento bolchevique, *cronos*, el tiempo lineal y cuantificable, se convierte en *kairós*, el momento breve y decisivo que marca un

6.- China Miéville, *October: The Story of the Russian Revolution*, London, Verso, 2017, p. 13.

punto de inflexión. *Kairós*, o más exactamente *eukairós*, suele entenderse como el «momento adecuado» para hablar y actuar, el momento oportuno o propicio para hacer algo. En el *Fedro* de Platón, Sócrates habla del concepto de *kairós* como una cuestión de ser capaz de «discernir con solo una mirada rápida el momento en que es preciso [...] distinguir las ocasiones en que hay que hablar o abstenerse de hacerlo»^[7]. Aunque *kairós* se refiere al juicio sobre el momento apropiado para hablar y actuar, dicho juicio «no crea el ‘cuándo’ por sí mismo»^[8]. *Kairós* tiene una dimensión ontológica y objetiva. A partir de datos hay que emitir un juicio sobre su importancia para la realización de un objetivo concreto y sobre la «madurez del momento». *Kairós* requiere una retórica y un tipo lenguaje que sirva un pensamiento creativo y flexible que pueda improvisar según las exigencias del momento presente.

Analizando el artículo de Lenin «A propósito de las consignas», Jean-Jacques Lecercle afirma que proporciona la base de una filosofía marxista del lenguaje. Sea que podamos llegar tan lejos o no, su análisis del artículo de Lenin es pertinente. Lecercle capta lo que es central en el método de Lenin: que la verdad es concreta y que el papel de los revolucionarios es intervenir porque el resultado de cualquier situación dada es más o menos una cuestión abierta. Lenin emplea «un concepto de significado, como vinculado a la coyuntura en la que se produce el enunciado: el significado es el resultado de [...] la lucha política». No hay reglas fijas, éstas deben reevaluarse con cada nueva coyuntura. En consecuencia, lo que se dice no es una mera descripción, sino una intervención en el estado de las cosas. «Lo que se sugiere aquí

es un concepto político del discurso —del discurso como intervención».

El lenguaje político está compuesto de términos complejos con capacidad de significar tanto las ideas como la acción política. La emergencia y transformación de estos términos en una coyuntura política e ideológica determinada definen su uso. La forma en la cual los conceptos son utilizados por diferentes actores históricos para definir los problemas fundamentales sociales producen el efecto de abrir o cerrar espacios de acción política. Los conceptos influyen en la definición de un horizonte de expectativa, estableciendo los límites y convirtiéndose en objeto de disputa en momentos de crisis o de cambios acelerados, radicales o revolucionarios. El lenguaje no solo registra, sino que también configura las continuidades estructurales y los cambios revolucionarios en la vida social y política^[9]. Los conceptos, aunque captan contenidos políticos y sociales, no son solo indicadores epistémicos; también, son factores y elementos activos de un determinado contexto. Lejos de ser un registro pasivo de las características estructurales de la vida social y política, los conceptos juegan un papel activo, ya que alrededor de estos se articulan relaciones de poder que dirigen el accionar político y su retórica. En este sentido, los conceptos emergen para dar significado a determinados hechos sociales, pero al mismo tiempo funcionan como catalizadores de la acción política, abriendo o cerrando posibilidades para que esta tome forma y tenga efecto. El lenguaje político no es un ejercicio meramente discursivo, sino que sirve al proceso de formación y enunciación de sujetos que dirigen la acción en la esfera política. Ciertamente el concepto «agavilla la multiplicidad de la experiencia

7.- Platón, *Fedro*, 271d-272b, aquí citado de la traducción de Patricio Azcárate de *Fedro* en Platón, *El Banquete. Fedro*, Barcelona, Oceano, 2001, p. 179.

8.- John E. Smith, «Time and Qualitative Time.», *The R view of Metaphysics*, 40, 3-16, 1986, p. 13.

9.- Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft: Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1979, pp. 349-375.

histórica y toda una suma de referencias objetivas teóricas y prácticas, estableciendo entre ellos una conexión que solo por el concepto se da y solo por el concepto se experimenta realmente». El concepto de coyuntura de Lenin hace precisamente esto.

Teleología y totalidad

Cuando Lenin emergió como líder socialdemócrata a principios del siglo XX, el movimiento estaba atravesando una crisis a la que Karl Kautsky, Rosa Luxemburg, Eduard Bernstein y Georges Sorel intentaron dar diferentes respuestas, que iban desde la ortodoxia hasta el revisionismo y el sindicalismo revolucionario^[10]. Lenin se distanció tanto de la visión evolucionista de la II Internacional como de la visión apocalíptica de Luxemburg, que según él representaba una simplificación de las circunstancias en las que se desarrolló la lucha de clases. Lenin parecía inicialmente ortodoxo, pero en la práctica demostró ser heterodoxo, cuestionando gradualmente las doctrinas dogmáticas que reducían las posiciones políticas a los efectos de la condición de clase en el plano económico. En la práctica política de Lenin encontramos una crítica implícita de las perspectivas teleológicas.

El marxismo teleológico fue en gran medida una tradición inventada a finales del siglo XIX. Kautsky defendió las «leyes dialécticas» en la interpretación de Engels y, por tanto, también la proposición sobre el determinismo histórico del socialismo^[11]. Esta tesis histórico-filosófica tiene la con-

secuencia de desviar la atención de la necesidad de construir un proyecto político para una lucha que no tiene un resultado predeterminado. Esta idea pertenece a una visión del tiempo que disuelve la lucha política en un evolucionismo histórico. La llamada corriente ortodoxa dirigida por Karl Kautsky y Franz Mehring, estos «marxistas puros», cayeron en el determinismo económico. Defendían el «marxismo» mediante una adhesión dogmática a ciertas formulaciones de Marx sobre la relación entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción, entre la economía y la política, y entre el desarrollo industrial y la agencia del proletariado. En un famoso capítulo de *El Capital*, en la sección que Marx llama «La tendencia histórica de la acumulación capitalista», encontramos las siguientes palabras: «... con ella crece también la rebelión de la clase obrera, una clase siempre creciente en número, y disciplinada, unida, organizada por el propio mecanismo del proceso de producción capitalista»^[12].

Es precisamente esta concepción mecánica del efecto político del modo de producción industrial capitalista lo que representa para Lenin un motivo de seria consideración: es necesario oponerse a una simplificación de la política que reduce la compleja dialéctica coyuntural de la conciencia proletaria al efecto inmediato del proceso productivo y social. En su obra *¿Qué hacer?* prescribe, según Jacques Derrida, «una revolución en el concepto de revolución»^[13]. Ciertamente, en la obra de Lenin hay una ruptura con la concepción sobre la conciencia política como algo intrínseco a la existencia del proletariado como clase. Por esta razón sostiene que la consciencia revolucionaria requiere romper con las formas

10.- Sobre la influencia de Kautsky en el pensamiento del joven Lenin ver Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered. What Is to Be Done? in Context*, Leiden, Brill Academic Press, 2006, pp. 74-101 y todo el segundo capítulo del libro.

11.- Una crítica de estos aspectos del pensamiento de los teóricos de la Segunda Internacional se encuentra en Lucio Colletti, *From Rousseau to Lenin: Studies in Ideology and Society*, London, NLB, 1972, pp. 43-108.

12.- Karl Marx, *Capital*, Vol. 1, Ch. 32, Moscow, Progress, 1970 [1867].

13.- J. Derrida, «Penser ce qui vient», pp. 91-110.



Líderes de la Segunda Internacional en el VIº Congreso; entre ellos Rosa Luxemburgo, Karl Kautsky y Gueorgui Plejánov. Ámsterdam, 1904 (wikipedia.org).

espontáneas de conciencia. Estos planteamientos anticipan una observación importante que Walter Benjamin formuló en una de sus tesis histórico-filosóficas:

«El conformismo, que desde el principio se encontró a gusto en la socialdemocracia, no afecta solo a sus tácticas políticas, sino también a sus ideas económicas. Esta es una de las razones de su colapso ulterior. No hay otra cosa que haya corrompido más a la clase trabajadora alemana que la idea de que ella nada con la corriente. El desarrollo técnico era para ella el declive de la corriente con la que creía estar nadando. De allí no había más que un paso a la ilusión de que el trabajo en las fábricas, que se sería propio de la marcha del progreso técnico, constituye de por sí una acción política»^[14].

En la interpretación simplificada que prevaleció entre los marxistas de la II Internacional, la concepción de la historia se caracteriza por una única contradicción

fundamental entre el trabajo y el capital determinada en el plano económico y reflejada en los planos político e ideológico de la formación social. Esta simplificación de los antagonismos y contradicciones sociales conduce a un reduccionismo que priva a las relaciones político-ideológicas de su eficacia real. Lenin se libera del marxismo dogmático, de una ortodoxia marxista caracterizada por una teleología economicista.

Veamos más de cerca lo que llamo teleología. El evolucionismo es un componente de la teleología y el esencialismo es otro. Por lo tanto, las teleologías postulan un proceso de progreso que forma una secuencia determinada de tipos sociales. Postulan una serie de tales formas sociales que forman totalidades, cada una con su propio núcleo particular, o esencia, y las ordenan en relación con las demás. En el marxismo teleológico, es la base económica la que constituye este núcleo a partir del cual pueden ordenarse y jerarquizarse otras formas sociales. Cada forma social se considera una realización o una expresión de un principio interno específico que es su núcleo. Se supone que estos enteros sociales

14.- Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia*, Bogotá, Desde Abajo, 2010, pp. 25-26.

se suceden en un orden temporal específico, y sus partes se consideran expresiones de una esencia interior. Sin embargo, para el supuesto teleológico es crucial que las distintas formas sociales se consideren manifestaciones de su posición en el sistema, que no solo establece un orden temporal, sino también jerárquico. El principio jerárquico de la teleología se convierte en la causa del movimiento y el desarrollo dentro del sistema. Permite que la historia continúe como un proceso necesario, y su principio de jerarquización se convierte en un principio de movimiento, y su jerarquía de los fenómenos sociales rige también sus leyes de desarrollo. Los cambios sociales deben seguir un orden determinado, y ciertas formas sociales son superiores a otras. Así, el desarrollo de las fuerzas productivas determina las relaciones de producción, la base determina la superestructura y la economía determina la política.

A menudo se sugiere que el determinismo económico solo es decisivo «en última instancia» (*in letzter Instanz*), en referencia a la famosa formulación de Engels en una carta de 1890 a Joseph Bloch. Sin embargo, es precisamente esta «última instancia» la que en la práctica se convirtió en decisiva para las posiciones que adoptaron tanto la Segunda como la Tercera Internacional. Christine Buci-Glucksmann ha descrito el determinismo económico como un «*hégelianisme du pauvre*». En cambio, el marxista húngaro Tamás Krausz representa un hegelianismo marxista sofisticado. En una biografía intelectual titulada *Reconstructing Lenin* argumenta que: «Restituyó la conciencia teórica y metodológica marxista hegeliana, basada en la ‘totalidad’, al lugar que le correspondía». El gran libro de Krausz es un valioso aporte a los estudios sobre la trayectoria teórica y política Lenin. Sin embargo, el intento de atribuir a Lenin un concepto hegeliano de totalidad evidencia

la influencia del hegelianismo de izquierda de su compatriota György Lukács. Lukács desarrolla una crítica importante al positivismo y naturalismo de la II Internacional, pero su predicción de la aparición de una conciencia de clase revolucionaria se basa en última instancia en la inevitabilidad de una crisis económica capitalista en la cual el proletariado logra cumplir su misión histórica. El historicismo de Lukács conduce a una visión de la historia como un proceso teleológico en el que el sujeto histórico realiza su papel. El propio Lukács repudiaría más tarde este aspecto del libro, llamándolo «utopismo mesiánico». Un breve libro, *Lenin: la coherencia de su pensamiento*, que Lukács publicó inmediatamente después de la muerte de éste en 1924, representa ya una autocrítica en ciertos aspectos. Sin embargo, repite el *leitmotiv* del libro anterior, es decir, la categoría de totalidad hegeliana.

El concepto de Lenin de una totalidad compuesta no debe confundirse con la totalidad teleológica hegeliana con su inmanencia y principio interno, cuyo movimiento y automanifestación es la esencia que subyace a la multitud de sus fenómenos. En la totalidad así entendida todas sus partes expresan a las demás porque cada una en sí contiene la esencia de la totalidad. Así, en la concepción hegeliana de la totalidad, es el desarrollo de la Idea lo que se expresa en todas sus partes y la define a ella y a sus transformaciones. Como ha señalado el teórico francés de la ciencia, Dominique Lecourt, hay que buscar en vano un pasaje de Lenin en el que asuma para sí lo que constituye el alma de la teleología hegeliana: «la negación de la negación»¹⁵. Lenin no vio la dialéctica como una colección de

15.— Dominique Lecourt, «Lenin/Hegel/Marx», *Theoretical Practice*, 7/8, 1973, p. 22. Robert Mayer ha señalado que Aristóteles era una influencia más importante que Hegel en el pensamiento de Lenin. «Lenin and The Practice of Dialectical Thinking», *Science and Society*, 63/1, primavera de 1999, pp. 40-62.

leyes y principios generales. Al contrario, la vio como una crítica a las abstracciones y le sirvió como un estímulo para su pensamiento político flexible^[16]. En *Qué son los 'Amigos del Pueblo' y cómo luchan contra los socialdemócratas* de 1894, dice en una polémica irónica contra un representante de los «Amigos del pueblo»:

«¡De modo que los materialistas se apoyan en la 'ineluctabilidad' del proceso dialéctico! Esto es, basan sus teorías sociológicas en las triadas de Hegel. Estamos ante la acusación estereotipada de que el marxismo acepta la dialéctica hegeliana, acusación que parecía ya bastante manida por los críticos burgueses de Marx. Incapaces de oponer algo sustancial a la doctrina, aquellos señores se aferraban a la manera de expresarse de Marx».

Lenin critica duramente las perspectivas esencialistas y teleológicas que no pueden proporcionar las herramientas conceptuales para analizar concretamente las coyunturas en las que el partido debe saber cómo intervenir. La idea de la necesidad objetiva del desarrollo histórico llevó a la socialdemocracia rusa a entender que primero debía producirse una revolución burguesa, cuyas conquistas tendrían que estabilizarse antes de que fuera posible pasar a la siguiente etapa. Como veremos, es esta teoría evolutiva de las etapas la que Lenin cuestionaría. La idea de la necesidad objetiva del desarrollo histórico llevó a la socialdemocracia rusa a entender que primero debía producirse una revolución burguesa, cuyas conquistas tendrían que estabilizarse antes de que fuera posible pasar a la siguiente etapa. Ya en su obra de 1894, *El contenido económico del narodismo y su crítica en el libro del*

16.- Christopher Read, *Lenin: A Revolutionary Life*, Londres, Routledge, 2005, pp. 127-128; Krausz, *Reconstructing Lenin*, pp. 150-151.

Sr. Struve, escribe contra el esencialismo y el evolucionismo:

«El objetivista habla de la necesidad de un proceso histórico dado; el materialista hace constar con precisión que existen la formación socioeconómica dada y las relaciones antagónicas engendradas por ella. Al demostrar la necesidad de una serie dada de hechos, el objetivista siempre corre el riesgo de convertirse en un apologista de estos hechos; el materialista pone en desnudo las contradicciones de clase y, al proceder así, fija ya su posición. El objetivista habla de 'tendencias históricas insuperables'; el materialista habla de la clase que 'dirige' el régimen económico dado, creando determinadas formas de reacción de otras clases».

Evolucionismo y esencialismo

Durante la primera década del siglo XX, Lenin desarrolló gradualmente un enfoque que situaba las perspectivas revolucionarias dentro de la duración y complejidad de las diferentes coyunturas. El método de la dialéctica le sirvió como crítica de la razón abstracta, para extraer lecciones prácticas del campo de la política, y como una visión, dirigida contra el determinismo. De este modo, desarrolló un análisis de situaciones concretas, una estrategia que incorporaba diversas formas de lucha política. Todo economicismo y evolucionismo reduce el análisis a una operación formal que sólo puede conducir a una pseudo-táctica incapaz de servir a una perspectiva estratégica. Así se crea un vacío devastador entre la determinación teórica de las fuerzas sociales y el análisis concreto de sus relaciones cambiantes y movedizas. En una carta del 16 de diciembre 1909 al historiador A.I.I. Skvortsov-Stepanov escribe:

«Al luchar contra el populismo como falsa

doctrina del socialismo, los mencheviques se pasaron por alto de una manera doctrinaria, sin advertirlo, el contenido histórico real e históricamente progresista del populismo como teoría de la lucha pequeñoburguesa de masas del capitalismo democrático contra el capitalismo liberal terrateniente [...]. De ahí su idea monstruosa, idiota y apóstata de que el movimiento campesino es reaccionario, de que un demócrata constitucionalista es más progresista que un trudovique, de que 'la dictadura del proletariado y el campesinado' está en contradicción 'con toda la marcha del desarrollo económico'. Está en contradicción con toda la marcha del desarrollo económico: ¿acaso no es esto una cosa reaccionaria?».

Según el marxista ruso, G.V. Plejánov, el proletariado en la revolución democrático-burguesa no debería tener ninguna tarea de clase especial separada de las de la burguesía, sino que debería apoyar a la burguesía, impulsarla y formar un bloque con ella. Plejánov consideraba, como él decía, que aún no había suficiente levadura proletaria en la masa del campesinado para hacer un pastel socialista. Se oponía a las tácticas y consignas utilizadas por los bolcheviques, pues creía que alejarían a la burguesía y perturbarían el frente de unidad con ella. Considerado como el fundador del marxismo ruso, Plejánov fue uno de los principales representantes de la Socialdemocracia Internacional desde mediados de la década de 1890. En esa época influyó notablemente en la formación filosófica de Lenin a través de su obra *El desarrollo de la concepción monista de la historia*, publicada en 1895. Sin embargo, desde principios de la década de 1900, sus caminos se separaron políticamente, aunque las críticas de Plejánov a los neokantianos siguieron resonando en las posiciones epistemológicas de Lenin, como todavía resulta evidente en su *Materialismo*

y *empiriocriticismo* de 1908. Sin embargo, en el Prefacio a la segunda edición de su *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, publicado ese mismo año, la ruptura entre Lenin y Plejánov es ya clara también en términos teóricos:

«[...] el método inverso de razonar, que observamos no pocas veces entre los socialdemócratas del ala derecha, encabezados por Plejánov, es decir, la aspiración de hallar respuestas a las cuestiones concretas en el simple desarrollo lógico de la máxima general sobre el carácter fundamental de nuestra revolución es un envilecimiento del marxismo y una mera burla del materialismo dialéctico. De gentes semejantes, quienes, por ejemplo, sacan la conclusión del papel dirigente de la «burguesía» en la revolución o de la necesidad de que los socialistas apoyen a los liberales, partiendo de la verdad general relativa al carácter de esta revolución, de gentes así, Marx repetiría probablemente la cita de Heine mencionada ya por él en otra ocasión: 'Sembré dragones y he cosechado pulgas'».

Ya durante el primer encuentro en 1895 entre Lenin y Plejánov se había notado las diferencias políticas entre los dos. Plejánov criticó lo que ha leído de Lenin diciendo: «Nosotros mostramos la cara a los liberales, vosotros les mostráis la espalda». Lenin había criticado «este trivial liberalismo filisteo que saca 'impresiones alentadoras' de las tendencias progresivas de la hacienda rural, olvidando que las acompaña (y las condiciona) la expropiación en masa de los campesinos». En cambio, Plejánov consideraba la alianza con los liberales indispensable en la «etapa burgués-democrática» del desarrollo histórico.

La ruptura de Lenin con el marxismo teleológico y el determinismo económico que caracterizaban a Plejánov se hizo evi-

dente en relación con sus diferentes posiciones respecto a la guerra de 1914-1918. Lenin defendió una posición defeatista que implicaba la esperanza de una derrota para el zarismo. En su análisis de la coyuntura se centraba en lo que podría favorecer un desarrollo revolucionario. Él definió el gobierno de cada país beligerante como el enemigo de su propio pueblo e invita a convertir la guerra en guerra civil. Lenin consideraba que: «El liberalismo ruso ha degenerado en nacional-liberalismo. Rivaliza en ‘patriotismo’ con las centurias negras, vota siempre de buen grado por el militarismo».^[17] En cambio, Plejánov apoyó la colaboración entre las clases en el esfuerzo bélico ruso argumentando que la victoria de Alemania sobre Rusia conduciría a la esclavitud económica de Rusia y retrasaría el desarrollo del capitalismo en Rusia. Consideraba que al proletariado le interesa el desarrollo del capitalismo en su propio país, pues sólo así puede acercarse el socialismo. Por lo tanto, el proletariado ruso debe defender a la Rusia zarista en la guerra. En junio de 1915, Lenin caracterizó, en su texto «La bancarrota de la II Internacional», los puntos de vista de Plejánov:

«Otra teoría ‘marxista’ del socialchovinismo: el socialismo se basa en el rápido desarrollo del capitalismo; el triunfo de mi país acelerará el desarrollo del capitalismo en él y, por consiguiente, el advenimiento del socialismo; la derrota de mi país frenará su desarrollo económico y, por consiguiente, el advenimiento del socialismo».

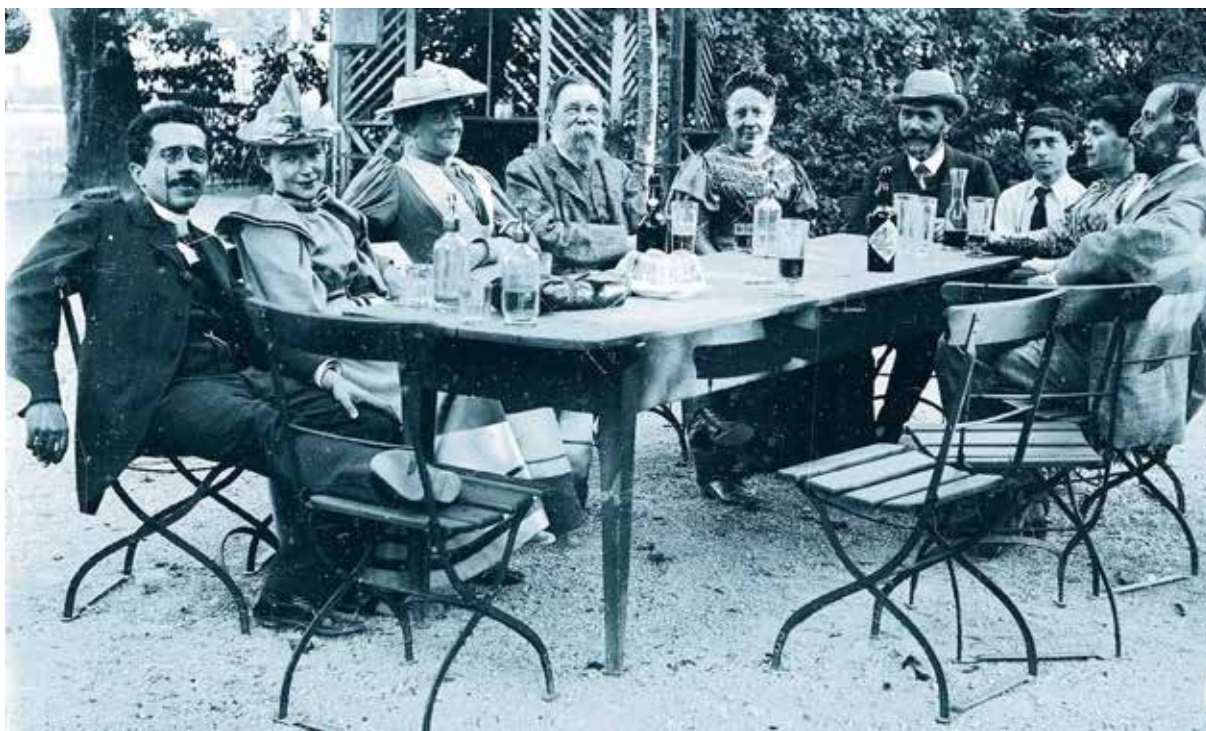
Ya varios años antes del estallido de la guerra, Lenin criticaba la postura que adoptaron algunas partes de la socialdemocracia internacional respecto a la cuestión colonial. El marxismo teleológico de la II

Internacional tendía al evolucionismo bajo el disfraz de la «misión civilizadora». Una posición que asumía August Bebel y que expresaba Eduard Bernstein en *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie* publicado en 1899 y en el cual incluso cuestionaba el derecho de «los salvajes» a las tierras que tenían en su posesión. En el Congreso de Stuttgart celebrado en agosto 1907 se formó una mayoría en la Comisión sobre la cuestión colonial y la siguiente frase apareció en el proyecto de resolución: «El Congreso no condena en principio toda política colonial que, bajo un régimen socialista, puede tener un efecto civilizador». Lenin consideraba qué en realidad, esta proposición equivalía a un retroceso directo hacia la política burguesa y hacia una concepción burguesa del mundo que justifica las guerras y las atrocidades coloniales. Por su parte, Karl Marx había denunciado las atrocidades y los intereses mezquinos del colonialismo inglés. Sin embargo, no se escapa al eurocentrismo y la teleología que había heredado de Hegel ya que su visión de progreso universal se basa en la industrialización del globo y en el triunfo de los valores europeos. Lenin ve el desarrollo histórico y las revoluciones como determinados por una multitud de circunstancias, algo que se evidencia en su firme postura contra el eurocentrismo hegeliano: «En Asia crece, se extiende y se fortalece en todas partes un poderoso movimiento. No hay en el mundo fuerza capaz de impedir su victoria, que libertará tanto a los pueblos de Europa como a los pueblos de Asia»^[18].

Otro ejemplo de la ruptura de Lenin con el eurocentrismo y con la teleología marxista se evidencia en su posición en cuanto a la cuestión nacional y los nacionalismos.

17.- «El socialismo y la guerra», OC 26, p. 350.

18.- «La Europa atrasada y el Asia avanzada», OC 26, pp. 176-177.



Clara Zetkin (tercera desde la izda), Friedrich Engels, Julie Bebel, August Bebel y otros, en Zúrich durante el Segundo Congreso de la Internacional Socialista, 1893 (World Socialist Web Site).

Lenin criticaba duramente la posición de ortodoxia marxista de Rosa Luxemburgo, Giorgio Piatokov y Nikolai Bukharin, quienes siguiendo las ideas de Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* pensaba que el nacionalismo ya había dejado de tener un papel importante^[19]. En julio de 1916, escribía:

«[...] pensar que la revolución social es *concebible* sin insurrecciones de las naciones pequeñas en las colonias y en Europa, sin explosiones revolucionarias de una parte de la pequeña burguesía, con todos sus prejuicios, sin el movimiento de las masas proletarias y semiproletarias inconscientes contra la opresión terrateniente, clerical, monárquica, nacional, etc.; pensar así significa *abjurar de la revolución social*. [...] Quien espere la revolución social «pura», no la verá jamás. Será un revolucionario de palabra, que no comprende la verdadera revolución».

19.- T. Krausz, *Reconstructing Lenin*, pp. 162-175.

Para examinar cómo surgió la ruptura de Lenin con el marxismo teleológico, vemos uno de sus textos de la primera Revolución Rusa de 1905-1907, a saber, *El programa agrario de la socialdemocracia*. Es un sustancial tomo de 200 páginas, y uno de los más importantes libros de Lenin que, sin embargo, a menudo ha sido pasado por alto. En este texto, queda claro que Lenin, en buena medida, ha abandonado sus afirmaciones en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (escrito entre los años 1896 y 1899) basadas en unas estadísticas escogidas para apoyar una idea sobre el avance del capitalismo en el campo, y que tiene similitudes con *Die Agrarfrage* de Kautsky, un trabajo que Lenin reseñó en marzo 1899.^[20] Lenin

20.- Esther Kingston-Mann considera en su *Lenin and the Problem of Marxist Peasant Revolution* (p. 185), que Lenin ya en 1902 se había alejado del determinismo del *Desarrollo del capitalismo en Rusia*. Ver también Roy D., Laird, «Lenin, Peasants and the Agrarian Reform», en Bernard W. Eissenstat (ed.), *Lenin and Leninism: State, Law and Society*, Lexington, Lexington Books, 1971, p. 175. Para una discusión del *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, ver Robert

subraya la función del programa del partido como forma de representación de la teoría y estrategia. Para él, un programa de partido debe ser un resultado del análisis de la formación social concreta, una expresión de la estrategia desarrollada a partir de ella para orientar las posiciones políticas en relación con coyunturas específicas. Por lo tanto, el programa del partido debe revisarse constantemente en relación con el análisis de la coyuntura y las líneas políticas que de ella se derivan. De lo contrario, el programa deja de funcionar como representación de la línea del partido y se convierte en un manifiesto abstracto.

En *El programa agrario de la socialdemocracia en la Primera Revolución Rusa*, Lenin establece una distinción entre su propia posición y la de los mencheviques. Trata de demostrar que la problemática teórica de los mencheviques se caracteriza por el evolucionismo y el esencialismo, lo que conduce necesariamente a una concepción abstracta y mecánica. Según Lenin, los mencheviques no pueden lograr un análisis real de las coyunturas. La concepción evolucionista que caracteriza a los mencheviques implica que la revolución burguesa, y más tarde la revolución socialista, aparecerán debido a un movimiento gradual y constante a través de etapas históricas predeterminadas e inmutables. Para los mencheviques, determinar en qué etapa se encuentra este desarrollo es suficiente para establecer la línea general del partido. Las consecuencias políticas durante el período de la revolución democrático-burguesa, por lo tanto, conducen inevitablemente a que la socialdemocracia tenga que apoyar a la burguesía. Toda la dirección del partido menchevique estaba convencida de la necesidad de una revolución burguesa que condujera al pleno desarrollo capitalista

como etapa necesaria en el camino hacia el socialismo. En Lenin no actúa tal proceso teleológico o determinismo evolutivo. Ya en su *Dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado*, de 1905, escribía:

«Hace falta tener una noción verdaderamente escolar de la historia para imaginarse las cosas sin «saltos», como una línea recta que asciende con lentitud y regularidad: primero le toca la vez a la gran burguesía liberal (concesiones insignificantes de la autocracia), después a la pequeña burguesía revolucionaria (república democrática) y, finalmente, al proletariado (revolución socialista). [...] para trazarse al tenor de este cuadro el plan de la propia actividad en una época revolucionaria hace falta ser un virtuoso del filisteísmo».

Lenin caracteriza la línea de los mencheviques como un oportunismo, que en la política práctica conduce a alianzas con la burguesía liberal y, por tanto, indirectamente con sus aliados, la burocracia y los terratenientes.^[21] Lenin sostiene que los mencheviques son, por tanto, incapaces de desarrollar una táctica concreta y correcta. En referencia a la Revolución Rusa de 1905-1907, escribía:

«Ningún país del mundo atraviesa ahora por una crisis revolucionaria tan profunda como Rusia, y en ningún otro país existen 'marxistas' que sean tan escépticos y filisteos en cuanto a la revolución. ¡Del hecho de que el contenido de la revolución sea burgués, en nuestro país se extrae la conclusión trivial de que la burguesía es el mo-

Service, *Lenin: A Political Life vol I*, pp. 65-73.

21.- Sobre las distintas visiones de los bolcheviques y los mencheviques sobre que alianzas se podía y debería formar en la lucha contra el zarismo, ver Donald W. Treadgold, *Lenin and his Rivals: The Struggle for Russia's Future 1898-1906*, Nueva York, Praeger, 1955, pp. 154-178.

tor de la revolución, de que las tareas del proletariado en la misma son auxiliares, no independientes, y de que es imposible que el proletariado dirija la revolución!»^[22].

Para Lenin la revolución rusa tiene que ser una *narodnaia revoliutsiia*, una revolución del pueblo con el proletariado como *vozhd*, líder de todos los elementos democráticos, es decir todos los grupos que aspiran a libertad política completa. Las fuerzas que actúan en el plano político, según el punto de vista de Lenin, representan intereses de clase en la lucha por el poder estatal, pero estos intereses no pueden leerse directamente desde el plano económico. La función de clase de las propuestas y acciones de las diferentes fuerzas y partidos políticos sólo puede entenderse desde y en la coyuntura específica de la que forman parte. Es este aspecto político el que, en su opinión, hace que el análisis de la coyuntura sea tan crucial.

Los análisis de Lenin en su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia* de 1899 o sus análisis durante e inmediatamente después de la primera Revolución Rusa de 1905 a 1907 no pueden aplicarse a las coyunturas revolucionarias posteriores durante 1917. Las circunstancias que determinaron las posiciones de las diferentes clases y partidos son una década después completamente diferentes que durante la primera Revolución Rusa. Lenin llegó a una conclusión similar ya en 1907 en la cambiante situación que prevalecía en relación con la coyuntura revolucionaria de 1905-1906:

«... debemos protestar resueltamente contra la idea de que mediante la aplicación de una de las consignas de una época histórica determinada se puede contribuir al resurgi-

miento de las condiciones esenciales de esa época. Una cosa es preservar las tradiciones de la revolución [...] otra cosa es repetir una consigna arrancada del conjunto de las condiciones que la engendraron y aseguraron su éxito, para aplicarla a unas condiciones esencialmente distintas»^[23].

Se necesita un análisis concreto de la coyuntura particular para poder establecer las consignas adecuadas. Utilizar el análisis de las coyunturas que se sucedieron durante los años 1905 a 1907 como «modelo» para el período revolucionario posterior y rápidamente cambiante de 1917 sólo conduciría a una estrategia política equivocada en una coyuntura nueva y cambiada. Durante un período revolucionario, los tiempos se desarrollan a un ritmo diferente. Como dice Lenin: «la guerra y la ruina económica lo acelerarán extraordinariamente. Con estos ‘aceleradores’ un mes y hasta una semana pueden equivaler a un año entero». Y en «Las enseñanzas de la revolución», escrito a finales de julio 1917, señala:

«Durante la revolución, millones y millones de hombres aprenden en una semana más que en un año de vida rutinaria y monótona. Pues en un brusco viraje de la vida de todo un pueblo se ve con especial claridad qué fines persiguen las diferentes clases sociales, de qué fuerzas disponen y con qué medios actúan»^[24].

El desarrollo revolucionario ruso de 1917 es precisamente un ejemplo paradigmático de tal fenómeno de aceleración del tiempo^[25]. En palabras de Walter Benjamin: «La conciencia de hacer saltar el *continuum* de la historia es propia de las clases revo-

22.- «Prefacio a la traducción al ruso de las cartas de C. Marx a L. Kugelmann», OC 14, p. 400.

23.- «Contra el boicot», OC 16, p. 28.

24.- «Las enseñanzas de la revolución», OC 34, p. 58.

25.- Cf. R. Koselleck, *Vergangene Zukunft*, pp. 78-79.

lucionarias en el instante de su acción». «Saltar» tiene que entenderse aquí en la acepción de «romperse o quebrantarse violentamente una cosa». El original alemán dice «*das Kontinuum der Geschichte aufzusprennen*» que, tal vez, sería mejor traducir como «hacer estallar el *continuum* de la historia». La traducción del propio Benjamin a francés dice «*saper le temps homogène*». En un hermoso comentario Homi Bhabha señala: «A diferencia de la mano muerta de la historia que cuenta los abalorios del tiempo secuencial como un rosario, buscando establecer conexiones seriales, causales, ahora nos enfrentamos a lo que Walter Benjamin describe como la voladura de un momento monádico del curso homogéneo de la historia, estableciendo una concepción del presente como un ‘tiempo del ahora’»^[26]. Bhabha recoge aquí el concepto benjaminiano de *Jetztzeit*, «el tiempo del ahora» que no se refiere simplemente a un equivalente de *Gegenwart*, es decir, el presente. Veremos que este «ahora» constituye el corazón del discurso revolucionario y de la práctica política de Lenin, pues se trata de un «ahora» que permea tanto el análisis de la coyuntura, el momento actual, como la determinación del «ahora», el momento decisivo de la acción revolucionaria. Al final del texto mostraremos cómo la práctica de Lenin hace estallar la concepción de un tiempo continuo y homogéneo.

El tiempo lineal y cuantificable, *cronos*, puede distinguirse del tiempo de *kairós*. *Cronos* suele considerarse absoluto, universal y objetivo, mientras que *kairós* se percibe como interpretativo, situacional y subjetivo. *Kairós* es relevante para la interpretación de la contingencia de los acontecimientos históricos, porque indica constelaciones preñadas de posibilidades que no existen

en circunstancias diferentes. Sensibiliza ante el carácter crítico de los momentos que exigen decisión y comprensión de un momento como distinto de otros, como culminación contingente de una serie de circunstancias y acontecimientos. Hay ciertos momentos críticos en los que la confluencia de circunstancias, la coyuntura, exige ingenio para aprehender cuándo es el momento oportuno, *eukairós*. Lo contrario es *kakakairós*, el momento equivocado para hablar y actuar. Así pues, se trata de captar la concreción aquí y ahora del *kairós* y de ser capaz de determinar, en una secuencia histórica de acontecimientos, los puntos de inflexión, los *kairoi*. Se trata de momentos de tensión y conflicto, un tiempo de crisis que implica que el curso de los acontecimientos plantea un problema que exige una decisión y una acción en ese preciso momento.

Coyunturas y consignas

Para nuestro propósito, que es comprender el concepto de coyuntura de Lenin, es crucial reconocer que su análisis de la coyuntura es consistentemente una reflexión teórica con implicaciones políticas en el contexto del momento histórico específico. Esto generó un análisis agudo de los cambios que afectan las fuerzas sociales y políticas en un proceso revolucionario y una capacidad para discernir y distinguir las coyunturas que se sucedieron a lo largo de 1917. Vamos a examinar el análisis de Lenin de esas coyunturas rápidamente cambiantes y del establecimiento de la dualidad de poderes después de febrero durante la etapa inicial de la revolución. Los acontecimientos de febrero marcaron el primer punto de inflexión en 1917. Lenin consideraba la Revolución de Febrero como una amalgama única de contradicciones, surgida de combinaciones temporales y accidentales de diversas condiciones:

26.- Homi Bhabha, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994, p. 4.

«Si la revolución ha triunfado tan rápidamente y de una manera tan radical —en apariencia y a primera vista—, es únicamente porque, debido a una situación histórica original en extremo, se fundieron, con «unanimitad» notable, corrientes absolutamente diferentes, intereses de clase absolutamente heterogéneos, aspiraciones políticas y sociales absolutamente opuestas».

Sobre la base de la comprensión de esta estructura de heterogeneidad, Lenin construye una alternativa teórica y política a la línea hasta entonces predominante de las dos facciones del movimiento socialdemócrata ruso. A principios de abril, Lenin llegó a Petrogrado desde su exilio en Zürich. Al llegar a la capital rusa, presentó sus Tesis de Abril, en las que abogaba por «Todo el poder a los Soviets», es decir, todo el poder a los Consejos Obreros. Durante el verano, Lenin regresa a Finlandia tras la victoria temporal de la contrarrevolución y declara que la consigna «Todo el poder a los Soviets» ya no tiene validez en las nuevas circunstancias. Sin embargo, en otoño, la retoma, pero con un nuevo significado: el llamamiento a la insurrección. ¿Qué llevó a los cambios en las consideraciones de Lenin respecto a las tácticas que creía que debían adoptar los bolcheviques? ¿Cómo analizó Lenin las cambiantes coyunturas durante estos meses críticos?

En abril, Lenin formuló un proyecto de plataforma para los bolcheviques. En él, observaba que la característica sobresaliente de la revolución era la aparición de una dualidad de poderes, la coexistencia del Gobierno Provisional, al que Lenin se refería como la dictadura de la burguesía, y los consejos de obreros y soldados, que él veía como la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado. Para Lenin, no cabía duda de que tal situación de poder dual no podía durar mucho

tiempo. Solo expresaba una fase transitoria en el desarrollo de la revolución. Las lecciones de la primera revolución rusa de 1905-1907 (y el importante y decisivo papel desempeñado en ella por los consejos obreros) llevaron a que Lenin escribiera en 1915 lo siguiente:

«Los Soviets de Diputados Obreros y otras instituciones análogas deben ser considerados como órganos de la insurrección, como órganos del poder revolucionario. [...] El contenido social de la revolución que se avecina en Rusia solo puede ser la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado»^[27].

En su primera carta desde el exilio tras la Revolución de febrero de 1917, Lenin continúa la línea expresada aquí. Adopta el punto de vista opuesto a los que argumentaban que el «atraso» de Rusia significaba que la clase obrera rusa tenía que subordinarse por el momento a la dirección de la burguesía y esperar a las revoluciones proletarias en los países más «avanzados». Por el contrario, argumenta que: «Es natural que la crisis revolucionaria estallara antes que, *en otras partes* en la Rusia zarista, donde la desorganización era la más monstruosa y el proletariado el más revolucionario (no debido a sus cualidades singulares, sino a las tradiciones, aún vivas, del año 1905)». Contrariamente a la visión teleológica y evolucionista de los mencheviques, que esperaban y aguardaban el surgimiento del socialismo en otros lugares, principalmente en Alemania, Lenin destaca aquí al zarismo como el eslabón más débil del orden mundial de entonces y argumenta que no es el desarrollo económico ni la proporción de la clase obrera en la población lo decisivo para que se produzca un proceso revolucio-

27.- «Algunas Tesis», OC 27, p. 52.

nario, sino el grado de experiencia y conciencia revolucionarias del proletariado. En la séptima conferencia del POSD(b) en abril de 1917, al resumir la discusión sobre el momento actual señaló:

«El camarada Ríkov dice que el socialismo tiene que venir de otros países de industria más desarrollada. Esto no es cierto. No puede decirse quién comenzará ni quién acabará lo comenzado. Esto no es marxismo, sino una parodia del marxismo»^[28].

La ruptura con el marxismo teleológico de la II Internacional no podría ser más claro. Vemos aquí como Lenin en su análisis concreto de la coyuntura y de las posibilidades de una revolución socialista rompe totalmente con las concepciones que dominaban el marxismo de su tiempo. Nicos Poulantzas señala acertadamente que sin esta ruptura, Lenin se habría quedado en la interpretación economicista de Marx de la II Internacional, que es en última instancia una teoría economicista del eslabón más fuerte^[29].

A mediados de marzo 1917, Lev Kámenev y Josef Stalin habían llegado del exilio interno en Siberia y habían asumido la dirección de la organización del partido en la capital y de su periódico *Pravda*. Durante su exilio, Lenin se opuso firmemente a su postura «oportunista», ya que abogaban por un apoyo condicional al Gobierno Provisional. Su posición se basaba en la tradición marxista, al considerar que el Gobierno Provisional tenía un papel histórico vital, a saber, llevar a cabo la «revolución democrático-burguesa», que implicaba varias reformas económicas y constitucionales. Cuando Lenin llega a Petrogrado y presenta públi-

camente sus Tesis de abril, que calificaban al gobierno provisional de contrarrevolucionario y exigían su derrocamiento, crítica duramente esta línea. Una descripción dada por Nikolai Sujánov capta el efecto que las palabras de Lenin tuvieron en el público:

«Nunca olvidaré aquel discurso como un trueno, que me sobresaltó y asombró no sólo a mí, un hereje... sino a todos los verdaderos creyentes... Parecía como si todos los elementos se hubieran levantado de sus moradas, y los espíritus de la destrucción universal rondaran la sala de recepción de Kshesinskaya por encima de las cabezas de los discípulos hechizados».

La respuesta de Kámenev a las Tesis de Lenin fue, en plena consonancia con la tradición socialdemócrata, que la burguesía urbana y los campesinos ricos tenían una tarea histórica que cumplir, a saber, completar la «revolución democrático-burguesa». Cuando *Pravda* publicó finalmente las Tesis de abril, solo lo hizo en nombre de Lenin, acompañadas de una nota editorial escrita por Kámenev que marcaba una distancia entre el partido y su líder. Durante los primeros días tras su llegada a Petrogrado, Lenin estuvo relativamente aislado. Sus Tesis fueron recibidas con asombro y decepción por los «viejos bolcheviques». El editorial de *Pravda* consideraba que las tesis de Lenin carecían de base empírica y, por tanto, eran insatisfactorias. La respuesta de Lenin no se hizo esperar:

«Quien plantea así la cuestión, quien pregunta *ahora* si ‘está terminada o no la revolución democrática burguesa’, y *nada más*, se priva a sí mismo de la posibilidad de comprender la realidad, extraordinariamente compleja y, por lo menos, ‘bicolor’. [...] ¿Abarca esta realidad la fórmula de viejos bolcheviques del camarada Káme-

28.- «Discurso de resumen de la discusión del informe sobre el momento actual 24 de abril», OC, 31, p. 380.

29.- Nicos Poulantzas, *Political Power and Social Classes*, Londres, Verso, 1978, s. 97.

nev: ‘la revolución democrática burguesa, no ha terminado’? No, la fórmula ha envejecido. No sirve para nada. Está muerta».

Los que se consideraban expertos en las obras de Marx sostenían que Lenin había traicionado al marxismo. En una serie de *Cartas sobre táctica*, Lenin se defendió de las acusaciones de haber abandonado el marxismo. En la primera de ellas escribió: «El marxismo exige de nosotros el análisis más exacto, [...] de la correlación de las clases y peculiaridades concretas de cada momento histórico. ... [Un] marxista debe [...] no seguir aferrándose a la teoría de ayer».

Sin embargo, para algunos, la línea de Lenin era percibida como anarquista. Después de que Lenin leyera sus tesis en el Palacio de Táuride el 4 de abril, Josef Goldenberg, antiguo miembro del Comité Central bolchevique, lo comparó con Mijaíl Bakunin, a quien Marx despreciaba:

«Todo lo que acabamos de oír es un repudio completo de toda la doctrina socialdemócrata, de toda la teoría del marxismo científico. Acabamos de oír una declaración clara e inequívoca a favor del anarquismo. Su heraldo, el heredero de Bakunin, es Lenin. Lenin el marxista, Lenin el líder de nuestro combativo Partido Socialdemócrata, ya no existe. Ha nacido un nuevo Lenin, Lenin el anarquista».

Toda la dirección del partido menchevique estaba convencida de la teoría tradicional de la necesidad de una revolución burguesa que condujera al pleno desarrollo capitalista como etapa necesaria en el camino hacia el socialismo. La influencia del evolucionismo y el esencialismo mencheviques había calado profundamente en la dirección de los bolcheviques. Lenin se enfrentó a acusaciones de heterodoxia o «herejía» tanto por parte de los menchevi-

ques como de algunos de los bolcheviques. Según los mencheviques la burguesía debía ser la fuerza dirigente en la revolución democrática. Sin embargo, Lenin sostenía que el proceso podía ser dirigida por el proletariado y el campesinado. Respecto a este último, Lenin subrayó en sus *Cartas desde lejos* de marzo que se refería a los campesinos pobres. En una carta fechada el 12 de marzo, Lenin afirma que «es necesario que el poder del Estado no pertenezca a los terratenientes y a los capitalistas sino a los obreros y los campesinos más pobres»^[30]. En su obra teórica fundamental, *El Estado y la revolución*, escrita en Finlandia entre dos coyunturas decisivas de 1917, afirma:

«La revolución podía ser «popular», es decir, arrastrar de verdad al movimiento a la mayoría, sólo en el caso de que abarcara tanto al proletariado como a los campesinos. Ambas clases formaban entonces el «pueblo». Ambas clases están unidas por el hecho de que «la máquina burocrática y militar del Estado» las oprime, esclaviza y explota. Destruir esta máquina, romperla: en eso radica el verdadero interés del ‘pueblo’, de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos».

Ya en su primera carta desde el exilio señala Lenin: «Esta masa *necesita* la paz, el pan, la libertad y la tierra». Se trata de reivindicaciones y necesidades específicas que, sin perder su propio significado concreto, pretenden lograr una alianza de obreros, campesinos pobres y soldados. De la «masa» se extrae y se establece un sujeto político. Así, esta consigna de «paz, pan, libertad y tierra» construye el sujeto revolucionario. La consigna es constitutiva de este sujeto que llama a la existencia y que es «el pueblo» entendido en el sentido señalado.

30.- «Cartas desde lejos», OC 31, p. 57.

Después de su llegada a Rusia su análisis de la coyuntura le lleva a proponer una forma de avanzar mediante la acumulación de poder al nivel local^[31]. Durante unos meses, entre marzo y principios de julio 1917, Lenin cree que podría ser posible un desarrollo pacífico de la revolución. Aboga por un trabajo paciente para ganar la mayoría en los consejos obreros. Por lo tanto, retira temporalmente la consigna de convertir la guerra imperialista en guerra civil que había sido su línea desde el inicio de la guerra. En su folleto *El socialismo y la guerra* publicado en 1915 constató: «Todos los que desean verdaderamente una paz duradera y democrática deben manifestarse en pro de la guerra civil contra los gobiernos y contra la burguesía». Fue la aparición de una situación de dualidad de poder durante la primavera de 1917, una situación en la cual las armas estaban, en gran medida, bajo el control de los Consejos de obreros y soldados, lo que llevó a Lenin a cambiar la táctica bolchevique y la consigna de convertir la guerra imperialista en una guerra civil por un desarrollo pacífico de la revolución bajo la consigna «Todo el poder a los Soviets de Diputados Obreros y Soldados». En este contexto, sostuvo: «Nosotros renunciamos de momento a esta consigna, pero sólo de momento. Las armas están ahora en manos de los soldados y de los obreros y no en manos de los capitalistas. Mientras el Gobierno no rompa las hostilidades, predicamos pacíficamente».

Esta táctica cambió de nuevo con el análisis de la nueva coyuntura a partir de mediados de mayo, caracterizada por el establecimiento de una disciplina tradicional en Ejército y la ofensiva militar en el frente contra las fuerzas austrohúngaras y alemanas en junio que pronto fracasó^[32]. A prin-

cipios de julio se produjo un intento fallido de sectores radicales de izquierda entre los obreros y soldados de Petrogrado de conseguir que el Soviet de Petrogrado tomara todo el poder. Aunque dudaba en ir contra este movimiento, Lenin se dio cuenta de que era el momento equivocado, un caso de *kakakairós*, para un levantamiento dada la falta de mayoría para la línea bolchevique en el Soviet y también que el resto del país no saldría en su apoyo. A la derrota de julio siguió un debilitamiento de la posición del Soviet y una dura represión contra los bolcheviques. Con la victoria temporal de la contrarrevolución y el fin de la dualidad de poderes, Lenin descubrió que la consigna «Todo el poder a los soviets» ya no correspondía a la nueva situación. Tal como Lenin lo veía, esta consigna habría significado propagar ilusiones de que aún era posible un desarrollo pacífico, a pesar de que el período de transición indefinido del poder estatal había cesado y el poder había pasado a las fuerzas de la contrarrevolución:

«Los Soviets actuales han fracasado, han sufrido una bancarota completa, por predominar en ellos los partidos eserista y menchevique. En la actualidad, esos Soviets son como carneros conducidos al matadero y que, puestos bajo la cuchilla de los matarifes, balan lastimeramente. Los Soviets son hoy desvalidos e impotentes frente a la contrarrevolución, que ha triunfado y triunfa. La consigna de entregar el poder a los Soviets podría ser comprendida como un ‘simple’ llamamiento a que se hagan cargo de él precisamente los Soviets que hoy existen; pero decir eso, invitar a eso, significaba ahora engañar al pueblo».

La consigna «Todo el poder a los soviets» había dejado de ser la correcta, y un desea-

31.- «Borrador de las tesis para la resolución sobre los soviets», OC, 31, pp. 403-404.

32.- Leopold H. Haimson, *Russia's Revolutionary Experience, 1905-1917*, Nueva York, Colombia University Press,

2005, pp. 48-57.

ble curso pacífico del desarrollo se había hecho imposible. Por lo tanto, después de la derrota durante las Jornadas de Julio, Lenin argumentó la importancia de abandonar la consigna «Todo el poder a los Soviets» considerando que «Cada consigna debe dimanar siempre del conjunto de peculiaridades de una determinada situación». Las consignas condensan el análisis de la coyuntura o identifican el momento dentro de la coyuntura y tienen una *fuerza performativa* que señala la tarea del momento y pueden contribuir a constituir el sujeto revolucionario.

El concepto de Lenin de la coyuntura incluye una problemática que está constituida por un modo específico de comprender la dictadura de clase, el Estado y las formas de gobierno. Estos conceptos están a su vez conectados con los de «poder» y «democracia». La palabra *demokratia* en ruso tiene sentidos tanto políticos como sociológicos. El término *demokraticeskii* se refería a obreros y campesinos. Para los bolcheviques una «dictadura democrática» significaba un gobierno de las clases populares. Por su parte, el concepto de «dualidad de poder» no se refiere simplemente a una situación revolucionaria en la que hay dos «poderes» opuestos. La dualidad de poderes significa que simultáneamente existen dos dictaduras de clase y dos tipos de Estado. Por lo tanto, la dualidad de poderes es una relación desigual que no puede durar. Esto es lo que Lenin quería decir con su interpretación de la consigna «Todo el poder a los soviets» como una táctica pacífica no armada. El fin del período de poder dual representó para él el fin de esta posibilidad que existía durante la coyuntura anterior. Sin embargo, hubo otro momento en el que Lenin creyó en la posibilidad de un desenlace pacífico del proceso revolucionario, a saber, después de que la intentona golpista del general Kornílov hubiera sido derrotada a finales de agosto. A principios de sep-

tiembre, Lenin ofreció un compromiso, según sus propias palabras:

«Es un compromiso, por nuestra parte, retornar a la reivindicación de antes de julio: todo el poder a los Soviets, formación de un Gobierno de eseristas y mencheviques responsable ante los Soviets. Ahora, sólo ahora, y quizás apenas durante *unos pocos días* o por una o dos semanas, un Gobierno de ese tipo podría formarse y afianzarse de un modo completamente pacífico. [...] Sólo en nombre de ese desarrollo pacífico de la revolución —posibilidad extraordinariamente rara en la historia y extraordinariamente valiosa, excepcionalmente insólita—, sólo en nombre de ella, pueden y deben, a mi parecer, aceptar tales compromisos los bolcheviques...».

Un nuevo punto de inflexión en el proceso revolucionario de 1917 se produjo cuando Lenin se vio obligado a reconocer que los mencheviques habían rechazado su propuesta y el compromiso se había hecho imposible. Entonces, elevó la consigna «Todo el poder a los soviets» del nivel táctico y la relacionó con el objetivo estratégico. Para Lenin el callejón sin salida de la dualidad de poderes sólo podía evitarse si los soviets tomaban el poder total, lo que liberaría su potencial. En octubre, sostuvo que una rebelión era ya la única forma de hacer realidad la consigna «Todo el poder a los soviets». En ese momento los bolcheviques ya habían ganado la mayoría, por encima de los mencheviques y los eseristas, en los consejos de obreros y soldados en Moscú y Petrogrado. Los éxitos bolcheviques en 1917 reflejaban el hecho de que eran una organización más democrática que sus competidores.^[33] Su afiliación cre-

33.— Mike Haynes, «Liberals, Jacobins and grey Masses in 1917» en Mike Haynes and Jim Wolfreys (eds.) *History and Revolution*, Londres, Verso, 2007, p. 110.



Discurso de Lenin en Moscú el 5 de mayo de 1920 (Fotografía: Grigory Petrovich Goldstein, wikimedia Commons).

ció a lo largo del periodo, no existía la misma diferenciación social que era evidente en los otros partidos y no existía la misma diferenciación en las perspectivas políticas porque había un debate serio y animado sobre lo que estaba ocurriendo que importaba no sólo en un sentido intelectual sino también en un sentido político.

En septiembre la crisis y las condiciones para una insurrección había madurado. El momento de *eukairós* había llegado. Lenin se dirigía en una serie de mensajes al Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (bolcheviques) sin que éste llega a una decisión sobre la insurrección lo que provoca una amenaza de Lenin de renunciar para tener la libertad de agitar en las organizaciones de base del partido. El 8 de octubre afirmó que: «El éxito de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha». La línea divisoria entre revolución y evolución,

entre el análisis de la coyuntura concreta y la confianza en una transición gradual e ilusoria, difícilmente podría expresarse con mayor claridad.

El 10 de octubre, el Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (bolcheviques) adoptó una resolución, propuesta por Lenin, en la que se afirmaba que el levantamiento armado era inevitable. Lev Kámenev y Grigori Zinóviev votaron en contra de la resolución. ¿Qué explica la posición de Kámenev y Zinóviev? Tal vez fue el miedo, la vacilación de arriesgarlo todo a una carta. Ciertamente, pero también refleja una serena confianza en que, si uno esperaba y observaba el desarrollo histórico, la tendencia inherente del capitalismo y su impacto en la clase obrera darían a luz al socialismo del vientre del viejo orden social. Lenin no tenía esa confianza. Lenin no responde a Kámenev y Zinóviev diciendo que las leyes históricas están de su parte.

No da ninguna garantía, sino que insiste en que ha llegado el momento *eukairós*, la coyuntura en la que se debe actuar. Se debe aprovechar el momento favorable y estar dispuesto a correr el riesgo sin ninguna certeza absoluta sobre el resultado. En *Sobre nuestra revolución* publicado el año antes de su muerte Lenin recuerda las palabras de Napoleón: *On s'engage et puis ... on voit*, lo que, traducido libremente, quiere decir: «Primero se entabla el combate serio, y ya se verá lo que pasa». En la tarde del 24 de octubre de 1917, Lenin escribe una carta a los miembros del Comité Central:

«La situación es crítica en extremo. Está claro como la luz del día que, hoy, todo lo que sea aplazar la insurrección significa verdaderamente la muerte. Poniendo en ello todas mis fuerzas, quiero convencer a los camaradas de que hoy todo pende de un hilo, de que figuran en el orden del día problemas que no pueden resolverse por medio de conferencias ni de congresos [...] sino únicamente por los pueblos, por las masas, por medio de la lucha de las masas armadas. El embate burgués de los kornilovistas y la destitución de Verjovski demuestran que no se puede esperar. Es necesario, a todo trance, detener al Gobierno esta tarde, esta noche, desarmando previamente a los cadetes (después de vencerlos, si oponen resistencia), etc. ¡¡No se puede esperar!! ¡¡Nos exponemos a perderlo todo!!»

En 1917, Lenin respondió a los diferentes puntos de inflexión cambiando de táctica y de consigna. La estrecha relación entre su análisis de las cambiantes coyunturas y la consigna «Todo el poder a los soviets» significó que hubo periodos, momentos durante los seis meses de la revolución en que esta consigna no significaba un llamamiento a la revolución. Sin embargo, al menos desde mediados de septiembre esta consig-

na se convirtió para Lenin en sinónimo de llamamiento a la insurrección armada. Lenin argumenta que las características de la coyuntura hacían que el levantamiento estuviera maduro y fuera inevitable llevarlo a cabo sin demora: la situación internacional, principalmente el motín en la marina alemana, la situación militar con el riesgo de que Petrogrado fuera tomado por los alemanes, el cambio dentro de los Soviets donde los bolcheviques habían ganado la mayoría, las elecciones en Moscú que favorecieron a los bolcheviques, el levantamiento campesino y los preparativos mediante movimientos de tropas para un ataque contrarrevolucionario en Petrogrado.

El concepto de coyuntura en el discurso de Lenin

¿Cuál fue la causa de la impaciencia de Lenin ante la vacilación de sus propios camaradas de partido para tomar el poder mediante una revolución? En primer lugar, creyó que éste era el corto período durante el cual una revolución era posible y necesaria para evitar la muerte de los obreros, campesinos y soldados revolucionarios. Todas las experiencias históricas de Rusia y Europa Occidental, tanto del siglo XIX como de principios del siglo XX, demostraron que la contrarrevolución estaba a punto de ser extremadamente sangrienta. En segundo lugar, Lenin comprendió que el modo de producción capitalista no es una totalidad con una tendencia necesaria que conducirá a la conciencia socialista de la clase obrera.

La teoría marxista ortodoxa de una polarización política económicamente determinada de dos clases no es aplicable; tanto las líneas políticas reformistas como las supuestamente «revolucionarias» que se basan en la noción de que las condiciones para una transformación serán creadas por

una división de clases tan simplificada son inaceptables. El concepto clásico de clases como categorías de agentes económicos que son impulsados a actuar por efecto de la estructura económica de la totalidad, y que se cristalizan en fuerzas políticas en torno a intereses que les son dados por esta estructura general, no puede sostenerse en un análisis concreto como el realizado por Lenin. Como hemos observado, esto le obliga a reconsiderar a fondo la estrategia.

El reto central para Lenin en el desarrollo de una estrategia política es construir un bloque de poder estratégico mediante una alianza con los campesinos empobrecidos. La presencia de consejos obreros y campesinos en Rusia durante el otoño de 1917 hace factible tal alianza. Las armas en manos de las milicias obreras y campesinas, así como la influencia de los bolcheviques en los consejos de soldados, hacen que el levantamiento no sólo fuera posible sino —según Lenin— también algo indispensable antes de que la contrarrevolución pudiera reunirse para asestarles un golpe devastador.

En sus consideraciones tácticas y estratégicas, destacó las peculiaridades concretas de una u otra condición política. El concepto de coyuntura de Lenin se refiere al «momento actual», a la situación presente, al objeto concreto de la práctica política. Pretendió así diferenciar y aislar fases particulares dentro de intrincados procesos que se dan en medio de una serie de contradicciones distintas. Estas fases no pueden simplificarse ni equipararse entre sí; se desarrollan de forma desigual y no siguen una progresión lineal y homogénea en la que los niveles económico y político se correspondan directamente entre sí.

Según esta perspectiva, la noción de un tiempo histórico homogéneo y la subsidaria interpretación continuista de las coyunturas (que supone un contexto unificado en el que todos los elementos se entienden co-

etáneos entre sí en relación inmediata unos con otros en un mismo «ahora») tienen consecuencias teóricas y políticas negativas. Esta percepción del tiempo es empirista y no plantea la cuestión decisiva de los tiempos específicos y relativamente desplazados que se aplican a las instituciones económicas y políticas. La complejidad de una coyuntura implica que no hay pautas dadas para siempre, sino que éstas deben reconsiderarse en cada momento actual. La noción abstracta y estereotipada de «la revolución burguesa» y «la revolución socialista» como una procesión de una secuencia predeterminada de etapas históricas derivadas de una perspectiva lineal teleológica es sustituida por Lenin por un análisis de la complejidad de la situación contemporánea. Lenin explota la temporalidad lineal desde dentro.

Si se abandona la noción de que la historia es un movimiento a través de determinadas fases, etapas o entidades sociales, entonces el concepto de coyuntura adquiere una importancia central. El concepto de coyuntura se refiere a la interacción y el entrelazamiento de un conjunto de procesos y condiciones que, dependiendo de la forma concreta en que se conecten, constituyen el punto de partida desde el cual pueden producirse cambios estructurales más o menos profundos. En las coyunturas, las estructuras sociales sufren modificaciones que abren la posibilidad de cambios en sus formas. Existe una coyuntura de transición de un poder estatal a otro cuando, como ocurrió en el otoño ruso de 1917, se dan las condiciones políticas e ideológicas para una crisis revolucionaria. Pero en ninguna etapa del largo período de transición hacia nuevas relaciones sociales que sigue a tal desarrollo revolucionario está predeterminado el resultado. El restablecimiento de las relaciones económicas, políticas e ideológicas anteriores, aunque en forma

modificada, es siempre una posibilidad en la historia real, como evidencia la situación actual en Rusia.

El pensamiento de Lenin tal como aparece en sus escritos, que son todas intervenciones en coyunturas específicas, ya sea que se refieran a las condiciones concretas dentro del partido socialdemócrata, a las posiciones respecto a la guerra y el pacifismo durante la Gran Guerra, o a cuándo una consigna es correcta y cuándo se ha vuelto incorrecta durante el proceso revolucionario de 1917. Su análisis siempre se refería al futuro de Rusia y del movimiento obrero internacional, no como la siguiente fase o etapa en el desarrollo teleológico y

evolutivo, sino como un problema o lucha a resolver, ciertamente en el marco de condiciones estructurales específicas, que se presentaban en medio de conflictos sociales concretos, a partir de los cuales adquirieron sentido la práctica política, los programas y las consignas. Como hemos visto, en 1917 Lenin hace un análisis concreto que tiene en cuenta una serie de aspectos del momento, de la situación actual, de la coyuntura. Su discurso asume el reto de abrir un espacio analítico en el que sea posible concebir el momento de la acción política a partir de la comprensión de la estructura diferencial de la coyuntura, del momento de la intervención y la acción política.

ENTREVISTA

Pere Gabriel, pionero en la investigación sobre el movimiento obrero

David Ginard Féron

Universitat de les Illes Balears

Pere Gabriel i Sirvent (Terrassa, 21 de marzo de 1945) es uno de los pioneros de la historiografía social sobre el movimiento obrero en España. Procedente de una familia obrera —su padre, impresor, militó en la CNT y combatió con el ejército republicano durante la Guerra Civil—, se formó desde 1963 como economista en la Universidad de Barcelona viviendo intensamente la lucha contra la dictadura franquista. A finales de la década de los sesenta comenzó a orientarse decididamente hacia la Historia Contemporánea, contando para ello con el apoyo, entre otros, de Josep Termes y Josep Fontana. Ya en 1973 publicó *El moviment obrer a Mallorca*, una de las primeras monografías territoriales sobre las corrientes obreras y republicanas en España. Dos años más tarde se licenció en Economía General y en 1981 se doctoró con una tesis, en parte todavía inédita, sobre clase obrera y sindicatos en Cataluña, centrada en la etapa de 1870-1923, que estuvo codirigida por Salvador Condomines y Josep Termes. Entre 1965 y 1980 trabajó como redactor, colaborador y/o asesor en la *Gran Enciclopèdia Larousse*, la Cámara de Comercio de Barcelona y la *Gran Enciclopèdia Catalana*. En 1975 se incorporó como profesor a la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB).



Pere Gabriel hablando con un grupo de alumnos y amigos en Barcelona, año 2015 (Fotos proporcionadas por P. Gabriel).

Obtuvo plaza como titular en 1981, pasando en 1993 a la categoría de catedrático. Desde entonces, y al margen de su amplia labor como docente, Pere Gabriel ha desplegado una extensa e innovadora obra centrada en el estudio del obrerismo y el republicanismo en España, con particular atención a las décadas finales del siglo XIX y primeras del siglo XX. Entre sus monografías más significativas pueden citarse *El moviment obrer a Mallorca* (1973, con reedición corregida y ampliada de 2024), *Joan Peiró. Escrits, 1917-1939* (1975), *Escrits polítics de Frederica Montseny* (1979), *El cata-*

lanisme i la cultura federal: història i política del republicanisme popular a Catalunya el segle XIX (2011), *El moviment obrer a les Balears (1869-1936)* (1996) e *Historia de la UGT Volumen 4. Un sindicalismo de guerra, 1936-1939* (2011). Ha coordinado volúmenes como *Comissions Obreres de Catalunya 1964-1989: una aportació a la història del moviment obrer* (1989), *España «res pública»: nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)* (2013) o *Republicans catalans del segle XIX: Espanya i nació a Catalunya* (2020) y ha publicado centenares de trabajos en libros colectivos y en revistas especializadas como *Ayer*,

Historia Social y Spagna Contemporanea. Entre 1994 y 2000 dirigió la *Història de la Cultura Catalana* (10 vols). Aunque se jubiló como catedrático en 2015, prosigue como investigador en activo, desarrollando una incansable actividad científica que implica la colaboración estrecha con entidades como la Biblioteca Pública Arús (Barcelona) (es secretario del patronato que la rige) y las Fundaciones Darder-Mascaró (Palma) y manteniendo un intenso ritmo de nuevas publicaciones. Entre sus proyectos en marcha debe subrayarse la biografía y la recopilación y estudio de la obra completa de Rossend Arús (1844-1891).

Entrevista

[David Ginard DG:] *¿Cuáles son sus orígenes familiares?*

[Pere Gabriel:] Yo nací en 1945 en Terrassa, donde vivían unos tíos de mi padre, que regentaban un puesto de verdura en el mercado, pero cuando tenía solo diez meses mis padres volvieron a Barcelona y siempre me he considerado fundamentalmente barcelonés. Mantuve sin embargo cierta relación regular con Terrassa hasta mis 17 o 18 años, ya que los contactos con aquellos tíos y mis primos fueron regulares y abundantes. Mi padre provenía de una familia trabajadora, barcelonesa, donde los chicos solían tener oficio. Él vivió con una abuela y algunos tíos le hicieron mitad de hermanos mayores / mitad de padres: el mayor era litógrafo, otro ebanista y el pequeño joyero. Se hizo impresor —minervista y maquinista— y en 1952/53 se estableció por su cuenta, creando una pequeña imprenta en la Barceloneta, que fue una de las primeras en imprimir plástico. Sin embargo, tuvo un accidente y perdió la imprenta. Murió

a causa de un tumor cerebral en enero de 1960, cuando yo todavía no había cumplido los quince años. Mi madre había trabajado en empleos muy precarios y a partir de entonces tuvo que mantenernos sola a mí y a mi hermana, que era más pequeña que yo. El principal empleo que encontró fue uno como limpiadora en el Museo de Historia de la Ciudad de Barcelona.

¿Qué recuerdos conserva de sus estudios primarios y secundarios?

Mi familia valoraba enormemente la educación y la cultura. Mi padre en buena parte era autodidacta, y con una trayectoria militante en los años de la guerra (por lo que sé, primero anarquista y cenetista, después del PSUC y de nuevo cenetista). El hecho es que procuró no llevarme a escuelas religiosas y, así, yo estudié las primeras letras en una Escuela Montessori, en mi barrio, Ciutat Vella, y a continuación en la Baixeras, también municipal (y donde tuve algunos maestros que posteriormente he

sabido que provenían del Instituto Escuela de antes de la guerra, como J. Casassas o Jaume Ministral Macià, que era el director e impulsó varios programas de radio en catalán, sardanas y él mismo escribía novelas). Todo esto tiene un valor indudable, tratándose de la Barcelona franquista de los años cincuenta y sesenta. En aquellos momentos se establecía una fuerte división de los escolares en torno a los diez años: algunos realizaban lo que se llamaba el ingreso (para ir al Instituto y estudiar el bachillerato), otros preparaban comercio (con estudios de contabilidad y escritura) para ir a trabajos de dependientes de comercio y oficina, y el resto —a menudo la mayoría— dejaban los estudios para entrar de aprendices en algún trabajo más o menos manual. Por lo que ya he dicho, en casa me llevaron sin dudar a realizar el ingreso. Eligieron el Instituto de Bachillerato Milà i Fontanals, que estaba en la actual plaza de la Villa de Madrid, junto al Ateneu Barcelonès. Estuve allí hasta el preuniversitario (desde 1955 hasta 1962). Tengo un gran recuerdo de algunos profesores, en particular de Josep García López, que provenía del Instituto Escuela anterior y nos enseñó historia de la literatura en el bachillerato superior y en el preuniversitario. Me acogió a menudo en su casa, me dejó libros y me animó a intervenir en los debates culturales del momento. Fue él quien primero nos habló de los literatos —castellanos— de la generación del 27 y también de la Segunda República (los García Lorca, Alberti, o incluso algunos de los años cuarenta, como Dámaso Alonso, etc.), también de la cultura francesa del momento —los Camus y Sartre, por ejemplo—. Incluso algunos catalanes, como Josep M. Sagarra o Josep Pla. Yo, elegí Ciencias, como era usual entonces entre los chicos que hacían el bachillerato, pero fue García López —y algún ayudante que nos dio al-



Pere Gabriel junto al monumento a la Constitución de 1812, tras intervenir en la Universidad en la conmemoración del centenario de la fundación de la Segunda Internacional.

guna clase, por ejemplo el posteriormente conocido Salvador Clotas— quien me abrió las puertas de la cultura literaria, el cine y el teatro.

¿Y de sus años de estudiante universitario? Es conocido que usted se formó inicialmente como economista...

En efecto, mis estudios en la Universidad siguieron una trayectoria compleja. En 1962, empecé Medicina. Aquel primer contacto con la Universidad chocó de forma bastante estridente con mi acceso al activismo cultural del momento. En 1963, quería pasarme a los estudios de Filosofía y Letras, más en el ámbito de la Literatura que en el de la Historia, pero entonces ha-



En una excursión por las montañas de Prades, en el Baix Camp (Tarragona). Entre otros, el escritor Manuel Vázquez Montalbán, los historiadores Pere Gabriel, Pere Anguera y Borja de Riquer, y las historiadoras Mercè Costafreda, Cristina Gatell, Anna Sallés y Margalida Tomàs.

bía que tener el bachillerato de Letras y yo había hecho Ciencias. La solución era aprobar un primer curso completo en la Universidad. Escogí Ciencias Económicas. Al tener lugar la Capuchinada, en 1966, yo estaba en tercero. Fui uno de los estudiantes expulsados de la Universidad por participar en aquella asamblea constitutiva del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona y trasladaron mi expediente a Bilbao. Además, perdí la posibilidad de pedir más prórrogas para el Servicio Militar y me tocó ir a hacerlo a Mallorca, en 1967, con lo que mis estudios se vieron unos años interrumpidos. Y después hubo una tercera fase académica en 1973-75, cuando cursé lo que me faltaba de Económicas, de nuevo en Barcelona. Entonces, yo ya tenía bien trazado mi camino como historiador. Mi tesina, en 1975, y mi tesis doctoral, en 1981, las leí en Económicas, pero tenían

unos contenidos claramente históricos y sociales. Este tránsito de la Economía a la Historia puede parecer ahora insólito, pero entonces los estudios de Económicas, en la especialidad de Economía General, tenían un perfil muy marcadamente social y político con lo que las conexiones entre ambas disciplinas eran muy amplias.

Ha aludido al ambiente político y social en Barcelona durante aquellos años sesenta, de intensa lucha política por parte de un amplio segmento de estudiantes universitarios. ¿Puede darnos detalles sobre su contribución personal?

El ambiente era efervescente. Muchos estudiantes establecimos una especie de identidad entre cultura, modernidad, europeísmo, izquierda política y catalanismo. Yo me vi involucrado, sobre todo, en

el movimiento estudiantil que condujo a la formación del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB) que fue muy masivo y con gran impacto en el conjunto de la política antifranquista. A partir de 1963 milité en el PSUC y mantuve responsabilidades entre 1964 y 1967 en el Comité de Estudiantes general de la Universidad.

En 2021 usted participó precisamente en el libro coordinado por Pau Verrié Quan el franquisme va perdre la universitat. El PSUC i el Sindicat Democràtic d'Estudiants de la Universitat de Barcelona (curs 1965-1966) en el que distintos miembros del Comité de Estudiantes del PSUC expusieron sus recuerdos y reflexiones sobre la época. Aparte de usted y de Pau Verrié colaboraron Andreu Mas-Colell, Albert Corominas, Joan Clavera, Esteve Lamote, y Salvador Jové. En todos los casos se trata de personas que han desarrollado posteriormente una intensa carrera profesional, en la mayoría de los casos vinculada al mundo universitario. Algunos se han dedicado total o parcialmente también a la política, dentro de opciones ideológicas variadas (desde Convergència i Unió hasta el Partit dels Socialistes de Catalunya o Iniciativa per Catalunya e Izquierda Unida). Es significativo, en cualquier caso, este origen común vinculado a una etapa y una sección muy concreta de la historia del PSUC de un grupo de personas tan variadas y al tiempo representativas de la Cataluña postfranquista...

La iniciativa partió de Pau Verrié, uno de mis amigos del Bachillerato. No quisimos en absoluto practicar ningún ejercicio de nostalgia, sino todo lo contrario: aportar un testimonio documentado que ayudase a situar y caracterizar la política universitaria del PSUC y la movilización estudiantil anterior al famoso mayo de 1968, con el que nada en concreto tuvo que ver, aunque

algunos libros tiendan por comodidad a afirmarlo.

Usted militó en el PSUC hasta 1967 y, tras el servicio militar, el 1969-1971 se acercó a Bandera Roja ¿Cómo valora esta experiencia?

A partir de 1967-1968 la situación de la militancia antifranquista de referencia marxista, si así quiere llamarse, fue en Barcelona muy fluida y también, internamente, especialmente conflictiva. No puedo ahora entrar en las múltiples tensiones y propuestas que se lanzaron, desde la Universidad, pero también desde ámbitos obreros y profesionales. Recordemos sólo la crisis interna del PSUC y la posterior aparición del Partido Comunista Internacional —resituado más adelante como Partido del Trabajo—, así como la relevancia que adquirieron grupos como los del Movimiento Comunista, o los diversos partidos marxista-leninistas y maoístas, etc. Todo ello en un clima sino revolucionario, sí revolucionarista. En mi caso, como el de bastantes de mis compañeros de universidad, el servicio militar —a mí me destinaron a Mallorca— nos mantuvo algo alejados de las tensiones del día a día. Además, de forma particular, al ser vigilado, investigado y finalmente recluido en Cabrera, forzosamente me mantuve bastante al margen de la vida orgánica del PSUC y también de los avatares de la escisión. En cualquier caso, la reanudación de la vida ordinaria ya en Barcelona, y casado, mi compromiso político y sobre todo social, cierto, pronto dejó de ser un compromiso militante formalizado y orgánico.

Volviendo a sus estudios de Económicas, ¿qué profesores le marcaron más? A pesar de que se trataba de economistas, ¿hubo alguno que le inculcara en particular el interés por la historia contemporánea?



En Mérida, el 15 de diciembre de 2012, después de ser invitado como socio de honor en uno de sus primeros congresos por el Grupo de Estudios de Historia Contemporánea de Extremadura (GEHCEX), con sede en Cáceres.

De mis profesores de Económicas, debo mencionar sobre todo a Jordi Nadal, a Manuel Sacristán y a Fabià Estapé. El contacto con la Facultad de Ciencias Económicas me abrió un nuevo abanico de lecturas que me marcaron considerablemente. Por un lado, respecto a la historia de Cataluña, descubrí a autores como Jaume Vicens Vives, Pierre Vilar y Ferran Soldevila. Por otro, entré también de lleno en la historia del pensamiento económico y social. Y finalmente ensanché mucho mi conocimiento de los debates marxistas, desde el austromarxismo y los autores alemanes hasta los grandes estudios anglosajones (Hobsbawm, Thompson...). Ahora bien, hay que tener en cuenta que en aquellos momentos la historia contemporánea no

estaba todavía consolidada en el mundo académico en España. Por esta precariedad, mi acceso fue muy personal y gracias a mis relaciones con investigadores que conocí al margen de los cursos de la Facultad, como Josep Termes y Miquel Izard, por ejemplo. Además, ya en mi primer curso de Económicas, entré a trabajar en la confección de la adaptación española de la Enciclopedia Larousse. Allí consolidé mis relaciones con el emergente mundo cultural de izquierdas de Barcelona. Aparte de los mencionados, había gente como Isidre Molas, los hermanos Enric y Ernest Llach, Manuel Vázquez Montalbán o Josep Fontana, que encabezaba la sección de Historia.

¿Cómo llegó a sensibilizarse, en concreto, por la historia del movimiento obrero?

Por un lado, influyeron las referencias familiares que he comentado. Yo provenía de una familia trabajadora que apoyó a la República. El recuerdo de mi infancia estaba llena de relatos de guerra y república de los mayores. Mi padre creó antes de la guerra un ateneo social en la Barceloneta, se marchó voluntario al frente con la CNT, en 1939 fue encerrado en un campo de concentración franquista, y después se exilió a Francia; no volvió a Cataluña hasta 1942. El tío de mi padre, el litógrafo, se movió siempre en la órbita de UGT, mi abuelo materno luchó con la columna Durruti, y mi madre, muy joven en 1936, vivió con sus padrinos durante la guerra, y él, comunista, fue ejecutado en 1939 en el Camp de la Bota, en Barcelona. Mi experiencia personal antifrquista también tuvo su papel. Pero, además, Josep Termes me facilitó el paso hacia el estudio de estas cuestiones. Cuando fui a Mallorca para el servicio militar, Termes me pidió colaborar en la *Bibliografia dels moviments socials en els Països Catalans*. Esto me llevó, en Palma, a la biblioteca del Ayuntamiento y a la Provincial. Mientras consultaba libros me encontré con la abundante prensa obrera mallorquina, notoriamente con *El Obrero Balear*, el órgano socialista. Vi que aquello era un material muy interesante y cuando se lo comenté a Josep Termes, éste me animó a emprender el estudio a fondo de la historia del movimiento obrero en Mallorca.

¿En aquellos años de estudiante universitario tuvo contacto con el pequeño núcleo de historiadores contemporaneistas de la generación anterior?

En aquellos momentos la historia contemporánea —en particular la de la se-

gunda mitad del XIX y el XX— no estaba todavía consolidada en el mundo académico. Las referencias eran autores como José María Jover y Vicente Palacio Atard en Madrid, y Carlos Seco Serrano en Barcelona, así como Manuel Tuñón de Lara, que estaba en el exilio en Pau. Ahora bien, pronto destacaron también Josep Fontana (centrado en la crisis del Antiguo Régimen) y Josep Termes (más inclinado a la historia política y social). Sin olvidar el caso, peculiar, de otro discípulo de Jaume Vicens Vives, Casimir Martí, que era cura, un cura obrero y un futuro gran historiador social (así como la producción, que yo vi más de lejos, de Antoni Jutglar y Albert Balcells). De todos modos, mi acceso a la Historia Contemporánea fue inicialmente muy personal, carecía de una formación histórica fundamentada, y todo me interesaba. Fue a partir de mi trabajo en la Enciclopedia Larousse (primero en 1963-1967 y después con mayor dedicación específica en 1970-1973) cuando empecé a sistematizar lecturas y conocimientos de historia contemporánea.

Y en cuanto a las lecturas que contribuyeron a su formación, ¿cuáles destacaría?

En los primeros años mis lecturas todavía fueron muy literarias y cinematográficas, bajo el paraguas de la crítica marxista y con una preocupación fundamentalmente social que nos permitía poner en un mismo cajón a autores y personajes que posteriormente ibas descubriendo que mantenían matices y referencias ideológicas diversas. Quizás debería mencionar en una especie de totum revolutum (más coherente de lo que pueda parecer a primera vista): Lukács, Adorno, Hauser, Gramsci, Marx y Engels... Con muchas dosis de continuidad los estudios y ensayos de crítica literaria de aquellos hombres (comencé por ese lado mi conocimiento de Gramsci, Marx y Engels), los



En Granada, en abril de 2012, junto al monumento a Mariana Pineda.

completaba con la lectura directa de obras más filosóficas y políticas, para empezar, junto al triángulo de los grandes nombres marxistas, empecé a añadir Lenin. Ahora bien, continuaba con Sastre y Camus (quizás más Sartre que Camus), y con las lecturas iniciadas en 1962 en el Instituto de Bachillerato, que incluían, aparte de libros (por ejemplo, de Lefebvre, Garaudy), diversas revistas: *Les Temps Modernes*, o las publicaciones francesas e italianas del PCF y PCI, en especial *Le Mouvement Social*, *Crítica marxista* y *Studi Storici*, sin olvidar *Past and Present*, que bien que mal también intentaba leer. Además, hay que tener en cuenta que aquella literatura de divulgación marxista tuvo también una gran influencia en la concepción y la valoración de la obra de muchos escritores, novelistas o autores de teatro (recuerdo en especial mis lecturas de la obra de Bertold Brecht gracias a diversas traducciones en italiano que consultaba en

el Istituto Italiano de Barcelona) y del cine. Dados mis conocimientos precarios tanto del francés como del italiano (y mi práctico desconocimiento del inglés; no hablemos ya del alemán), forzosamente mis lecturas eran más bien superficiales. En cualquier caso, me tocó vivir unos años con una paulatina llegada de traducciones castellanas —algunas catalanas— y tuve la osadía incluso de traducir yo mismo algún folleto y artículo italiano y francés. Además, hay que tener en cuenta la publicación de algunos estudios en Cataluña y el resto de España y unas primeras tesis doctorales que permitían reforzar las líneas de interés que he señalado.

Centrándonos en su primer libro, El movimiento obrero a Mallorca, ¿en qué condiciones se desarrolló la investigación?

El estudio me llevó unos tres años. De entrada, la existencia del movimiento obrero mallorquín era una tierra claramente ignota. La historiografía contemporánea del momento no daba informaciones, ni siquiera pistas al respecto. Mantuve un contacto escaso con algunos investigadores, en particular con Josep Massot i Muntaner. Pude hablar con algunos antiguos militantes obreros, pero hay que tener muy presente el secretismo y la incomodidad que en aquellos momentos se creaba cuando pedías este tipo de informaciones. Por supuesto la documentación archivística accesible era prácticamente inexistente, por lo que me centré en la revisión sistemática de las publicaciones obreras de la época. Decidí fijar el final de mi estudio en 1936 porque era consciente de la ruptura que representó la Guerra Civil pero no porque creyera que fuera imposible analizar con objetividad aquel período



En Mont-Roig del Camp (comarca del Baix Camp), preparando, junto al historiador Josep Fontana i un amigo, un all-i-oli para la *Calçotada*. Marzo de 2014.

¿Hubo algún tipo de problema con la censura?

Si existió, no fue excesivo, porque los editores nada me comentaron, salvo algún pequeñísimo detalle más bien formal. Quizás porque la temática obrera de Mallorca a los censores les debió caer lejos (la edición se hizo en Barcelona, no en Mallorca). En este punto tuve más bien algún problema con mi estudio y la edición de la obra del anarcosindicalista Joan Peiró en 1975.

¿Estuvo en contacto con otros investigadores que emprendían el estudio de la historia del movimiento obrero en el resto de España?

Ciertamente, dada la situación que he apuntado, fui uno de los primeros historiadores de todo el Estado, al lado de otros muchos entonces muy jóvenes, que empezamos sistemáticamente a trabajar la historia del movimiento obrero, después de algunas

obras pioneras y decisivas, como las de Casimir Martí, Josep Termes y Albert Balcells en Barcelona; también, está claro, de Antonio Elorza desde Madrid y Manuel Tuñón de Lara, desde su exilio en Francia. En este punto: intervine por lo que recuerdo, al menos una vez en los coloquios que animaba a Tuñón en Pau (Francia), y también en el Coloquio de Historiadores que organizó la Fundación Bofill en Perpiñán. Ya después de publicar el libro de 1973, formé parte del comité asesor de la revista *Estudios de Historia Social*, que dirigía Elorza y publicaba el Ministerio de Trabajo. También fui uno de los participantes en unos encuentros de historia del movimiento obrero con gente de toda España que organizó en Valencia, desde la UNED, Javier Paniagua, años antes de salir adelante con la revista *Historia Social*, impulsada por el mismo Paniagua y José Antonio Piqueras, de la que fui cofundador y he sido miembro del Consejo de Redacción desde entonces. Todo ello expli-

ca mi implicación, también desde el principio, con la Asociación de Historia Social, de alcance español y sede en Madrid, promovida por Santiago Castillo, de la que he sido y soy también continuamente miembro de la Junta Directiva.

¿Cómo valora, en concreto, las aportaciones de Manuel Tuñón de Lara y de los coloquios de Pau?

Su importancia e impacto dentro de la historiografía contemporaneista y también en la del movimiento obrero, están fuera de toda duda. Ya sé que algunos historiadores posteriormente criticaron lo que entendían era un esquematismo y rigidez interpretativa de su obra, especialmente, en el caso de *El movimiento obrero de España en la historia de España*, un texto ambicioso que pretendía ofrecer una visión global y de conjunto. Soy de los que creo que aquel grueso volumen incorporaba los avances no sólo factuales sino metodológicos del momento. No debíamos olvidar que sólo él, en una época tan temprana como la de 1972, aceptó el reto.

En cualquier caso, debe recordarse (es otro de los temas a los que ha dedicado estudios específicos) que existían precedentes importantes en la historiografía popular y obrera española anterior a la Guerra Civil que a menudo han pasado desapercibidos. ¿Hasta qué punto estas obras fueron tenidas en cuenta en aquel momento?

He procurado en diversas obras poner de relieve y valorar la importancia de la larga historia de la historia del movimiento obrero en España a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del XX, una tradición historiográfica liberal, pero también militante y obrerista, que, sin duda, el franquismo combatió y quiso reformular y releer en clave no

sólo tradicionalista sino también fascista. Así, la recuperación y valoración positiva de aquellos análisis y de la tradición anterior a la ruptura que impuso el franquismo se produjo en la década de los ochenta y quizás los mejores resultados llegaron más adelante, a lo largo de los noventa.

En 1975 se incorporó como profesor en la Universidad Autónoma de Barcelona. ¿Qué ambiente te encontró con respecto a la investigación y docencia relativa a la temática obrera?

En la UAB el ambiente era joven, con la presencia destacada en Historia de algunos de los nombres antes mencionados, encabezados por Josep Fontana (Termes e Izard, pronto pasaron a la Universidad de Barcelona), y con una serie de compañeras y compañeros en Contemporánea, como Anna Sallés, Irene Castells, Borja de Riquer, Francesc Bonamusa, Joaquim Nadal, Jaume Sobrequés, o Albert Balcells. De todas formas, cabe decir que la nómina de todos aquellos profesores jóvenes estaba en Letras y era, por así decirlo, muy transversal y variada, con personas situadas en diversas posiciones metodológicas, ideológicas y políticas. ¿El papel y la presencia del movimiento obrero en los currículos de los estudiantes? Ciertamente se trató de una particularidad y novedad. No ocurría en ninguna otra universidad dentro de Historia. Y, por lo que recuerdo, tampoco dentro de Sociología o Políticas, donde sobre todo en Madrid estudiaron y se situaron la mayoría de los futuros autores de la historia del movimiento obrero. Cuando llegué a la Universidad Autónoma de Barcelona, existía una asignatura denominada Historia de los Fenómenos Sociales, que había promovido Antoni Jutglar y pronto varios profesores ofrecimos cursos específicos de Historia del Movimiento Obrero. Esta denominación,

con pequeñas variantes, se mantuvo bastante tiempo hasta que las reformas de los planes de estudio permitieron contar con asignaturas explícitas de historia el movimiento obrero. Ahora bien, es necesario ser conscientes de que estas líneas, a pesar de su importancia, no ocuparon de hecho un lugar central dentro de los planes de estudio de Historia en la UAB.

¿Qué diferencias existían entonces en España respecto a la Europa más desarrollada en cuanto al estudio de la historia del movimiento obrero?

La diferencia no provenía, en mi opinión, de la mayor o menor presencia del tema dentro de las universidades. Tenía más que ver con la fuerza y articulación legal e institucional del movimiento obrero. No olvidemos cuál había sido la situación política española, cuando apenas se empezaba a recuperar la visibilidad y el reconocimiento legal. En países como Inglaterra, Francia e Italia, por no hablar de las dos Alemanias, se habían conservado importantes instituciones y archivos documentales, y, lo que era tanto o más importante, los debates sobre la historia del movimiento obrero tenían un gran impacto social e intelectual. Basta con recordar el peso de las referencias marxistas, socialistas y comunistas, vertebradas por centros como la Fundación Feltrinelli, el Instituto Gramsci y el Archivo Ernesto Ragionieri en Italia, o el Instituto de Historia Social de París. En cambio, la presencia de la historia del anarquismo y el anarcosindicalismo era más limitada, salvo la labor que desarrollaba el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam.

En la segunda mitad de los setenta usted dedica gran parte de su atención al anarquismo y, en particular, trabaja sobre las figuras de Joan Peiró y Federica Montseny, publican-



El 11 de junio de 2015, tras la presentación en la Biblioteca Arús de Barcelona, del libro homenaje a Pere Gabriel, a raíz de su jubilación como profesor de la UAB. En la escalera de entrada a la Biblioteca, pueden distinguirse, entre otros historiadores e historiadoras, a Joan Serrallonga, Josep Massot i Montaner, Francisco Morente, José Luís Martín Ramos, Susanna Tavera, Ángeles González Fernández, Manuel Santirso, Jordi Pomés, Ángel Smith, Josep Pich, Enric Ucelay da Cal, Àngel Duarte, Soledad Bengoechea, Jordi Roca Vernet, etc.

do en 1975 y 1979 selecciones de sus escritos. ¿Por qué le interesan en particular Peiró y Montseny y a qué conclusiones llega?

Se trata de dos personalidades muy potentes del movimiento obrero tanto catalán como más en general español de la primera mitad del siglo XX, con una incidencia teórica muy importante más allá de su compromiso y activismo social. Al acercarme a ellas creo que de algún modo pude recuperar su papel o al menos facilitar unas bases sólidas para su estudio, más allá de una simple contraposición entre el anar-



Pere Gabriel en su despacho personal en Barcelona en octubre de 2018. Foto realizada por su nieta, Maria Pérez Gabriel, y expuesta en la Escola d'Arts Superior i Disseny Serra i Abella (Facultat de Belles Arts) en l'Hospitalet de Llobregat.

cosindicalismo y el anarquismo. Pude así matizar algunos esquematismos vigentes entonces —y también ahora— alrededor de unos hombres y mujeres abocados a la acción frente a las actitudes más reformistas o simplemente teóricas.

Una de sus líneas de trabajo destacadas desde los años noventa ha sido la de las relaciones entre el republicanismo y las distintas corrientes del movimiento obrero

En este aspecto, siempre he intentado explicar que yo no fui a buscar el republicanismo popular y obrero, sino que me lo encontré. En este sentido, pienso que mi único mérito ha sido y continúa siendo el no haber rechazado su estudio y menos negar su importancia en la configuración de una cultura obrera y también sindical o incluso ideológica. No puedo entrar ahora en detalle en

el tema, pero creo que la aceptación de esta confluencia (sin negar en absoluto las diferencias entre uno y otro, siempre conflictivas en la coyuntura política del día a día) me ha permitido romper con muchos clichés simplistas alrededor del uso en la historia del movimiento obrero de conceptos como los de pequeña burguesía y artesanado, y asimismo ampliar y poner en discusión imágenes y definiciones muy rígidas y mecanicistas del concepto de clase obrera. Más aún: me permitió y me ha permitido entrar de lleno en toda la problemática desde hace ahora ya bastantes años de la práctica nada fácil de una historia realmente cultural.

Entre las temáticas nuevas o poco trabajadas que le han interesado figuran los aspectos simbólicos e iconográficos del movimiento obrero.

Puede parecer una novedad, aunque

en absoluto lo es. A veces las novedades son presentadas como tales en función del mercado, y es fácil negar o contraponer lo nuevo a la continuidad y por tanto negar la larga historia del tema o la propuesta. Sin ir más lejos, el grupo de historia obrera y social al que me he referido inicialmente elaboramos y publicamos el 1989 una *Història Gràfica del Moviment Obrer a Catalunya*, que firmamos Francesc Bonamusa, Pere Gabriel, José Luis Martín Ramos y Josep Termes. No era en el fondo una apuesta especialmente novedosa, sobre todo si tenemos en cuenta historiografías como, entre otras muchas, la italiana, francesa o británica. Eso sí, lo importante no fue ni es ahora el uso de una *ilustración*, ni la incorporación de imágenes al texto. Lo importante es el análisis de los aspectos iconográficos y simbólicos como elementos esenciales para la comprensión y valoración de la cultura obrera en nuestro caso. Y en esta dirección —es cierto— últimamente he publicado diversos trabajos en los que la consideración de la iconografía siempre he procurado situarla dentro de sus connotaciones simbólicas y su importancia cultural.

También ha dedicado atención a las relaciones entre el movimiento obrero y las cuestiones nacionales y regionales en la España contemporánea. ¿Ha podido establecer, en este sentido, comparaciones respecto a otros países europeos?

Se trata, obviamente, de un aspecto muy politizado desde un principio, ya en el siglo XIX. Simplemente, en estos momentos quisiera destacar unas pocas afirmaciones. Nadie niega el peso de las formulaciones conservadoras y también retrógradas en parte de los movimientos de afirmación regionalista y nacionalista en España y en Europa, especialmente a finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Ahora

bien, no deberíamos olvidar que la problemática surge con fuerza en el momento de afirmación de los estados liberales y la promoción estatalista y centralista de unos procesos culturales de *nacionalización*, a menudo poco democráticos y en muchos casos poco progresistas. En este marco, no podemos obviar ni minimizar la importancia de unas afirmaciones también liberales y mucho más radicalmente democráticas que pretendían y en algunos lugares justificaban la hipótesis de otros significados sociales y formas de estado —si se quiere federales o confederales— que podían incluir la persistencia cultural propia y su desarrollo, y poco o nada tenían que ver con el conservadurismo y el tradicionalismo políticos. En este caso, la confluencia obrera y republicana tuvo también su papel, aunque a menudo una visión simplista ha pretendido ignorarlo.

Usted ha sido muy crítico con el concepto de «historia social» entendido de manera radicalmente diferenciada de la «historia política» y ha sido uno de los historiadores que ha propugnado de manera más explícita la necesidad de incorporar la historia del conjunto de la clase trabajadora —no solo de sus organizaciones— a la totalidad de la Historia Contemporánea.

Podría recordar en este punto muchas anécdotas y discursos entorno de la definición más catequista de la historia social, que algunos proclamaban y pretendían identificar con todo aquello que justamente no era la política ni lo político. En cualquier caso, y tal como rige la pregunta, desde siempre buena parte de la historia obrera y del movimiento obrero que se practicaba en Cataluña surgía directamente de profesionales de la historia contemporánea y la asunción de la política era consubstancial. De lo que se trataba (y yo aun pienso que se trata) era



Presentación de la segunda edición, revisada y aumentada, a los cincuenta años, del primer libro de Pere Gabriel, *El Moviment Obrer a Mallorca*. Junto al autor, Sebastià Serra, Lila Thomàs y David Ginard, en Palma, febrero de 2024.

y es no identificar la política con la política más institucional y gubernamentalista. En definitiva, no obviar una historia social de la política y de las culturas políticas; una aproximación que procure acercarnos en esta dirección al conjunto de la clase obrera y de los sectores populares (también al conjunto de los diversos grupos, sectores y clases de toda la sociedad) y por tanto no niegue su sustrato y contenidos tanto culturales como políticos, por ejemplo en fenómenos como el feminismo, el racismo y la discriminación de género, el esclavismo, etc. etc.

También es llamativa su inclinación hacia el estudio de la historia de la cultura y su relación con la política.

Como ya he insinuado, desde un comienzo ha sido clara mi inclinación a interrelacionar el pensamiento y la teoría política con la narración y análisis del movimiento obrero y los diversos movimientos sociales.

No es extraño por tanto que mi implicación en la práctica de una historia cultural se produjese sin grandes rupturas y menos de forma abrupta. Hablo ahora de un concepto de historia cultural, que, en alguna medida, constituye una ampliación epistemológica de la definición disciplinar de la historia. Me cuesta aceptar la existencia de compartimientos rígidos y muy diferenciados entre unos ámbitos de la política, la cultura, el pensamiento, la ideología, el arte, la literatura, etc. Sin negar evidentemente la posibilidad y utilidad de estudios específicos en estos diversos ámbitos. Simplemente, creo que no debemos minimizar las interrelaciones entre unos y otros, sino todo lo contrario. En cualquier caso, ante el uso —y abuso— de la apelación a la historia cultural y la introducción de lo cultura en las reflexiones y narraciones históricas debiéramos recordar que su práctica no significa ni se resuelve con la citación y la inclusión de apartados sobre temas, digamos culturales, sino

que, con mucha mayor dificultad y ambición exige un diálogo de fondo de la historia al menos, entre otras disciplinas, con la antropología, la psicología social y la sociología.

Entre 1994 y 1998 dirigió una importante obra colectiva, la Història de la cultura catalana, editada en diez volúmenes por edicions 62. Destaca la estructura adoptada en este caso, muy diferente a la de otros proyectos colectivos. ¿Cuál fue su planteamiento y como lo valora?

Rechacé la idea de dibujar una miscelánea panorámica y en ningún caso pretendí abarcar una formulación exhaustiva o mínimamente completa. No se trató por tanto de una obra con muchos apartados y muchos autores. La estructura interna de la *Historia de la cultura catalana* se fundamentó en unos pocos capítulos en cada tomo, donde los autores pudieran desplegar en la medida de lo posible explicaciones y valoraciones incisivas de las diversas temáticas consideradas. En este marco, aparte de la importancia dada a la ilustración y su explicación, así como a las cronologías —tampoco exhaustivas—, estoy especialmente satisfecho por haber sustituido los usuales prólogos o introducciones en cada tomo, por la existencia de unos textos muy específicos que marcasen alguna aportación y cuestión de debate, a modo de lema o ilustración significativa de la época. Como es de suponer, procuré que estos textos los redactasen autores que contaban con el mayor reconocimiento intelectual.

En este medio siglo de dedicación profesional ha tenido una vinculación muy estrecha con la investigación sobre el movimiento obrero desarrollada en otros países europeos, en particular Francia e Italia ¿Cómo ha evolucionado esta relación entre la historiografía española sobre el movimiento obrero y la

del resto de Europa? La impresión es que, a pesar de los espectaculares progresos alcanzados, los resultados de las investigaciones académicas sobre el movimiento obrero español tienen una presencia muy escasa, por ejemplo, en las síntesis generales sobre las distintas corrientes políticas y sindicales en la Europa contemporánea.

Nadie puede negar la internacionalización de la historiografía catalana y española que se ha producido en las últimas décadas. Por mucho que, eso sí, seguimos en general circunscritos, y en parte encerrados, dentro del ámbito y los espacios del hispanismo. Y en este sentido la presencia de la historia del movimiento obrero hispano no ocupa en los debates generales un papel central, al margen del impacto que representó y continúa representado la guerra civil del 1936-1939. Sin duda, la internacionalización ha incidido en la historiografía obrera y social en nuestro país. En este sentido, nos ha afectado a todos la evolución y el progresivo cambio de los paradigmas metodológicos e interpretativos, fijados en gran medida por una historia social europea cada vez más marcada por los debates y formulaciones de la sociología política y la antropología de matriz anglosajona. Llegados aquí, es necesario valorar el impacto y las aportaciones de nuevas formulaciones como las de la historia cultural, por más que ésta a menudo nos ha llegado y llega más bien a través de las propuestas francesas e italianas.

En estos últimos tiempos sus líneas de trabajo se han movido en buena medida en torno, por un lado, al estudio del movimiento obrero en el ámbito territorial que definió sus primeras publicaciones (las Islas Baleares) y por otro en la recuperación de la figura de Rossend Arús. Comenzando por la primera cuestión, ¿qué diría a quienes pudieran poner



Los historiadores Francisco Erice, Manuel Ballarín, José. G. Alén, Pere Gabriel y Sergio Gálvez durante unas jornadas en torno al PCE y la Guerra Civil, organizadas por la Sección de Historia de la FIM en Salamanca en mayo de 2006 (Foto: Manuel Bueno).

en duda la pertinencia de abordar la historia de la izquierda y del movimiento obrero en zonas de España como esta, en la que —aparentemente— existía un amplio predominio conservador y el nivel de conflictividad social antes de 1936 era escaso?

Algunos esquemas interpretativos muy rígidos, y de algún modo deterministas, que establecían en los años sesenta del siglo XX una consideración muy industrialista de la clase obrera, no facilitaban el prestar atención a estas zonas donde hipotéticamente los obreros no podían ser sino una minoría. De todas formas, creo que desde entonces hemos avanzado mucho, en una dirección más compleja, que creo mucho más correcta. Sin duda, ha facilitado las cosas el desa-

rollo de una historia más cultural y menos economicista, que ya los mejores clásicos —y no sólo E. P. Thompson— de aquellos años habían trazado. La ampliación metodológica y la propia práctica de una historia más local y localizada ha ampliado muchísimo el objetivo y por tanto nos permiten la obtención de unas fotografías más ajustadas a la realidad. Así, las diversas formas de trabajo y el continuum entre los diversos sectores activos dentro del mundo popular nos permiten, según creo, entender mucho mejor cual fue y ha sido la historia de los trabajadores y trabajadoras, tanto del oficio como del mundo de las fábricas y y la industria. En este aspecto, quizás uno de los retos actuales más acuciantes es el abordaje, también en las temáticas obreras y de la historia del trabajo, de las muchas aportaciones que una renovada historia del género y de la mujer ha impulsado.

Respecto a Rossend Arús, estamos hablando de un relevantísimo masón, dramaturgo, periodista y simpatizante federal barcelonés que vivió entre 1844 y 1891. Actualmente usted dirige la edición de su obra completa, de la que ya han aparecido cuatro volúmenes, y está a punto de concluir una biografía. ¿Qué valora especialmente de su vida y de su legado?

Su personalidad es sin duda muy atractiva y permite acercarnos a una figura muy representativa e importante de la cultura popular barcelonesa del siglo XIX. Es un ejemplo potente de muchas de las consideraciones que he mencionado en esta entrevista, acerca de la confluencia e interrelación entre republicanismo, catalanismo de progreso, configuración del federalismo, libre pensamiento y masonería (en este punto promovió una Gran Logia Simbólica Regional Catalano-Balear). Fue uno de tantos que combinaba el activismo político y el social (dotó en especial a los carnavales popu-

lares de la época de un contenido claramente democrático y republicano). No hace falta añadir que cultivó también con la máxima intensidad una literatura de voluntad popular muy mayoritariamente en catalán y no sólo festiva o satírica. Su obra teatral es muy numerosa: hemos recopilado su obra en cuatro grandes y voluminosos tomos. Fue en este aspecto un verdadero hombre de teatro, que actuó a menudo como empresario, aunque su obra periodística también fue muy notoria, y en especial impulsó una primera revista de toros en Barcelona. No fue un obrero, pero sí mantuvo una estrecha relación con militantes obreristas de una gran variedad de tendencias, desde aquellos que se situaban cercanos al reformismo posibilista hasta los más señalados teóricos anarquistas catalanes del momento. De su padre, que tras entrar como dependiente en una droguería logró crear un importante establecimiento dedicado a la venta y elaboración de tintes para la industria textil heredó una considerable fortuna y en su testamento (murió sin hijos) legó al pueblo de Barcelona, la instauración de una importante Biblioteca que se quería abierta a todos y no era privada, y paralelamente, la construcción del edificio del ayuntamiento y de las primeras escuelas públicas para niños y niñas en l'Hospitalet, donde había nacido su padre, y en Das (en la Cerdaña) de donde era su madre.

Y ya para acabar, ¿cuáles son sus próximos proyectos?

Espero en mi nueva etapa —he cumplido ya ochenta años— poder trabajar sin prisas y sin acumular compromisos inevitablemente condenados a llenar las carpetas de asuntos urgentes y pendientes. Como ya se ha dicho en esta entrevista, he de terminar pronto (en los próximos tres o cuatro meses) la biografía de Rossend Arús; paralelamente, continuaré impulsando la redacción y edición de los volúmenes que faltan de su Obra Completa. En segundo lugar, me he comprometido a terminar el estudio del republicanismo federal catalán y su relación con el español. Por este lado las biografías políticas de Josep María Vallès y Ribot y de Francisco Pi y Margall son centrales. Se trata de dos investigaciones que empecé hace ya muchos años y que cuentan con literalmente centenares de páginas ya redactadas. Por último, respecto a la historia del movimiento obrero, me gustaría abordar, con ambición, una de mis obsesiones y recomendaciones de los últimos años: ser capaz de presentar a partir de algún caso local concreto un ejercicio de *personalización* de su historia que rompa tanto con el anecdotismo banal como con el simple ensayo interpretativo abstracto. Veremos si lo consigo. Muchas gracias David.

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM



núm. 1 | 2016



núm. 2 | 2016



núm. 3 | 2017



núm. 4 | 2017



núm. 5 | 2018



núm. 6 | 2018



núm. 7 | 2019



núm. 8 | 2019



núm. 9 | 2020



núm. 10 | 2020



núm. 11 | 2021



núm. 12 | 2021



núm. 13 | 2022



núm. 14 | 2022



núm. 15 | 2023



núm. 16 | 2023



núm. 17 | 2024



núm. 18 | 2024

Todos los números de **Nuestra Historia** están disponibles en revistanuestrahistoria.com

fundación de
investigaciones
marxistas



 **transform!**
europe

NUESTROS CLÁSICOS

El historiador y su tiempo. Albert Soboul y los sans-culottes*

Joan Tafalla

Doctor por la Universidad Autónoma de Barcelona

El texto de Albert Soboul que publicamos en este número de *Nuestra Historia* forma parte de su largo recorrido de investigación sobre uno de los sujetos sociales claves de la revolución francesa (RF): el movimiento popular urbano^[1]. Durante su larga carrera como investigador y divulgador, Soboul se ocupó de muchos otros temas, como los problemas campesinos en la revolución. También nos dio una síntesis sobre la revolución que conoció muchas ediciones y que formó la opinión de amplias masas respecto a la RF. También propició la publicación de amplias partes de la *Encyclopédie*. Produjo una obra de síntesis sobre el siglo de las Luces, así como una visión global de los cambios introducidos por la revolución francesa en el ámbito de la civilización occidental. Claude Mazauric



Albert Soboul (Ammi-Moussa, Argelia, 1914 – Nîmes, Francia, 1982) (archivo-obrero.com).

*Este texto procede de «La multitud en la historiografía de la revolución francesa. Encontres i desencontres», trabajo de final de master presentado en la UAB, el 10 de septiembre de 2007 (directora, Irene Castells, inédito).

1.– Por ejemplo Albert Soboul, *Les papiers des sections de Paris (1790 - an IV). Répertoire sommaire*, 1950, publication de la *Commission d'histoire économique de la Révolution*. Véase también *Répertoire du personnel sectionnaire parisien en l'an II*, junto a Raymonde Monnier, París, Publications de la Sorbonne, 1985.

hizo un recuento de sus publicaciones que suma 311 títulos. Entre los cuales: 29 libros, más de 200 artículos en revistas científicas o en libros colectivos, además inventarios de archivos y ediciones críticas de textos de diversos autores (de Georges Lefebvre por ejemplo), prefacios e introducciones a

obras colectivas, y su *Diccionario histórico de la revolución francesa*, aún utilísimo y no superado^[2]. Muchos de esos títulos pueden encontrarse en castellano.

A los *sans-culottes* dedicó su tesis sostenida en la Sorbona el 29 de noviembre de 1958. Tras la aprobación de su tesis y hasta 1982 realizó un amplísimo trabajo como historiador, como formador de toda una escuela historiográfica y como divulgador. Finalmente, a pesar de las dificultades opuestas por el conservador establishment universitario en tiempos de guerra fría, consiguió una plaza universitaria. Soboul ejerció una enorme influencia en su tiempo y creo una amplísima escuela tanto en Francia como en el conjunto de Europa.

Los *sans-culottes* y la revolución «burguesa»

El título de su tesis era *Les sans-culottes en l'an II. Mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire, 2 de juin de 1793 - 9 Thermidor, an II*^[3]. Conoció numerosas ediciones en francés y en muy diversos idiomas^[4]. Se trata de una investigación ingente en torno a uno de los problemas clave de la RF: la relación entre la Convención *montagnarde* y el movimiento popular. A pesar del corsé interpretativo del paradigma que considera la RF simplemente como

una *revolución burguesa con apoyo popular* (PRBAP)^[5], usado y sostenido por Soboul tanto en la introducción como en la primera y tercera partes de la tesis, constituyen uno de los momentos más altos de la escuela del PRBAP. La mejor parte de la tesis tanto por el tema como por su tratamiento es la segunda, dividida en cuatro capítulos: «1.- Las masas populares y los militantes *sans-culottes*: mentalidad social y composición. 2.- Las aspiraciones sociales de los *sans-culottes* parisinos. 3.- Las tendencias políticas de la *sans-culotterie* parisina. 4.- La práctica política popular».

La tesis se centra en el estudio de un tema crucial en todas las revoluciones sociales que en el mundo han sido: la composición social, la mentalidad, las aspiraciones, las tendencias políticas, las dinámicas y los intrincados caminos de la construcción social de un sujeto revolucionario. Subsiguientemente, Soboul estudia la problemática relación entre el movimiento revolucionario de las amplias masas y la necesidad de institucionalizar y estabilizar las conquistas conseguidas por la revolución. En este segundo aspecto de la tesis, es donde creo que se deja notar más la incidencia de los grandes temas de actualidad en aquellos años.

El *rapport de soutenance* de la tesis, consensuado por el tribunal afirma:

«La tesis principal, aunque es esencialmente una obra de erudición, a menudo metódica, ofrece una explicación de dos grandes momentos de la Revolución Francesa en el año II: Germinal y Thermidor. M. Reinhard,

2.- Claude Mazauric, Soboul. *Un historien en son temps*, París, Éditions d'Albret, 2004, pp. 92-95.

3.- Editada antes de ser defendida ante el tribunal con el título *Les sans-culottes parisiens en l'an II. Histoire politique et sociale des sections de Paris (2 juin 1793, 9 thermidor an II)*, La Roche sur Yon, 1958, 1165 páginas. Tras su aprobación fue editada por la Librairie Clavreuil, con un subtítulo un poco diferente: *Les sans-culottes parisiens en l'an II. Mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire, 2 juin 1793, 9 thermidor*, París, 1958, 1168 págs.

4.- Muchas de ellas en ediciones de bolsillo, sin aparato crítico. Por ejemplo: *Mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire en l'an II. 1793-1794*, París. Science/Flammarion, 1973 o *Les sans-culottes parisiens en l'an II*, París, Éditions du Seuil, 1979 (reprint de una edición de 1968).

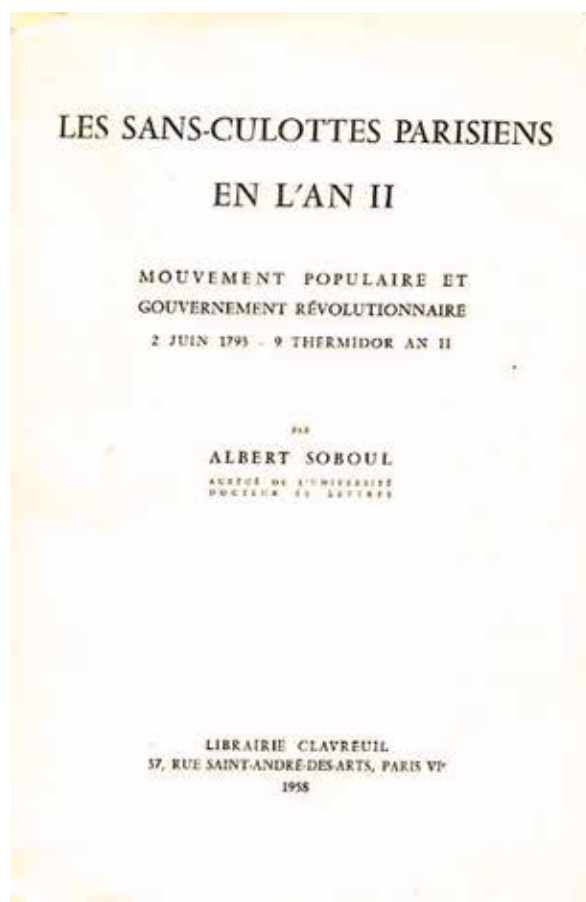
5.- Para el concepto de paradigma de la Revolución Burguesa con apoyo popular, véase «La multitud, como instrumento ciego de las élites o la formación del paradigma de la Revolución francesa como 'revolución burguesa'», capítulo III de mi trabajo de investigación de doctorado *La multitud en la historiografía de la revolución francesa. Encuentros i desencuentros*, presentado en la Universidad Autónoma de Barcelona, el 10 de septiembre de 2007, directora: Irene Castells, inédito, 2007, pp. 62-84.

afirma que ... la obra hará época en la historiografía revolucionaria ... Es la estructura social y mental de la *sans-culotterie* parisina la que sitúa en el centro de sus observaciones: los hábitos de vestimenta, el vocabulario y, sobre todo, el temperamento de los *sectionnaires*. Llega a la conclusión de que el gobierno evidentemente no podía, aunque hubiera estado inclinado a ello, aceptar las demandas de los *sans-culottes*. El señor Lefebvre felicita al candidato por haber realizado una gran obra, cuyo interés ya mostró Pierre Caron hace veinticinco años. También cree que el libro marcará una etapa en el progreso de la investigación histórica. Sin embargo, tiene algunas reservas. La interpretación que el señor Soboul hace de la crisis de Ventôse le parece un poco forzada: el gobierno no podía consentir en romper la unidad del Tercer Estado en favor de las reivindicaciones de los *sans-culottes*. Por otra parte, ¿no habría que señalar que los *sans-culottes*, si odiaban a la aristocracia y a los ricos, en el fondo despreciaban al proletariado? Por último, para comprender la actitud del gobierno, habría sido útil, señalar su impotencia para controlar la crisis de las subsistencias... Y, sin embargo, esta investigación en profundidad deja incertidumbres. El más significativo se refiere al antagonismo de los intereses, dentro de la *sans-culotterie*, entre artesanos y oficiales [...]»^[6].

La defensa de los tesis duró siete horas, lo que es muestra de que propició un rico debate entre los historiadores de primer nivel que formaban el tribunal. Por su enorme interés señalo el resumen de las posiciones defendidas por Georges Lefebvre en el tribunal en un *compte rendu* que publicó en los *Annales historiques de la Révolution Française*^[7].

6.- C. Mauzaric, *Soboul*, pp. 46-47.

7.- Recensión de la tesis por parte de Georges Lefebvre



Portada de la primera edición de la tesis de Albert Soboul (iberlibro.com).

¿La revolución fue simplemente una revolución burguesa?

Así pues, *Les sans-culottes parisiens en l'an II* constituye un hito esencial en el progresivo conocimiento histórico de las clases populares urbanas en la revolución francesa. Sin esta investigación seguramente no se hubieran producido los avances subsiguientes. Una vez dicho esto, debo decir que el paradigma interpretativo de la revolución francesa como revolución burguesa impide a Soboul comprender el lugar histórico del movimiento popular, a pesar del monumental trabajo erudito realizado, y también, a pesar del amor (lleno de reticencias y malentendidos) de nuestro historiador hacia su

en *AHRF*, 156 (1959), pp.164-173.

objeto de estudio. Como decía Louis Aragon: «No existe el amor feliz».

La segunda parte de la tesis es, con diferencia, la mejor. Nos encontramos ante un estudio de mentalidad, de temperamento y de comportamientos políticos de las clases subalternas urbanas, que se aparta de la simplificación «marxista» mostrada en las primera y tercera partes. Soboul define a los *sans-culottes* por oposición a la aristocracia y, en general, a los ricos^[8]. Ello mostraría su inmadurez política y, en definitiva, su subalternidad:

«Los *sans-culottes* no soportan el orgullo ni el desprecio: son sentimientos aristocráticos contrarios al espíritu de fraternidad que debe reinar entre ciudadanos iguales, implican obviamente una posición política hostil a la democracia que los *sans-culottes* practican en sus asambleas generales y sociedades populares. Además estos rasgos de carácter aparecen con frecuencia en los informes justificativos de la detenciones de sospechosos»^[9].

Para Soboul, el *sans-culotte* tiene una conciencia de clase limitada debido a que no se opone directamente a la burguesía sino a una categoría social un poco más inconcreta, la aristocracia:

«La aristocracia es, hasta este punto, el enemigo esencial de los *sans-culottes*, que llegaron a incluir bajo este término a todos sus adversarios, aunque no pertenecieran a la antigua nobleza, sino a los estratos superiores del antiguo Tercer Estado: marca el lugar de los *sans-culottes* en la Revolución y se enfatiza la autonomía de su acción»^[10].

8.– Las comillas no son casuales. A. Soboul, *Les sans-culottes parisiens*, p. 408.

9.– *Ibidem*, p. 409.

10.– *Ibidem*, p. 412.

A pesar de las evidencias aportadas por su ingente trabajo en los archivos, el paradigma tortura a Soboul y le obliga a analizar las posiciones de los robespierristas en favor de los obreros y de las aldeas simplemente como maniobras tácticas por parte de una determinada fracción de la burguesía. Para el Soboul de 1958, los robespierristas eran una facción burguesa y el proletariado habría sido representado por Hébert.

Además, Soboul solo ve un expediente táctico en la afirmación de Saint-Just el 8 ventôse: «Los desdichados las potencias de la tierra; tienen el derecho de hablar como soberanos a los gobiernos que los descuidan»^[11]. Si esta llamada a los *mal-heureux* fuera simplemente demagógica, seguramente Saint Just regalaría las orejas de los pobres con elogios desmesurados, pero no les otorgaría la soberanía en sus escritos y no hubiera defendido los decretos de ventôse. Creo que, en este punto el Soboul de 1958 retrocedió con respecto al Albert Mathiez de 1930^[12]. No, los decretos de ventôse no eran un tacticismo para manipular a las clases subalternas de la ciudad y del campo por parte de los robespierristas clasificados reductivamente por Soboul como políticos burgueses. La filosofía de la historia sostenida firmemente por Soboul, condiciona rígidamente las valoraciones del historiador. Sin embargo, hay que recalcar que nuestro historiador enriqueció su visión sin abandonar nunca del todo el paradigma después de 1958.

11.– Saint Just, *Rapport au nom du Comité de Salut public et du Comité de sûreté nationale sur les personnes incarcérés*, 8 ventôse an II (26 février 1794), en *Œuvres Complètes*, ed. de Annie Kupiec y Miguel Abensour, París, Gallimard, 2004, p. 668.

12.– Albert Mathiez, *La Terreur, instrument de la politique sociale des robespierristes*, en *Girondins et Montagnards*, París, Firmin-Didot et Cie, 1930, pp. 109-138.

La revolución y la lucha de clases

Después de cuatro páginas con testimonios del archivo que dan cuenta del nacimiento de la conciencia de clase, Soboul reduce este fenómeno a una oposición ricos-pobres y concluye que:

«Sin embargo, este estado de ánimo no puede generalizarse: las clases trabajadoras no pudieron tomar conciencia clara de la supremacía social de la burguesía hasta que la aristocracia fue definitivamente destruida»^[13].

Soboul llega a reducir al grupo social que se auto-identifica en esta fase de la RF como los *sans-culottes*, a la categoría de simples consumidores:

«Los consumidores urbanos, los *sans-culottes* parisinos, están naturalmente inclinados a oponerse a los que poseen el comercio de productos de primera necesidad. Como comerciantes, atacan a los mayoristas. Artesanos o jornaleros, más raramente obreros en el sentido actual de la palabra, seguían siendo esencialmente pequeños productores independientes en oposición a los poseedores del capital comercial. La crisis económica y las luchas políticas reforzaron este antagonismo inherente a la condición social de los *sans-culottes*... La reacción prevaleció definitivamente en el año III, y los comerciantes hicieron valer contra los antiguos terroristas los abusos que habían sufrido. Las simples observaciones constituían, en principio germinal, motivo suficiente para la detención. La crisis de subsistencias, al agravarse con la abolición del máximo, habían reforzado aún más la hostilidad contra el comercio entre los *sans-culottes*. Los expedientes sobre la represión antiterrorista

ofrecen una gran cosecha que nos permite clarificar la mentalidad popular sobre este punto: está matizada, con la ayuda de las circunstancias, desde la simple afirmación de hostilidad hasta el deseo decidido de destruir una categoría social»^[14].

Cuando nuestro historiador define el carácter de clase del movimiento popular afirma:

«Tanto como por los antagonismos entre la burguesía y la *sans-culotterie*, el gobierno revolucionario y el movimiento popular, el sistema del Año II fue llevado a la ruina por las contradicciones peculiares de la *sans-culotterie* parisina. No constituía una clase, ni el movimiento seccional un partido de clase. En las filas de la *sans-culotterie* había una mezcla de artesanos y tenderos, obreros y jornaleros, fundamentalmente hostiles a la aristocracia, al monopolista. Pero incluso dentro de esta coalición, la oposición no era menos clara hacia los artesanos y comerciantes que poseían sus medios de producción y vivían de las ganancias, y hacia los jornaleros que sólo tenían un salario. La aplicación del máximo sacó a la luz la contradicción: era imposible que las necesidades de la acción revolucionaria silenciaran los intereses. De reclutamiento heterogéneo, los *sans-culottes* no podían sentir una conciencia de clase positiva, aunque no se podía negar un cierto sentido de clase en algunos de ellos. A pesar de algunos tímidos intentos de coordinación, siempre carecieron de un instrumento eficaz de acción política: un partido estrictamente disciplinado y, por lo tanto, basado en el reclutamiento de clase, así como en una severa purga. Las consecuencias fueron particularmente graves para el movimiento popular»^[15].

13.- A. Soboul, *Les sans-culottes parisiens*, p. 421.

14.- *Ibidem*. pp. 421-424.

15.- *Ibidem*, pp. 488-489.

Cuando Soboul define la «clase para sí» («conscience de classe positive») ligándola a la existencia de un «partido estrictamente disciplinado y por tanto apoyándose tanto en un reclutamiento de clase como en una depuración severa», cualquier lector avisado por el contexto sabe de qué está hablando. Para el Soboul de 1958, la encarnación de la clase para sí es el partido comunista. Sin el PC no puede haber «clase para sí». Nos encontramos ante el condicionamiento directo del trabajo del historiador por el aire del tiempo y del país que le ha tocado vivir: una forma de presentismo histórico.

Tras la obra de Georges Rudé^[16], de Sewell^[17], de Haim Burstin^[18] y de E.P. Thompson^[19] para el caso inglés, el concepto de clase usado por Soboul nos parece demasiado estático. Soboul no parece percibir la clase que se desarrolla a partir de la cultura moral y material, así como de la experiencia adquirida en la lucha de clases, como proceso permanente de constitución o de deconstrucción al albur de la lucha de clases. Siendo un poco reductivo para Soboul la clase es, solamente, un grupo social que ocupa un determinado lugar en las relaciones de producción: si produces plusvalía, entonces eres clase obrera, si no, no.

Se trata una concepción demasiado homogénea de la clase. Una homogeneidad que nunca ha existido en las clases subalternas. Las clases trabajadoras, el pueblo trabajador, el proletariado, la multitud, llamémosle como se quiera, nunca han sido tan homogéneos como quieren los partidarios del marxismo de segunda generación. Quizá ha sido en los años cincuenta del siglo XX, con la producción fordista, cuando la realidad francesa se ha acercado más a esta visión tan homogénea de la clase.

Para el Soboul de 1958 la conclusión de todo ello es clara: «El drama de germinal fue el prólogo de thermidor»^[20]. Para él, la explicación de la parálisis e incluso la división del movimiento popular ante Thermidor y por lo tanto de la derrota de los jacobinos robespierristas, sería la creciente división entre un gobierno revolucionario que estaría aplicando una política económica supuestamente burguesa y un movimiento popular con intereses de corporativos clase propios, además de la burocratización creciente del personal político societario y del drama de germinal.

Nos encontramos ante una nueva forma de presentismo en la obra soboulina: una concepción de la clase obrera determinada por la experiencia de la clase obrera del fordismo. En este caso, el ser social crea la conciencia... del historiador.

16.- George Rudé, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1949*, Madrid, Siglo XXI, 1989. También: *El rostro de la Multitud*, edición a cargo de Harvey J. Kaye, Valencia, Historia Social 2000.

17.- William H. Sewell, jr, *Trabajo y revolución en Francia, El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo régimen hasta 1848*, Madrid, Taurus Humanidades, 1992.

18.- Haim Burstin, *Une Révolution à l'œuvre. Le faubourg Saint-Marcel (1789.1794)*, Paris, Champ Vallon, 2005.

19.- Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, prólogo de Josep Fontana, Barcelona, Crítica, 1989. También *Costumbres en Común*, Barcelona, Crítica, 1995.

20.- A. Soboul, *Les sans-culottes parisiens*, p. 341.

Aspectos políticos de la democracia popular en el año II*

Albert Soboul

Los *sans-culottes* parisinos fueron políticamente el partido más avanzado de la Revolución Francesa. Concebían la soberanía popular en el sentido pleno del término, reivindicando tanto el derecho a sancionar las leyes, como al control y a la revocabilidad de los electos. En sus asambleas generales de sección practicaban la democracia directa, afirmando ser una «república popular»^[1]. Pero ¿podían conciliarse las concepciones burguesas de la democracia con las tendencias políticas de la *sans-culotterie*? Su comportamiento se caracterizó por una serie de prácticas que los oponían a la burguesía. Concebidas y probadas en el calor del momento, contribuyeron al progreso de la Revolución y al fortalecimiento de la dictadura jacobina. Pero ¿eran finalmente compatibles las tendencias políticas y las prácticas de la *sans-culotterie* con las necesidades de la revolución burguesa?

I

La soberanía reside en el pueblo: de este principio se derivaba todo el compor-

1.- Encontramos la expresión «república popular» en el *Essai sur la dénonciation politique* de Etienne Barry (Bibliothèque nationale, LC 809, imp. in-8°)

*Publicado en el nº 71 de la revista *La Pensée*, enero-febrero de 1957, pp. 22-34. Traducción de Joan Tafalla

tamiento político de los *sans-culottes*. No concebían la soberanía como una abstracción, sino como la realidad concreta del pueblo reunido en sus asambleas seccionales y ejerciendo la totalidad de sus derechos. La soberanía popular era «imprescriptible, inalienable, indelegable», según la sección parisina de la *Cité* del 3 de noviembre de 1792. Los *sans-culottes* sacaron de esta idea una consecuencia que constituyó una de las palancas de la acción popular: la censura, el control y la revocabilidad de los cargos electos.

Aquí hay que remontarse a Jean-Jacques Rousseau y su obra *El Contrato Social*. Rousseau había criticado duramente el sistema representativo tal como funcionaba en Inglaterra:

«El pueblo inglés se cree que es libre, pero se engaña sobremanera; sólo lo es durante la elección de los miembros del Parlamento; una vez elegidos, es un esclavo, no es nada [...] Los diputados del pueblo, por tanto, no son ni pueden ser sus representantes; no son más que sus comisarios»^[2].

Los *sans-culottes* los llamaran sus *mandatarios*. El 22 de septiembre de 1792, un ciudadano de la sección de las *Tuileries* ob-

2.- *Del Contrato Social*, Libro III, Capítulo XV.

servó que los diputados a la Convención, «no deben llamarse representantes, sino mandatarios del pueblo»^[3]. Leclerc escribiendo en el *Ami du peuple* del 21 de agosto de 1793, parafraseando a Rousseau, desarrolla lo que los *sans-culottes* pensaban confusamente:

«Un pueblo representado no es libre [...] No prodiguen este epíteto de representantes [...] La voluntad no puede representarse [...]; tus magistrados no son más que tus mandatarios».

Durante el año II, muchos *sans-culottes* firmaban sus demandas a los representantes: *tu igual en derecho*.

Para conciliar el sistema representativo con las necesidades de una verdadera democracia, los *sans-culottes* exigían el derecho a sancionar las leyes. El control de los electos por el pueblo tendía al mismo fin. Fue fuertemente reclamado por las secciones parisinas durante las elecciones a la Convención. En lo que se refiere a la soberanía popular, la elección en dos grados multiplicó aún más los inconvenientes del sistema representativo. Bastantes secciones intentaron remediar estos inconvenientes censurando las decisiones de la asamblea electoral del departamento de París y ejerciendo su derecho de control y revocación.

La Asamblea Legislativa había abolido la distinción entre ciudadanos activos y pasivos, pero mantenía el sistema de elecciones en dos grados. Pero el sufragio universal directo era exigido por las secciones más avanzadas. En sus texto *Medios presentados a la sección de Marsella para establecer irrevocablemente la libertad y la igualdad*, Lacroix denuncia el sufragio en dos grados como:

3.- *Del Contrato Social*, Libro III, Capítulo XV.

2. Bibliothèque Victor Cousin, ms. 118, f. 97.

«inmoral, destructor de la soberanía del pueblo, favorable a las intrigas y a las cábalas»^[4].

El 21 de agosto de 1792, la sección de *Quinze-Vingts* adoptó un proyecto de petición ya votado por la sección de *Montreuil*:

«que no haya cuerpos electorales, sino que las elecciones de cualquier clase se hagan en las asambleas primarias»^[5].

El 27 de agosto, la sección de la *Place-Vendôme*, la de Robespierre, exigió, para evitar los inconvenientes del sufragio indirecto, que los electores votaran en voz alta y en presencia del pueblo^[6]. El mismo día, la asamblea primaria de la sección de Bondy afirmó

«que el pueblo soberano no debe encargar a nadie el ejercicio de derechos que no puede delegar sin inconvenientes, y que la representación sólo es verdadera cuando deriva inmediatamente de los representados»^[7].

El mismo 27 de agosto de 1792, el Consejo General de la Comuna aprobó estas aspiraciones decretando que los electores debían votar en voz alta, en presencia del pueblo, y que las elecciones de la asamblea electoral debían someterse a la aprobación de las diversas secciones^[8].

4.- *Moyens présentés à la section de Marseille pour établir irrévocablement la liberté et l'égalité*, Bibliothèque nationale, Lb⁴⁰ 461, imp. s.f. in-8°, Tourneux, n° 8917.

5.- Archives de la préfecture de police, A A/266, p. 250.

6.- Bibliothèque nationale, Lb10 2064, imp. en 8°, Tourneux, n° 8664. El texto fue firmado por «Robespierre, presidente» de la sección.

7.- Archives nationales, B 1 15.

8.- Bibliothèque nationale, Lb48 1154 g., imp. en folio plano ; Tourneux, n° 6162.

La censura o el escrutinio depuratorio de los representantes electos no sólo tenía por objeto poner remedio los inconvenientes del voto de dos niveles, sino que manifestaba el carácter indivisible de la soberanía popular. El 27 de agosto de 1792, la sección de la *Place-Vendôme* pidió que los diputados nombrados por los electores fueran:

«sometidos a la revisión y al examen de las secciones o de las asambleas primarias, a fin de que la mayoría rechace a los que no son dignos de la confianza del pueblo».

La sección de *Bondy* solo concedía a la asamblea electoral el derecho de presentación:

«reservándose el derecho a reconocer como diputados sólo a aquellos que sean confirmados o aprobados por la mayoría de las asambleas primarias del departamento».

El mismo 27 de agosto, El Consejo General de la Comuna, volvió a adherirse a estos puntos de vista. El 31 de agosto, la sección de la *Maison-Commune* decretó que los electores solo indicarían a los diputados, las secciones los aceptarían o rechazarían^[9]. El 1 de septiembre, la sección de *Poissonnière*:

«Considerando que el pueblo soberano tiene el derecho de prescribir a sus representantes la conducta que deben seguir para obrar de acuerdo con su voluntad»

declara que los diputados serán discutidos, aprobados o rechazados por las asambleas primarias^[10]. La presión popular fue tal que, el 12 de septiembre, la asamblea electoral del departamento de París decidió

presentar a las secciones la lista de diputados electos a la Convención:

«con el fin de preparar la aprobación del pueblo por el escrutinio depuratorio, y además con el objetivo de despertar el espíritu de soberanía en todos los miembros del cuerpo político»^[11].

Cualquiera que haya sido la convicción popular en materia de soberanía, no se puede ocultar que los principios más solemnemente proclamados también estaban sujetos a las circunstancias. Si antes del nombramiento de los diputados se afirma con tanta fuerza el principio de censura por las secciones, es porque se trata de protegerse contra cualquier mala elección de la asamblea electoral: el pueblo estaría entonces en condiciones de rectificar el voto de los electores. La asamblea general de la sección de las Quatre-Nations lo explicaba claramente. El 9 de septiembre de 1792, recordando, la necesidad de excluir de todos los lugares «a los *feuillants*, peticionarios, capellanes y otros intrigantes de esta clase», dictaminó que «si por desgracia uno de estos individuos designados llegase a ser nombrado representante del pueblo», la sección se reservaba el derecho de rechazarlo y proceder a otra votación^[12]. Al igual que con el principio general de la soberanía popular, la censura de los diputados era defendida por necesidades tácticas. Cuando se hizo evidente que los diputados nombrados por la asamblea electoral pertenecían en su mayor parte a la *Montagne*, los sectores avanzados cambiaron su actitud y cambiaron los principios: la censura de los diputados, si se llevaba a cabo, corría el riesgo de ir en contra del objetivo deseado. El Consejo General de la Comuna, que el 27 de agosto

9.- Archives nationales B I 14.

10.- Archives nationales B I 14.

11.- Archives nationales, F⁷ 4718, dossier Gaudet.

12.- Archives départementales de la Seine, D 1017.

había exigido la sanción de las elecciones del electorado por parte de las secciones, no tuvo miedo de recapacitar: publicó un discurso a mediados de septiembre «sobre los inconvenientes que se encontrarían al someter a los diputados a la Convención a una votación purificadora»^[13].

De hecho, ya ciertos sectores o agitadores moderados atacaban las reputaciones patrióticas más sólidas. El 19 de septiembre de 1792, la sección *des Marchés* solo aceptó el nombramiento de Marat para la Convención tras una larga discusión y no sin haber denunciado los «principios de desorganización» del *Ami du peuple*^[14]. Mehéé hijo se indignaba por el hecho de que quisieran privar a los ciudadanos del derecho de aceptar o rechazar a los diputados nombrados por los electores: era sólo para atacar mejor a Robespierre^[15]. Ante el peligro, ciertas secciones renunciaron a ejercer el escrutinio depuratorio de los diputados por cuestiones ligadas al momento político; al propio tiempo seguían proclamando su apego a dicho principio. Así, el 18 de septiembre de 1792, la asamblea general de la *Réunion*, declaró que renunciaría «sólo por esta vez» a ejercer su censura sobre los nombramientos de la asamblea electoral^[16]. La sección de *Poissonnière*, con el fin de conciliar «tanto los derechos del pueblo como lo que exige la salvación del país», decidió el mismo día posponer la revisión de los diputados hasta «después del regreso de nuestros hermanos que habían partido hacia las fronteras»^[17].

13.– Archives départementales de la Seine, D 771, Adresse du Conseil général de la Commune aux quarante-huit sections.

14.– Bibliothèque Victor Cousin, ms 118, f. 13.

15.– Bibliothèque nationale, Lb-i 10842, imp. in-40.

16.– Bibliothèque nationale, Lb40 2098, imp. in-8° ; Tourneux, n° 7892.

17.– Bibliothèque nationale, lb40 2068, imp. in-8° ; Tourneux, n° 8708.

Para salvaguardar el principio de soberanía popular, no basta con que la censura de los diputados ponga remedio a la elección en dos grados. Era necesario que los electos fueran fieles al mandato que han recibido. Sin retomar formalmente la teoría del mandato imperativo, tal como se había afirmado durante las elecciones a los Estados Generales y la elaboración de los *cahiers de doléances*, las secciones parisinas enunciaron claramente, durante las elecciones a la Convención, el principio del control y la revocabilidad de los representantes elegidos por el pueblo soberano. De ese modo se mitigaron hasta cierto punto los inconvenientes del sistema representativo.

El 25 de agosto de 1792, la asamblea general de *Marché-des-Innocents* estableció, como base esencial de una Convención Nacional, que «los diputados serán revocables a voluntad de sus departamentos», y que «los funcionarios públicos serán revocables por sus comitentes, cuyas deliberaciones estarán obligados cumplir»^[18]. El mismo día, la asamblea general de la *Bonne-Nouvelle* invitó a las secciones de París «a recordar a sus delegados el derecho inalienable que tienen a retirar su poder y a recordarles el objeto de su misión»^[19]. El 9 de septiembre de 1792, en la asamblea electoral del departamento de París, un elector de la sección de *Les Halles* propuso:

«declarar como principio que la soberanía imprescriptible del pueblo supone reconocer el derecho inalienable y la facultad de revocar a sus representantes, cuando lo juzgue conveniente y de acuerdo con sus intereses».

18.– Bibliothèque nationale, Lb40 3166, imp. in-8°.

19.– Archives départementales de la Seine, 4 AZ 698.

La Asamblea Electoral, que el 6 de septiembre, sobre una propuesta de revocabilidad de los diputados «en caso de negligencia o prevaricación», se contentó con remitir la cuestión a las asambleas primarias, pero adoptó la propuesta de la sección de *Les Halles*. El 18 de septiembre, la asamblea de la sección *Droits-de-l'Homme* declaró que se reservaba el derecho de revocar a los diputados «si se sospecha que en el curso de su período de sesiones se hacen sospechosos de incivismo»^[20]. La asamblea general de la sección de la Réunion declaró el mismo día:

«que se reserva expresamente el derecho a revocar a los diputados electos en el caso de que, en el curso de sus funciones, realicen algún acto que les hiciera sospechosos de incivismo o de tratar de introducir en Francia un gobierno contrario a la libertad y a la igualdad»^[21].

El principio del control y de la revocabilidad de los diputados no fue afirmado por las secciones parisinas de manera abstracta: en las circunstancias del verano de 1792, respondía a necesidades tácticas precisas. Lo mismo pasaba con el principio de la censura de los nombramientos de la asamblea electoral. Se trataba de asegurar el triunfo de los patriotas. Además, este mismo principio era recordado cada vez que la política revolucionaria se veía amenazada. Los diputados, para usar los términos de un folleto del verano de 1792, no eran más que mandatarios, portadores de las órdenes de los ciudadanos:

«Por lo tanto, ellos deben seguirlas estrictamente, no apartarse de ellas, y deben res-

ponder ante sus electores por todo lo que hayan dicho, escrito o hecho, en el ejercicio de sus funciones como agentes».

En otoño de 1792, en el conflicto que enfrentó los girondinos y montañeses, las secciones avanzadas reclamaron el derecho a censurar a los electos y a exigirles cuentas, mientras que las secciones moderadas protestaron contra esta reclamación.

Durante las operaciones electorales para la renovación de las autoridades parisinas, iniciadas el 11 de noviembre de 1792, la sección de *Quatre-Vingt-Douze* invitó a la asamblea electoral del 18 de diciembre a permanecer fiel al compromiso asumido de someter sus nombramientos a las secciones para su aprobación: los representantes elegidos debían pasar «por el crisol y la censura de las secciones y, además, debían rendirles cuentas»^[22]. Por su parte, la sección de los *Champs-Élysées* denunciada el 30 de diciembre:

«estos decretos dictados por un espíritu maquiavélico y desorganizador: los deseos de los ciudadanos son forzados por amenazas de proscripción y los principios son olvidados hasta el punto de querer influir, mediante la publicidad de un juramento indiscreto, a los representantes de toda la nación».

Este artículo exigía el respeto «en toda su plenitud» a la libertad de los representantes^[23]. De este modo, la oposición entre dos concepciones del régimen representativo, una popular y otra burguesa, quedó plenamente marcada.

A medida que la crisis se agudizaba en marzo de 1793, los patriotas avanzados exigieron la aplicación del derecho del pueblo

20.- Bibliothèque Victor Cousin, ms 120.

21.- Bibliothèque nationale, Lb40 2098, imp. in-8° ; Tourneux, n.º 7892.

22.- Bibliothèque nationale, Lb40 1964 (1), imp., in-8° ; Tourneux, n.º 7932

23.- Archives départementales de la Seine, D 783, imp. in-8° ; Moniteur, XV, 8.

a destituir a sus representantes, contra la facción impía. El 10 de marzo, durante el primer intento de eliminar a los girondinos, el club de los *Cordeliers* invitó al departamento de París, «parte integrante del soberano», a asumir el ejercicio de la soberanía; que se convoque al electorado de París para renovar «a los miembros que son traidores a la causa del pueblo»^[24]. El mismo día, la sección de las Quatre-Nations exigió «como medida suprema y única eficaz» la convocatoria de las secciones para autorizar a la asamblea electoral del departamento de París

«a revocar a los representantes infieles indignos de ser legisladores del bien público, ya que traicionaron su mandato al votar por la conservación del tirano y la llamada al pueblo»^[25].

Los girondinos se opusieron al principio de la revocabilidad de los cargos electos, el de su inviolabilidad. La sección de las *Tuilleries* observó el 10 de abril de 1793 que la inviolabilidad de los electos:

«habiendo sido imaginado bajo un reinado monárquico, los diputados no pueden gozar de él en un gobierno republicano; los mandatarios deben rendir cuentas de sus actos y acciones ante un pueblo libre».

En consecuencia, la sección de las *Tuilleries* exigió la abolición de la inviolabilidad:

«que es un privilegio odioso, un manto pérfido con el que un mandatario corrupto puede cubrirse para traicionar impunemente los intereses del pueblo»^[26].

24.– Moniteur, XV, 702 : citado por Vergniaud en su discurso a la Convención, 13 de marzo de 1793.

25.– Archives de la Préfecture de Police, AA/266, pág. 248, copia certificada firmada por Varlet.

26.– Bibliothèque Victor Cousin, ms 118, f. 104.

En nombre de estos mismos principios, el 12 de mayo, la sección de *Finistère* daba testimonio de «su descontento [...] por los infortunios que la negligencia, la incompetencia o la mala fe de la Convención nos causan», y convocó a los representantes a «explicarse categóricamente, sobre si ellos pueden, sí o no, salvar la cosa pública»^[27].

Esta convicción popular sobre la inviolabilidad y revocabilidad de los representantes electos fue la justificación teórica de las jornadas del 31 de mayo y del 2 de junio de 1793: la Convención no obedeció el mandato del soberano en relación con los representantes considerados traidores a su mandato. Entonces, el pueblo retomó el ejercicio directo de la soberanía e impuso la destitución de los 22 diputados girondinos. El 21 de mayo, Luillier, procurador general del departamento, requirió a la Convención, en nombre de las autoridades revolucionarias, a que obedeciera a los deseos de la nación; la diputación y una multitud de ciudadanos acudieron a mezclarse «fraternalmente con los miembros de la parte izquierda»^[28]. El 2 de junio, el presidente de la diputación de las autoridades insurreccionales declaró que los ciudadanos de París «reclaman a sus representantes sus derechos traicionados indignamente»^[29]. La insurrección fue la consecuencia última del principio de soberanía popular.

Los *montagnards*, que desde agosto de 1792 habían sostenido y precisado las reivindicaciones populares de soberanía, una vez en el poder, las incorporaron a la ley. El 25 de mayo de 1793, la sección de l' *Unité*, «considerando que la responsabilidad es la esencia de una república», había solicitado que un tribunal compuesto de miembros de todos los departamentos se pronunciara,

27.– Bibliothèque Victor Cousin, ms 118, f. 104.

28.– Moniteur, XVI, 537.

29.– Moniteur, XVI, 543.

en el momento de las elecciones, sobre la conducta de los diputados de la sesión anterior:

«y que aquellos que no han hecho méritos ante la patria [...] sean rechazados para siempre de todos los puestos de la República»^[30].

El 18 de junio de 1793, las secciones de Arras plantearon el problema con toda su urgencia declarando a la Convención que cinco diputados del *Pas-de-Calais* habían perdido su confianza; la Asamblea no tomó ninguna decisión^[31]. Hérault de Séchelle, durante la discusión del proyecto de Constitución, presentó, el 24 de junio de 1793, un capítulo titulado *De la censure du peuple contre ses députés et de sa garantie contre l'oppression du corps législatif*. Esta propuesta suscitó una fuerte oposición y Couthon, en nombre del Comité de Salvación Pública, lo hizo rechazar^[32]. Una vez más, las necesidades tácticas prevalecieron sobre los principios.

El reforzamiento del Comité de Salvación Pública, y luego el establecimiento gradual del Gobierno Revolucionario, no silenciaron por completo las reivindicaciones de las secciones en esta materia, que además eran mantenidas por la prensa popular. Leclerc, en el *Ami du peuple* del 21 de agosto de 1793, recordaba a los diputados que estaban bajo la *atenta mirada* del pueblo:

«Su brazo será remunerador, o vengador, según lo que vuestras acciones hayan creado en su opinión sobre vuestra conducta».

30.- Archives nationales, C 255, d. 483, p. 15.

31.- Archives nationales, C 258, d. 529, p. 31 ; Moniteur, XVI, 689.

32.- Moniteur, XVI, 739. «Nuestra intención - declaró Hérault- era dar a la parte del pueblo que elegía un diputado la tarea de juzgar su conducta, y añadimos que un diputado no podía ser reelegido hasta que su conducta hubiera sido aprobada por sus electores».

El 4 de agosto, la sección de Amis-de-la-Patrie había pedido al Consejo General de la Comuna que los diputados fueran juzgados después de la sesión y «que se les valorara según sus obras»^[33]. El 29 de septiembre de 1793, la sección de la *Halle-au-Blé* afirmó solemnemente:

«que sólo al soberano le corresponde examinar a los miembros de los poderes constituidos que él mismo ha elegido»^[34].

Al comienzo del Año II, la sección del *Observatoire* volvió a recordar:

«que la soberanía del pueblo incluye necesariamente el derecho de revocar a sus representantes infieles y a todos los funcionarios públicos indignos de su confianza»^[35].

Este control del pueblo fortaleció la autoridad de los representantes en los que depositaba su confianza. Algunos *Montagnards* se dieron cuenta de esto: en la crisis del verano de 1793, consideraron necesario justificar sus acciones ante su sección. Así, Collot d'Herbois, miembro de la sección de Lepeletier, en misión a los departamentos de Oise y Aisne, envió a su sección desde Senlis, el 4 de septiembre, un informe sobre su conducta y la recopilación de sus decretos. La asamblea de dicha sección los discutió y aprobó^[36]. Esta comunicación permitió a las secciones controlar a sus representantes electos y a los representantes a contribuir a la dirección de la opinión pública.

Una vez que el gobierno revolucionario y la dictadura jacobina se establecieron firmemente por el decreto del 14 de frima-

33.- Affiches de la Commune, 5 de agosto de 1793.

34.- Bibliothèque nationale, Lb⁴⁰1875, imp. in-4° ; Tourneux, n° 8241.

35.- Archives départementales de la Seine, D 933.

36.- Archive de la Préfecture de Police, AA/266, págs. 306 à 309.

rio del año II (4 de diciembre de 1793), la afirmación de los principios de la soberanía popular desapareció. El *Comité de salut public* se preocupaba sobre todo por la centralización y la eficiencia: ya no toleraba ni siquiera el simple recordatorio del derecho del pueblo a controlar y revocar a sus representantes elegidos. Los principios populares estaban subordinados a las exigencias de la revolución burguesa.

II

Ciertas prácticas de los *sans-culottes* parisinos en sus asambleas políticas inquietaban a la burguesía y suscitaban la oposición del gobierno revolucionario. Por ejemplo, la práctica de votar en voz alta o por aclamación. El *sans-culotte* estimaba que el patriota no tenía nada que ocultar, ni sus opiniones ni sus acciones. Por lo tanto, la vida política debía desarrollarse a plena luz del día, bajo la mirada del pueblo. Los cuerpos administrativos y las asambleas de las secciones tenían que deliberar en sesiones públicas, los electores debían votar en voz alta bajo la mirada del pueblo: sólo se actúa en secreto si se tienen malos designios. «La publicidad es la salvaguarda del pueblo».

La práctica del escrutinio en voz alta se estableció después del 10 de agosto de 1792. El día 17, después oír la lectura de la ley de creación del Tribunal Penal Extraordinario, asamblea de la sección del *Théâtre-Français* decretó que, «en vista de la urgencia y la necesidad de organizar este tribunal con prontitud», ella nombraría a su representante por aclamación^[37]. Para las elecciones a la Convención, se impuso el voto en voz alta para todas las operaciones. Ello permitía al pueblo influir en la elección de los votantes y remediar hasta cierto punto el voto de dos niveles, que se consideraba destructivo de la

soberanía popular. El 27 de agosto de 1792, bajo la influencia de Robespierre, la sección de la *Place-Vendôme* decretó que los electores votasen en voz alta y en presencia del pueblo; para hacer efectiva esta última precaución, las operaciones electorales se realizaron en el club de los Jacobinos^[38]. El mismo día, la sección de Bondy decidió que todas las elecciones debían celebrarse en voz alta, y que la asamblea electoral debía rodearse del mayor número de ciudadanos «para ser testigos de la voluntad de cada elector». Esa era la única medida capaz de «frustrar las intrigas y obligar a los electores a no abusar de sus poderes»^[39]. El Consejo General de la Comuna aprobó esas medidas el mismo día: las votaciones se harían en voz alta y nominalmente, las sesiones se celebrarían en presencia del pueblo; el salón del Palacio Episcopal no ofrecía los arreglos necesarios para recibir al público, la asamblea electoral se sentaría en la sala de los jacobinos^[40]. En octubre de 1792 se volvió a plantear la cuestión del método de votación para el nombramiento del alcalde de París y de los funcionarios municipales: las mismas razones de supervisión revolucionaria llevaron a la mayoría de las secciones a emplear el mismo procedimiento. La ley electoral imponía el voto secreto, pero la sección *Mirabeau*, argumentando «sobre los inconvenientes y peligros» que resultarían de ello, exigía una votación en voz alta^[41]. Con más cautela, la sección de los *Champs-Élysées* se contentó con afirmar la soberanía de las asambleas primarias, sin prejuzgar su decisión: el 3 de octubre estableció como principio.

«que el ejercicio del derecho de sufragio no puede ser obstaculizado por ninguna forma

38.- Bibliothèque nationale, 40 lb 2064 ; Tourneux, n° 8664.

39.- Archives nationales, B I 15

40.- Bibliothèque nationale, Lb¹⁰ 1154 g, imp. in-8° ; Tourneux, n.° 6162.

41.- Archives départementales de la Seine, D 833.

37.- Bibliothèque nationale, ms, nouv. acq. fr. 2707, f. 33.

que no emane de las mismas asambleas primarias, ya que es el único derecho que no puede ni debe ser delegado jamás»

Por lo tanto, ellas tienen el control de determinar su método de votación^[42]. El 9 de octubre, la sección de las Picas consideró que el voto secreto era «un modo destructor de la libertad» y pidió a la Convención una votación «como corresponde a un pueblo libre»^[43]. La sección del Panteón Francés, «sin tener en cuenta la ley y los decretos de la municipalidad», decidió que votaría en voz alta^[44]. La sección de Bondy titubeaba: el 29 de octubre, la asamblea general exigió una votación «en voz alta y en votación abierta», el presidente levantó la sesión; la asamblea renovó su mesa y declaró que la votación en voz alta era «la única votación que conviene a los republicanos»^[45]. De hecho, muchas secciones vacilaban, inclinándose por votar en voz alta, sin embargo respetaron el voto secreto prescrito por la ley. La situación parecía menos grave que en septiembre. La presión popular había disminuido. La sección de los Piques, antes de la Place Vendôme, que había sido la primera en pronunciarse, el 27 de agosto de 1792, a favor del voto en voz alta, se conformaba con aplicar la ley.

La influencia de los moderados, preocupados por la legalidad, ligada a las formas de la democracia burguesa, contrarrestó la de los *sans-culottes*. A petición de Roland, ministro del Interior girondino, el 9 de octubre de 1792 el alcalde de París preguntó a las secciones sobre el método de votación que habían adoptado^[46]. Las respues-

tas que le llegaron permiten elaborar, para el otoño de 1792, un cuadro político de las secciones parisinas, desgraciadamente incompleto, y medir así la influencia popular en un punto preciso. De las veintiséis secciones cuyas respuestas se conservan, quince declararon que habían votado nominalmente en voz alta, y algunas añadieron que, al hacerlo, se basaban en el ejemplo de las elecciones a la Convención. Once secciones habían utilizado el voto secreto; pero, como especificó el alcalde de París en su carta del 14 de octubre de 1792 al ministro del Interior, expresaron el deseo de que una ley permitiera celebrar futuras elecciones en voz alta^[47].

La reanudación de la influencia moderada en el otoño de 1792 fue marcada en las secciones del *Temple*, del *Luxemburg*, de las *Piques* y del *Théâtre-Français*: votaban por votación secreta. Las secciones del *Panthéon-Français*, de los *Gravilliers*, de *Finisterre* y del *Faubourg-Montmartre*, sin embargo, permanecieron fieles al voto en voz alta: estaban entre las más populares y las más avanzadas.

Al reanudarse la crisis en marzo de 1793, los *sans-culottes* volvieron a imponer el voto en voz alta como medio eficaz de luchar contra los moderados. Pronto este método de votación pareció sospechoso, ya que no reflejaba los sentimientos de unanimidad que debieron animar a los *sans-culottes*: el voto por aclamación se generalizó durante el verano de 1793. Aún más que el voto en voz alta, el voto por aclamación, o levantándose o permaneciendo sentado, permitió imponerse a los indecisos y eliminar toda oposición: pronto apareció como el único método revolucionario de votación.

En marzo de 1793, cuando las secciones parisinas, al principio espontáneamente,

42.- Bibliothèque nationale, lb40 1769, imp. in-folio plano; Tourneux, n.º 7986.

43.- Bibliothèque nationale, ms., nouv. acq. fr. 26147, t. 29.

44.- Moniteur, XIV. 281.

45.- Bibliothèque Victor Cousin, ms. 120.

46.- Archives départementales de la Seine, D 686.

47.- Archives nationales, F I, CIII, Seine 1.

luego en aplicación de la ley del 21, nombraban sus comités revolucionarios, estas elecciones se celebraban generalmente en voz alta, a menudo sentándose y levantándose, por ejemplo: el 29 de marzo, la sección del *Contrat-Social*^[48]. Estos nombramientos fueron posteriormente juzgados ilegales y constituyeron, durante la represión del Año III, uno de los agravios más invocados contra los excomisarios. En mayo y junio de 1793, en la encarnizada lucha entre *sans-culottes* y moderados por el dominio de las asambleas generales de las secciones, el sistema de votación fue un arma por la que lucharon las facciones rivales. «Punto de votación cerrado, o triunfa la cábala», declaró el 21 de mayo un *sans-culotte* de la sección du Mail^[49]. Durante la elección del comandante en jefe de la Guardia Nacional parisina, los *sans-culottes*, para ganar la elección de Hanriot, impusieron el voto en voz alta en las secciones en las que dominaban la votación; los moderados, que apoyaban a Raffet, se pronunciaron a favor del voto secreto. La sección *Lepeletier*, entonces dirigida por los moderados, se atuvo a la ley; Pero los *sans-culottes* votaron en voz alta. Así, el artillero La Merlière declaró: «No me hago el tonto, voto en voz alta por Hanriot»^[50]. Donde no podían imponerse, los *sans-culottes* utilizaban un camino intermedio. Así, en la sección de la Unidad, un ciudadano denunció a los maliciosos y a su camarilla el 27 de junio, e hizo revocar el decreto por el cual la asamblea había adoptado el voto secreto: las papeletas debían ser firmadas por los votantes, so pena de ser consideradas inválidas^[51]. De este modo, se mantuvo el

principio de publicidad, considerado esencial por los *sans-culottes*.

Durante el verano de 1793, el voto a viva voz se generalizó a medida que avanzaba la influencia política de la *sans-culotterie*. La Sociedad de los *Hommes-Libres* de la sección de *Pont-Neuf* adoptó el 7 de agosto de 1793, el escrutinio de los hombres libres. En Brumario del año II, las últimas secciones o sociedades moderadas eran «sansculotizadas». Los moderados que persistieron en querer usar el voto secreto fueron arrestados como sospechosos. Al comienzo de Brumario fue arrestado un tal Bourdon, de la sección de *Bonne Nouvelle*, por haber «votado en voz baja en el momento de los nombramientos»^[52]. Del mismo modo, Louis Maillet, impresor calcográfico miembro de la sección del *Panthéon français*, fue arrestado el 12 de Frimario (2 de diciembre de 1794), «por haberse opuesto ferozmente al deseo de los patriotas de votar en voz alta en las asambleas generales»^[53]. La práctica del voto secreto, considerada incivil, desapareció así al comienzo del segundo año de la vida política seccional.

Dueños de las asambleas generales, los *sans-culottes* impusieron un método de nombramiento que correspondía aún mejor a su temperamento revolucionario y a su ardiente búsqueda de la unanimidad: el voto por aclamación. Sin duda, no era una novedad: los *sans-culottes* ya lo habían utilizado en momentos de aguda crisis. Así, el 2 de agosto de 1792, la Asamblea General de *Mail* nombró a su presidente por aclamación y rechazó una solicitud de votación^[54]. A partir de septiembre de 1793 se

48.- Bibliothèque nationale, Lb41 3038, imp. in-8° ; Tourneux, n° 8749.

49.- Archives nationales, C 355, pl. 1864, p. 49.

50.- Archives nationales, W 138.

51.- Bibliothèque Nationale, lb40 530, imp. in-4°; Tourneux, n.º 8784.

52.- Archives nationales, F7 4589, pi. 2, pág. 21.

53.- Archives nationales, FI 477430.

54.- Archives départementales de la Seine, D 1001 ; F.

generalizó el voto por aclamación. Por esta época, la asamblea general de *Beaurepaire*, «no queriendo perder el tiempo en voto secreto», tomó la costumbre de nombrar a su presidente por aclamación, cosa que siguió haciendo cuando el presidente del comité recibía órdenes sobre las que era necesario tomar rápidamente un acuerdo^[55].

La urgencia no motivaba el voto por aclamación por sí misma; era, además de un medio para aniquilar a los adversarios, una manifestación de la unidad revolucionaria tan querida por los *sans-culottes*. Esta práctica fue la regla hasta la primavera del año II, junto con el voto sentándose y levantándose, que se usaba menos, pero era igual de efectivo. El 20 de Brumario (10 de noviembre de 1793), la asamblea general de la *Butte-des-Moulins* decidió *hacer los nombramientos de manera revolucionaria, sentándose y levantándose*; el 25 de Frimario (15 de diciembre) renovó su mesa *por aclamación*^[56]. El voto por aclamación fue finalmente impuesto, bajo presión popular, por el Consejo General de la Comuna. El 2 de Ventôse (20 de febrero de 1794), Lubin, su presidente, pidió ser reemplazado. ¡*Lubin!* ¡*Lubin!* los miembros del Consejo exclamaron inmediatamente casi unánimemente, y los tribunos reanudaron: ¡*Lubin!* ¡*Lubin!* Lubin observa que tal nombramiento no sería legal. Se consultan las leyes sobre el gobierno provisional; establece que el Consejo General tiene derecho a nombrar y renovar, cuando le plazca y en la forma que le plazca, a su Presidente. «¿Nombrar a los oficiales delegados de escrutinio, proceder con la votación? Eso sería un abusar demasiado del tiempo». Lubin fue proclamado

electo^[57].

No bastaba con que los *sans-culottes* impusieran en la política seccional un modo de voto que correspondiera a su temperamento y a sus intereses políticos. Su deseo habría sido extenderlo a todos los campos. Y lo mismo ocurre con el de la justicia. Ya los miembros del jurado del Tribunal Revolucionario se pronunciaban en voz alta. Pero en el jurado del Tribunal Penal del departamento, persistieron las viejas reglas. El 30 de Frimario (20 de diciembre de 1793), la Sociedad de los *Hombres Libres de la sección Révolutionnaire* se sorprendió.

«El magistrado, el juez, el ciudadano jurado a quien la ley llama a pronunciarse sobre los delitos de cualquier género, debe dar cuentas al pueblo de las razones que determinan su juicio, [ellos deben cuentas] a la opinión pública de todos sus pensamientos para que ésta pueda a su vez juzgarlos».

Que se requiera que todos los miembros del jurado den su opinión en voz alta y que den las razones de su opinión:

«La publicidad, ese principio fundamental de libertad, justicia, igualdad, les dará toda la energía que deben tener»^[58].

La Convención se resistió a abandonar, para los tribunales ordinarios, las formas usuales de justicia: la petición fue remitida a la Comisión de Legislación. El 21 de Ventôse (11 de marzo de 1794), según el observador Boucheseiche, hubo asombro, en los grupos del Palacio de Justicia, por el modo de votar de los jurados del Tribunal Criminal.

«Se observó que este método secreto salvó la vida de más de un acaparador, porque un

BRAESCH, Procès-verbaux de l'assemblée générale de la section des Postes, p. 154.

55.- Archives nationales, AD I 49, imp. in-4o ; Tourneux, n° 21824.

56.- Archives nationales, Lb10 1760, imp. in-8° ; Tourneux, n° 8615.

57.- Journal de la Montagne, 4 ventôse, año II.

58.- Archives nationales, D III, 251-252, d.

miembro del jurado que había dicho en voz alta que el acusado era culpable, le dio la absolución en secreto»^[59].

En ese momento, la práctica *sans-culotte* del voto abierto estaba a punto de desaparecer: no iba a sobrevivir a la crisis del Ventôse y a la condena del grupo *Corde-lier*. La dictadura jacobina se fortaleció y se produjo el retorno a las formas burguesas: el voto por aclamación o simplemente en voz alta fue formalmente prohibido en los nombramientos de las asambleas generales por Payan, el agente nacional de la Comuna depurada. Las secciones tuvieron que obedecer. Pero los *sans-culottes* abandonaron las asambleas generales, en lugar de emplear un método de votación que consideraban favorable a sus oponentes. El 30 de Messidor (18 de julio de 1794), para la elección de dos comisionados para el vestido, surgió una discusión en la asamblea general de los Inválidos: ¿debían proceder por aclamación o por votación secreta?

«Una vez que se había decidido que dichos comisionados debían ser nombrados por votación, muchos ciudadanos abandonaron la asamblea sin querer tomar parte en la deliberación»^[60].

El retorno al voto secreto fue una de las medidas con las que se marcó la reacción de la primavera del año II: contribuyó a su vez a la desafección de los *sans-culottes* con respecto al gobierno revolucionario.

Los reactivos del período termidoriano mantuvieron la política de la Comuna robespierrista en este punto. Además, perseguirán en Prairial del año III, a los que hubieran propugnado el voto en voz alta, de pie y sentado o por aclamación, así como

a los que se hayan beneficiado de él. La última mención de esta práctica popular se relaciona con la sección parisina de *Indivisibilité*. Convocada su asamblea primaria el primer día complementario del año III (17 de septiembre de 1795), un tal Berger propuso que sólo se podía votar en voz alta: fue expulsado

«por la casi unanimidad de la Asamblea, como uno de los agentes más pronunciados del terrorismo»^[61].

Estas pocas notas arrojan luz sobre la oposición entre la democracia practicada por los *sans-culottes* y la democracia como la entendía la burguesía, incluidos los jacobinos. Los *sans-culottes* aplicaron sus derechos al pie de la letra. Para la democracia burguesa, los derechos del pueblo soberano sólo se ejercen cuando sus representantes son nombrados y a través de ellos. Hablando en nombre de la Gironda, Vergniaud protestó, el 13 de marzo de 1793, contra el abuso que los *anarquistas* hacían de la palabra *soberanía*:

«Estuvieron muy cerca de derrocar la República, haciendo creer a cada sección que la soberanía residía en su seno».

Del mismo modo, la práctica política de los *sans-culottes*, caracterizada esencialmente en 1793 y en el año II por el voto por aclamación, refleja una concepción de la democracia fundamentalmente diferente de la de la burguesía. Indudablemente, las concepciones populares de la soberanía proporcionaron a la burguesía *montagnarde* la justificación de las insurrecciones del 10 de agosto de 1792 y del 31 de mayo al 2 de junio

59.- Archives nationales, W 111.

60.- Archives nationales, F7* 2510.

61.- Archives nationales, F7 4595, pi. 1, pág. 10.

de 1793. Del mismo modo, la burguesía también utilizó ciertas prácticas populares: en París, por ejemplo, durante las elecciones a la Convención, el voto en voz alta. Los acontecimientos y los intereses de clase legitimaron estas desviaciones de las concepciones habituales de la democracia burguesa. Este mismo interés y acontecimientos impidieron la perpetuación de estas concepciones y prácticas una vez que el gobierno revolucionario estuvo en el poder y se instaló la dictadura jacobina. Si correspondía a los intereses políticos de los *sans-culottes*, la práctica

popular de la democracia era incompatible con el comportamiento y las concepciones de la burguesía: amenazaba sus intereses y su supremacía. Esta contradicción sólo podía resolverse, en las condiciones objetivas de la época, sometiendo a las secciones parisinas. Pero esto iba a romper el impulso del movimiento popular que había llevado al poder al Gobierno Revolucionario y que era el único que lo apoyaba.

Así se preparó el camino para el Termidor, donde se hundió el sueño popular de una República igualitaria.

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Nuestra Historia anima al envío de propuestas de dossiers y artículos para su publicación en la revista

Con el objetivo de ampliar los objetos de estudio, las épocas y el alcance de la revista, queremos recordar la posibilidad de enviar propuestas, que pueden ser de dossiers monográficos, así como de artículos para las secciones de Estudios o Memoria. Dichas propuestas deben enviarse a la dirección de correo electrónico de la revista: nuestrahistoriafim@gmail.com

Las únicas precondiciones al respecto son el **rigor metodológico e interpretativo**, y la adecuación tanto a las **líneas principales de interés de *Nuestra Historia*** como a las normas formales indicadas en la web. La revista se edita en español (castellano), por lo que se acogerán preferentemente textos en este idioma. Tendrán cabida todas aquellas propuestas de historia política, social, cultural o económica, así como planteamientos interdisciplinares, sobre cualquier época del pasado, que se ocupen de cuestiones como la experiencia de las clases populares y subalternas, las estructuras de dominación y explotación, o las luchas emancipatorias y las rebeldías contra tales estructuras opresivas, incluyendo la historia del movimiento obrero, de las tradiciones socialistas y de las corrientes feministas y antirracistas.

Las **propuestas de dossier** deben incluir una presentación articulada sobre los objetivos del monográfico (2-4 págs.), así como los títulos de los diferentes artículos, un breve resumen o abstract del contenido a tratar en cada uno de ellos y una breve presentación (4-6 líneas) de cada una de las personas participantes en el dossier. Los dossiers podrán incluir entre 4 y 6 artículos, procurando paridad de género en las autorías.

Una vez recibida la propuesta, ésta será analizada por el consejo de redacción y enviada para evaluación externa, y se comunicará la decisión a las/os proponentes. A partir de dicho momento, debe tenerse en cuenta que el dossier debe estar en condiciones de entregarse completo en un plazo máximo de 6 meses, sujeto en todo caso a acuerdo entre la revista y los/as proponentes.

Las **propuestas de artículos** deben incluir el texto completo del artículo, así como una breve presentación curricular (100-150 palabras) del autor o la autora. Una vez recibida la propuesta, ésta será evaluada y se comunicará la decisión, así como las posibles recomendaciones de modificación.

Todos los textos enviados deberán seguir las orientaciones sobre extensión y las normas formales que se indican en la web: <https://revistanuestrahistoria.com/colaboraciones/>

LECTURAS

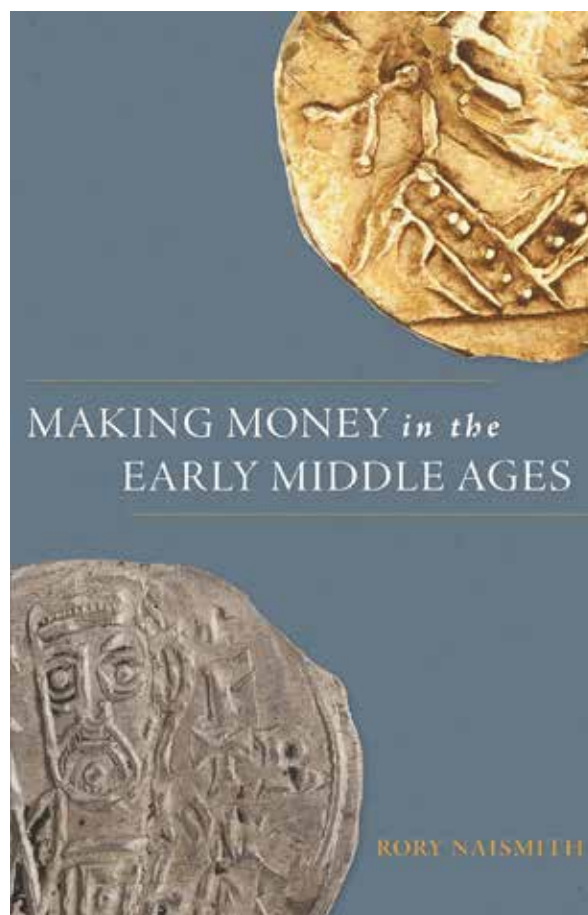
Hacia una historia integral del dinero y la moneda en la Alta Edad Media*

Daniel Justo Sánchez

Universidad de Salamanca – GIR ATAEMHIS

El estudio acerca del mundo del dinero en la Edad Media siempre supone un reto para la investigación, ya que obliga a cuestionarse las nociones heredadas de la economía capitalista contemporánea. Rory Naismith ha hecho un gran esfuerzo en esa línea para ofrecernos un análisis exhaustivo sobre la evolución de las prácticas monetarias en Europa durante los primeros siglos de la Edad Media. El título podría sugerir que se trata de una exploración de la acumulación de la riqueza individual, pero este libro en realidad se centra en el análisis del triunfo gradual de una economía monetizada y de su intrínseca conexión con el devenir político, social y cultural de Europa entre finales del Imperio Romano de Occidente y la Plena Edad Media. La propuesta de Naismith parte de la premisa de que la historia del dinero en la Edad Media no puede entenderse como una simple sucesión de transacciones económicas. En lugar de limitarse a estudiar el dinero como una herramienta puramente económica, Naismith profundiza en los significados y contextos de las monedas, cómo eran emi-

*Reseña de: Rory Naismith, *Making Money in the Early Middle Ages*, Princeton, Princeton University Press, 2023, 544 pp



tidas y utilizadas, y cómo las sociedades medievales las convirtieron en elementos de poder, autoridad y legitimidad.

El autor recorre un camino que no siempre sigue una dirección única hacia la

completa construcción de economías monetarias. Su ruta toma desvíos en los que visita diferentes periodos y regiones cuidadosamente seleccionadas, lo que le permite valorar la complejidad de los procesos socioeconómicos del periodo. También están presentes a lo largo de la obra distintas discusiones teóricas bien fundamentadas, que guardan en común el hecho de desafiar las narrativas tradicionales sobre el dinero en el mundo heredero de Roma y la firme convicción de que la moneda desempeñaba un papel crucial más allá de los aspectos económicos, en la construcción de identidades políticas, religiosas y sociales. Para poder recorrer un camino tan pintoresco, Naismith utiliza un enfoque interdisciplinar, que integra numismática, historia política, arqueología y sociología. Con las herramientas de estas disciplinas magistralmente manejadas, el autor nos ofrece una visión detallada de la importancia del dinero en la configuración de las estructuras medievales, abordando cómo las monedas eran percibidas y utilizadas por diferentes actores en una sociedad en continua transformación.

La ambición de Naismith se despliega a lo largo de más de 500 páginas, organizadas en dos partes principales, escoltadas por una introducción esclarecedora de los objetivos del trabajo y una conclusión que sintetiza en nueve puntos los argumentos clave con los que la obra contesta las preguntas inicialmente planteadas. La parte I (capítulos 2-5) se dedica principalmente a los aspectos teóricos y metodológicos, así como a la producción de moneda medieval, abarcando desde la obtención de metales (principalmente oro y plata) y la distribución de minas en Europa, hasta los procesos de acuñación y la circulación de lingotes. Un capítulo crucial dentro de esta sección examina las diversas implicaciones económicas, prácticas, religiosas, rituales y

sociales del uso de la moneda, incluyendo aspectos como los intercambios de regalos y la relación entre dinero, estatus y ritual. Es relevante señalar que el trabajo toma en consideración las diferencias en el lenguaje para referirse a cada uso monetario dentro de un sistema económico específico, fundamental para entender los estudios de caso tan variopintos que incluye en esta parte. Su recorrido va desde el norte de la península ibérica hasta la China de las dinastías Tang y Song, pasando por el mundo nórdico en época vikinga. Un procedimiento que rompe con las visiones totalmente eurocéntricas —que sí triunfan en la segunda parte de la obra— y se atreve a explorar las implicaciones del dinero más allá de las grandes monarquías, incorporando ejemplos de zonas periféricas del continente que no suelen ser el centro de los estudios económicos medievales.

La parte II (capítulos 6-9) adopta un enfoque más estrictamente cronológico, explorando la acuñación medieval entre la caída del Imperio Romano y finales del siglo XI. Se inicia con un análisis del legado de la civilización romana en la moneda temprana medieval, destacando la importancia del oro, especialmente el *solidus*, y el concepto de la moneda como fuente de poder. Esta explicación de la acuñación en Roma sirve como precedente, aunque el lector ya ha visto la situación posterior en la primera parte del libro. De nuevo visita esos siglos posteriores a la desaparición del Imperio Romano de Occidente el capítulo 7. Esta vez con menos intenciones de discusión teórica y más ánimo de analizar las formas de acuñación y de circulación monetaria, así como sus implicaciones en la estructura política de grandes regiones como la Galia merovingia, la Hispania visigoda o la Britania anglosajona. Al auge de la plata a partir de finales del siglo VII y a las políticas de monetización que triunfaron en el seno y

en el área de influencia del Imperio Carolingio se dedica el capítulo 8. Esas páginas ya apuntan al creciente protagonismo de las élites locales en la acuñación y puesta en circulación de moneda, pero será el capítulo 9 el que aborde el estudio de las conexiones inseparables entre dinero y poder feudal durante los siglos X y XI. Como señala el análisis de la economía señorial del siglo XI, la creciente importancia de la economía monetizada se debió, en parte, a su lugar dentro de este sistema, con una mayor agencia económica en los estratos sociales inferiores de lo considerado habitualmente, aunque aún dependiente de la riqueza y las estructuras de las élites. Es también ese capítulo el que valora el crecimiento de las rutas comerciales y de intercambio en toda Europa como una realidad creciente desde el siglo X, aunque tradicionalmente se asocie su auge al siglo XII. Los estudios comparados entre Italia, Francia Occidental, Francia Oriental-Alemania Occidental e Inglaterra sirven para ilustrar dinámicas regionales en la producción y el uso de la moneda, al tiempo que permiten reflexionar acerca de la influencia de las distintas normativas sobre la detección de metales por parte de particulares en la disposición de un registro numismático más o menos abundante.

Queda claro que la combinación de estudios de caso diversos y de reflexiones teóricas complejas e interdisciplinarias contribuyen a que uno de los mayores méritos de este libro sea su capacidad para desafiar la noción simplista de una «Edad Oscura de la Moneda». El objetivo principal de Naismith era, precisamente, luchar contra esa etiqueta. Su investigación concluye que sería totalmente erróneo decir que la Europa de la Alta Edad Media no era una sociedad monetizada, cuando lo que se puede ver a través de la investigación es la emergencia de una economía monetaria rica y estratifi-

cada. Esa es la tesis que contrapone al postulado inicial contra el que quería lanzarse la investigación y, aunque intrépida, está argumentada convincentemente a través de las páginas del libro. La conclusión principal que puede servir como resumen de todo el recorrido de la obra es que, si bien la disponibilidad y el uso de la moneda variaron significativamente a lo largo del tiempo y el espacio, el pensamiento en términos monetarios persistió en prácticamente todas las regiones de Europa Occidental para las que se dispone de información, y la moneda acuñada continuó produciéndose y utilizándose, aunque no siempre ambos fenómenos se daban en el mismo contexto a la vez.

Otro aspecto del libro de Naismith que permite subrayar su acción contra visiones simplistas de la economía medieval se encuentra en el tratamiento que hace de la compleja interacción entre diferentes formas de dinero (moneda acuñada, lingotes, mercancías o bienes) y el modo en que su empleo reflejaba y acentuaba las desigualdades estructurales de la sociedad altomedieval. Incluso las sociedades con sistemas de acuñación desarrollados experimentaron una extensa superposición de moneda, lingotes y mercancías, mientras que otras solo utilizaban lingotes y mercancías, o incluso solo mercancías. Cada sistema tenía sus fortalezas, y es mejor enfatizar cómo los tres interactuaron y beneficiaron a diferentes grupos que organizarlos en una jerarquía de sofisticación. Para la diferenciación de estos distintos sistemas es fundamental el trabajo combinado sobre hallazgos numismáticos (tanto tesoros como hallazgos individuales), otro tipo de hallazgos arqueológicos y evidencia documental de diversa naturaleza. Parte de esta riqueza en las fuentes utilizadas se transmite mejor al lector gracias a su manejo en numerosas ilustraciones, mapas y tablas que acompañan al texto.

Por último, es valiosa también la aportación que esta publicación hace a la integración del mundo eclesiástico en la discusión acerca del dinero y de la moneda en la Alta Edad Media. A través del estudio de las monedas emitidas por la Iglesia y su papel en las transacciones litúrgicas y económicas, Naismith muestra cómo la religión medieval desempeñaba un papel significativo en la circulación de dinero, ya fuera en las relaciones con el poder secular, en el simbolismo asociado a la acuñación monetaria, o en la regulación del comercio y los pagos. A lo largo del libro, el autor muestra cómo las monedas eran utilizadas no solo como unidades de intercambio, sino como elementos visuales cargados de significado político y religioso. Esto refuerza la idea de que la moneda era una extensión del poder de los gobernantes y de las instituciones religiosas, siendo una herramienta central en las relaciones de poder y en la construcción de identidades colectivas. Así, resalta el papel esencial que desempeñaron las instituciones eclesiásticas en la economía medieval, un área que siempre ha sido valorada desde diversas perspectivas pero que, en cuanto a la moneda se refiere, ha sido tradicionalmente subestimada en comparación con la acción de los poderes que podrían denominarse, con ciertas licencias, estatales.

A pesar de sus numerosas fortalezas, el libro no está exento de críticas o de limitaciones. Es posible afirmar que, en su afán por explorar la diversidad regional y las distintas prácticas monetarias, Naismith podría haber profundizado más en los aspectos relacionados con la economía de mercado en el periodo. A pesar de que se abordan las interacciones entre el dinero y el comercio, la obra podría haber explorado con mayor detalle las formas en que los cambios en la circulación del dinero influyeron directamente en el desarrollo de los mercados y en la expansión de redes comer-

ciales a distintos niveles. Además, los más interesados en el apartado numismático pueden echar en falta una mayor atención a las técnicas de acuñación y a la producción de monedas. Es cierto que el autor ofrece un análisis satisfactorio de las monedas en su contexto social y político, pero no profundiza tanto en los aspectos técnicos de la acuñación y la producción de las monedas, áreas que pueden resultar esenciales para comprender las dinámicas de poder detrás de las emisiones.

No obstante, estas dos limitaciones giran en la órbita de las habituales peticiones que se hacen a una obra, de haber incluido todo lo que se podría decir sobre un tema. Es esta una ambición inalcanzable, ya que no hay libro que convenza a todos los lectores. En este caso, Naismith convencerá a muchos, especialmente a aquellos que se acerquen a sus páginas dotados de un cierto nivel de conocimientos previos acerca del contexto político posterior a la desaparición del Imperio Romano de Occidente y del marco teórico general que rodea a las sociedades de la Europa altomedieval. Así le resultará más sencillo conectar las diversas y valiosas piezas de información del libro, que se presentan en una estructura donde los vaivenes temáticos y cronológicos son habituales y pueden dificultar la lectura o requerir un esfuerzo adicional por parte de un lector no especializado. Si se accede a la obra con ese bagaje previo, el ritmo de la pluma de Naismith y la presencia de anécdotas históricas que maridan perfectamente con la temática de fondo harán que la lectura de esta obra se vuelva mucho más amena.

En conclusión, *Making money in the Early Middle Ages* supone una contribución significativa al campo de la numismática medieval y a la historia socioeconómica de la Alta Edad Media. Estamos ante una gran obra, detallada y exhaustivamente docu-

mentada, que ofrece una revisión profunda y sofisticada de la monetización durante un periodo crucial de la historia europea, insuficientemente estudiado desde la historia económica. La amplitud de su enfoque teórico y sus perspectivas geográficas, junto con su rigurosa metodología y la riqueza de la evidencia presentada, la convierten en una contribución esencial para historiadores, numismáticos y cualquier interesado en la economía, la sociedad y el poder en la Edad Media. A pesar de algunas posibles

limitaciones, la obra de Naismith establece un nuevo estándar para la comprensión de la economía monetaria temprana medieval y seguramente se convertirá en un libro de referencia fundamental en el campo. La rica y compleja imagen de la sociedad temprana medieval que emerge de este estudio desafía las concepciones previas y subraya la importancia de la moneda, en sus diversas formas y usos, como un factor clave en la configuración de un mundo medieval que cada día se ve un poco menos oscuro.

La revolución y nosotros que necesitamos pensarla tanto*

Fernando Broncano Rodríguez

Universidad Carlos III de Madrid

La historiografía de las revoluciones es tan amplia que merecía una reflexión tan profunda y documentada como la que nos ha ofrecido Edgar Straehle, un historiador-filósofo que, con este libro, se une a la gran tradición representada por Reinhart Koselleck, Hans Blumenberg, Paul Ricoeur y tantos otros que han pensado tanto y tan bien sobre la historia y la filosofía de la historia. El hilo conductor del texto es una pregunta que se dirige a la vez a la historiografía y a la historia misma: ¿qué ocurre con las revoluciones cuando terminan? La respuesta de Straehle es que, junto a las consecuencias sociales que generan, ondas causales en el tiempo que pueden ser de mayor o menor magnitud, hay que considerar la memoria de aquellas como uno de los componentes más activos de las transformaciones sociales que inducen. El recuerdo, más o menos informado, más o menos históricamente correcto, se convierte en un factor histórico él mismo. Para decirlo con términos filosóficos, la historiografía de las revoluciones es «performativa», es decir, cambia, o aspira a hacerlo, el tiempo posrevolucionario. En un efecto de «futuro pasado», para usar la expresión de Koselleck, cada revolución se convierte en el anuncio y experimento docente de alguna de las siguientes, tanto en

Reseña de Edgar Straehle, *Los pasados de la revolución. Los múltiples caminos de la memoria revolucionaria*, Madrid: Akal, 2024



el sentido positivo de que los revolucionarios del futuro «se visten con las ropas del pasado», como en el negativo de que cada revolución confirma los miedos contrarrevolucionarios de que vuelva a ocurrir y, por ello, ha de ser recordada y representada con las más oscuras tintas disponibles. Straehle nos muestra de manera luminosa que el oxímoron de la «tradición revolucionaria»

no es una trayectoria única sino un laberinto de sendas en el bosque de la memoria y que son agentes activos en los frentes cultural y político.

Cada revolución construye un pasado propio de gloria (o autocrítica, según el caso) y cada reacción levanta un futuro de miedos y advertencias. El caleidoscopio de memorias que relata Edgard Straehle comienza ya en los primeros instantes de la revolución, cuando, como observaba Marx de los primeros revolucionarios de 1848, la referencia a la revolución anterior era una necesidad de los discursos de legitimación. Sin embargo, son las postrimerías de la revolución las que inician la batalla cultural y política en la que podemos distinguir al menos tres grandes líneas argumentativas: la que podría llamarse «profética», en la que la revolución pasada se convierte en el anuncio de las próximas y definitivas confrontaciones y sus protagonistas en héroes que anticipan a los que serán: «Las revoluciones [...] no han dejado de generar nuevas líneas de continuidad desde la discontinuidad, una compuesta por acontecimientos posiblemente remotos tanto en el tiempo como en el espacio. De ahí que el pasado haya podido ser visto en no pocas ocasiones como una suerte de patrimonio tanto para el presente como para el futuro», afirma Straehle introduciendo esta categoría de memoria apropiada (p. 8). Una segunda línea es la que puede denominarse «revisionista» y responde a las experiencias de derrota o a la respuesta posterior a los aspectos más oscuros de las revoluciones pasadas de los cuales pretenden distanciarse los partícipes de movimientos posteriores. La tercera línea es, claro, la de la reacción contrarrevolucionaria, que comienza a actuar desde los primeros tiempos de la revolución apelando a la memoria de aquella como retórica política de prevención de nuevas revueltas. Los diversos grados y co-

lores del conservadurismo se suelen armar con la memoria de las revoluciones precedentes como evidencias confirmadoras de sus miedos a los desórdenes y el desgobierno que provocará cualquier otra pretensión de cambio histórico.

En el libro encontramos un tratamiento preferente de las reconstrucciones y representaciones de algunas revoluciones y referencias a otras que, por alguna razón justa o injusta, han tenido menos repercusión en la tradición revolucionaria. Estas grandes son la Revolución francesa de 1789, la también francesa Revolución de 1848, la Comuna de París de 1871, la Revolución rusa de 1917 y el Mayo francés de 1968. La elección es justa por las continuas referencias de cada una de ellas a las anteriores y por las repercusiones globales que han tenido en la historia. Junto a ellas, Straehle dedica sendos capítulos a la Revolución americana de 1776, desde la lectura de los textos de Hannah Arendt dedicada a ella, a la tradición ocultada de la participación de las mujeres en la historia, comenzando por figuras de tan necesaria reivindicación como Christine de Pizan y a la Revolución de Haití de 1791, que anuncia la asimetría entre las revoluciones del centro y las de la periferia en la representación historiográfica.

Por su fuerza mitopoiética, la Revolución francesa es a la que el libro le dedica una atención más pormenorizada, incluyendo las controversias sobre las influencias intelectuales desencadenantes, en particular, a los autores de la Ilustración franceses y sobre todo a Rousseau. Las reflexiones que Straehle hace sobre esta presunta influencia son, desde mi punto de vista, una de las partes más interesantes del libro, dado que esta influencia ha pasado a la historia como un hecho indiscutible, que nuestro autor se atreve a discutir con una sustanciosa cantidad de datos y con comentarios de gran profundidad sobre las complejas relaciones

entre el pensamiento y la transformación práctica de la sociedad. Las controversias sobre la Revolución francesa conducen a reflexiones como esta, que sin duda es parte de la armadura argumentativa del libro: «[...] colocar a Napoleón como parte o no de la revolución, o a Robespierre como su representante o su exceso, son decisiones que a menudo dependen más de la memoria (y, por consiguiente, no pocas veces de la política) que de la historia y presuponen una cuestión previa, en verdad imposible de resolver: ¿Qué debemos entender por revolución? ¿Cuál fue la versión más auténtica de la Revolución francesa? ¿Dónde y cómo poner sus límites temporales? ¿Y solo hubo una?» (p. 189). Las huellas de la Revolución francesa están por todas partes tanto en la historia como en la historia, comenzando por la Revolución de Haití, ya citada, continuando por las revoluciones descolonizadoras de América, por la Revolución de 1820 española, que inicia un ciclo de revoluciones en Europa y, en particular, por la Revolución de 1848 donde, como señaló Marx, se divide la historia de las pretensiones de la burguesía y las del proletariado. No es pues extraño que le haya dedicado tanta atención Edgar Straehle.

La otra revolución tan controvertida como influyente en la historia contemporánea (dejo a un lado la de 1848, en realidad dos revoluciones, la «burguesa» y la derrotada proletaria de junio) es sin duda la Comuna de París. Straehle le dedica un análisis apasionante a las controversias que suscitó y a su larga memoria que hace de ella, al decir de Marx, el ejemplo de qué podría idealmente considerarse una sociedad comunista. Su fama, nos cuenta el libro, se extendió rápidamente a pesar de ser un ejemplo de revolución derrotada. El mismo Marx que la admiraba comenzó a criticar su ingenuidad en lo que respecta a las acciones que conlleva la toma del poder. Para

Trotsky y, en general, para los protagonistas de la Revolución rusa, la Comuna fue a la vez un ejemplo y una molestia. Su derrota parecía ejemplificar la falta de decisión de los *communards*, distraídos en la gestión de París y despreocupados de todo lo que respecta a la defensa de la revolución. Pese a estas críticas, la Comuna fue de nuevo un ejemplo en otros muchos sitios y especialmente en España, donde su influencia se nota en el anarquismo y, en un salto centenario, en el Mayo del 68 parisino, donde la memoria de su espíritu libertario obró como una suerte de segunda repetición. La memoria de la Comuna, en las tensiones que muestra la historia de su relato, es un ejemplo de las dificultades de la izquierda para asumir los avatares de su propia trayectoria. Algo similar ocurre con la Revolución rusa, triunfante en las repúblicas soviéticas, pero inmediatamente objeto de controversia en lo que respecta a sus efectos: la burocracia, el autoritarismo y la falta de espíritu internacionalista que criticó el trotskismo, o su particular forma de entender la democracia, que criticó el socialismo.

El libro no entra en estas discusiones, sino en un problema menos práctico pero mucho más interesante desde el punto de vista de la guerra cultural que sitúa la memoria en su corazón. Así, Straehle dedica nuevas preguntas a este hilo conductor de sus preocupaciones: «[...] las apropiaciones del pasado han generado situaciones complicadas y suscitan numerosos interrogantes que, en rigor, deberían ser respondidos caso por caso. ¿Hasta dónde llega la dimensión meramente simbólica y hasta dónde la realmente efectiva de las ideas? ¿Hasta qué punto se trata de cinismo, despreocupación o, al contrario, sincera ignorancia? ¿Hasta qué punto la tradición se construye no solo desde su traición sino también desde su desconocimiento? ¿Y se deberían tachar estos usos de ilegítimos o improce-

dentes? ¿Quién y desde dónde se tendría la autoridad para hacerlo?» (p. 300). El problema que plantean estas preguntas es tan real como profundo y difícil de resolver. El lema zapatista de «porque fueron somos, porque somos serán» sitúa la historia en el corazón de los impulsos emancipatorios, lo que diferencia a las revueltas del impulso persistente de liberación de los oprimidos a lo largo de luchas ancestrales que se remiten unas a otras, creando un modo de entender las aspiraciones humanas. Pero la necesaria representación del pasado es a la vez cemento y signo de división. Ello abre estos interrogantes que plantea Straehle acerca de cuán fiel es el recuerdo y cuánta teatralización hay en él. Una y otra vez vol-

vemos sobre estas preguntas: ocurrió en el 15M y en sus postrimerías, aún activas en la disputa política, ocurre en los movimientos sociales, que se entienden a sí mismos como tradiciones centenarias (el feminismo y los movimientos decoloniales son un caso claro).

No es posible en estas pocas líneas dar cuenta de la increíble riqueza documental, argumentativa y, en el fondo de filosofía política que recorre este libro. Desde mi punto de vista es un texto que tiene tanta importancia como *El eclipse de la fraternidad* de Toni Domènech, que marca también un modelo de cómo leer la historia a contrapelo y cómo preguntarse por la historia es preguntarse por el futuro.

Un clásico del siglo XXI para entender la reforma agraria*

Sergio Riesco Roche

Universidad Complutense de Madrid

El estudio institucional de las reformas agrarias supone un útil vehículo para comprender los procesos traumáticos que acompañaron a los grandes conflictos del siglo XX. Durante el siglo XIX, en buena parte del mundo occidental se produjo la transición hacia el sistema capitalista. En el sector primario, significó la pérdida de participación tanto en el producto interior bruto como en el porcentaje de mano de obra dedicado a ella. Un proceso que se hizo a costa, en buena parte, de los bienes comunales que desde la Edad Media habían servido, con sus limitaciones, para garantizar ciertos equilibrios en las economías campesinas. La cuestión llegó al siglo XX como un asunto en buena parte pendiente, al dar por bueno un modelo de modernización que implicaba procesos de éxodo rural y que aquella mano de obra abundante pasara a trabajar en la industria como *ejército de reserva*. Sin embargo, al no tratarse de un proceso lineal, dejó numerosos asuntos sin resolver. Estos fueron especialmente visibles a lo largo del siglo XX, durante el período de entreguerras cuando la redefinición de las fronteras europeas y la necesidad de convertir en ciudadanos de los nuevos Estados a familias campesinas procedentes de los antiguos Imperios.

Reseña de: Ricardo Robledo, *La tierra es vuestra. La reforma agraria. Un problema no resuelto. España: 1900-1950*, Barcelona, Pasado y Presente, 2022, 611 pp.



Mientras la Unión Soviética emprendió su nuevo camino, los países del Sur de Europa trataron de imitar modelos de agricultura familiar prósperos en el Norte del continente. Tras la II Guerra Mundial, la cuestión de la reforma agraria reapareció con fuerza tanto en América Latina como en los nuevos Estados nacidos de la descolonización.

¿Qué encaje tendría, pues, el caso español y este libro en este marco general? En primer lugar, la falta de una reforma agraria con posterioridad a la Gran Guerra en España, con las especificaciones diferenciales que un proyecto de este tipo habría tenido respecto a las ocurridas en la mayor parte de Europa a partir de 1918. Y, en segundo término, pero también con una relevancia absoluta, está la cuestión de la enorme desigualdad (de riqueza, de renta, de acceso al trabajo y educación) que existía en España durante el primer tercio del siglo XX. Resulta problemático *etiquetar* esta obra: no es un libro solo de historia, ni de economía, ni de política agraria... Contiene un enfoque holístico que ofrece un panorama integral, no solo casuístico, que permite considerar todos los mecanismos que explican la conflictividad del tema. La obra de Robledo recuerda a los grandes tratadistas de la sociología histórica como Tilly o Skocpol, que han enfocado los movimientos sociales y la acción colectiva en un marco dinámico con aspiración de ofrecer una interpretación global. Conviene entender la estructura del libro. La primera parte explica la singularidad del capitalismo agrario español desde la perspectiva de las ideas y de los hechos. Aquí aparecen economistas y técnicos sin los cuales no se puede entender el devenir de la modernización española durante el siglo XX. En una segunda parte se aborda el papel del Estado, argumentando con fuerza la débil penetración del mismo en la mayor parte del país. Se sistematiza el amplio repertorio de acciones colectivas durante la crisis de los años treinta sin las cuales no se pudo entender ese problema «no resuelto».

Bajo el título «Di-senso historiográfico», Robledo presenta toda una taxonomía sobre los ataques más furibundos que han recibido los veinticuatro meses de reformismo profundo del período republicano. Lejos de acoger las críticas como un ataque, esta sección se convierte en una respuesta metódica a los enormes desafíos que desde un punto de vista enormemente enriquecedor han planteado numerosos autores, muy en especial, Simpson y Carmona, en su *Why democracy failed* (2020).

En *La tierra es vuestra...* Robledo explica cómo se ha intentado abordar el fracaso republicano desde los diferentes factores de producción y sus particulares funcionamiento. En las argumentaciones sobre estas cuestiones se enfatizan las enormes contradicciones y limitaciones —lógicas en una democracia incipiente— a las que se tuvieron que enfrentar los Gobiernos de corte más progresista durante la II República. También quedan retratadas las enormes resistencias a las que se tuvo que enfrentar por parte de los poderes tradicionales y la violencia inherente como respuesta al enorme desafío que supuso el cambio de las relaciones de poder. El golpe de Estado y la posterior guerra civil como erradicación de ese movimiento contestatario trajeron como corolario hambre, represión y uno de los éxodos rurales más violentos de la historia mundial. De ese modo, la desigualdad fue alargada de forma extremadamente violenta y encauzada bajo un sendero diferente de modernización autoritaria —en medio de una dictadura represiva— a partir de la década de 1950.

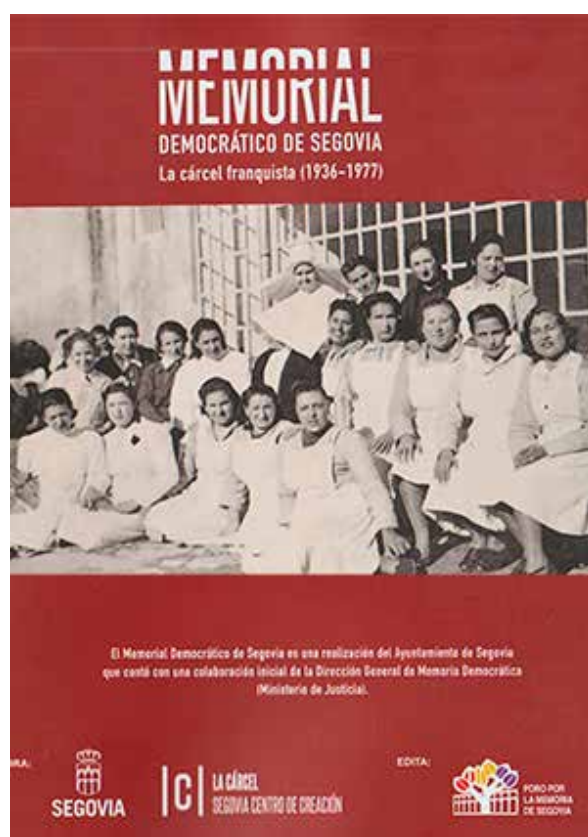
La cárcel de Segovia como espacio referente de memoria*

Laura Bolaños Giner

Universidad Complutense de Madrid

El libro firmado por los historiadores Santiago Vega y Juan Carlos García Funes reúne todo el contenido de la exposición del Memorial Democrático de Segovia ubicado en la antigua cárcel de la ciudad. En 2010 el edificio se transformó en el centro cultural La Cárcel - Segovia Centro de Creación donde entre 2019 y 2024 se instaló la exposición permanente *La cárcel franquista (1936-1977)*. Es la primera publicación que recoge la historia completa de la cárcel de Segovia a lo largo de toda la dictadura, cuyo objetivo es precisamente difundir y hacer más accesible la historia de una prisión franquista. Se trata de un edificio con una dilatada historia que desde su construcción en 1924 tuvo múltiples usos: desde Reformatorio de Mujeres, Hospital Asilo Penitenciario para hombres, hasta Sanatorio Antituberculoso Penitenciario de Mujeres, aunque su principal uso fue el de prisión, tanto de hombres como de mujeres. Las distintas etapas se explican en el texto, desde que Segovia se sumó a la sublevación militar —el 19 de julio de 1936— hasta el final de la dictadura en 1977.

* Reseña de: Juan Carlos García Funes y Santiago Vega, *Memorial democrático de Segovia. La cárcel franquista (1936-1977)*. Segovia, Foro por la Memoria de Segovia, 2025. Se pueden consultar los contenidos del Memorial Democrático de Segovia en: <https://www.turismodesegovia.com/es/la-carcel-memorial-democratico-de-segovia4>.



Así, el libro se divide en nueve secciones que se corresponden con las nueve celdas que componen la exposición. La primera celda, denominada Memorial, recoge los nombres de las casi 3.000 segovianas y segovianos que estuvieron presos entre 1936 y 1946 en cualquier cárcel de todo el país. El listado de nombres se completa con 121 fotografías que permiten ponerles rostro. La segunda celda lleva el nombre del preso po-

lítico que más tiempo pasó en las cárceles franquistas de forma continuada, Marcos Ana. Aunque nunca estuvo preso en Segovia, el Ayuntamiento quiso darle su nombre a esta celda que constituye una interpretación artística de uno de sus poemas que escribió durante su reclusión en Burgos. La tercera celda, a diferencia del resto, es de carácter Audiovisual. La pantalla está escoltada por dos fotos grupales de presas y presos en el patio de la cárcel de Segovia en 1944. En ella se proyecta un documental (que el lector puede visualizar a través de un QR) donde se resume la historia de la cárcel de Segovia desde 1924 hasta su cierre en el 2000.

La cuarta celda, ofrece una amplia e interesante mirada sobre la represión y la Captividad durante la guerra y la posguerra que va más allá de la cárcel, incluyendo así todas las variantes del universo penitenciario franquista como campos de concentración, batallones de trabajadores o colonias penitenciarias. No sólo se incide en los trabajos forzados que se desarrollaron en la provincia de Segovia y el resto del país, sino también el de los segovianos que estuvieron cautivos en los campos de concentración nazis y los campos de refugiados en Francia.

Las celdas cinco y seis se corresponden con el periodo en el que edificio albergó la Prisión Central de Mujeres (1946-1956) donde se concentraron la mayoría de presas políticas del país. Para las mujeres representó lo que el penal de Burgos para los hombres, pues la dictadura concentró en Segovia a las más destacadas: Josefina Amalia Villa, María Salvo, Soledad Real, Manolita del Arco... La información se divide por temas como la salud y alimentación, el trabajo, las comunicaciones, la coerción religiosa o las labores que realizaban. Especial atención se presta a la histórica huelga de hambre que llevaron a cabo las presas en 1949. Incluye un listado de casi

cuatrocientos nombres de mujeres que pasaron por la Prisión Central. Dentro de esta celda, se recoge también la etapa en la que el edificio se transformó en Reformatorio Especial de Mujeres Caídas que estuvo en funcionamiento entre 1956 y 1969. Aunque se denominaba reformatorio, fue una prisión destinada a mujeres detenidas por ejercer la prostitución clandestina. Se trata del único periodo durante la dictadura en el que la cárcel no estuvo poblada de presas políticas y aquel que todavía está pendiente de investigar.

La séptima celda, que lleva por título «Ambientada en 1939», es una recreación de cómo era una celda en una cárcel franquista: sin agua corriente, ni inodoro, ni camas. En ella se incluye también la proyección del documental *Tras las rejas franquistas* (gracias al QR) en el que los autores entrevistaron a tres presas y cuatro presos segovianos junto a sus familiares. Con ello, además de los nombres y las fotografías, se recuperan y conservan los testimonios de quienes pasaron por la cárcel cuya vivencia es especialmente valiosa para contrastar con las fuentes oficiales y para conocer aspectos que rara vez figuran en las fuentes de archivo.

Las últimas celdas de la exposición, la octava y la novena, abarcan la etapa del Centro Penitenciario de Cumplimiento Ordinario de 1º Grado para delincuentes por convicción, de la última etapa de la dictadura (1969-1977). Allí se concentró a la mayoría de dirigentes políticos y sindicales de ámbito estatal, como Marcelino Camacho, Pere Ardiaca, Gerardo Iglesias... Al igual que en las celdas de las presas, la información se estructura por temas en los que se abordan —entre otras cuestiones— la cultura política, el régimen y el tratamiento penitenciario, la resistencia o las iniciativas que se llevaron a cabo en solidaridad con los presos. Sumamente interesante es

la inclusión de un panel específico sobre la figura de las *mujeres de preso* que jugaron un papel fundamental en la supervivencia de los presos y la lucha política a lo largo de toda la dictadura.

Un aspecto a destacar es que, pese a que el marco geográfico de la exposición y del libro pueda parecer que se limita a la provincia de Segovia, en realidad es estatal, ya que, durante dos fases fueron a cumplir condena presas y presos de todo el país, concentrando a las más significativas de cada periodo.

Esta publicación —con doscientas páginas y quinientas imágenes— lejos de ser un catálogo de exposición, es un riguroso trabajo científico que refleja las décadas de investigación de sus autores, quienes han empleado una gran diversidad de fuentes

históricas. Desde cartas, prensa, expedientes penitenciarios o ilustraciones, aunque sin duda, destacan las abundantes imágenes de las diferentes etapas de la cárcel, tanto las institucionales como las personales de los presos y presas.

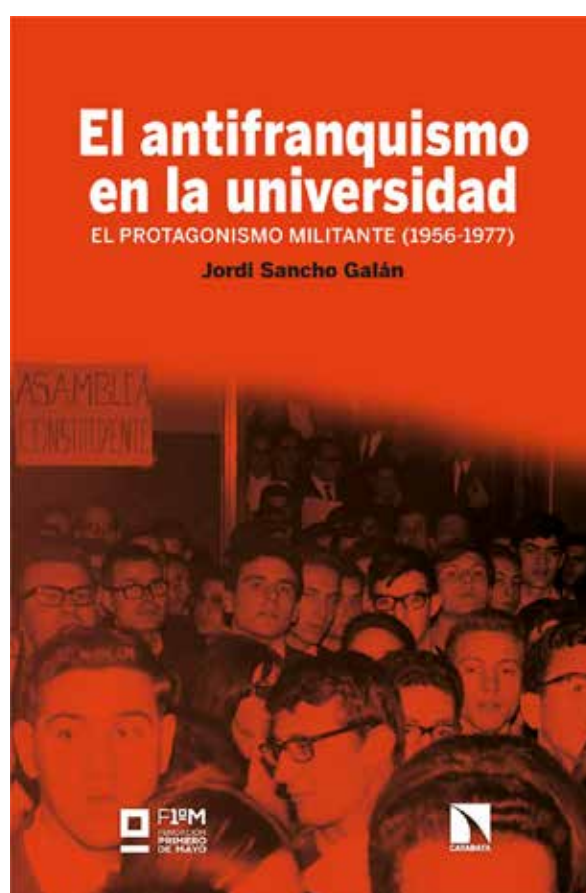
Además de la importante aportación que supone este libro para la historiografía sobre la represión franquista, es también un referente desde el punto de vista expositivo, ya que, se trata de la única exposición permanente sobre las cárceles franquistas durante toda la dictadura. En este sentido, el libro puede (y debe) servir como ejemplo para crear otras exposiciones que recuperen la historia de las cárceles franquistas en otros puntos del país. La lectura de esta publicación invita sin duda a visitar la cárcel y la exposición^[1].

1.– El Foro por la Memoria de Segovia, en colaboración con la Concejalía de Turismo del Ayuntamiento de Segovia, organiza visitas guiadas mensuales. Más información en: foromemoriasegovia.blogspot.com y turismodesegovia.com

Guerra de posiciones en la universidad: el PSUC y los estudiantes*

Pablo Gil Valero

A finales del año 1959, durante el VI Congreso del Partido Comunista de España (PCE) en Praga, un joven Jordi Solé Tura, responsable del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) universitario y delegado del interior, proclamaba frente a la dirección del partido: «Camaradas, la Universidad está ya totalmente perdida para el régimen»^[1]. Esta afirmación, sin duda alguna prematura en aquel momento, albergaba algo profético sobre el devenir de la movilización estudiantil en las dos décadas siguientes. Esa misma idea de conquista de un espacio —físico y político— fue retomada hace unos años, en 2021, cuando varios de aquellos antiguos estudiantes barceloneses colaboraron en el libro *Quan el franquisme va perdre la universitat*^[2], aportando sus testimonios y sus lecturas de la historia que protagonizaron. Los testimonios de la movilización universitaria bajo el franquismo son abundantes, lo que pone de manifiesto el carácter masivo de ese



cuerpo estudiantil en pie de guerra contra el régimen. Como es bien sabido, algunos de aquellos militantes del PCE-PSUC y de la izquierda revolucionaria se convertirían más tarde en figuras de la política institucional y del mundo de la cultura, en ambos lados del tablero político, lo que en España contribuyó a la caricaturización de una generación de activistas universitarios. Hoy, los estudiantes siguen llevando la acción

*Reseña de Jordi Sancho Galán, *El antifranquismo en la universidad: el protagonismo militante (1956-1977)*, Fundación Primero de Mayo y Catarata, Madrid, 2024.

1.- «VI Congreso del Partido Comunista de España. Actas. Segundo tomo», 1959, Documentos PCE, Congresos, Archivo Histórico del PCE (AHPCE).

2.- VV. AA., *Quan el franquisme va perdre la universitat. El PSUC i el Sindicat Democràtic d'Estudiants de la Universitat de Barcelona (curs 1965-1966)*, Barcelona, Editorial Base, 2021.

política y la protesta a los campus, con un repertorio de acción heredado de las luchas pasadas, aunque actualizado, y siendo objeto de señalamiento, de violencias y algunos incluso amenazados con la deportación.

Desde hace ya unos años, el historiador Jordi Sancho Galán contribuye a los desarrollos historiográficos de la historia de los comunistas catalanes que se han experimentado desde las primeras décadas de este siglo, centrándose en la cuestión universitaria. Esta última ha sido muy a menudo mencionada y rara vez ignorada en los estudios sobre el PSUC y sobre el antifranquismo catalán, pero nunca antes se había dedicado un estudio a toda la trayectoria de este sector del partido y su papel en la movilización social antifranquista. Ese es el vacío historiográfico que *El antifranquismo en la universidad: el protagonismo militante (1956-1977)* —adaptación de la tesis doctoral de Sancho Galán— viene a colmar. Este trabajo se inscribe en la línea de la historia de corte social, cultural e intelectual del PSUC y del antifranquismo construida, entre otros, por Carme Molinero, Pere Ysàs, Giaime Pala y Xavier Domènech. En su libro, Jordi Sancho acomete una tarea pendiente, que ya fue señalada como tal durante el primer y segundo congreso de historia del PSUC: otorgar protagonismo a la militancia de base, a las perspectivas «desde abajo», poniendo especial atención en los actores de la historia, en sus trayectorias personales y colectivas, así como en su agentividad. Sancho Galán sitúa la lupa sobre un grupo particular: el estudiantado comunista y antifranquista movilizado en la Ciudad Condal durante el segundo franquismo. El marco cronológico de este trabajo parte de 1956, año bisagra del comunismo español y catalán con la declaración de la Política de Reconciliación Nacional y con la organización del I Congreso del PSUC, que corresponde también a la formación de su prime-

ra célula universitaria. El marco se cierra, lógicamente, en el año 1977: organización de las primeras elecciones multipartidistas, disolución del Movimiento Nacional y Ley de Amnistía, Pactos de La Moncloa, derrota política de los sectores más continuistas; pero también se extendió la amnistía a la esfera universitaria, y se llevaron a cabo reformas de democratización de las estructuras universitarias. Durante esas dos décadas, la enseñanza superior atravesó grandes cambios políticos, culturales y demográficos. En los últimos años del franquismo, la universidad española ya no era únicamente un lugar de reproducción social de las élites del régimen, su acceso se había democratizado: en esos veinte años en Catalunya el número de universitarios se multiplicó por seis. La mutación de la universidad es socioeconómica e ideológica. Huelga decir que, en esos años de activismo político, los grupos militantes se renovaron, cambiaron y evolucionaron. Algunos actores dieron el paso del estudiantado al profesorado —en especial al profesorado no numerario—, contribuyendo a la unión entre esos dos cuerpos no administrativos que componían la universidad. Así pues, en *El antifranquismo en la universidad*, el cambiante recinto universitario barcelonés y sus estructuras fue, sin duda alguna, uno de los agonistas de esta historia junto a los estudiantes y docentes que lo habitaban.

El trabajo de Jordi Sancho Galán está compuesto por cinco capítulos siguiendo la evolución cronológica de esa militancia estudiantil del PSUC en la capital catalana, y estos se pueden dividir en tres partes. En la primera parte, capítulos 1 y 2, se abordan los aspectos más fundamentales de la lucha antifranquista en la Universidad de Barcelona, es decir, los primeros intentos de resistencia en la posguerra y la politización de un primer núcleo de estudiantes hacia una forma de marxismo en la segun-

da mitad de los cincuenta. Esta se operó desde el seminario de literatura Boscán y se materializó en el paso de la disconformidad cultural de corte catalanista de esos estudiantes a la militancia clandestina en el PSUC y, por consiguiente, la formación de la primera célula universitaria del PSUC, elemento determinante en el desarrollo del partido de los comunistas catalanes y en la transformación de la universidad barcelonesa en uno de los mayores focos de resistencia cultural y política al régimen dictatorial. Sancho Galán traza aquí el recorrido militante de algunos de estos primeros estudiantes comunistas como August Gil Matamala, Luis Goytisolo, Octavi Pellisa o el ya mencionado Jordi Solé Tura. A través de estos militantes y de sus experiencias se construyó la práctica política del PSUC universitario, uno de los primeros colectivos del interior en constituirse tras la celebración del I Congreso del PSUC en el verano de 1956, junto con la organización de intelectuales del partido entre cuyos integrantes estaban los recién llegados Manuel Sacristán y Francesc Vicens. Durante esos primeros años, entre el final de los años cincuenta y principios de la década siguiente, la organización universitaria del PSUC se construyó en torno a dos *leitmotiv*: la lucha contra el Sindicato Español Universitario (SEU) desde el propio SEU, identificado como la herramienta de control y represión del régimen en la Universidad, y una inquebrantable voluntad de unidad con las demás organizaciones antifranquistas del ámbito estudiantil, en particular con los grupos catalanistas y católicos progresistas. Ambos aspectos de la práctica política, además de corresponder a la línea estratégica de reconciliación nacional marcada por el PCE-PSUC en 1956, resultaron ideales para masificar la lucha antifranquista en el estudiantado barcelonés, partiendo siempre de reivin-

dicaciones propiamente universitarias. Su actividad política se dividía pues entre las acciones clandestinas y las acciones legales, aprovechando y ocupando el más mínimo resquicio dejado por el régimen en sus estructuras universitarias.

La segunda parte, que abarca los capítulos 3 y 4, se centra en la construcción y en la formación de un organismo esencial en el desarrollo de la efervescencia antifranquista en la Universidad, no solo en Barcelona, sino en todo el Estado: el Sindicato Democrático de Estudiantes. Tras años de lucha unitaria y de explotación de las estructuras legales, las técnicas de infiltración en el SEU habían alcanzado el agotamiento y el propio SEU fue disuelto por el régimen, creando, a su vez, las Asociaciones Profesionales de Estudiantes para reemplazar al extinto sindicato. Fue en esa coyuntura en la que los estudiantes barceloneses, liderados por los miembros del PSUC universitario, lanzaron el proceso de construcción del *Sindicat Democràtic d'Estudiants* de la Universitat de Barcelona (SDEUB). Este fue el mayor proyecto ligado a los comunistas en todo el Estado y ya en la correspondencia de los enlaces con la dirección exiliada en los años cincuenta se encontraban menciones a esa idea. La diferencia era que, quince años más tarde, los comunistas eran hegemónicos en el movimiento antifranquista universitario. La asamblea fundacional del SDEUB del 9 de marzo de 1966, también conocida como la Caputxinada, se transformó en encierro frente a las amenazas policiales, lo que contribuyó a la popularización y a la internacionalización del movimiento estudiantil antifranquista en Barcelona. En el encierro en el convento de los Capuchinos de Sarrià tuvieron un marcado papel los intelectuales, no tan sólo por su simbólica presencia y apoyo a los estudiantes, sino también por sus contribuciones: Manuel

Sacristán, miembro del PSUC, escribió el manifiesto del SDEUB *Por una universidad democrática*, y Jordi Solé Tura, exmiembro del PSUC, redactó los estatutos del sindicato. Esto fue un gran paso adelante para los estudiantes; su movilización seguía siendo ilegal, pero ya no era clandestina. El movimiento estudiantil se masificó, sus manifestaciones eran masivas y miles de universitarios reconocían sus demandas y reivindicaciones en el programa y en la práctica del sindicato democrático. La universidad comenzaba a convertirse en una zona de libertad. Se debe también reconocer el papel que jugó el éxito del movimiento universitario en la dinamización de las políticas unitarias entre organizaciones antifranquistas fuera de la universidad. Pero este éxito también fue la fuente de tensiones entre la prudente dirección en el exilio y los militantes del interior, cargados de optimismo. En última instancia, esas críticas a la moderación llevaron a la escisión de una parte importante del núcleo dirigente del PSUC universitario, que conformó el Grupo Unidad en 1967, del que más tarde surgirían el Partido Comunista de España (internacional) y Bandera Roja.

La tercera y última parte, correspondiente al quinto capítulo, cubre el periodo final del activismo universitario antifranquista, desde la desarticulación total e implosión del SDEUB hasta la emergencia del proceso de democratización dentro y fuera de la Universidad. El aumento de la movilización estudiantil fue seguido por una intensificación de la represión policial y administrativa. Ese salto represivo llegó a su auge durante el estado de excepción de 1969. Este fue declarado tras la muerte del estudiante antifranquista Enrique Ruano y tuvo como objetivo aplacar completamente el movimiento estudiantil e impedir cualquier tipo de actividad mediante la vio-

lencia y la represión. Todo ello, junto a la debilitación del PSUC, llevó al aislamiento de los elementos radicales del movimiento estudiantil y provocó la crisis y la desintegración del SDEUB en el curso 1968-69. Jordi Sancho emplea la expresión «tiempo de izquierdismo» para definir ese corto periodo de hegemonía de la izquierda revolucionaria en la universidad hasta finales del 1970, con la aparición de los comités de curso y con la movilización contra el proceso de Burgos. El movimiento estudiantil se transformó en naturaleza: pasó de ser el lugar predilecto de confrontación con el régimen y de generación de conflictividad a convertirse en un altavoz de la movilización de otros sectores de la sociedad civil activa. Estos movimientos sociales —principalmente movimiento obrero y movimiento vecinal en Catalunya— ganaron protagonismo y los estudiantes también participaron en ellos. En este periodo final, el movimiento estudiantil estaba en crisis y el régimen en descomposición era incapaz de gobernar la universidad. Los edificios eran cerrados ante cualquier conato de incidente. En los años sesenta existía una autentica correspondencia entre las estrategias del PSUC y las demandas del cuerpo estudiantil, pero a partir de la década siguiente ambas ya no se correspondían. Por fin, Sancho Galán le dedica una parte importante de este capítulo a la movilización del profesorado no numerario (PNN) en los últimos años del franquismo, entre los cuales había numerosos antiguos estudiantes activistas del PSUC, lo que queda perfectamente expuesto por el autor. Este fue el último gran movimiento político organizado en la universidad antes de la muerte del dictador y del cambio de régimen político. Los comunistas, juntamente con el estudiantado y profesorado movilizado, construyeron la democracia desde la universidad.

En *El antifranquismo en la universidad*, el

autor establece respuestas claras y firmes sobre algunos de los debates y de los mitos en torno a los actores de la lucha antifranquista, con gran conocimiento del material documental. Una de las principales ideas que defiende con éxito Jordi Sancho Galán es la del rechazo de la excepcionalidad de la universidad española en el contexto de los agitados años sesenta, que estaba en realidad muy integrada en los movimientos globales, participando en las redes de circulación de ideas y de prácticas políticas. A través del estudio de los actores de esta historia, con rostros, nombres y apellidos, la obra ayuda a deconstruir la imagen del militantismo como elemento natural e inherente a la experiencia universitaria en contextos autoritarios. Nada más lejos de la realidad, pues Jordi Sancho muestra que esta fue una elección consciente y difícil, que implicaba sacrificios. Aquel militan- tismo tampoco fue una mera experiencia oportunista previa a la vida política posdic- tatorial, sino una acción política en sí con objetivos propios.

Esta obra es una contribución funda- mental para la construcción de la historia del antifranquismo y del comunismo ca- talán, pero es también un punto de refe- rencia en cuanto a estudios de procesos de politización y del militantismo estudiantil se refiere. En suma, el detallado estudio de Jordi Sancho Galán constituye por una parte un estudio definitivo sobre los es- tudiantes organizados contra el régimen nacionalcatólico y contra la opresión, así como una sólida base de investigación que abre el camino al desarrollo de investiga- ciones paralelas. Lejos de los mordaces re- tratos de los trasuntos de esa generación de militantes trazados por las brillantes plumas de autores como Juan Marsé o Ra- fael Chirbes, *El antifranquismo en la uni- versidad* aporta al lector —tanto inexperto como especialista— el relato preciso de una difícil cronología, a menudo deformada por inexactos relatos autobiográficos de sus protagonistas, de uno de los sectores esen- ciales y pioneros de la movilización social contra el franquismo.

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM



núm. 1 | 2016



núm. 2 | 2016



núm. 3 | 2017



núm. 4 | 2017



núm. 5 | 2018



núm. 6 | 2018



núm. 7 | 2019



núm. 8 | 2019



núm. 9 | 2020



núm. 10 | 2020



núm. 11 | 2021



núm. 12 | 2021



núm. 13 | 2022



núm. 14 | 2022



núm. 15 | 2023



núm. 16 | 2023



núm. 17 | 2024



núm. 18 | 2024

Todos los números de **Nuestra Historia** están disponibles en revistanuestrahistoria.com

fundación de
investigaciones
marxistas



 **transform!**
europe

Cartografía de la Memoria Obrera en Madrid: recuperando lugares de memoria de las clases trabajadoras

Mayka Muñoz Ruiz

Fundación 1º de Mayo

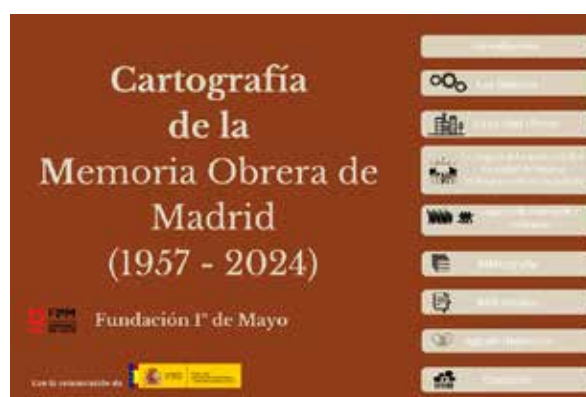
Susana Alba Monteserín

Fundación 1º de Mayo

En el año 2022 en la Fundación 1º de Mayo nos planteamos descubrir dónde estaban los restos del Madrid industrial que había dejado sus huellas en los numerosos fondos que forman parte de nuestros archivos, así como de los relatos de los/as militantes de CCOO que habían luchado por sus derechos laborales y sociales durante la segunda mitad del siglo XX.

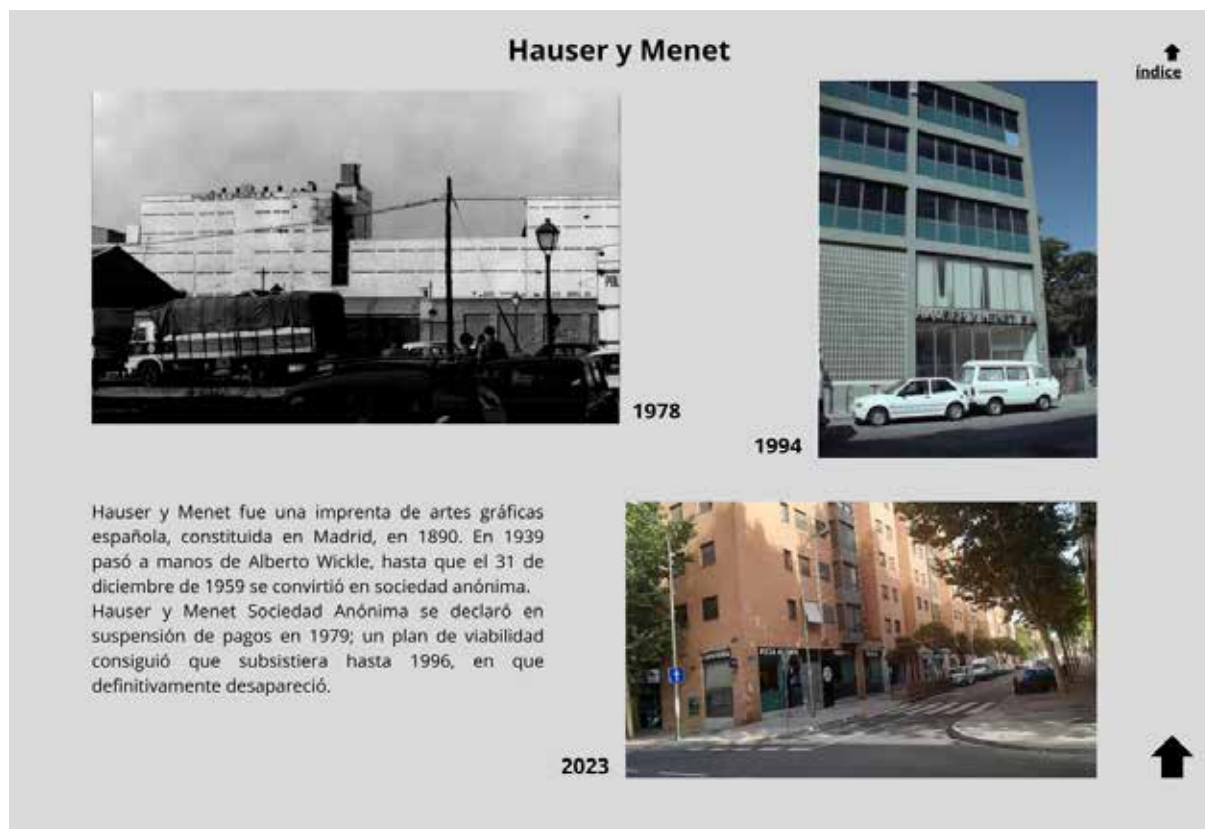
Atención *spoiler*: no estaban. Muchos habían desaparecido. Y con ellos, gran parte de la conciencia de clase obrera que había acompañado estas luchas tanto en las fábricas como en los barrios del extrarradio madrileño.

A partir de esa constatación emprendimos un proyecto que ha llevado dos años (2023 y 2024) para recuperar la memoria obrera de Madrid. Para ello, acudimos a las subvenciones de la Secretaría de Estado de Memoria Democrática. El resultado es una página web que nos lleva del pasado al presente a través de fotografías y textos^[1].



El objetivo del proyecto ha sido crear un mapa conceptual de los lugares de la memoria obrera madrileña que se contraponga a la memoria impuesta por el Franquismo en las calles, en las conmemoraciones y en los símbolos públicos a lo largo de 40 años de dictadura. Necesitamos rescatar esta memoria desde una perspectiva didáctica para que las viejas y nuevas generaciones conozcan y reconozcan el protagonismo de las clases trabajadoras en la consecución de la democracia en nuestro país.

1.- <https://cartografiamemoriaobrera.com/2024>



Hauser y Menet (cartografiamemoriaobrera.com).

Para lograrlo, la primera tarea ha sido localizar estos espacios habitados, empezando por los lugares de trabajo y siguiendo por los de vivienda. En este sentido es fundamental señalar que la política del régimen en materia urbanística tuvo un objetivo claro de segregación espacial y social. De esta manera, el Plan Bigador de 1946 organizó Madrid de tal forma que se expulsara al extrarradio las fábricas y las viviendas de los/as trabajadores/as de las mismas. Al sur y al este de la ciudad, siguiendo las vías férreas, irán apareciendo en los años 60 multitud de fábricas y talleres, sobre todo de los sectores del metal, químicas y textil-confección, que darán empleo a la multitud de emigrantes internos que salieron de sus pueblos para buscarse la vida en la gran ciudad. Paralelamente, estas personas que empezaron construyendo sus propias infraviviendas, trajeron a sus familias

y fueron accediendo a los pequeños pisos del Instituto Nacional de la Vivienda, en los poblados dirigidos o en las Unidades Vecinales de Absorción (UVA).

En la Cartografía destacan por la abundancia de documentos algunas zonas industriales: Arganzuela, que incluye Delicias, Legazpi, Embajadores y Méndez Álvaro; Chamartín de la Rosa, área industrial en el norte muy reducida; San Blas-Canillejas, con las fábricas del polígono de Julián Camarillo y las de la avenida de Aragón y Villaverde. A través de los mapas de estas zonas podemos acceder a las postales de las fábricas y también de otras empresas donde se reunieron muchos/as trabajadores/as y organizaron protestas y movilizaciones. Nos referimos a los mercados y a las cocheras de autobuses y metro.

La mayoría de estos centros industriales van a desaparecer con el desarrollo de

la reconversión industrial, a partir de los años 80, que verdaderamente fue un proceso de eliminación del tejido industrial madrileño en favor de usos residenciales para una población de clase media aspiracional. La configuración de este nuevo espacio urbano significó no sólo la pérdida de estos empleos industriales y la progresiva terciarización de la economía madrileña, sino también un profundo cambio social de los barrios obreros a las urbanizaciones cerradas con piscinas interiores. En todo este proceso se llevó a cabo una especulación del suelo que ha conllevado una expulsión social selectiva de las clases trabajadoras de estas áreas urbanas hacia nuevas periferias, cada vez más alejadas de los centros de poder y también de los espacios donde se visibilizan las contradicciones socioeconómicas.

Respecto a los barrios obreros, como sabemos, la ciudad de Madrid recibió un volumen inmenso de población emigrante de los pueblos del interior peninsular, que se tuvo que asentar donde pudo debido a la falta de políticas eficientes en materia de vivienda. La proliferación de infravivienda, la mayoría autoconstruida, fue una constante hasta finales de la década de 1970, cuando la acción del movimiento vecinal y las nuevas dinámicas políticas de la Transición empezaron a articular nuevas herramientas.

Ahora bien, muchos de los vecinos y vecinas de estas infraviviendas acabaron alojados en los nuevos poblados dirigidos, como el de Orcasitas, que se desarrollaron paralelamente desde mediados de los años 50, así como en las UVA. Sin embargo, la especulación con los materiales propició que entre los años 1976 y 1986 estos poblados tuvieran que ser remodelados. En este nuevo proceso fue esencial la organización y movilización de las Asociaciones de Vecinos y de Amas de Casa.

Otro de los caminos emprendidos durante esta época para dar cabida a las familias trabajadoras fue la creación de colonias obreras. Algunas se crearon por iniciativa de las empresas, como la Colonia del Pico del Pañuelo, la Colonia Boetticher, la Colonia Marconi o la Ciudad Pegaso. Ésta última fue concebida como «Ciudad del Movimiento», una ciudad orgánica y cerrada en la que quedaba idealmente superada la lucha de clases por yuxtaposición de todas ellas, aunque dejando bien claro en el propio espacio las diferencias sociales, ejemplificado en la existencia de pisos para los productores, adosados para mandos intermedios y chalets para los directivos.

En nuestro proyecto de Cartografía de la Memoria Obrera en Madrid hemos tratado de recuperar, como hemos visto, el pasado industrial y de los barrios obreros de la ciudad para mostrar a las nuevas generaciones otra manera de trabajar y de relacionarse que también fue esencial para el desarrollo económico y el cambio político en la ciudad y en el país. Pero hemos intentado ir más allá, al plasmar en las calles y en otro tipo de edificios la memoria de las luchas laborales, la represión y la resistencia de la ciudadanía durante el Franquismo y la Transición. Protestas, luchas y reivindicaciones que transitaban por los mismos lugares geográficos, los barrios donde los madrileños y las madrileñas trabajaban y vivían.

Consideramos que hay que hacer frente al relato franquista que en muchas ocasiones aún pervive en nuestra sociedad y afirmamos que la memoria colectiva de la clase trabajadora puede contribuir a elaborar relatos alternativos que resquebrajen el discurso hegemónico.

Siguiendo esta línea de acción, hemos seleccionado lugares donde se produjo una disputa del espacio público entre el régimen y la oposición antifranquista, sobre todo la articulada en torno al nuevo movimiento



«Manifestación por la carestía de la vida» (cartografiamemoriaobrera.com).

obrero surgido desde finales de la década de los años 50: las Comisiones Obreras. De esta manera, hemos seleccionado para nuestra Cartografía antiguas sedes del Sindicato Vertical, los primeros locales alquilados del sindicato, aún no legalizado, o lugares emblemáticos donde se celebraron asambleas de trabajadores y trabajadoras, como fue el Colegio de la Paloma.

Para terminar con este apartado, hemos indagado en los distintos repertorios de acción colectiva que se articulan en los espacios de producción y de reproducción social, lo que implica la movilización social en torno al trabajo, las condiciones de vida, la igualdad entre hombres y mujeres o la imaginación de horizontes emancipatorios.

Si bien el movimiento obrero constituyó la espina dorsal del antifranquismo, otros movimientos y colectivos ciudadanos, como fue el caso de las asociaciones de mujeres o

las asociaciones de vecinos, formaron igualmente parte de ese conglomerado articulado en torno al objetivo de una democracia plena. Por eso, en nuestros recorridos, hemos seleccionado tanto manifestaciones por reivindicaciones laborales en lugares muy significativos, como la Glorieta de Embajadores o la de Atocha, o el Paseo de las Delicias; como las que se organizaron en protesta por la carestía de la vida en Villa-Verde o las primeras manifestaciones que conmemoraron el 8 de Marzo.

Finalmente, hemos dedicado un apartado a los lugares clave en la represión de todas estas personas que lucharon por los derechos civiles, políticos, sociales y laborales en Madrid y que fueron maltratadas, torturadas, encarceladas e incluso asesinadas por ello. Tanto en la posguerra como en el tardofranquismo, la ciudad de Madrid estuvo marcada por lugares de represión que fue-



Cárcel de Carabanchel (cartografiamemoriaobrera.com).

ron, en diversa medida, también espacios de resistencia. Hemos destacado la Dirección General de Seguridad (DGS) en la Puerta del Sol, un lugar de detención y tortura. Debemos asimismo mencionar la cárcel de Carabanchel, que fue la prisión provincial para hombres –y lugar de reclusión para aquellos que se hallaban en espera de juicio en el Tribunal de Orden Público (TOP)– y, para mujeres, las cárceles de Ventas hasta su cierre en 1969 y Yaserías a continuación. En estos lugares, además de la experiencia de los y las detenidos/as, es importante destacar la lucha de las mujeres de preso, que usaron el rol que el Franquismo les concedía en cuanto a esposas y madres de familia para movilizarse por la libertad de sus familiares y los derechos políticos y sindicales.

Asimismo, un lugar distinguido como espacio de represión fue la sede del TOP, donde a partir de 1964 se juzgarán los de-

litos de asociación ilícita, manifestación y propaganda ilegal.

La práctica totalidad de los edificios que fueron sede de la represión han desaparecido o han cambiado de uso, sin dejar constancia de su uso anterior, por lo que estos lugares de memoria se han convertido en lugares de negación de la represión ejercida. De ese modo, han pasado a ser lugares de olvido e impunidad. Consideramos especialmente esclarecedor de esta problemática sobre las distintas memorias en disputa, el conflicto que está suponiendo la designación como lugar de memoria de la sede de la DGS en la Puerta del Sol, donde actualmente se encuentra la presidencia de la Comunidad de Madrid.

Ahora bien, la muerte de Francisco Franco en 1975 no trajo de repente la paz y la armonía al país, antes al contrario. Frente a la proliferación de cierto relato sobre la

«idílica» Transición española a la democracia, la realidad es que hubo mucha violencia, tanto estatal como paraestatal contra las personas que precisamente habían estado luchando contra el Franquismo. Entre los años 1975 y 1981 las fuerzas y cuerpos de Seguridad del Estado continuaron con la represión de las manifestaciones callejeras de índole laboral o política. Paralelamente, bandas fascistas cometieron diversos atentados contra trabajadores y trabajadoras, estudiantes, militantes de partidos políticos y de asociaciones de vecinos. El asesinato de cinco personas en el despacho de abogados laboristas en la calle de Atocha, número 55, seguramente sea el de mayor contenido simbólico.

El resultado final del proyecto recoge 193 fotografías, que pertenecen en su ma-

yoría a los fondos fotográficos del Archivo de la Fundación 1º de Mayo. Además de estos fondos, hemos consultado las entrevistas de la colección Biografías Obreras y Militancia Sindical de CCOO lo que nos han permitido identificar las fábricas, los barrios y los itinerarios de las movilizaciones. Estos itinerarios y localizaciones se han interpretado siguiendo la noción de *lugares de memoria* conceptualizada por Pierre Nora, donde la memoria colectiva se liga a los espacios, concretos o simbólicos. Estos lugares, donde se juntan las experiencias de la historia individual y grupal son algunos de los que se han rescatado en esta *Cartografía*. Con ello se busca contribuir a la difusión de una memoria democrática que incluya la memoria de la clase obrera madrileña.

Del antifranquismo al Ayuntamiento: relaciones entre comunistas y cristianos en Córdoba

Miguel Á. Peña Muñoz

Sección de Historia de la FIM/ Profesor en el IES Averroes (Córdoba)

«No es que hubiera tantos comunistas en Córdoba, la primera vez —se refiere a las elecciones municipales de 1979— concu- rrieron tres factores: un Partido Comunista muy fuerte con una dirección muy equili- brada, con buenos vínculos con grupos cul- turales y comunidades cristianas de base; el PSOE tenía un hombre que podía haber sido candidato, Joaquín Martínez Bjorkman (...) y en tercer lugar la derecha se abstuvo porque no confió en la UCD. Estos tres fac- tores son los que me hicieron alcalde»^[1].

Así expresaba Julio Anguita las causas por las que se convirtió en el primer edil de la ciudad de la Mezquita. En el presente tra- bajo nos vamos a detener en el primero de los factores; las relaciones de los comunis- tas y los cristianos en Córdoba en la lucha por la democracia.

El PCE cordobés

El Partido Comunista de España (PCE) en Córdoba, tras pasar una década de sub- sistencia —tras el desastre guerrillero del Barranco de la Huesa—, vivirá un periodo

de expansión a partir de 1957 con la incor- poración de una generación de jóvenes mi- litantes. Esta expansión llevará a tres im- portantes caídas (1960, 1961 y 1962), pero también a unas rápidas reconstrucciones.

A partir de esta última caída el núcleo di- rigente se centrará en unas tareas orienta- das a la gestación de las Comisiones Obre- ras (CCOO) años después. A raíz de una infiltración policial en 1966, que provoca la caída de una escuela de formación cele- brada en la RDA, la organización cordobesa será sometida a una cuarentena de un par de años por parte de la dirección. Lo cual no impide que el PCE no sólo mantenga su estructura propia, impulsando las CCOO y el movimiento juvenil que surgirá a partir de 1967, sin que se produzcan grandes caí- das que pongan en peligro la articulación comunista hasta la legalización.

En la nueva dirección que se configurará en 1970, aunque Basilisa Ranchal sea la Se- cretaria Provincial, serán Ernesto Caballero y José López Gavilán los que se encarguen de las relaciones de los comunistas con personalidades y otros actores del antifran- quismo, especialmente los cristianos.

1.- Julio Anguita, *Corazón rojo. La vida después de un infarto*, Madrid, Esfera de los libros, 2006, pp. 303-304.

El mosaico cristiano

Vamos a utilizar «mosaico» para definir al espacio cristiano cordobés por ser la palabra utilizada por el ex sacerdote Antonio Granadino durante el Seminario «Movimientos Cristianos» organizado por el Archivo Municipal en la sede del Instituto de Estudios Avanzados de Andalucía, hace aproximadamente dos décadas^[2].

Nos parece correcto dicho concepto pues realmente el espacio cristiano cordobés no es un elemento unívoco, sino que está compuesto por varias «teselas» diferentes pero con unos elementos comunes que conforman una cultura «política» común.

En ese mismo Seminario, el también ex sacerdote Laureano Mohedano, señalaba que después de la Segunda Guerra Mundial hubo una serie de cambios en la Iglesia que podrían ser la base del *aggiornamento* abierto con el pontificado de Juan XXIII. Dichos cambios serán movimientos de orden bíblico —a través del Instituto Bíblico de Roma y Jerusalén—, teológico —en Innsbruck y otros lugares—, litúrgico y de apostolado seglar, procedente de Francia. Con posterioridad al Concilio hemos de sumar la teología de la liberación que surgirá a fines de los años sesenta en América Latina y que se desarrollará en la década siguiente, influyendo en los sectores más avanzados del mosaico de una forma manifiesta en la década de los ochenta y los noventa^[3].

Las teselas que conforman el mosaico cristiano podemos clasificarlas en los siguientes grupos: movimientos apostólicos especializados, sacerdotes, clases medias inquietas culturalmente y Comunidades Cristianas Populares (CCP).

2.- «Seminario sobre los movimiento cristianos en Córdoba», Circa 2006, Archivo personal. Intervención de Antonio Granadino, min. 112-115.

3.- *Ibidem*, Intervención de Laureano Mohedano, min. 100-106.

Los primeros hacen acto de presencia en 1946. Siguiendo indicaciones de Pío XII, el episcopado español puso en marcha una nueva forma de relacionarse con el mundo obrero a través de dos movimientos especializados. La Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y la Juventud Obrera Cristiana —originalmente denominada JOAC—.

Tenemos constancia en Córdoba de presencia de la HOAC desde 1946 —como comparativa cronológica nos gusta señalar que estamos a meses de que se produzca la caída guerrillera en el Barranco de la Huesa—. Esta primera HOAC nace desde el asistencialismo nacionalcatólico del obispo de Córdoba Fray Albino (1946-1958). Tardará unos años la HOAC cordobesa en evolucionar hacia el compromiso temporal, teniendo ya problemas con el régimen como la detención de dos hoacistas de Peñarroya o la cita al sacerdote Antonio Navarro por Fray Albino tras quejas de los propietarios por el entusiasmo obrero generado en Castro del Río tras una intervención de aquel en un acto hoacista en este antiguo bastión libertario^[4].

Con respecto a la JOC cordobesa tenemos constancia desde al menos 1953, si bien hubo una pretensión de organización jocista ya en 1935. A medida que en la Acción Católica se vaya imponiendo la especialización iremos viendo entre finales de los cincuenta y primeros sesenta la aparición de nuevos movimientos especializados juveniles como la JEC (estudiantil), la JIC (intermedia) o la JARC (rural).

Dentro de los sacerdotes podemos establecer tres categorías de fronteras difusas: por un lado tenemos a párrocos con una sensibilidad social y van a facilitar la organización de los vecinos de sus barrios a través de asociaciones de cabezas de familia,

4.- Antonio Navarro Sánchez, *Apuntes para una historia de la HOAC en la diócesis de Córdoba*, Córdoba, Tipografía Católica, 2009, pp. 50-52.



RAFAEL SARAZA PADILLA,
45 años, casado y con 6 hijos,
abogado (cristiano que participa
en las Comedidas de Bar).

MIGUEL GALÁN RAVA,
34 años, casado y con dos hijos,
industrial.

JOSÉ VILLEGAS ZEA,
24 años, casado y con un hijo,
empresario de Banca.

La especulación del suelo ha originado el encarecimiento de las viviendas, consideramos imprescindible el poner freno a ésta especulación de cara a que los trabajadores puedan tener viviendas dignas y de acuerdo con sus ingresos. Nosotros los comunistas trabajaremos en el municipio para terminar con la especulación y hacer posible una política social de vivienda y equipamientos, a la vez que exigiremos el control público del suelo mediante la estricta aplicación de las normas legales. Proponemos el aumento de las viviendas de protección oficial con un control democrático en la adjudicación para acabar de esta manera con el favoritismo y la corrupción.

A los comunistas nos preocupa la seguridad personal de todos los ciudadanos, desde el ayuntamiento promoveremos un orden cívico y democrático que garantice esa seguridad, el libre ejercicio de los derechos individuales y de las libertades públicas, la protección de las actividades legítimas en todas las áreas profesionales, culturales, deportivas, etc.

Unos municipios bien equipados harían posible una mejora de la calidad de vida de los ciudadanos. En este sentido los comunistas proponemos la creación de Consejos de Salud que formulen una nueva política sanitaria dando prioridad a la medicina preventiva, higiene pública, asistencia a los barrios, planificación familiar; prestando gran atención al mejor funcionamiento de las urgencias y a los servicios de maternidad y rehabilitación. Contribuiremos también en lograr una mejor calidad en la enseñanza para todos los niños, creación de guarderías, centros de preescolar y de educación especial cediendo a este fin los terrenos que se consideren necesarios.

Candidato a la Alcaldía

JULIO ANGUITA GONZÁLEZ,
37 años, casado y con dos hijos,
profesor de E.G.B. y licenciado
en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Barcelona.

Córdoba, una de las ciudades con mayor riqueza arquitectónica, está siendo destruida paulatinamente; esto es un hecho ante el que ningún ciudadano puede permanecer impasible. Los comunistas cordobeses nos comprometemos a luchar dentro del ayuntamiento para detener el proceso de destrucción. Las áreas monumentales habrán de ser recuperadas para la vida ciudadana, haciendo efectiva la protección al patrimonio histórico-artístico mediante ayudas y estimulando que en ellos se establezcan toda clase de actividades sociales.

El problema del paro concierne directamente al ayuntamiento, y es obligación inexcusable de éste el buscar soluciones. Los comunistas plantearemos medidas concretas que en algunos casos habrá que elevarlas a los poderes públicos. Seguiremos exigiendo la plena equiparación del régimen de la Seguridad Social Agraria con el Régimen General, pero mientras esto se consigue haremos cuanto esté en nuestras manos para que las ayudas al empleo comunitario sean distribuidas eficaz y equitativamente.

Folleto del PCE de Córdoba para las elecciones municipales de 1979 (aportado por el autor).

clubes juveniles, dinamizando los barrios obreros. Llegando en algún caso a permitir el uso de los templos para acciones de lucha obrera. Entre los párrocos con sensibilidad social tenemos casos como Joaquín Canalejo en La Compañía, Agustín Molina «Padre Ladrillo» en El Naranjo o Bartolomé Blanco, quienes desarrollan un compromiso con sus barrios, dentro del marco legal, si bien el primer caso llegará a actuar fuera de los límites legales al servir su parroquia como estafeta de CCOO, pero incluso estas acciones se mueven dentro del marco del Concilio. Otros sacerdotes se implicarán más en una crítica social como las cartas de los setenta y los ochenta sacerdotes en los años finales de la dictadura.

Entre los sacerdotes tenemos el caso peculiar de Martín de Arrizubieta, sacerdote vasco deportado con una trayectoria confusa —jeltzale, colaborador de los nazis, antifranquista en Córdoba, pero aconsejando a

presos que «dijesen todo lo que supieran»—.

La segunda serían los consiliarios o sacerdotes que sirven de guía pastoral a los movimientos de laicos como la HOAC o la JOC. En la medida en la que otros movimientos especializados vayan asumiendo una mayor participación en la lucha obrera estos curas irán asumiendo la conciencia de clase. Ejemplos de consiliarios son Antonio Navarro en la HOAC, Francisco Aguilera en la JOC, Antonio Granadino en la JEC o Laureano Mohedano en la JARC.

La tercera categoría será la de los curas obreros, esto es sacerdotes que asumían su labor pastoral en su tajo —obra, fábrica o en el campo— como un asalariado más. Curas obreros serán Laureano Mohedano en Cenemesa, los curas de Villarrubia —Manuel Varo y Manuel Gómez— en la azucarera de esa barriada o en la construcción o Domingo García, primer cura en obtener el carné de trabajador agrícola y quien le había ne-

gado la comunión a una burguesa en Bujalance.

Otro actor cristiano fundamental será el formado por las clases medias (profesiones liberales, médicos, docentes o empleados de oficina) que pondrán en marcha iniciativas culturales en unos casos impulsadas desde la Acción Católica, como el Cine—Club Senda de la parroquia de La Compañía a mediados de los años cincuenta, liderada por Antonio Hens.

En otros casos serán iniciativas no relacionadas con la Iglesia pero sí con participación de cristianos dentro de los nuevos aires eclesiales. Será el caso de la revista *Praxis* impulsada por el psiquiatra José Aumente y donde se darán cita cristianos como el sacerdote Martín Arrizubieta, con marxistas como Carlos Castilla del Pino, Aristóteles Moreno, etc. Esta iniciativa tendrá una existencia breve entre 1960 y 1961 —coetáneas con las caídas del PCE mencionadas—. Las condiciones que pondrá al proyecto la censura pondrá fin al mismo.

En 1962 este grupo propone a la HOAC la creación de una asociación cultural inspirada en el pensamiento del Papa Juan XXIII. Aunque la HOAC rechaza asumirla como proyecto propio este es el nacimiento del Círculo Cultural Juan XXIII (en adelante El Juan XXIII), que a partir de 1963 será una entidad que reflexionará sobre las encíclicas de Roncalli. Entre los primeros socios tendremos a varios sacerdotes como Francisco Natera, Juan Moreno, Antonio Navarro, Luis Briones, Martín de Arrizubieta, Bartolomé Blanco o Daniel Navas.

Una personalidad que puede representar este perfil será Rafael Sarazá, miembro de la Acción Católica, integrante del Cine-Club Senda y fundador del Juan XXIII. Este será uno de los primeros abogados laboristas, junto a Martínez Bjorkman, que procedía también de este entorno. Sarazá siempre estará acompañado en estas iniciativas por

su esposa Luisa Jimena.

Granadino cuenta cómo él formaba parte de un grupo en el que compartían su fe; pero que hasta que no se produjeron unas críticas del obispo Guerra Campos al movimiento de las Comunidades Cristianas, no toman conciencia de que el grupo era una Comunidad Cristiana. A la que él pertenecía también formaban parte el matrimonio Sarazá-Jimena, así como la maestra María José Moruno y su esposo Antonio Luque o Antonia Pastor entre otros. Otro grupo impulsado por el sacerdote Daniel Navas estaría integrado por antiguos militantes de la JEC y de la JIC. Ambos grupos celebraban una eucaristía mensual en la Casa del Bailío y más adelante en una parroquia del Sector Sur.

El mosaico cristiano va a estar influenciado por el pensador anarquista José Luis García Rúa, residente en Córdoba en los primeros setenta. Desde las CCP, y con la participación de las Comunas Revolucionarias de Acción Socialista (CRAS) de García Rúa, conformarán un movimiento de acción llamado Movimiento 31 de Mayo del que hablaremos en su momento.

Espacios de coincidencia de comunistas y cristianos

Aunque las CCOO surgen del impulso político del núcleo dirigente del PCE a partir de 1963, no va a ser hasta una reunión celebrada en la parroquia de La Compañía a principios de 1968 cuando se ponga en marcha este movimiento obrero en Córdoba. Para ese momento, junto a los impulsores comunistas como Enrique Rodríguez Linares o Manuel Rubia vamos a contar con la presencia del jocista José Balmón o el hoacista Francisco Povedano Cáliz.

Por su parte, El Juan XXIII tuvo una primera etapa que como vimos estaba integrada fundamentalmente por cristianos y

orientada su actividad al *aggiornamento* de Rocalli. Sin embargo, a partir de 1968 se incorporarán militantes comunistas, siguiendo el planteamiento de la encíclica *Pacem In Terris* por parte del núcleo cristiano original. Esta apertura a los comunistas fue seguida a otros sectores minoritarios como el PSOE. A partir de 1969, El Juan XXIII se hace con una sede propia. Estos dos elementos; la apertura a sectores no cristianos y la tenencia de una sede propia, va a generar un giro en las temáticas a tratar, ya no tan ligadas al cristianismo conciliar sino abiertamente antifranquistas, previendo los organizadores ya una silla para la Político-Social.

Una nueva generación se incorporaba a la acción. A lo largo de 1966 diversas fiestas organizadas por jóvenes con el amparo de la Asociación de Cabezas de Familia de Cañero —la tercera en constituirse a nivel nacional— generará la aparición de un club juvenil, integrado por quince jóvenes, algunos de ellos comunistas, identificados como de la rama juvenil de CCOO. El modelo se irá extendiendo por la ciudad, por lo general vinculado a las parroquias, y aquí tenemos un elemento interesante. Algunos de estos clubes parroquiales van a estar influenciados por la juventud comunista —como es el caso de Santiago, cuyo párroco era el consiliario hoacista—, otros —como San Pedro o El Naranjo— estaban bajo la influencia jocista; el de la Trinidad lo estaba por el influjo de la JEC. En Cañero existían dos clubes —el mencionado de la Asociación de influencia comunista y el parroquiano de jocistas— que terminarían fusionándose. Todo este entramado, dará lugar a una reunión donde 108 grupos se coordinan en el Interclub. En la primavera-verano de 1968 —el mismo año que CCOO afluía y con el mayo francés de fondo— el movimiento juvenil reivindicaba instalaciones deportivas y piscinas para los barrios obreros.

La lucha por la democracia

La coincidencia de cristianos y comunistas se dará algunas veces generando curiosas situaciones, como la narrada por Granadino a cuenta de la misa celebrada en La Compañía tras el asesinato de tres albañiles en Granada en julio de 1970. Según cuenta el entonces sacerdote:

«Los no creyentes que, junto a nosotros, abarrotaban el templo se mostraron sorprendidos por la naturalidad de la liturgia preparada, con lecturas referidas a los hechos y con cantos como el de «Nunca fui a Granada» de Rafael Alberti. Algunos no sólo sorprendidos sino emocionados, de tal forma que al final de la misa, ya en la puerta, un conocido militante del Partido Comunista, viendo que aquello se acababa, comenzó a cantar —seguido de muchas voces— el «Salve Madre, de la tierra de mis amores...» que seguro recordaban de su estancia, cuando niños, en los Salesianos»^[5]

Granadino cuenta la existencia de ciertas vías de comunicación incluso con el obispado que tenía Enrique Rodríguez para comunicar acciones que había «por si queréis sumaros»^[6].

En diciembre de 1970 el dirigente comunista Ernesto Caballero fue detenido, tras veinte meses en prisión se le impuso una fianza de 75.000 pesetas. Surgió entonces la idea de pedir colaboración al obispo de Córdoba, José María Cirarda (1971-1978). Tras varios intentos, la esposa de Caballero —Teodora Aperador— y su cuñada consiguen colarse hasta el despacho del obispo, quien les prometió realizar alguna gestión.

5.- Antonio Granadino Salmoral, «A mis años. Recuerdos, anécdotas, escritos, reflexiones y experiencias de mi vida, a pocos meses de mi jubilación» [Texto inédito, escrito en 2007 y revisado en 2008], p. 43.

6.- *Idem*.

Esta consistió en que Cirarda redactó una carta dirigida a Cáritas por la que esta entidad prestaba el dinero de la fianza. Esta, al ser disuelto el TOP, no fue nunca devuelta. Es significativo también que Pedro Pascual, quien dirigía Cáritas entonces, recibió, ya en la legalidad, un homenaje por parte del PCE.

Cabe señalar que por estos años Cirarda participará e intervendrá en algún acto que por el 1º de Mayo realizan los cristianos de Córdoba.

Como dijimos, las CCP impulsaron el Movimiento 31 de Mayo, de carácter aconfesional. Este a su vez organizaría una serie de plataformas, en donde participarían también miembros de las CRAS de García Rúa. Estas plataformas se implantaron en los ramos de la banca, el comercio, construcción, metal y la enseñanza. Precisamente es en la plataforma de docentes, donde junto a María José Moruno, inicia su militancia Julio Anguita, situado en ese momento en un pensamiento anarco-comunista. La evolución posterior de Anguita tiene que ver con su labor de maestro en el barrio Naranjo, terminará en su incorporación al PCE ya en 1972.

Retomando el papel en el movimiento obrero, ya hemos visto que la colaboración entre comunistas y cristianos estuvo en el germen de CCOO; si bien es cierto que posteriormente hubo una salida de los cristianos de las CCOO por la hegemonía comunista, pasando a estar organizados en estas plataformas, aunque especialmente en la construcción retornarían a las CCOO.

La coincidencia de ambas culturas se dará principalmente en la lucha obrera. Un ejemplo destacado de esto será la subida de los precios en la empresa de autobuses urbanos a principios de 1973. En tanto que este medio de transporte era utilizado por la clase obrera, la subida de precios afectaba principalmente a esta, esto llevó a que

las organizaciones obreras de la Iglesia (JOC, HOAC, JEC) y los comunistas hicieran un llamamiento al boicot del transporte público. José Larios recordaba que para esta lucha CCOO ofreció seis parejas para el reparto clandestino de hojas, el PCE seis parejas y él por la JOC ofreció doce parejas. Nieto narra cómo el cura del Naranjo «estaba todo el día» trasladando a los vecinos desde el barrio al centro y viceversa en su propio coche. En este conflicto fueron detenidos varios militantes comunistas^[7].

En 1973, los comunistas cordobeses crean una publicación con el nombre de *Libertad*, dirigida por López Gavilán, en cuyo primer número incluían un artículo con el título «Los cristianos y el pacto». López Gavilán explica que entrega un ejemplar de cada número a Manuel Nieto Cumplido, canónigo archivero, por lo que según cuenta el militante comunista en el Archivo catedralicio debe haber una colección completa el periódico comunista que se estuvo editando hasta principios de 1977^[8].

En el verano de 1974 se presentó la Junta Democrática, organismo impulsado por el PCE para aglutinar al antifranquismo. En las labores de creación de la Junta Democrática en Córdoba, López Gavilán nos cuenta de la reunión que concertó entre Castilla del Pino y el abogado cristiano Rafael Sarazá con Manuel Nieto Cumplido. Aunque el canónigo rechazó su integración en la Junta Democrática nos muestra cómo había abiertas ciertas vías de comunicación entre los comunistas incluso con la jerarquía católica diocesana^[9].

7.- «Seminario sobre los movimientos cristianos...», Intervención de José Larios, min. 65-67 y Alfonso Nieto Alcántara, *Relato según mi memoria*, Córdoba, Utopía Libros, 2015 pp. 151-153.

8.- José López Gavilán, *Aquellos duros tiempos. Anecdótico*, Córdoba, Litopress, 2004, p. 49.

9.- *Idem*.



Anverso y reverso de un almanaque editado por la Juventud Obrera Católica en 1976 (aportado por el autor).

No obstante, sí hubo presencia cristiana en la Junta Democrática, estuvieron los curas Laureano Mohedano y el jocista Francisco Aguilera, el miembro de las CCP Antonio Luque y el hoacista de CCOO Francisco Povedano Cáliz. Además de otras personas que han ido apareciendo en este trabajo como Aumente o Bjorkman.

En las luchas laborales habrá ocasiones en las que los templos jueguen un papel crucial bien como lugar de acción o de reunión.

Serán los casos de los encierros en Palma del Río, con desalojo del templo que generó una crítica incluida en una carta de los curas comprometidos, en abril y en la parroquia de Santa Marina en Fernán Núñez, donde en septiembre de 1975 se encerraron 132 obreros del campo por la situación de paro.

En diciembre de ese mismo año surge un conflicto laboral en la empresa de autobuses de Córdoba. Los trabajadores deciden en la asamblea celebrada en la Nochevieja de ese año realizar un encierro en las cocheras de la empresa en ese momento. Cuando de madrugada la policía desaloja a los trabajadores, estos inician un peregrinar por distintas parroquias para continuar con el encierro, que se establecerá en Los Trinitarios. Aquel primer día de 1976 terminará con una victoria de la clase obrera con llamadas del ministro Fraga a la negociación. El impacto del conflicto queda manifestado por el hecho de que se informa sobre el mismo en una asamblea de la HOAC el día 4 siguiente.

Cinco días después tiene lugar una asamblea de la Construcción sobre la situación de paro que, con participación de militantes de diversas organizaciones entre las que están jocistas, hoacistas, comunistas y de otras tendencias como la Organización de Izquierda Comunista de España (OICE), terminará generando en una huelga que comenzará el 26 de enero hasta mediados de febrero. Durante el conflicto se celebrarán asambleas en seis templos (San Hipólito, San Nicolás, La Compañía, Capuchinos, San Pablo, así como en la propia Mezquita).

Es significativo incluso que para celebrar su III Conferencia provincial el PCE de Córdoba en enero de 1977 se trata de realizar en edificios relacionados con la Iglesia, aunque al final no pueda realizarlo en ellos sino en una nave industrial.

Elecciones municipales

Con la legalización de los partidos veremos cómo algunos de los personajes, especialmente de esos sectores de clases medias, se convertirán en dirigentes de los nuevos partidos, será el caso de José Aumente —y en su gestación Antonio Hens— en el PSA o de Antonio Zurita en el PSP y de Joaquín Martínez Bjorkman en el PSOE.

Como hemos podido observar, la colaboración entre comunistas y el mosaico cristiano era cotidiano, y en algunos casos de confianza. Tanto es así que de cara a las elecciones municipales de 1979, el PCE llegó a ofrecer la inclusión en la lista al jesuita y ex presidente del Juan XXIII Jaime Loring, este estaba entusiasmado en palabras de Ernesto Caballero, pero tras consultar a

su general este le dijo que «o concejal en la lista de los comunistas o sacerdote»^[10]. También ofreció el PCE encabezar la lista al abogado cristiano Rafael Sarazá, que ha salido recurrentemente en este trabajo. Sin embargo, finalmente Sarazá irá segundo, tras Julio Anguita, el militante comunista quien había comenzado su militancia en las plataformas impulsadas por los cristianos de base.

Aquella candidatura será apoyada por un manifiesto del grupo de sacerdotes de la Yedra pidiendo el voto para el PCE ya en democracia. De hecho parece que este grupo fue un tema tratado por el obispo Infantes Florido (1978-1996) y el Papa Juan Pablo II durante una visita «Ad limina»^[11].

En las elecciones municipales de 1979, de los 27 concejales 13 serán socios del CC Juan XXIII, en todos los partidos, si bien la mitad eran ediles del PCE. Además, Anguita nombró como su Secretario particular al cristiano Antonio Luque, miembro en su momento de las CCP.

A través de este recorrido hemos visto cómo la lucha antifranquista fue generando una relación de colaboración entre comunistas y sectores cristianos. Dicha coincidencia en la lucha continuará ya en democracia en diversas movilizaciones, señalemos por ejemplo que el portavoz de la plataforma por el referéndum de la OTAN será el jesuita Loring.

Sin duda, el modelo de ciudad de Córdoba en las décadas de democracia municipal tiene un elemento fundamental en la colaboración entre comunistas y cristianos de izquierdas.

10.- «Seminario sobre los movimientos cristianos...», Intervención de Ernesto Caballero, min. 78-90.

11.- Visita periódica que los obispos han de realizar con el Papa cada lustro para tratar sobre el estado de sus diócesis.

Casto García Roza, pasado (¿y futuro?) héroe de España

Pablo Alcántara

Universidad Autónoma de Madrid

Las últimas tres palabras que aparecen en el título de esta pequeña biografía, Héroe de España, constituyeron el título que utilizó el escritor comunista Jesús Izcaray para el libro que publicó sobre el dirigente comunista asturiano. Casto García Roza, después de morir tras sufrir torturas en la Comisaría de Gijón el 24 de septiembre de 1946, se convertiría en un «mártir» del apostolado laico del PCE, en su lucha por levantar la moral de sus militantes, en un momento, mediados, finales de los cuarenta, en los que la lucha guerrillera estaba tocando a su fin, tras diversos duros golpes policiales, la desaparición de la esperanza por una intervención aliada en suelo español tras la derrota de Mussolini y Hitler, las diferencias internas en el seno de la organización (que dieron en ocasiones a purgas muy duras, con persecuciones y asesinatos) y la pérdida de apoyo entre la gente de los pueblos y ciudades, que habían sido mermados por los embates de la Guardia Civil, la Brigada Político Social (BPS), la Brigadilla, el Ejército y los falangistas.

Nacido en 1907 en Ricaberna, en Quirós (Asturias), primero fue minero en el Pozo Fondón a los quince años y después metalúrgico en Duro Felguera. En la región, en aquellos momentos del primer tercio del siglo XX, se estaba fraguando un movimiento obrero de grandes dimensiones, que llevó a



Retrato de Celestino García Roza publicado en *Mundo Obrero* en noviembre de 1946.

cabo movilizaciones y luchas muy importantes, siendo los momentos culminantes la huelga revolucionaria de 1917 o la Revolución de Octubre del 34.

Fruto de todo este ambiente de politización y radicalización, Casto se unió a las filas de la CNT, que eran mayoritarias en dicha fábrica y en la ciudad en la que estaba,

La Felguera. Uno de sus hermanos, Ramón, ya militaba en el PCE. Pero tras los sucesos de la Comuna Asturiana, de ver la represión contra los mineros asturianos, sufrida en su propia familia, ya que su hermano fue encarcelado en el Fuerte de San Cristóbal, en las inmediaciones de Pamplona, y de ver la campaña de solidaridad por la libertad de los presos políticos revolucionarios, se unió a las filas comunistas^[1].

No sería hasta la Guerra Civil, cuando el protagonista de esta biografía comenzaría a adquirir su relevancia dentro de la organización y de la resistencia contra el fascismo. En un primer momento, participó en el Batallón Gorki, comandado por Horacio Argüelles y que participó, entre otros hitos, en la defensa de Euskadi y de Santander entre abril y agosto de 1937, para después participar en la defensa de Asturias, último reducto republicano en el Frente Norte. Anteriormente, había tomado parte en la Batalla de Cimero y la toma del Pico Arca, en febrero de 1937, entre las pocas ofensivas republicanas en Asturias. En esos momentos, García Roza estaba dentro de dicho escuadrón militar^[2].

Además de participar en el conflicto, este joven comunista, ya casado y con tres hijos, consiguió, gracias a su arrojo en el campo de batalla y su ejemplo de luchador, ascender al Comité Provincial del PCE en una conferencia celebrada en septiembre de 1937. Ocupa cargos relacionados con cuestiones sindicales. También participó en el Consejo Soberano de Asturias y León, haciendo frente al ejército sublevado desde la Subsecretaría de Armamento y Municio-

nes, hasta que cayó Asturias el 21 de octubre de 1937^[3].

A pesar de esta derrota, Casto García Roza, como tantos otros asturianos republicanos, decidieron no rendirse y seguir batallando en el Ejército Republicano. Se fue a luchar a Cataluña, donde estaban su mujer y una de sus tres hijas, Armonía. Las otras dos se marcharon para la URSS y nunca más las volvería a ver. Finalizada la guerra en dicha zona, vuelve a intentar luchar por tercera vez, ahora en la zona de Alicante. Tras el golpe de Casado y la victoria franquista en la guerra, es detenido en Alicante. Consigue huir y se va a Valencia, donde va a ayudar a miles de personas a huir de las represalias de los vencedores. Allí vuelve a ser detenido y llevado hasta el campo de concentración de Albatera^[4].

Consumada la derrota final, la organización del PCE decidió llevar a cabo un plan para conseguir evacuar a los dirigentes más significados de los campos de concentración y las prisiones. Uno de ellos era García Roza, al que rescataron de Albatera y se lo llevaron a Francia, donde fue acogido por compañeros del PCF en la localidad de Villejuif, departamento del Valle del Marne. Sin embargo, debido al comienzo de la II Guerra Mundial, decidieron llevárselo a América. Primero a Santo Domingo, a continuación a Cuba y luego a Méjico, donde se convertiría en uno de los miembros de la dirección del PCE en América, con Carrillo a la cabeza. En dicho país, la organización le pidió que volviera a España, para tomar las riendas del Partido —en manos de Jesús Monzón— que apostaba por la Unión Nacional y la lucha guerrillera, que tendría su

1.-Gerardo Iglesias Argüelles, *La amnesia de los cómplices*, Oviedo, KRK, 2015, pp. 325-327.

2.-Juan Ambou, *Los comunistas en la resistencia nacional republicana*, Barcelona, Editorial Hispamerca, 1978, p. 66 y Francisco M. Vargas Alonso, «Euzkadi y el Norte republicano. Las Brigadas Asturianas y Santanderinas en el frente vasco», *Vasconia*, 38, 2012, p. 889.

3.-*Ibidem.*, p. 159

4.-Lista de presos del campo de concentración de Albatera en <https://archivodemocracia.ua.es/es/represion-franquista-alicante/documentos/lista-de-reclusos-en-el-campo-de-albatera.pdf#page=63> [31/03/2025 19:05] y Gerardo Iglesias Argüelles *La amnesia...* p. 327.

cénit en el intento fracasado de la invasión del Valle de Arán en octubre de 1944.

Tuvo varios intentos de crear una nueva dirección del PCE en el interior, todos ellos frustrados. El 8 de junio de 1945, Monzón fue detenido en Barcelona. A García Roza entonces se le encomendó otra misión, la de dirigir el Comité Regional de Asturias, León y Santander. En la región, el dirigente comunista asturiano también encontró dificultades para reorganizar a sus compañeros que estaban en los montes ya que muchos de ellos no se fiaban de los que venían del extranjero, por si pudieran ser confidentes de la policía. Finalmente consiguió constituir el Comité Provincial con él como secretario general, Celestino Uriarte como Secretario de Organización y Aquilino Gómez Fernández como responsable de Agitación y Propaganda en enero de 1946.

Justo el 25 de ese mes, logró montar una expedición desde Francia llamada la Brigada Pasionaria, que desde San Juan de Luz desembarcaría en la playa de Espasa, para ir hasta la Sierra del Sueve, en la zona central de Asturias. Cuarenta y cuatro guerrilleros dispuestos a seguir dando la batalla. Sin embargo, debido a la situación de oleaje del mar, no pudieron atracar con comodidad en ningún puerto y al patrón del barco lo capturó la Guardia Civil. Carrillo reprendió con dureza a Roza por este nuevo fracaso^[5].

Durante meses llevaron a cabo un trabajo frenético para lograr reactivar el PCE y así conseguir un impulso de la lucha guerrillera en Asturias, con la esperanza de una intervención aliada en suelo español contra Franco.

Esta actividad hizo que fuera detenido el 18 de septiembre de 1946 en Argüero (Villaviciosa), junto con Emilia López Arango. Lo llevaron hasta la Comisaría de Gijón. Los po-

licías que lo interrogaron fueron Pablo Espada García, Jose Sainz González (en aquellos momentos adscrito a la Comisaría de Reinosa, pero que después jugaría un papel muy importante en la Policía en el País Vasco) y José Ruiz Velarde. Le requisaron una pistola calibre 9 mm, marca Star, con escudo de la Guardia Civil, un cargador con ocho balas, más otras veinte que llevaba en el bolsillo, un carnet de Falange falso a nombre de José Ramírez Ruiz, un salvoconducto del Gobierno Civil de Madrid, una cédula personal y un bloc con apuntes. En los interrogatorios reconoció ser dirigente de la organización en Asturias, pero no dijo nada más. El 22 de septiembre, el comisario jefe de la Policía de Gijón comunicó en un escrito al Delegado de Orden Público de Asturias que Casto García Roza «había fallecido en su calabozo», sin dar más explicaciones^[6].

Todo lo que pasó con Casto generó indignación entre la oposición antifranquista. Más cuando, esos mismos agentes, se vieron involucrados de nuevo en un caso de malos tratos y asesinato contra el comunista Ángel Sánchez Fernández, entre octubre de 1946 y enero de 1947, siendo sancionados con tres días de empleo y sueldo. El PCE comenzó una campaña a través de sus medios de propaganda. Antes de que se supiera que había sido hallado muerto en su celda, *Mundo Obrero* publicó un artículo que apareció en la portada, denunciando las torturas que estaba sufriendo Roza en Comisaría, calificándolas de «martirio». Un motivo más, según los comunistas, para redoblar las fuerzas y denunciar la barbarie franquista^[7].

5.-Ramón García Piñeiro, *Luchadores del ocaso*, KRK, Oviedo, 2014 pp. 183-184 y 291.

6.-Dirección General de Seguridad, Comisaría de Policía, Diligencias contra los encartados Casto García Roza y Benito García Freixa, Gijón, septiembre 1946, Causa 412/46, Orden 9168, Caja 529, Archivo Militar de Ferrol y Rubén Vega «Tortura en España. Dictadura y democracia», *A quemarropa*, 10/07/2014, p. 5

7.-Dirección General de Policía, Sainz González, José. Ex-



Portada de *Mundo Obrero* denunciando el asesinato de Gasto García Roza, noviembre de 1946.

Cuando ya se supo que había muerto a manos de los agentes gijoneses, la campaña por convertir a García Roza en un «mártir» del comunismo se hizo más intensa. El 7 de noviembre, en primera plana y con una fotografía suya, se publicaba en *Mundo Obrero* un texto denunciando que los policías lo habían matado porque lo habían apaleado salvajemente. Tras hacer una glosa de su biografía, como un cuadro muy importante del Partido, como dirigente obrero, se explicaba la detención a manos de la «jauría hitleriana». Cómo a pesar de los golpes, Roza era templado como el acero y no se dejó doblegar. Se le ponía a la altura de

otros miembros de la organización torturados o muertos a manos de la BPS, como Cristino García Granda o Ramón Vía. Por último, se pedía la movilización de todos los demócratas y la denuncia ante la ONU^[8].

No acabó ahí la campaña. Una semana después, el 14 de noviembre, Carrillo escribió un artículo, que también salió en portada del periódico comunista, denunciando que Franco era el asesino de Roza. Según el dirigente del PCE, conocían a los culpables de aquellos hechos y pagarían por lo que habían hecho. Que Franco, desde el palacio de El Pardo había mandado su asesinato, por ser el principal impulsor de la resis-

pediente disciplinario, 1946-1947, exp. 5927, Archivo del Ministerio del Interior.

8.—«¡Casto García Roza, asesinado por la Policía!» *Mundo Obrero*, 7 de noviembre de 1946, pag. 1.



Placa que recuerda a los asesinatos mediante torturas de Casto García Roza y Ángel Sánchez Fernández a manos de la Brigada Político y Social en Gijón (www.memoriademocratica.asturias.es).

tencia antifascista asturiana. Que aunque hubieran acabado con su vida, otros luchadores ocuparían su lugar. Para Carrillo, la sangre de Roza germinaría en otras luchas. Dentro de esa campaña para encumbrar su figura, como se apuntó antes, Izcaray escribió una biografía sobre la figura del comunista asturiano, que para que llegara dentro del país, se camufló como si fuera la obra de teatro «Los intereses creados» de Jacinto Benavente^[9].

Tras el silencio impuesto durante la dictadura, durante años los familiares de García Roza han luchado porque se reconozca que fue torturado en la Comisaría de Gijón.

Este deseo se cumplió el 14 de abril de 2011, cuando el Ayuntamiento de Gijón puso una placa donde estaba el departamento policial, actual Dirección General de Arquitectura, en la Calle Cabrales. La placa recuerda que él y Ángel Sánchez Fernández murieron por las torturas de la Brigada Político Social el 22 de septiembre de 1946. También se recuerda a las centenares de personas que habían sido torturadas en dicho lugar. Ahora sí, Casto García Roza, tras morir a manos de la policía franquista, tras el olvido impuesto sobre su persona por la dictadura y el silencio de los primeros años de democracia, sería recordado para la posteridad^[10].

9.- Santiago Carrillo, «Franco es el asesino de Roza», *Mundo Obrero*, 14 de noviembre de 1946, pag. 1. y Jesús Izcaray «Héroes de España. Casto García Roza» Editorial Nuestro Pueblo, París, 1948, Archivo Histórico del PCE.

10.- R.V. «Flores de familia para evocar a Casto» *La Nueva España*, 30/05/2011 en <https://www.lne.es/gijon/2011/05/30/flores-familia-evocar-casto-21092040.html> [01/04/2025 15:00]

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Nuestra Historia anima al envío de propuestas de dossiers y artículos para su publicación en la revista

Con el objetivo de ampliar los objetos de estudio, las épocas y el alcance de la revista, queremos recordar la posibilidad de enviar propuestas, que pueden ser de dossiers monográficos, así como de artículos para las secciones de Estudios o Memoria. Dichas propuestas deben enviarse a la dirección de correo electrónico de la revista: nuestrahistoriafim@gmail.com

Las únicas precondiciones al respecto son el **rigor metodológico e interpretativo**, y la adecuación tanto a las **líneas principales de interés de *Nuestra Historia*** como a las normas formales indicadas en la web. La revista se edita en español (castellano), por lo que se acogerán preferentemente textos en este idioma. Tendrán cabida todas aquellas propuestas de historia política, social, cultural o económica, así como planteamientos interdisciplinarios, sobre cualquier época del pasado, que se ocupen de cuestiones como la experiencia de las clases populares y subalternas, las estructuras de dominación y explotación, o las luchas emancipatorias y las rebeldías contra tales estructuras opresivas, incluyendo la historia del movimiento obrero, de las tradiciones socialistas y de las corrientes feministas y antirracistas.

Las **propuestas de dossier** deben incluir una presentación articulada sobre los objetivos del monográfico (2-4 págs.), así como los títulos de los diferentes artículos, un breve resumen o abstract del contenido a tratar en cada uno de ellos y una breve presentación (4-6 líneas) de cada una de las personas participantes en el dossier. Los dossiers podrán incluir entre 4 y 6 artículos, procurando paridad de género en las autorías.

Una vez recibida la propuesta, ésta será analizada por el consejo de redacción y enviada para evaluación externa, y se comunicará la decisión a las/os proponentes. A partir de dicho momento, debe tenerse en cuenta que el dossier debe estar en condiciones de entregarse completo en un plazo máximo de 6 meses, sujeto en todo caso a acuerdo entre la revista y los/as proponentes.

Las **propuestas de artículos** deben incluir el texto completo del artículo, así como una breve presentación curricular (100-150 palabras) del autor o la autora. Una vez recibida la propuesta, ésta será evaluada y se comunicará la decisión, así como las posibles recomendaciones de modificación.

Todos los textos enviados deberán seguir las orientaciones sobre extensión y las normas formales que se indican en la web: <https://revistanuestrahistoria.com/colaboraciones/>

AUTORES

Secciones: Dossier y Estudios

Roland Anrup es profesor Titular de Historia de Mid Sweden University. Ha sido director del Instituto Iberoamericano, Universidad de Gotemburgo. Profesor invitado del Department of Politics and Sociology, Birkbeck College, Universidad de Londres; del École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París; de la Maestría de Historia de FLACSO y de la Maestría de Estudios Culturales y del Doctorado en Historia de la Universidad Andina, Quito; de la Maestría en Historia de la Universidad de Los Andes, Bogotá. Autor de varios libros sobre Colombia y sobre teoría política publicados por Fundación Walter Benjamin, Random House y Ediciones B.

Fabio Calè se licenció en Historia Contemporánea por la Universidad La Sapienza de Roma en 2003. Trabajó durante años como analista político y curador de eventos culturales, exposiciones y publicaciones relacionadas con la memoria del Partido Comunista Italiano. En 2011 publicó *Popolo in festa* (Donzelli), un libro+DVD sobre la historia de la Festa de l'Unità. Desde 2022 trabaja en un proyecto sobre la cultura política de los comunistas en España, Italia y Portugal, centrado principalmente en el análisis comparativo de las fiestas comunistas. Desde 2023 es doctorando con bolsa FCT en el IHC de la Universidade Nova de Lisboa.

Andrea Della Polla, nacido en Roma en 1997, es doctorando en Historia y Ciencias Filosófico-Sociales en la Universidad de Roma Tor Vergata y la Universidad de Borgoña-Europe, con un proyecto de investigación titulado: «El discurso internacional de los derechos humanos en la cultura política de la izquierda italiana y francesa (1975-1991)». Sus investigaciones se centran en la historia del movimiento comunista transnacional y la historia de los derechos humanos en las culturas políticas del siglo XX.

Alexander Höbel es profesor asociado de Historia Contemporánea en la Universidad de Sassari, miembro del Comité editorial de la revista *Studi Storici* y de la redacción romana de *Historia Magistra*, director de *Marxismo oggi online* y presidente de «Futura Umanità. Associazione per la storia e la memoria del PCI». Ha publicado los libros: *La strage del treno 904. Un contributo delle scienze sociali* (con Gianpaolo Iannicelli, 2006), *Il Pci di Luigi Longo (1964-1969)* (2010) y *Luigi Longo, una vita partigiana (1900-1945)* (2013), además de numerosos ensayos sobre la historia del movimiento obrero, del comunismo y de la Italia contemporánea. Ha coordinado varios volúmenes, el último de los cuales es: *Enrico Berlinguer. La pace al primo posto. Scritti e discorsi di politica internazionale (1972-1984)* (2023).

Mauro B. Milano es investigador predoctoral en la universidad Roma Tre (Italia), donde se graduó en Historia con una tesis sobre las relaciones entre el PCI y el PCE en la Transición y fue becario del Centro de Estudios Somalíes en 2023. Investigador visitante en la Universidad Complutense de Madrid, ha sido comunicante en congresos internacionales y es autor de artículos sobre la historia transnacional de las izquierdas en la Europa del Sur.

Daniel Sierra Suárez (2001) es estudiante de doctorado en la Universidad de Oviedo, donde realiza un estudio comparativo sobre las fiestas del Partido Comunista Español (PCE) y el Partido Comunista Italiano (PCI) desde la década de 1970 hasta la de 1990 bajo la dirección de Francisco Erice y Eduardo Abad. Ha presentado ponencias en varios congresos y workshops sobre temas relacionados con la historia del Partido Comunista Italiano. Fue miembro organizador del Congreso Internacional en conmemoración del 50º aniversario de la Revolución de los Claveles, celebrado en Oviedo (Asturias, España) en abril de 2024.

fundación de
investigaciones
marxistas



www.fim.org.es